TODAS
LAS VOCES
MUERTAS
GERARDO FERRO ROJAS
minotauro

# TODAS LAS VOCES MUERTAS

GERARDO FERRO ROJAS

minotauro

© Gerardo Ferro Rojas, 2022

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7586-03-1
ISBN 10: 628-7586-03-6

Primera edición (Colombia): octubre de 2022

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

# Índice

La excavación

La estatua

Zombis

Todas las voces muertas

# La excavación

*ESTRAGÓN: Todas las voces muertas.*
*VLADIMIR: Hacen un ruido de alas.*
*ESTRAGÓN: De hojas.*
*VLADIMIR: De arena.*
*ESTRAGÓN: De hojas.*
*VLADIMIR: No les basta con estar muertas.*
*ESTRAGÓN: No es suficiente.*
*VLADIMIR: Hacen un ruido como de plumas.*
*ESTRAGÓN: De hojas.*
*VLADIMIR: De cenizas.*

Samuel Beckett, *Esperando a Godot*

# 1

Los hombres de blanco escarban la tierra buscando muertos. Hasta ahora no han encontrado ninguno. Empezaron hace meses. Llevar la cuenta de los días siempre es tarea difícil en la excavación. Es como si los días fueran uno solo. En todo caso, cada mañana llegan en seis camionetas oficiales y bajan hasta el basurero, al fondo del barranco. Parquean en un espacio reservado. Después se ponen los impermeables blancos, abren el baúl de los vehículos, sacan las maletas plásticas con el equipo y se dividen en grupos de a tres. Siempre los mismos. Cada grupo se ocupa de una zona delimitada por cintas rojas.

Parecen niños buscando tesoros enterrados; la verdad es que buscan huesos en un muladar de muerte y ruinas. Lentamente, con meticulosidad, revisan cada porción escarbada, y así permanecen todo el día hasta que el jefe de la cuadrilla da la orden de terminar. Vuelven a sus camionetas y se van. La excavación se silencia, aunque al fondo, más allá de la reja metálica que la separa del resto del vertedero, se siguen escuchando las volquetas que arrojan basura y las retroexcavadoras que la aplastan bajo tierra. Si los hombres de blanco prestaran atención, quizá escucharían que más allá de esos ruidos se oyen las voces muertas del basurero.

Todavía son pocas, pero cada día son más.

En la cumbre del barranco hay cada vez más familias. Un mes después de comenzada la excavación, construyeron un campamento con lo necesario para permanecer día y noche durante un buen tiempo. Gracias a la junta comunal del barrio y a los noticieros de televisión, que reprodujeron con insistencia la notica sobre los posibles muertos de La Cochiquera, lograron que les instalaran dos baños portátiles. Algunas mujeres llevan pancartas con mensajes escritos. Ahora, además, los familiares han empezado a clavar siluetas humanas en la tierra. Están recortadas en tablones negros y sostenidas por travesaños de madera. En la cabeza tienen la foto de algún muchacho, y en el pecho, el año de su desaparición o mensajes escritos con tizas de colores. Clavan en la tierra la punta del soporte, como si fueran ánimas que se pusieran de pie sobre el peladero del barranco.

Los excavadores se han dado cuenta.

Ese al que todos llaman Montoya, el pequeñito flacucho con cara aindiada que acaba de ponerse de pie, levanta la mirada y se lleva una mano sobre las cejas para protegerse de la llovizna y mirar mejor.

—¿Qué está pasando arriba? —pregunta.

—La gente sigue dejando sus estatuas —le responde el más alto de los tres, al que todos llaman Ramírez, y vuelve a concentrarse en su montículo de tierra—. Empezaron a ponerlas ayer.

El otro, grueso y de rostro malhumorado, y al que todos conocen como Contreras, se levanta de la banca en donde ha estado sentado excavando.

—¿Estatuas? Esas no son estatuas —afirma.

—¿Y entonces qué son? —pregunta Ramírez, agachado frente a su montoncito de escombros.

Contreras se para al lado de Montoya, se quita las gafas de seguridad y también se lleva una mano sobre las cejas.

—No sé, pero estatuas son las de las plazas. —Observa—. Eso de allá no sé qué será.

A Ramírez lo agotan las conversaciones con Contreras, se le nota en la cara; se levanta, se sacude las manos enguantadas, se quita las antiparras y se acomoda los lentes para ver mejor lo que está sucediendo allá arriba.

—Pues a mí me parecen estatuas —insiste.

Montoya suelta una risita encubierta en su puño. Ramírez lo mira con disgusto y vuelve a mirar a Contreras.

—Más bien sigamos con esto o no vamos a terminar nunca.

Montoya le hace caso, se mueve con agilidad en dirección a su montículo, pero la voz de Contreras lo detiene a mitad de camino.

—¿Acaso no está viendo las proporciones de esta mierda, Ramírez?

A Contreras siempre lo enfurece la actitud de su compañero, no logra entenderla. Lo mira fijo a la cara, pero Ramírez no se inmuta, prefiere seguir observando los cuerpos, las estatuas, las siluetas de pie clavadas en lo alto del barranco.

—Aquí no vamos a terminar nunca —sentencia Contreras, y se aleja del perímetro designado hasta lograr una mejor perspectiva del espacio que los rodea. Contreras suele hacer eso: concentrarse en la basura y en las máquinas que, mucho más al fondo, siguen

enterrando inmundicias en la parte activa del basurero.

—Pero algo habrá que hacer, ¿no? —dice Ramírez.

—Tiene razón, mejor sigamos, hombre —concilia Montoya, y continúa el camino hasta su porción de tierra—. La peor diligencia es la que no se hace.

Contreras saca un cigarrillo y lo enciende.

—Más bien háblese con los jefes, Ramírez, a ver si la policía saca a toda esa gente —le aconseja.

—Pero si esa gente no nos está haciendo nada.

—Mientras estén por ahí los noticieros no nos van a dejar tranquilos.

Ramírez se rinde.

—Nosotros sigamos con lo nuestro —dice finalmente y vuelve a su trabajo—. Deje que esa gente ponga sus estatuas, que con eso no le están haciendo daño a nadie.

—Ya le dije que no son estatuas —enfatiza Contreras y levanta la cabeza para mirar, una vez más, la cima del barranco.

Ramírez escudriña la tierra con una lupa en busca de partículas óseas.

—Lo que sea, como se llamen.

—Ya comenzaron a rezar —informa Montoya—, desde aquí se oye.

—Como si los fueran a resucitar a punta de rezos —exclama Contreras soltando una bocanada de humo.

Los rezos son tan fuertes que invaden el basurero como un canto de cuna.

## 2

Desde la parte alta del barranco, La Cochiquera parece un cráter, un agujero putrefacto, como si una bola de fuego hubiera caído en la montaña. El paisaje alrededor se compone de colinas invadidas por casas de ladrillos grises, tablas y láminas de zinc, apretujadas entre callecitas estrechas, serpenteantes y empinadas.

Los familiares siempre están en el campamento. A veces son más, a veces son menos. Algunos llegan temprano en la mañana y se van tarde en la noche. Otros se quedan a dormir varios días y después son reemplazados. Tienen turnos para cocinar, para lavar trastes, para ir al baño y para arrojar sus propios desechos. Cada

día que pasa son más las siluetas de cartón que aparecen de pie, enterradas en lo alto del barranco.

Los siguientes en llegar son los periodistas con sus cámaras. La excavación ha vuelto a ser noticia. Los periodistas hacen las preguntas y los familiares responden como pueden: aseguran que los muertos están ahí abajo, mezclados con la basura, y otros juran que un buen número de ellos ya ha salido a las calles. «Como zombis», dicen unos. «Como resucitados», dicen otros. Aseguran que hay videos en Internet que lo demuestran. Pero para la gran mayoría de la población, el asunto de los muertos del basurero y los presuntos resucitados no reviste la más mínima importancia.

En la excavación, las mañanas son grises y húmedas. Una llovizna punzante y olorosa a metano cae con insistencia todo el día. Por lo general son tranquilas, sin contratiempos. Pero hoy es distinto, algo perturba la mañana. Los familiares están a la espera, rodeados de camarógrafos y carros de policía; llevan puestas camisetas con las fotos de los muchachos, tienen listas sus pancartas. Algunas mujeres sostienen en alto más siluetas en forma de cuerpos. Las camionetas de los excavadores por fin aparecen en lo alto de la montaña, abriéndose paso entre periodistas y familiares. Dos camionetas abandonan la caravana y se detienen a unos metros del campamento. De la primera se bajan los guardaespaldas; de la otra, a la que todos se dirigen, un hombre de mediana edad, bajito y calvo, en un traje azul impecable, junto a una chica rubia de lentes que bien podría ser su hija. Se les vienen encima, en cuestión de segundos son acorralados por cámaras, periodistas, pancartas en alto, arengas que recitan nombres, años, masacres, lugares de la barbarie. Los guardaespaldas y la policía ponen algo de orden. Los periodistas empiezan a preguntar sus cosas. La chica rubia les informa que el Fiscal General leerá una declaración, luego habrá tiempo para las preguntas. Las camionetas de los excavadores ya han parqueado en la zona reservada, abajo en el vertedero.

Montoya agarra su maleta plástica sin prestar atención a lo que sucede arriba.

—Es la primera vez que trabajo en un sitio así. ¿A ustedes les ha tocado algo parecido?

—Yo he estado en exhumaciones en medio país, pero nunca algo así —asegura Contreras—. Y a usted, Ramírez, ¿le ha tocado

antes algo como esto?

—No, nunca. Lo que pasa es que tampoco ha existido algo como esto, nunca tan grande.

—Eso es verdad —confirma Contreras.

—Sesenta y cinco mil metros cúbicos de escombros y tierra en treinta mil metros cuadrados —puntualiza Montoya—. Esta mierda es enorme.

Eso es La Cochiquera, un templo de huesos perdidos.

—¿Cuántos creen que hay? —pregunta Montoya, ya sentado frente a su porción de tierra.

Ramírez abre la maleta y saca sus utensilios para comenzar el trabajo.

—Dicen que trescientos, otros dicen que más. Lo cierto es que no se sabe.

—El informe dice que no más de cien —precisa Contreras.

—Pueden ser muchos más —observa Ramírez.

—Sí, muchos más —dice Montoya.

—No creo que sean tantos —declara Contreras.

—¿No cree? Yo creo que pueden ser más —insiste Ramírez—. La gente asegura que son más.

—Cuando se trata de estas cosas la gente siempre exagera, Ramírez —comenta Contreras—. Miren lo que andan diciendo de los resucitados.

—De eso no hablemos.

Montoya deja escapar otra vez su risita nasal, minúscula, leve, un tic nervioso. Ramírez intenta ponerle fin a la conversación:

—Lo importante es que encontremos algo, no importa cuántos.

Pero Contreras insiste:

—¿Escucharon la noticia? Las autoridades nos han puesto un ultimátum para encontrar los restos. Por eso los periodistas allá arriba. Esto lo van a cerrar dentro de poco.

—¿Y nos quedamos sin trabajo? —pregunta Montoya.

Contreras cambia la expresión siempre áspera de su rostro por una sonrisa cínica.

—Por eso no se preocupe, en este país lo que hay es trabajo de sobra para nosotros.

Montoya vuelve a soltar su risita nerviosa. Ramírez se enoja.

—Un poco más de respeto, Contreras —le pide.

—No sea tan serio, Ramírez. ¡Todo esto no es más que un

*show* mediático de políticos! Usted lo sabe tan bien como yo.

Por fin abre su maletín, saca sus instrumentos, pero antes de empezar a escarbar observa con desencanto la labor minuciosa de sus colegas en los otros perímetros de la excavación.

—Aquí no vamos a encontrar nada —sentencia—. Y esa gente de allá arriba nos va a traer problemas.

## 3

Contreras apaga el cigarrillo restregando la punta de su bota pantanera contra el fango del vertedero. La llovizna se ha incrementado. Cuando esto sucede la excavación siempre se retrasa, se dificulta y finalmente se hace tediosa. Contreras sufre cada una de estas etapas mucho más que sus otros compañeros, solo hay que verlo para darse cuenta. A Ramírez, en cambio, no le importa. Allí está, agachado, sacudiendo con dedicación la tierra de su montículo. A veces, como ahora, levanta la cabeza para buscar el cielo más allá del techo de lona que protege la cuadrícula excavada. Todo igual: la lluvia no para, es fina y monótona como pequeños rasguños.

—No dejará de caer agua en todo el día —pronostica Contreras.

Ramírez lo mira, pero no le responde. Se acomoda las gafas de seguridad y vuelve a concentrarse en su trabajo. En otra zona de la cuadrícula, Montoya levanta los brazos y abre la boca al máximo. La lluvia lo debe cansar más. Lo que saca de su maleta es una bolsa plástica para cubrir su parte de la excavación. Prefiere descansar, por eso agarra su banquillo y lo coloca justo al borde del techo de lona. Luego abre una bolsa de papas fritas que lleva en uno de los bolsillos de su impermeable y se toma una pausa para contemplar la lluvia que humedece la basura.

—Más bien haga como Montoya y como yo —interviene Contreras—: tape bien esa joda y vamos a dar una vuelta por aquí.

Ramírez apenas levanta la mirada para responder.

—Yo prefiero quedarme aquí. Vaya con Montoya.

Montoya pierde la concentración. Otra vez la misma risita. Su cabeza se mueve entre Contreras y Ramírez.

—No creo que con esta lluvia sea buena idea. Mejor vaya

usted, que es al que le gusta caminar.

Es cierto, a Contreras le gusta caminar por el basurero. Se acomoda el impermeable blanco, se cubre la cabeza con la capucha, saca un pequeño radio de un bolsillo de su pantalón y se acomoda los audífonos en los oídos. A Contreras le gusta escuchar los boletines de noticias mientras trabaja, o durante los momentos de descanso cuando sale a caminar por el basurero como quien sale a dar una vuelta por el barrio. No le preocupa que la lluvia se intensifique; hunde las botas en el barro y se siente como si caminara por un basurero lunar bombardeado. En eso piensa: las cuadrículas de la excavación son un ordenado laberinto de desechos al que ya se ha acostumbrado después de meses de estar trabajando en él. ¿En qué más piensa? También piensa que odia estar acostumbrado a eso; tiene rabia. Bajo los techos de lona las excavaciones parecen pequeñas tiendas de campaña en una trinchera hecha de escombros. La Cochiquera es el epicentro infernal de un país de desechos y muertos perdidos, una fosa en la montaña que destila los gases de toda la podredumbre acumulada. También en eso piensa; en eso y en que es una pérdida de tiempo estar allí. En lo que no piensa es en las voces y en los posibles resucitados; no quiere alterar aún más su ya alterado estado de consciencia pensando en la posibilidad de que los rumores sobre los zombis sean ciertos. Sigue caminando. No se ha percatado de que varios de sus compañeros ya están abandonando el terreno a causa de la lluvia. Las máquinas excavadoras tampoco están funcionando.

El basurero empieza a quedar vacío.

Contreras llega hasta las gruesas y altas rejas de metal que separan la excavación del resto del botadero. Del otro lado de la reja sobrevuelan gallinazos en gran número. Levanta la mirada y da varios pasos atrás hasta ampliar al máximo su ángulo de visión: a pesar de la lluvia, las volquetas al otro lado no paran de arrojar desechos. Contreras sabe que Ramírez y Montoya lo deben estar esperando para irse, por eso da la vuelta para regresar. Pero algo lo detiene: una noticia en la radio, la expresión de su entrecejo lo delata. Con un dedo presiona el audífono en su oreja para escuchar mejor. Su cara es de preocupación, pero también de alivio. Termina de dar la vuelta y agiliza el paso. La mayoría de sus colegas han dejado sus excavaciones, pero allá arriba, en lo alto del barranco, los familiares siguen sin moverse. Contreras

prefiere no mirarlos y no pensar en ellos; camina con dificultad por la tierra fangosa hasta que llega a su cuadrícula. Ramírez y Montoya no están, lo esperan en la camioneta, la única que aún no ha salido del basurero.

Ramírez está sentado al volante.

—¿Dónde estaba metido, Contreras? Lo estábamos esperando.

—¿Escucharon la noticia? —les pregunta mientras abre la puerta y se sienta en el puesto de atrás—. Ya lo decidieron: en dos meses cierran esta mierda.

## 4

En el basurero las voces empiezan a cambiar. Ni siquiera son voces, son más bien murmullos indescifrables, todavía inaudibles para la mayoría de los excavadores y los familiares del barranco. Pero van cambiando. Primero se convierten en una neblina estática, casi imperceptible durante el día. Después, en las horas de oscuridad, cuando ya no queda nadie en La Cochiquera, la neblina se esparce por todos lados y todas las voces muertas se confunden en un nudo de murmullos.

Pero no a esta hora. En este momento de la tarde a Montoya siempre lo vencen los bostezos. Está cansado y tiene sueño; solo piensa en dormir, en comer y en llegar a su casa para ver la repetición de los partidos de fútbol. Lo cierto es que Montoya se desespera al verse sentado en la misma posición de siempre todos los días; piensa que está condenado a una tarea imposible.

Para Montoya la jornada ha terminado, permanece en su puesto, pero ha terminado. Frente a él está Contreras, refugiado en las noticias de sus audífonos, y más allá está Ramírez, que sigue trabajando. Montoya lo ve y se lleva el puño a la boca para contener la risa. Piensa que Ramírez quiere ganarse una medalla, un premio, un diploma, una foto en el muro de los empleados ejemplares, convertirse en El Desenterrador Supremo de los Huesos Perdidos. Ramírez lo ve pero no dice nada.

En la parte alta del barranco los familiares empiezan a rezar.

—¿Por qué comienzan siempre a la misma hora? —pregunta Montoya sin esperar la respuesta de nadie.

—¡Listo, esto se acabó por hoy! —exclama Contreras poniéndose de pie, quitándose los guantes.

Ramírez recupera la postura erguida en el banquillo y empieza a guardar su equipo. Montoya mira a sus dos compañeros. Está pensando en algo. No tiene la menor idea de quiénes son aquellos dos hombres con los que escarba la tierra todos los días. Piensa que quizá sea mejor así.

—¿Y qué ha pasado hoy, Contreras? —le pregunta Montoya, tocándose el oído—. ¿Cómo va el país?

—Igual que ayer —le responde—. El Gobierno dice que llevará esta investigación hasta las últimas consecuencias, no importa si al final cierran la excavación.

—Eso es contradictorio —opina Ramírez—. Pero, bueno, ojalá se aclare el asunto.

Contreras arruga la cara y niega con la cabeza. Ramírez siempre lo decepciona.

—Usted sabe que no va a pasar nada, Ramírez. Todo esto no es más que una inmensa pantalla, y nosotros somos los huevones útiles.

—Debería tener un poco más de respeto por lo que pasa aquí.

—No me venga con esas pendejadas, que yo no estoy irrespetando a nadie. Aquí no va a pasar nada y ya, nadie va a investigar a nadie, esas son solo habladurías, nada más.

—Quién sabe… —interviene Montoya—. Yo he escuchado cosas… Dicen que la investigación puede llegar hasta… hasta arriba, usted sabe a quién…

Contreras se ríe con fuerza para que todos los excavadores lo escuchen.

—¿Hasta el presidente Camargo? Yo también he escuchado lo mismo, Montoya, hasta en las noticias ya lo están diciendo. ¿Y sabe qué?, es posible que así sea. Pero después no va a pasar nada, porque no hay manera de comprobar las patrañas y las mentiras, por eso.

—Si no pasa nada no será por eso —se apresura a decir Ramírez—, sino porque no conviene, que es otra cosa. Nosotros limitémonos a hacer lo nuestro, que se investigue lo que se tenga que investigar y que paguen los que tengan que pagar.

Contreras se lo queda mirando en silencio como si midiera la estatura de su compañero, o como si tratara de calcular el espacio que los separa. Por fin habla.

—Esa es la diferencia entre usted y yo, Ramírez: usted cree que nuestro trabajo va a ayudar a esclarecer las cosas… el fondo

de las cosas…

—Me conformo con que se aclaren para ellos —le responde Ramírez señalando con la cabeza hacia la punta del barranco.

—¡Para ellos menos! Lo único claro es que si encontramos algo aquí, por algo será. Por algo terminaron aquí, no eran ningunos santos —dice Contreras y vuelve a reír.

Ahora son Ramírez y Montoya los que miran en silencio a Contreras. Piensan que la risa de su colega es cínica. Pero no lo es. Es una risa distinta. La risa de Contreras es una risa huérfana, despellejada, llena de miedo.

—¿Saben qué otra cosa he escuchado? —continúa—. Que esto lo van a acabar en cualquier momento, quizá antes de los dos meses que habían dicho.

Ramírez cierra el maletín con los instrumentos y se pone de pie.

—Déjese de habladurías, Contreras.

—Esas sí no son habladurías —le dice mientras van camino a las camionetas—. A ver, nada más dígame cuántos hemos encontrado hasta ahora, ¿¡cuántos!?

—Ninguno —responde Montoya en voz baja.

—Eso no quiere decir nada —asegura Ramírez.

En lo alto del barranco siguen rezando.

—Quién sabe hasta qué hora van a estar en esas… —dice Montoya para cambiar de tema.

Contreras sonríe.

—Tranquilo, hombre. Muy pronto no volverá nadie.

## 5

Cada día son más las voces que empiezan a levantarse. Son tantas que la neblina es cada vez más espesa, más pesada y rumorosa, aunque los rumores siguen siendo inaudibles para la mayoría. Hace mucho que los hombres de blanco respiran las voces muertas sin darse cuenta.

Contreras tira a un lado uno de sus utensilios de excavación.

—¡Esta puta neblina no deja trabajar!

Montoya suelta una de sus risitas, pero vuelve a quedar serio de inmediato. Ramírez mira hacia lo alto del barranco.

—Ellos creen que la neblina son los muertos. Es lo que andan

diciendo.

Contreras, que lo ha escuchado, vuelve a tomar la espátula que había tirado y continúa en lo suyo.

—¿Qué muertos?, si no hemos encontrado ninguno —murmura.

Lo cierto es que, por las mañanas, cuando la neblina sube hasta la cima de la montaña y las voces se pasean entre los familiares, algunos de ellos dicen que son capaces de escucharlas. Quizá solo sean capaces de intuirlas.

—Los que no han vuelto son los periodistas —dice Montoya.

—Esos son como gallinazos —afirma Contreras—. Deben andar buscando noticias más rentables. Mejor que ni aparezcan.

Ramírez levanta la cabeza de su porción de tierra y mira a su compañero.

—¿Noticias como las de la investigación? —le pregunta.

Contreras lo mira con rabia sin decirle nada.

—O la noticia de la estatua —interviene Montoya.

Ramírez no deja de mirar a Contreras.

—O la de la supuesta crisis nerviosa de Camargo —continúa —. Increíble: mandarse a hacer una estatua en medio de todo esto…

Hay algo cercano al sueño y a la pesadilla que los mantiene unidos y que los separa al mismo tiempo. Cada cuadrícula de la excavación es un agujero en una inmensa casa fantasma habitada por desenterradores de impermeable blanco.

—No hablen de lo que no saben, ni de lo que no entienden —les recomienda Contreras, y vuelve al trabajo.

La neblina los envuelve cada vez más.

De repente, Montoya se queda paralizado con la mirada puesta sobre su montículo de tierra.

—¡Encontré algo! —grita.

Ramírez y Contreras llegan a la porción de tierra de su colega. De pie, detrás de él, observan aquello que empieza a aparecer entre los escombros. Montoya se ayuda con un palustre y una brocha hasta desenterrar el objeto. Lo que cuelga de su mano es un cuerpo diminuto al que le faltan el brazo derecho, el pie izquierdo y un ojo; los pocos cabellos por los que Montoya lo sostiene alguna vez fueron rojizos.

—Solo es una muñeca —corrobora Contreras, sin moverse.

Sí, en efecto es una muñeca tuerta y sucia, pero hay algo en la

forma en que los tres excavadores la miran que haría pensar que se trata de otra cosa.

—No importa —resuelve Ramírez—, igual hay que registrarlo.

## 6

Los familiares no se mueven del campamento en la cima del barranco. Allí permanecen día y noche, allí duermen, rezan, cocinan y conversan sobre la excavación, sobre los adelantos y retrasos, sobre la responsabilidad de las autoridades, sobre lo sucedido en aquellas lomas y montañas que los rodean y sobre los objetos que los excavadores han empezado a coleccionar. Un pequeño grupo de policías los vigilan de cerca. Se despiertan al amanecer, cuando la neblina, reposada después de los murmullos de la noche, tapiza el suelo como una alfombra. De inmediato encienden un fogón de leña para preparar café. Luego, cuando el resto se levanta, calientan un caldo con pan y comen todos. Cuando llegan los excavadores rezan, levantan sus pancartas, clavan más siluetas negras en la tierra y siguen rezando. Al mediodía sus familiares les traen almuerzos y comparten entre todos. El día transcurre entre oraciones, arengas y declaraciones a medios. En las noches, vuelven a encender los leños y cocinan. Después de comer se quedan sentados alrededor del fuego para protegerse del frío, y hablan, vuelven a contarse historias, mencionan el nombre de sus desaparecidos y aseguran que los zombis del San Francisco Ángel —que es como se llama el barrio de estas montañas— salieron del hueco inmundo de La Cochiquera. De todo eso hablan y, mientras la noche avanza, poco a poco, van entrando a los cambuches y a las carpas donde duermen.

Así termina un día y comienza otro.

Algo está pasando con los excavadores. No encuentran huesos, pero desentierran objetos. Ninguno habla del tema, pero todos siguen escarbando con rigurosa meticulosidad. Ramírez lleva con cuidado unas gafas de lentes rotos a la furgoneta designada para los hallazgos; está convencido de que están haciendo lo correcto. Más allá está Montoya; ha dejado de pensar en fútbol: en las manos transporta una gorra deportiva, roída y agujerada. Contreras piensa que, a falta de cuerpos, aquello es necesario, y

desentierra un soldadito de juguete que lleva, como el resto, a la furgoneta. Tal vez sea por la neblina, o tal vez ya empiezan a escuchar las voces, pero lo cierto es que la bruma, aunque dificulte la visión, les facilita ver lo que antes no podían:

Una casita de juguete.

Un zapato sin pie.

Una olla con tres agujeros.

Un diploma de bachiller quemado a la mitad.

Los restos de un florero roto.

La jornada de excavación ha terminado y los hombres de blanco se dirigen a sus camionetas. Ramírez se sienta frente al volante.

—Aquí está pasando algo —se atreve a decir.

Contreras está concentrado en los escombros que se ven a través del parabrisas.

—Aquí no está pasando nada —lo corrige—. Aquí solo hay basura y nada más.

Montoya se recuesta en el asiento trasero sin saber qué pensar.

## 7

Los hallazgos continúan:

Una pila de llantas quemadas.

Un cuaderno de apuntes.

Una camisa sin botones.

Una billetera sin papeles.

La furgoneta de recolección sale repleta todos los días. A los excavadores de blanco les ha cambiado el semblante. No es cansancio ni aburrimiento, es otra cosa. Se les nota perdidos, perturbados. A veces, cuando la neblina es más espesa, se confunden entre ellos y, por un instante, se pierden en la excavación. Llevan objetos a la furgoneta y se extravían; intentan volver a sus cuadrículas, pero no encuentran el camino de regreso. Las máquinas retroexcavadoras no dejan de remover la tierra, sus ruidos se suman a los rezos de los que siguen allá arriba y al murmullo de las voces desenterradas.

¿Desde hace cuánto deambulan los muertos por el basurero? Ahora que la bruma les ha dado más consistencia, suelen pasar más tiempo en la parte alta del barranco. Quizá se sienten más

seguros entre los cambuches del campamento, cerca al fogón cuando están cocinando, junto a las siluetas que se asemejan a sus cuerpos, a la distancia cuando el grupo de mujeres empieza a rezar. Aunque los ven tras la neblina de sus ojos, aún no pueden distinguir a sus familiares ni los rostros en las fotos de las pancartas. Esas cosas llevan su tiempo, y tiempo es lo que les sobra.

Se ha hecho tarde. Los fantasmas bajan de nuevo al basurero. La neblina se ha disipado un poco y las voces muertas se siguen transformando. Ahora son sombras pequeñas e imperceptibles. Los hombres de blanco continúan excavando, hablando entre ellos mientras recolectan ruinas. Los muertos también se esfuerzan por escuchar a los vivos, sobre todo si se trata de quienes intentan desenterrarlos.

Contreras se quita las antiparras de seguridad como si se quitara un peso de encima.

—¿Hasta cuándo vamos a seguir así? —se pregunta—. Deberían cerrar esto de una buena vez antes de que nos volvamos locos.

—No la van a cerrar —le responde Ramírez, sin dejar de hacer lo suyo—. No se van a echar encima a los familiares.

—¿Pero es que usted no escucha noticias, Ramírez, no lee los periódicos? Las investigaciones están estancadas y seguirán así. Esta excavación ha sido un fracaso. Aquí vinimos a desenterrar cuerpos, no foticos, y todavía no hemos encontrado el primero.

A pesar de lo que dice, Contreras agarra con cuidado la fotografía que acaba de desenterrar. Con una brocha quita los restos de tierra y la observa con detenimiento. Es la foto de un almuerzo familiar al aire libre: todos están sentados alrededor de una mesa de madera, miran a la cámara y brindan con cervezas; atrás se ven un riachuelo, un fogón con una olla y una parrilla. Eso es todo. Una de esas tantas liturgias familiares de los vivos. Contreras se extravía en la imagen como si acabara de descubrir que él es uno de los comensales de la foto. Desecha el pensamiento mientras rasguña la tierra con el palustre. Se pone de pie y va hasta la furgoneta de recolección.

—¿Sabe lo que he escuchado por ahí, Contreras? —se atreve a decir Montoya cuando su colega está de vuelta—. ¿Lo que andan diciendo en la calle? Que no estamos desenterrando muertos porque ya los muertos se desenterraron solos.

—Yo también lo he escuchado —dice Ramírez—. Los familiares del barranco lo andan diciendo, que si solo encontramos sus cosas es porque nos las dejaron para que les hiciéramos el favor de recogerlas.

Contreras prefiere no responder. Ni siquiera los ve a ellos, sino a la tierra removida que los rodea. En silencio, se sienta frente a su montículo y sigue escarbando.

## 8

Los periodistas no han regresado. Volverán cuando cierren la excavación y después se olvidarán del tema, así sucede siempre: vienen y se van, y los familiares se quedan abatidos, con la mirada nublada, como si fueran más siluetas clavadas en la tierra.

Los excavadores, por su parte, cada vez hablan menos. También ellos llegan, hacen su trabajo y se van. Aunque desde que empezaron a respirar la neblina de las voces, miran con más detenimiento a los familiares de la cima.

—¿Qué tanto hacen aquí? —se pregunta Contreras, viéndolos a través de la ventana de la camioneta, mientras conducen por el camino de tierra que lleva al fondo de La Cochiquera.

Junto a la zona de parqueo se ha habilitado un nuevo sector de la excavación, un área destinada para agrupar todos los objetos hallados que ya no caben en la furgoneta de recolección. Un museo de las ruinas y los desechos:

Un libro rasgado.

Un anillo sin dedo.

Los rastrojos de una blusa.

La pata de una cama.

Un reloj de pulso a las doce menos cinco.

Las retroexcavadoras han dejado de remover la tierra.

—¿Por qué han parado las máquinas? —pregunta Montoya.

Contreras abre su maleta plástica frente a su nueva cuadrícula de tierra.

—Por qué más va a ser... Dígale, Ramírez, que a mí no me cree.

Ramírez organiza sus instrumentos sin prestarle atención a Contreras. Intenta evadir la respuesta, pero no puede. Levanta la mirada para recorrer la excavación. El basurero parece un

espejismo entre la bruma, los gases tóxicos, los gallinazos que lo sobrevuelan y los murmullos que lo inundan. Por un instante, Ramírez cree estar en un lugar distinto, como si el basurero fuera, al mismo tiempo, alucinación, cementerio y pesadilla. Su mirada termina en el rostro de Montoya.

—Están trabajando menos turnos. Si en las próximas semanas no encontramos cuerpos, cierran la excavación —le dice—. Es la orden de los jefes.

Montoya cree descubrir en los ojos de Ramírez lo que este acaba de experimentar al ver el basurero.

—¿Y la investigación? ¿Qué va a pasar con la investigación?

Ninguno le responde.

Cada vez hablan menos. Escarban la tierra en silencio mientras las horas pasan y las voces se fortalecen. Entonces, Montoya levanta la cabeza de su montículo de tierra y mira hacia atrás.

—¿Oyeron eso?

—¿Qué cosa? —pregunta Ramírez.

—Yo no oí nada —dice Contreras, quitándose el audífono.

—Sentí la voz de alguien —asegura Montoya.

—Debe ser el eco de alguno de nosotros…

Montoya se pone de pie.

—¡No, Ramírez! No era ninguno de nosotros.

Contreras no sabe qué decir, así que se ríe. Ramírez lo mira con ojos aterrados, como si la risa lo desfigurara.

—Era una voz distinta —afirma Montoya—. ¿De verdad no oyeron nada?

Contreras deja de reírse.

—No me diga que usted también cree en esas pendejadas, Montoya.

—No son pendejadas, Contreras. ¿Y usted, Ramírez? ¿También escuchó?

—Ha debido ser un compañero que pasó por aquí, Montoya. Tranquilícese.

Montoya le hace caso y vuelve a sentarse en su butaca de trabajo. Sus ojos se concentran en la tierra fangosa. Contreras, en cambio, se vuelve a reír y se pone otra vez el audífono con las noticias. Ramírez observa horrorizado la extensión del basurero: los excavadores caminan entre los desechos sin orientación alguna. La neblina se confunde con los gases que emana la

basura, y eso parece intoxicarlos. Ramírez vuelve a pensar que están en un sitio distinto del que creen. Susurra algo para que nadie lo escuche, solo los fantasmas.

—Todos aquí parecemos muertos —dice.

## 9

Los contornos de los muertos se van delimitando entre la niebla y la sombra. Ahora se les hace más fácil distinguirse entre ellos, aunque ni los hombres de blanco ni los familiares puedan hacerlo. ¿Cuántos no se conocían de antes? ¿Cuántos no se habrán tropezado por las calles del San Francisco Ángel? ¿Cuántos no habrán desaparecido la misma noche en el basurero? Se distinguen mejor, pero todavía no son capaces de reconocerse.

Los días pasan y es imposible llevar la cuenta.

Los familiares continúan rezando al borde del precipicio, se asoman al abismo de la basura, hablan entre ellos, se cuentan rumores, nombran todos sus nombres y, cuando llega la noche, vuelven a sus carpas para dormir.

Los muertos no duermen. Caminan libremente por la excavación, día y noche, sin descanso. Su tarea es ayudar a los excavadores a encontrar sus huesos, susurrarles la ubicación de posibles restos. No importa que la tarea siga siendo inútil y los esfuerzos solo sirvan para acumular objetos en el Museo de los Desechos. Ya ni siquiera les interesa llevarlos a la furgoneta, van directo a esa esquina del basurero y allí los dejan:

Un pantalón roído.

Una bota de caucho, la izquierda.

Un crucifijo partido.

Un calzoncillo agujereado.

Las astillas de un plato roto.

Hay algo en esos objetos que resulta cercano, por eso los fantasmas del basurero se detienen un buen rato para mirarlos con calma. A los hombres de blanco les sucede lo mismo: la manera como los desentierran y les limpian la tierra, el cuidado con que los cargan, la meticulosidad con que los ubican entre los demás objetos del museo, los hace pensar en ellos mismos y en sus muertos.

Contreras ha regresado de su caminata diaria. Se sienta en su

banquillo sin decir nada. De su maleta saca el medio sándwich de pollo que le quedó del almuerzo y lo come con parsimonia. Ve, más allá de las rejas metálicas que delimitan la excavación, las montañas de escombros que siguen creciendo.

—No acabaremos nunca —dice, después de terminar el sándwich.

Los excavadores están perdidos, desorientados, solo es cuestión de que bajen al basurero para que se transformen. Debe ser por los gases de la basura, por la neblina, por la lluvia interminable y punzante que lo humedece todo. El caso es que allí están: la mayoría camina sin rumbo, otros se quedan sentados viendo pasar el tiempo o tratando de descifrar las voces. La mayoría cree que en el basurero se están volviendo locos. Sin embargo, vuelven todas las mañanas como si se tratara de una condena. De todas maneras, hay algunos que siguen haciendo su trabajo, aunque muy pocos. Ramírez, por ejemplo, y Montoya; Contreras no. Contreras enciende un nuevo cigarrillo y mira a sus compañeros con burla. Se quita un audífono antes de hablar.

—Deberían coger ejemplo del resto y dejar de hacer esto —les aconseja.

Montoya se toma un descanso. Se pone de pie al lado de su cuadrícula excavada y observa el basurero con una expresión vacía. En su vacío, sin embargo, están contenidos el horror y la rabia. Delante de él crece una tierra infinita, estéril, tapizada de escombros. Garúa de alfileres. Eructos de gases. Sombras entre la niebla. Susurros rasguñando el aire. Los gallinazos sobrevuelan el basurero, acechando.

—Más bien debería ayudarnos —le pide Ramírez—. Alguien debe hacer el trabajo.

Contreras suelta una bocanada de humo.

—Sí, claro, como si nosotros solos fuéramos a desenterrar toda esta mierda.

—Hay que comenzar. Por todo el país están encontrando restos, menos aquí.

—Lo poco que encuentran no es ni la mitad de lo que sigue enterrado.

Ramírez insiste en escarbar la tierra.

—Pero hay que empezar —repite.

Contreras, en cambio, se queda mirando a Montoya.

—Y usted quite esa cara. ¿Se está volviendo loco o qué?

—Si alguna vez se quitara esos audífonos, seguro que los escucharía. Nos hablan todo el tiempo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué nos dicen?

Montoya agacha la mirada. Se concentra en los escombros de su cuadrícula.

—Todavía no los oigo con claridad.

Contreras se ríe. Montoya se enfurece.

—¡Pero de seguro nos piden que los saquemos de aquí!

—¡Este es el único cementerio que tienen, Montoya!

Contreras les da una última mirada a sus dos compañeros.

—Voy a dar otra vuelta antes de que me contagie de tanta locura.

Les da la espalda, se pone el audífono y se aleja de la cuadrícula. Ramírez se levanta y se acerca a Montoya.

—No le haga caso —le dice, poniéndole una mano sobre el hombro.

—La suya también es una forma de locura.

—Aquí nadie está loco, Montoya.

—Yo no estaría tan seguro. A veces creo que estamos en otra parte, como si el basurero fuera otra cosa, otro lugar. Como si al llegar aquí entráramos en otro sitio.

—¿Qué sitio?

Montoya mira a Ramírez directo a los ojos.

—Usted sabe qué sitio, no se haga.

Y después de decirle eso vuelve a su porción de tierra. Ramírez se queda de pie. Desde ahí puede ver a Contreras perderse entre los hombres de blanco, atravesando la neblina y los gases de la basura como un muerto más.

—A veces creo que jamás saldremos de aquí —dice Montoya, y continúa escarbando la tierra.

## 10

Hay excavadores que tampoco pueden salir del basurero.

—Así es —dice Montoya de repente.

Ramírez lo mira extrañado, pero no le dice nada porque sabe de qué habla. Ramírez también debió escuchar.

—Hoy todos hablan de lo mismo —continúa Montoya.

—¿Cree que deberíamos informar a los jefes?

—¿Usted qué cree?

—¿Y qué les decimos? ¿Cómo les explicamos que algunos de nosotros se han quedado a dormir aquí?

—Y que la mayoría andan como trastornados…

—¿Cómo les explicamos que nos hemos convertido en unos vulgares basuriegos?

Ramírez tiene razón, en eso mismo se han convertido: en basuriegos de huesos.

—Basuriegos de huesos —repite Montoya.

—No, lo mejor es no decir nada. Podrían cerrar la excavación definitivamente.

—Eso no podemos permitirlo, Ramírez.

Se callan y vuelven al trabajo. Están atrapados en La Cochiquera; no importa que Montoya y Ramírez no pasen la noche en el basurero, cuando regresan a sus casas siguen pensando en escombros, en desechos y en huesos.

—¿A usted le pasa eso, Ramírez?

—¿Qué cosa?

—Que sigue pensando en este basurero cuando está en su casa.

Ramírez no le responde, eso quiere decir que sí.

—Porque a mí sí me pasa. Hasta sueño con eso.

«¿Qué soñará Montoya exactamente?», se pregunta Ramírez.

—Sueño que Contreras, usted y yo vivimos en un búnker bajo tierra, que desenterramos huesos por todo el país. Sacamos huesos y más huesos que después terminan incendiándose.

«¿Ramírez soñará lo mismo?», se pregunta Montoya.

—¿Dónde está Contreras? —dice Ramírez para evadir cualquier comentario.

Hace más de una hora que Contreras anda dando vueltas por el basurero. Él y otros hombres de blanco han estado rondando la casucha de tablas y escombros que algunos de sus colegas han construido en un rincón del vertedero, y en donde cada vez más excavadores se quedan a pasar la noche.

Ahora regresa a la cuadrícula de excavación.

—¡Esto hay que denunciarlo de inmediato!

—¿Qué cosa? —le pregunta Ramírez.

—¿Acaso no les han venido con el chisme? Andan construyendo un refugio donde pasar la noche, aquí, en medio del basurero. Los que se han quedado no dejan de hablar de

fantasmas y de voces, y ya están asustando a los demás.

—¿A los demás o a usted? —le pregunta Montoya levantando la voz.

Contreras se los queda mirando sin saber qué responder; luego pasa la mirada por todo el basurero, pero sigue sin encontrar las palabras precisas.

—Pues si ustedes no lo denuncian, yo sí voy a hacerlo. Esta locura tiene que acabar de inmediato.

Contreras da media vuelta y camina en dirección a la carretera que sube por la ladera de la montaña hasta la parte alta del barranco. Montoya se levanta para ir detrás de él, pero Ramírez lo detiene.

—Déjelo, no va a hacer nada.

Contreras está decidido. Sus botas pantaneras se hunden en el fango, camina con dificultad pero resuelto.

Cuando llega al inicio del camino ascendente, se detiene.

Ramírez y Montoya alcanzan a verlo entre la niebla.

—Mírelo, hasta ahí llegó.

—No puede seguir.

Quizá sea por la neblina, que cubre todo el camino de subida y no lo deja ver con claridad. O quizá sean los rezos de los que están arriba, que a esa hora del día se hacen más fuertes y lo asustan. O quizá solo sean los muertos.

—Son los muertos los que no lo dejan seguir —resuelve Montoya.

Y Ramírez asiente. Contreras mira el camino de ascenso entre la niebla y ahí se queda, estático, temblando.

## 11

Otra vez han pasado la noche en el basurero. Son varios, más de cuatro, más de cinco. Varios. Para no levantar sospechas, llaman a sus casas y dicen que los han trasladado de urgencia a otra excavación, en algún otro lugar del país, pero la verdad es que se quedan en el basurero y pasan la noche en el cambuche que han estado construyendo. El refugio crece y en su construcción participan todos. Mientras unos escarban, otros se ocupan del cambuche que, con los días, ya se parece más a una casa a punto de caerse.

La neblina cubre todo el vertedero. Los gases de la basura suben lentamente como el humo de volcanes subterráneos. Un rayo de sol se cuela entre la espesura y embellece la basura fresca de la mañana. Las camionetas de los excavadores aparecen en lo alto del barranco.

El Museo de los Desechos sigue creciendo:

Un televisor despedazado.

Libros deshojados.

Un saco manchado de tierra.

Chancletas roídas.

Contreras conversa con otros excavadores. Comen empanadas y beben gaseosas en una pausa de la excavación. Es él quien lidera el grupo de los incrédulos. Sin moverse de donde están, observan el trabajo de sus colegas del refugio: tres de ellos buscan piedras, ladrillos, tablas, escombros de paredes destruidas para improvisar un pequeño mogote a un lado del cambuche. Uno de ellos se sube y empieza a hablar.

Contreras los mira con desprecio.

—Esto es lo que nos faltaba —dice tirando los restos de su empanada sobre un montón de basura—, que nos den un discurso.

Pero no, no es un discurso, Contreras se equivoca. El excavador está repitiendo lo que dicen las voces, lo poco que alcanza a entender.

—¡Yo repito lo poco que alcanzo a entender! —dice en voz alta.

Los que escarban la tierra, como Montoya, se detienen para escucharlo. Otros, como Ramírez, no le prestan atención y siguen escarbando. Y otros, como Contreras, conspiran en voz baja mientras se atragantan de empanadas. Pero el excavador no abandona su prédica. Habla de voces, de susurros, de huesos, de gases neblinosos que adquieren forma. Oye *noche*, oye *moscas*, oye *basura*.

—¡Las moscas venían en la noche a tirar su basura! —exclama con fuerza.

Montoya se pone de pie. Todavía tiene sus instrumentos de trabajo en la mano, los aprieta con fuerza. Escucha con atención lo que el otro dice. Hay algo revelador en los ojos de Montoya, en la manera como mira al hombre que habla. Sus ojos se dirigen al predicador, pero es otra cosa lo que miran. Se ve a sí mismo, o a

alguien parecido a él, siendo desenterrado del basurero. Imagina que las voces le limpian la tierra de los ojos. Da un paso adelante y se dirige al cambuche. Ramírez no se atreve a decirle nada.

## 12

También Montoya decide pasar la noche en el refugio. Adentro repiten lo que escuchan, o tratan de descifrar lo que creen escuchar. Hablan de los muertos sin saber cómo nombrarlos. La mayoría se refiere a ellos como *los muertos*, a secas. Otros les dicen *fantasmas*. Otros los llaman *voces*. Solo unos pocos se atreven a llamarlos *resucitados* o *zombis*, que es como se conocen por las calles del San Francisco Ángel y otros barrios de Capital.

El interior del cambuche se mantiene iluminado con lámparas. Para calmar el frío prefieren usar mantas; hacer una fogata puede ser peligroso en esa parte del basurero debido a los gases que arrojan los desechos. Arriba, en cambio, los familiares del barranco encienden el fuego cada vez que oscurece. Desde hace varias noches se han dado cuenta de que algunos de los excavadores permanecen abajo cuando la jornada de trabajo termina. ¿Cuántos? No lo saben, no están seguros. Cada noche intentan establecer el número exacto, además de comentar la evolución del refugio. ¿Por qué han decidido quedarse?, se preguntan una y otra vez. La conclusión es siempre la misma, aunque ninguno la dice abiertamente: los muertos no los dejan salir.

Al interior del refugio, Montoya mira a sus colegas. Todos siguen hablando de lo mismo, menos el que está sentado al fondo del cambuche, en silencio y con los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo. Pero no está dormido, está despierto; cierra los ojos para seguir el rastro de las voces. Es el mismo que habló hace unos días sobre el montículo de piedras. Montoya lo mira fijamente; el otro siente su mirada y abre los ojos, se miran en silencio, hasta que el predicador vuelve a su estado de concentración. Montoya sale del refugio a contemplar la inmensidad oscura del vertedero. Las siluetas negras de las montañas de basura sobresalen entre la neblina. Montoya piensa en ellas como en hematomas podridos de la tierra. Llagas. Supuraciones repletas de ruinas, de huesos podridos y voces que

crecen. Ahora es Montoya el que cierra los ojos para escuchar mejor. No dice ni hace nada, solo se queda estático, de pie frente a la oscuridad del basurero con los ojos cerrados. Los vuelve a abrir. Mira la neblina y cree ver algo. Está seguro de haber visto algo, un movimiento difuso entre la bruma.

Alguien le toca el hombro.

—Los está viendo, ¿verdad?

Es el predicador. Le ha hablado bajito, como para no espantar a los fantasmas. Montoya lo mira, pero de inmediato vuelve a mirar el basurero.

—Empiezan a aparecer entre la neblina —le dice.

—No, ellos son la neblina —lo corrige el otro, y los dos se quedan mirando el vacío.

## 13

Ramírez cree estar viendo la pantalla nublada de un televisor dañado. Aunque tampoco es eso lo que cree. Lo que cree es estar dentro de la pantalla de ese televisor. Pero se dice que no, sacude la cabeza como para levantarse de la pesadilla, se repite que está frente al basurero neblinoso, en pleno corazón podrido de La Cochiquera. Los impermeables blancos de sus colegas se confunden con la bruma, y los fantasmas se confunden con ellos. Se dejan ver y de inmediato se esconden detrás de las pilas de basura, o vuelven a desaparecer entre la niebla. Ramírez no sabe si son excavadores o muertos lo que está viendo. En todo caso les da la espalda, se abre camino entre la espesura, espantándola como si quitara telarañas del aire. Su respiración se agita, se tropieza con alguien y cae al piso. Es otro excavador. Ha quedado de rodillas frente a una pila de tierra húmeda.

—Tenga cuidado —le dice el otro—, aquí puede haber huesos.

Pero solo hay basura.

Ramírez avanza en cuatro patas, siente que sus manos y rodillas se hunden más de lo normal en la tierra. Percibe un olor extraño. No es el olor a basura podrida, al cual ya se ha acostumbrado desde hace mucho. Es otra cosa. Ramírez se mira las manos: es algo espeso, un líquido viscoso mezclado con tierra. Lo huele y arruga la cara; se pone de pie y sigue avanzando a tientas. Se tropieza con alguien más, siente que lo agarran por los

brazos.

—Hay que salir de aquí, Ramírez —le dicen.

Es la voz de Contreras.

—Esto se pondrá peor —insiste.

Ramírez se suelta y lo deja atrás.

—¡Hay que hacer algo! —le grita, pero ya Ramírez no lo escucha. La voz de Contreras también se pierde entre la bruma.

Ramírez avanza. Cada vez escucha más a los muertos. En medio de los murmullos hay otra voz que sobresale, y es esa la voz que Ramírez busca. Es el predicador del refugio. Ramírez cree distinguirlo entre la niebla, de pie sobre su montículo de piedras. A pocos metros del cambuche vuelve a chocar con alguien más. Esta vez es Montoya. Pensaron que se trataba de un fantasma, pero no, se reconocen. Ramírez sube las manos y las pone frente a la cara de su colega. Montoya baja la cabeza para mirar el suelo: sus botas pantaneras están cubiertas con la misma mezcla de tierra y ese líquido espeso. Entonces sube la cabeza para mirarlo bien.

—Es lógico que suceda —le dice—. Quieren salir como sea.

Y ambos se acercan al montículo de piedras para escuchar las voces muertas que el predicador sigue descifrando.

## 14

Hoy es el último día de la excavación.

Antes de que la cierren, Contreras busca fantasmas entre la bruma. Cree buscar a Ramírez y a Montoya, pero en realidad está buscando fantasmas. Se tropieza a cada paso con los excavadores perdidos en el laberinto interminable del basurero. La tierra es una amalgama de sangre y desechos, de huesos podridos y murmullos que crecen entre la niebla.

Contreras agarra del brazo al primero que se cruza por su camino.

—Estamos intoxicados por los gases de la basura —le dice—. ¡Hay que acabar con esto de una vez!

—Esperemos hasta mañana —le sugiere el otro.

—No hay mañana, hay que hacer algo hoy mismo.

Contreras siente el olor ácido de la llovizna mezclado con los gases del basurero. Piensa en las pilas de basura como si fueran

calderas activas para calcinar huesos. En eso mismo piensa. Entonces corre entre la bruma, con dificultad porque sus botas pantaneras parecen pegarse al almizcle de la tierra. Va en dirección a las camionetas. Se estrella contra ellas; algo busca en el compartimento trasero, algo agarra, algo lleva entre las manos. Es un galón de gasolina. Avanza y vuelve a entrar al corazón neblinoso de La Cochiquera.

—¡Hay que acabar con esto de una vez! —sigue repitiendo.

Ya puede verlos. Los muertos ya tienen forma, pero Contreras los ignora. Agarra el bidón con las dos manos y lo primero que rocía con gasolina es el Museo de los Desechos. Enciende un fósforo y lo tira sin pensarlo. Ahora va de cuadrícula en cuadrícula rociando gasolina.

—¿¡Qué está haciendo, Contreras!?

Es la voz de Ramírez la que grita. Montoya se acerca. Contreras enciende otro fósforo.

—¡Hay que acabar con esto! ¡Hay que acabar con esto hoy mismo, mañana es tarde!

Ramírez lo alcanza; entre él y Montoya lo agarran, pero ya no pueden hacer nada. El fuego arde, se propaga por el basurero, devora los desechos, y Contreras extiende las manos como si quisiera agarrar las llamas.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Montoya.

Ramírez no sabe qué decir. En realidad, no tiene nada que decir. Lo único que puede hacer es quedarse callado y levantar la mirada para observar, quizá por última vez, la totalidad del basurero.

# La estatua

*¡Un caballo, un caballo! ¡Mi reino por un caballo!*

Shakespeare, *Ricardo III*

# 1

El presidente Ismael Camargo Posada abre los ojos a las cinco de la mañana, intranquilo y sin haber dormido lo suficiente. No es la ansiedad por la inauguración de su estatua ecuestre lo que le molesta; los años ya lo han acostumbrado a ese tipo de homenajes. La preocupación es otra.

Esta vez soñó con las colinas de palma que rodean la casa grande de La Serrana. Soñó que las colinas se incendiaban y de ellas bajaba una gruesa neblina. Lo que bajaba no era el humo negro del incendio, ese se desvanecía en el cielo púrpura de la madrugada; lo que bajaba era una neblina robusta que iba tomando la forma de cuerpos humanos a medida que se acercaba a la casa. De la bruma emanaba un enjambre inentendible de voces y zumbidos de moscas. En piyama y montado en Capitán Mandrake, su caballo muerto, Camargo Posada custodiaba la casa como quien cuida una trinchera de guerra.

Las voces del sueño lo despertaron.

La luz tenue del exterior que se cuela entre los intersticios de la cortina hace menos espesa la oscuridad de la habitación. Camargo agarra su bastón al lado de la cama; los huesos le pesan, las articulaciones chirrían como bisagras oxidadas; camina con lentitud hasta el ventanal de la habitación y descorre las cortinas: ahí están, intactas, las colinas bañadas por el azul transparente y fresco del amanecer.

El general Onofre desplegó el mapa de las comunas del sur sobre la mesa. Camargo miró el plano con escepticismo y las gafas en la punta de la nariz. Aquella marejada de líneas y colores le pareció inentendible. El general Onofre se adelantó a la petición del presidente y con un lápiz rojo encerró varios puntos sobre el mapa.

—Estas zonas ya las tenemos identificadas —aseguró—, pero creemos que hacen falta más.

Camargo se acomodó las gafas en el puente de la nariz para mirar bien al general. Los años y todo el trabajo juntos los habían convertido en aliados silenciosos. Últimamente, sin embargo,

quizá por la vejez, le era imposible mirarlo sin sentir también ese peso que los unía, un inmenso fardo de carne fresca y huesos que les oprimía el pecho y la espalda. Camargo luchaba por mantener balanceado el peso; intuía que Onofre hacía lo mismo. Nunca habían hablado al respecto. En eso, también, consistía el pacto.

—No le quepa la menor duda, mi general: esa gente está en todos lados —sentenció Camargo—. Esta vez hay que buscarlos así sea debajo de las camas. La operación tiene que ser contundente.

Los informes de inteligencia indicaban que el Comando de Fuerzas Subterráneas (CFS), un revoltijo de los despojos de las antiguas guerrillas que habían azotado el país, y que ahora operaba bajo las alcantarillas de Capital, había vuelto a infectar las comunas del sur con su retórica, reclutando nuevas fuerzas. «¡Se burlan de nosotros en nuestras caras, bajo nuestros pies!», le expresó Camargo a su ministra de Defensa, cuando tomaron la decisión de intervenir. Lo cierto es que las encuestas de popularidad no iban muy bien; las elecciones serían en año y medio y los golpes militares siempre funcionaban en esos casos. Camargo lo sabía. Circo, sangre y votos, ahí estaba el secreto de su éxito.

—¿Este es el basurero? —preguntó Camargo.

—Así es —respondió el general Onofre mirando al presidente, intentando descifrar alguna señal entre las arrugas cuarteadas de su cara marchita.

—Esta vez será definitivo —pronosticó Camargo—. Una refundación completa, limpia. Hay que utilizar todas las fuerzas —aconsejó, y esta vez el general identificó la señal que estaba esperando—. ¿Dónde estaremos nosotros?

—Aquí estará la base —respondió Onofre dibujando un círculo sobre un punto del mapa—, en la entrada del San Francisco Ángel.

Camargo estuvo de acuerdo con la explicación que el general le dio a continuación. Tendría que decretar un Estado de Excepción por los dos días de la operación, pensó mientras Onofre seguía exponiendo detalles militares. El decreto no sería problema, resolvió Camargo, nunca lo había sido. Le pediría a Palomino que coordinara la redacción con el equipo legislativo. El presidente se levantó de su asiento y dio por terminada la reunión.

—Hay que empezar de inmediato —dijo, y caminó con dificultad hasta la salida, ayudado por el bastón. Junto a la puerta se detuvo y se volvió hacia el general—. ¿Cómo la llamaremos?

El general Onofre sacó pecho y la barriga se le infló aún más.

—¡Cazador, Operación Cazador! —exclamó.

Camargo asintió con una sonrisa avejentada y salió de la sala.

La primera vez que soñó con los zombis fue a los pocos días de iniciada la excavación. El sueño parecía un programa de televisión mal sintonizado en medio de una habitación en llamas. Arriba de Capitán Mandrake, Camargo se veía igual de viejo, la piel seca, el cuerpo débil, como si siempre hubiera sido un anciano momificado. Vestía su piyama con la cinta presidencial cruzada en el pecho. La carretera por la que cabalgaba a paso lento era solitaria, cubierta por una niebla gris y esponjosa que le impedía ver con facilidad, como si estuviera dentro de una cápsula de humo. Las voces empezaron a escucharse a lo lejos, mezclándose con el sonido de los cascos de Mandrake sobre el asfalto. Unos metros más adelante, la hilera de caminantes fue apareciendo por el costado izquierdo en sentido contrario. Apretó las riendas y el caballo se detuvo. Los vio pasar. No hablaban entre ellos, pero el rumor de sus voces los envolvía. Miraban al frente, sin percatarse del hombre a caballo que los observaba absorto y temeroso. Parecían vivos, como una persona cualquiera de carne y hueso, pero estaban muertos. Eran zombis. Camargo lo descifró de inmediato. Entonces agitó las riendas y Capitán Mandrake apuró el pasó. Cabalgó hasta que la carretera se convirtió en un camino empedrado cubierto por una alfombra roja. Mandrake aminoró la velocidad sin necesidad de instrucción alguna, y cuando Camargo cayó en la cuenta, estaban atravesando la plaza de armas hacia la entrada del palacio presidencial. Tras la niebla estallaban *flashes* de cámaras fotográficas a los costados de la alfombra. De todas las ventanas del palacio caía una lluvia de papeles quemados. Un edecán apareció de repente y lo ayudó a desmontar. Camargo miró a su alrededor. Sintió que deseaba estar ahí, pero no sabía por qué, y en el sueño se sintió perdido. Vio sus manos temblorosas pasarle las riendas al edecán sin rostro. «Cuídemelo, que ya vuelvo», le

pidió Camargo, y caminó sobre la alfombra chamuscada, tan roja, tan vivamente escarlata, tan real que la tela parecía un líquido espeso, pegajoso y brillante.

## 2

Palomino lo ve llegar al comedor acompañado por la enfermera. En quince años no ha dejado de mirarlo con la misma solemnidad con la que ahora lo hace. Comenzó a trabajar con él cuando salió de la facultad de Ciencias Políticas y consiguió una pasantía *ad honorem* en una de sus campañas presidenciales. Después de eso lo contrataron para un pequeño puesto dentro del equipo legislativo de Palacio, y a partir de ahí comenzó su ascenso en el séquito de aprendices serviles que acompañaban a Camargo en las sombras, hasta convertirse en lo que es hoy: su mano derecha, su asistente personal y, según él, la persona que mejor conoce su ideario político. José Gregorio Palomino se siente orgulloso de su trabajo. ¿Para qué maestrías o doctorados si lo aprendido junto a Camargo Posada es más que suficiente?

—Buenos días —dice, poniéndose de pie.

Camargo responde, deja el bastón al lado de la mesa y la enfermera lo ayuda a mover la silla. Solo entonces Palomino se sienta.

—Bienvenido a La Serrana —le dice Camargo desde la cabecera de la mesa.

No es la primera vez que Palomino visita la hacienda por cuestiones de trabajo. Le gusta, no lo niega, pero no soporta el calor.

—Gracias.

—¿Cómo estuvo el viaje? —pregunta Camargo mientras una criada le sirve café y otra más aparece con los platos del desayuno.

Palomino llegó la víspera, tarde en la noche, para estar con el presidente en la inauguración de la estatua y acompañarlo por unos días; hubiese preferido hacerlo desde que el médico recomendó reposo absoluto cuando iniciaron las pesadillas. «Está padeciendo una crisis nerviosa, necesita tomarse unas vacaciones y descansar», le recetó su doctor de cabecera cuando lo visitó en Palacio. Así que Camargo dispuso todo para seguir llevando las

riendas desde La Serrana. Pero la acción, por supuesto, está en Capital, en los salones y pasillos del Congreso, en las reuniones privadas en clubes, en sótanos húmedos y fríos, y en las grietas infectas donde se gesta el futuro de las nuevas elecciones. Camargo sabe que los de su partido hablan de él a sus espaldas. Lo consideran demasiado viejo, la Operación Cazador les ha traído más problemas que beneficios, la imagen internacional se empaña cada vez más y los rumores de la crisis y las pesadillas ya empiezan a circular. Lo sabe porque les ha pedido a los agentes de la Policía Administrativa de Seguridad (PAS) que intervengan las llamadas de todos, tanto de aliados como de contradictores. Por eso le pidió a Palomino que se quedara en Capital; necesita que alguien de su entera confianza mida el pulso de la situación y lo mantenga informado. Palomino, como siempre, se sintió honrado por el nuevo encargo.

—Estuvo muy bien, gracias, presidente.

—¿Trajo el informe?

Palomino saca dos carpetas del maletín que descansa en el piso y desliza una de ellas sobre la mesa. Camargo ni siquiera la abre.

—Cuénteme, luego la miro.

—Las seis primeras páginas son las transcripciones del PAS. Han puesto agentes a seguir a los conspiretas y a otros a seguir a… la gente esa.

—¿Qué gente?

—A los de la excavación, los familiares de las supuestas víctimas.

—Cuénteme del partido, luego me habla de ellos.

—Nada raro desde el último informe. El senador Zambrano y la senadora Jaramillo siguen en firme con sus aspiraciones presidenciales. El apoyo de la bancada todavía es reducido, pero podría aumentar. Dicen que ya es hora de una renovación, que la comunidad internacional empieza a ver con malos ojos un posible nuevo mandato. Pero todos dicen que no darán un paso sin hablar con usted primero.

—¿Y usted qué cree?

—Que es cierto. No se atreverán a hacer nada sin antes consultarlo. El camarguismo no es nada sin usted. Debe presentar su nombre a las elecciones, señor Presidente, el Enemigo sigue acechando. Todo mi análisis de la situación está en el informe.

—Lo leeré cuando vayamos en el carro. ¿Y cómo está lo de hoy?

—Lo de hoy marcha a la perfección. Anoche pasé por el sitio antes de llegar aquí. La plaza está como nueva, presidente, los camarguistas de Montevilla hicieron un trabajo magnífico: pusieron una valla enorme al final del camellón, frente a la tarima, con una foto suya en Capitán Mandrake. Hermosa. Ya la estatua está en su lugar, pero cubierta, custodiada por agentes de la Policía.

—¿El gabinete estará ahí?

—Todos. Y los congresistas del partido también. Incluí la lista de invitados en el informe: ganaderos y empresarios de la zona, como usted dijo.

—No quiero hablar con ninguno del tema. Cuando se acabe eso nos venimos de inmediato para acá, nada de reuniones. ¿Y mis hijos van a venir?

—Ellos y su esposa deben estar camino al aeropuerto en este momento. Llegarán directo a la plaza.

Camargo aparta el plato con el desayuno casi intacto. Las pesadillas y los zombis le han quitado el apetito. Mira a su derecha por encima de Palomino, que ya ha devorado su desayuno, y observa el día a través del inmenso ventanal de la sala: el sol resplandece con fuerza sobre un cielo despejado, al fondo se distinguen imponentes las colinas sembradas de palma.

—Una cosa más —dice sin dejar de ver por el ventanal—: dígales a los de seguridad que vigilen bien las colinas. Anoche soñé que los muertos las quemaban.

El calor era sofocante. Hacía más de una hora que habían dejado la carretera pavimentada para internarse entre senderos polvorientos, monte adentro. A cada lado, las tierras cercadas se extendían sin un solo cultivo, salvo el pasto amarillento para alimentar el ganado que reposaba bajo unos pocos árboles. El tipo que conducía el Jeep hablaba poco, casi nada. Aguirre se sintió adormilado por la brisa caliente y el vallenato de la emisora que sonaba de fondo. Se acomodó las gafas oscuras de piloto en la nariz y estiró el cuerpo con un largo bostezo.

—¿Falta mucho?

—Ya estamos llegando —dijo el otro, y comenzó a silbar el

vallenato de la emisora.

Media hora después, el Jeep volvió a desviarse de la carretera polvorienta por un angosto sendero que lo condujo a la calle principal de un caserío. A los alrededores solo se veían hombres armados, vestidos de camuflaje. El Jeep siguió derecho por la calle hasta detenerse al pie de un almendro frente a una casona de esquina levantada sobre un amplio pretil.

—Hasta aquí llegamos —dijo el conductor bajándose del Jeep. Aguirre lo siguió.

Un tipo sin camisa, con pantalón camuflado y botas negras de cuero descansaba sobre un taburete recostado en el almendro, con una mano en el cañón del fusil. Ni siquiera se inmutó cuando los otros dos bajaron del carro.

—Vaya informando que llegamos —le pidió el conductor.

El tipo se levantó del taburete con parsimonia, se echó el fusil al hombro como si fuera una mochila y entró en la casona.

—Siéntese con confianza —le dijo el conductor señalando el taburete.

—Prefiero estirar las piernas —respondió Aguirre y, guiado por el sonido de motores que se acercaban, caminó unos pasos hasta salir de la sombra del almendro. Una caravana de Jeeps, repletos de sacos y bolsas negras, pasó de largo por la calle principal. Aguirre los vio alejarse entre las nubes de polvo con una sonrisa maliciosa, y aprovechó para dar una mirada a su alrededor: era evidente que el pueblo estaba abandonado; las paredes de las casas estaban chamuscadas, y las que aún se mantenían en pie tenían mensajes amenazantes escritos con aerosol. Más al fondo, Aguirre vio a un grupo de hombres que jugaban microfútbol en una cancha pavimentada; detrás de ellos, arriba de una pequeña colina, se levantaban los cascarones de la antigua iglesia. De alguna parte estalló el sonido estridente de un vallenato que se mezcló con el grito de júbilo de los que jugaban.

Aguirre sintió la presencia del conductor a su lado, que le ofrecía una cerveza.

—Para el calor —le dijo.

Aguirre la aceptó y le dio un largo sorbo.

—Tienen que distraerse con algo —dijo el conductor refiriéndose a los que estaban en la cancha—, esta guerra no es fácil. Este pueblo estaba invadido de guerrillos, tocaba limpiarlo. Los que murieron aquí se quedaron aquí. ¿Sí ve la iglesia? Detrás

de ella los enterramos a todos como pudimos… Bueno, yo no, ellos. Ahí están toditos. ¿Se imagina si un día empiezan a salir? —El conductor se echó a reír—. A veces pienso en eso, ¿usted no? ¿Se imagina?

Siguió riendo, y Aguirre sintió que la risa venía envenenada por el delirio.

—¿Ya avisaron que llegué?

—El patrón viene en camino —le respondió el conductor observándolo de reojo, aún con los últimos vestigios de su risa endiablada en el rostro—. Vamos a la sombrita y nos tomamos otra mientras esperamos.

El conductor caminó hacia el almendro sin esperar respuesta. Aguirre volvió a mirar a los jugadores y la iglesia chamuscada antes de seguirlo. «¿Cómo sería si algún día empezaran a salir?», pensó, y le dio el último sorbo a su cerveza.

Al principio, Camargo pensó que cabalgaban por La Serrana. La hacienda era enorme, interminable. El día era soleado y el pelaje azabache de Capitán Mandrake resplandecía. El caballo lo guiaba; él solo acariciaba el cuello robusto del animal y se deleitaba con el paisaje de sabanas y colinas frondosas. Hasta que sintió que el paso de su caballo se hacía más dificultoso, lento y pesado. La tierra se había vuelto fangosa; un barro espeso y viscoso cubría los cascos de Mandrake. Lo que vio eran huesos, costillares y cráneos sobresaliendo del fango, como si emergieran de lo más profundo de la tierra. ¿Era La Serrana por donde cabalgaba? Camargo lo dudó, pero la hacienda era tan inmensa, tan inexorable, como si contuviera un país entero, que cualquier cosa podía ocurrir en ella. El camino fangoso los condujo hasta la entrada de un pueblo. En realidad, eran los restos de un pueblo. Los rastrojos de un pueblo. La maleza ya lo había devorado por completo. Casas asfixiadas por bejucos, paredes derruidas, techos podridos, todo invadido por la yedra. Mandrake no se detuvo, siguió avanzando entre el fango y los huesos. Entonces escucharon los zumbidos de las moscas, y se dejaron guiar por ellos hasta una plaza circular cubierta por una maraña de matorrales. En el centro de la plaza se levantaba una estatua de yeso de la Virgen del Carmen, por la que crecían enredaderas y matojos como venas deformes. Encima de la estatua estaba la

nube negra de moscas, acechando. De repente, sin saber de dónde salían, la antigua plaza empezó a llenarse de gente. Hombres y mujeres, ancianos y niños. Camargo los reconoció. Eran ellos otra vez. Sus voces chirriaban en el ambiente como si rasguñaran el aire, aunque ninguno estuviera hablando. Hubiese querido que rodearan a Capitán Mandrake, que le gritaran algo, que lo atacaran, de esa manera habría podido defenderse. Pero los zombis no hacían nada, y esa completa indiferencia era lo más perturbador. «¡Cállense!», les gritó Camargo. «¡Lárguense de aquí!». Ninguno se inmutó; sus gritos eran inaudibles, insignificante, carentes de cualquier poder. Así que agitó las riendas de su caballo y, mientras se alejaba de la plaza dejando atrás a los muertos, acompañado por la nube de moscas, se despertó.

## 3

El dispositivo de seguridad está listo. Frente a la casona de dos pisos hay tres camionetas negras, blindadas hasta el último milímetro de carrocería. Detrás de ellas, muy cerca, dos camionetas más, idénticas a las otras, llevan al resto de guardaespaldas. Los hombres van tan armados que podrían contener por sí solos el ataque de un frente del CFS. El dispositivo de seguridad lo completan varias motos policiales y cuatro radiopatrullas que esperan en la carretera, a la salida de La Serrana. Un helicóptero sobrevuela la zona.

Camargo ha decidido ocultar las pocas hilachas de pelo de su calva reseca y manchada bajo su sombrero de paja fina. Viste camisa y pantalón de lino blanco, escogidos por una de las asistentes de su séquito. Él habría preferido usar una de esas ruanas que solía llevar en sus primeros años de mandato, pero la asistente de imagen insistió en una vestimenta más formal. Al final le dio lo mismo, el acto no duraría más de una hora y no pensaba quedarse en la plaza ni un minuto más.

Palomino ya está en la puerta, esperándolo. Camargo apoya primero su bastón y da un paso fuera de la casa. Es la canícula. El sol le da de frente y le encandila los ojos. Los guardaespaldas se ponen alerta de inmediato, hablan entre ellos a través de sofisticados mecanismos de comunicación, se encienden los

motores de carros y motos, y esperan a que el presidente avance. Pero Camargo se toma su tiempo. La inquietud de la madrugada no ha desaparecido. Mira a su alrededor como si esperara encontrar algo diferente. Mira las camionetas que lo esperan y siente ese impulso del poder que bombea sus venas como una corriente adictiva.

Aun así, sigue sin moverse, concentrándose ahora en las colinas de palmas que crecen al fondo de la hacienda.

—¿Les dijo que revisaran las colinas?

A Palomino le preocupa la pregunta. Lo mira con extrañeza disimulada y duda antes de responder con una mentira.

—Claro que sí, señor Presidente. Me dicen que todo está bien.

Solo entonces se atreve a avanzar. Palomino camina a su lado sin sobrepasarlo. El chofer lo ayuda a subir a la camioneta del medio, y Palomino sube después. El resto del séquito, la secretaria personal, la jefa de prensa, la asistente de imagen, dos asistentes para asuntos legislativos y la enfermera, se divide en los otros carros. Camargo se quita el sombrero y observa con curiosidad la extensión fecunda e inagotable de su hacienda, difuminada por el color humo de la ventana polarizada.

—¿Pudo leerle el informe? —le pregunta Palomino cuando las camionetas se ponen en marcha.

—No —responde Camargo sin dejar de mirar por la ventana; luego gira levemente la cabeza para dirigirse a su amanuense—. Léame las transcripciones de las llamadas —le pide.

Palomino reacciona de inmediato: saca la carpeta de su maletín y busca la página con la primera transcripción, una llamada entre el senador Zambrano y el representante Becerra. Zambrano hace la llamada desde su oficina en el Senado; Becerra responde desde un lugar a las afueras de Capital. Tema: aspiración presidencial / posible conspiración. Palomino no ha terminado de leer el encabezado de la transcripción, cuando Camargo lo interrumpe.

—Mire —le dice, señalando por su ventana.

Las camionetas han tomado ya el amplio camino de grava que conduce hasta la salida principal de La Serrana. Al exterior de las caballerizas, los jornaleros cepillan y lavan los caballos de paso fino.

—¿Qué cosa, las caballerizas?

Camargo no responde porque en ese momento su ángulo de

visión le permite ver con mayor amplitud. Sin pensarlo, le pide al chofer que se detenga.

La comunicación entre los guardias se activa. Sin esperar la ayuda de nadie, Camargo abre la puerta, se pone su sombrero, fija el bastón en la grava y desciende del vehículo. Palomino baja de inmediato, le da la vuelta a la camioneta y apresura el paso hasta alcanzarlo. Solo entonces comprende de qué se trata. Es el caballo que está lavando el jornalero. Camargo camina hasta acercarse lo suficiente a un caballo pinto de grupa ancha y cola erguida. Ambos, asistente y presidente, detallan la figura altiva del animal. Los ojos brillantes, como cubiertos por una membrana de agua, hablan desde un silencio profundo y tranquilo. Palomino hace un gesto con la mano para que el jornalero se acerque con el caballo. Camargo da un paso más hasta tocar la crin del animal; sin dejar de mirarlo a los ojos, absorto en aquella comunicación silenciosa, pasa su mano por el cuello del caballo y baja por la frente hasta la barba.

—Anoche volví a soñar con Capitán Mandrake —le confiesa a su asistente, y sin esperar comentario alguno, da media vuelta hacia la camioneta.

Redentor Mosquete conocía muy bien el gusto del presidente por los caballos. Siendo apenas un niño, Redentor recuerda haberlo visto en varias oportunidades en la finca de su familia, acompañando al viejo Francisco Camargo a cerrar negocios de ganadería y otros asuntos. Efraín Mosquete, el padre de Redentor, los llevaba a visitar las caballerizas, e Ismael, que para entonces ya andaba en correrías políticas para el Congreso, se deleitaba viendo los ejemplares de paso fino con los que el viejo Mosquete participaba en competencias internacionales o que vendía como sementales en ferias equinas. Cuando salió elegido senador, don Efraín ofreció una fiesta en su finca en la que lo presentó con otros socios, también aportantes a su campaña. En mitad de la celebración, cuatro mujeres en bikinis diminutos le trajeron, como regalo de sus nuevos socios, un bello ejemplar color café almendra con el que el entonces senador Camargo inició su colección hípica. Redentor tenía doce años; Camargo, treinta y cuatro.

El lanzamiento de su tercera campaña al Senado fue celebrado

con una feria; la mayoría de los ejemplares provenían de las caballerizas de los Mosquete. Redentor y Bernardo, su hermano menor, estuvieron esa tarde en la plaza acompañando a su padre, ya enfermo y agobiado por el asesinato de Belisario, su hijo mayor. Ismael le había prometido que, si lo elegían, movería cielo y tierra para encontrar a los asesinos de su hijo. Cuando lo eligieron, corrieron la voz de que el crimen había sido perpetuado por un frente guerrillero de la zona, aunque todos sabían que se trataba de un ajuste de cuentas entre socios. A don Efraín le alcanzó la vida para ver las Willys repletas de hombres armados arrasar la tierra en busca de los supuestos criminales. Murió unos cinco años después, meses antes de que Ismael fuera elegido gobernador del departamento, sin saber si entre todos los muertos estaban los asesinos de su hijo, o si aquello no había sido más que una treta para infundir terror y hacer prosperar los negocios y la política. Redentor tenía entonces unos veintiséis años.

El terror se incrementó con el asesinato del viejo Francisco Camargo. Cuando se enteró del crimen, Redentor supo que había sido por las mismas razones por las que mataron a su hermano Belisario. En los noticieros de televisión, en cambio, vio al gobernador Camargo anunciar que, según informes de inteligencia, el crimen de su padre había sido cometido por un frente guerrillero del CFS que seguía operando en la zona. «El Enemigo nos acecha y debemos enfrentarlo de todas las formas posibles», anunció. Redentor descifró de inmediato el plan del gobernador; supo que lo contactaría en cualquier momento. Tenía veintiocho años y, desde hacía mucho, Bernardo y él se ocupaban de los negocios de la familia Mosquete. En efecto, Camargo lo contactó a través de un tercero y coordinaron un encuentro. Se vieron una noche en las caballerizas de La Serrana, por entonces una finca de dimensiones regulares, no la hacienda en que se convertiría luego, tan grande que cabían todos los muertos de un país entero. El pacto que lo llevaría un escalón más arriba en sus aspiraciones políticas se selló esa noche con un apretón de manos.

Por eso, cuando Camargo fue elegido presidente por primera vez, a Redentor Mosquete no se le ocurrió un mejor regalo para consolidar ese viejo pacto de negocios que un hermoso caballo. El mejor de todos. Un semental vigoroso y fornido. Negro azabache, de ojos nobles y profundos como la noche. Crin larga y cola esbelta; cuello erguido y pecho robusto; muslos fuertes y porte

gallardo. Lo envió a La Serrana aprovechando el primer fin de semana de descanso del nuevo presidente. Iba en un remolque acompañado de una papayera y escoltado por dos camionetas blindadas. El emisario llevaba una nota escrita a mano, que entregó directamente al presidente en la entrada de la casona. «Se llama Capitán Mandrake, el mejor ejemplar de todos. Por una larga y próspera amistad, Redentor». Antes de acercarse por primera vez a su caballo nuevo, Camargo guardó la nota en el bolsillo de su camisa y la palpó para no olvidar que debía quemarla luego.

Las guerrillas del CFS habían bombardeado las praderas de La Serrana. ¿Quién más sino ellas? La tierra estaba marchita y quemada. Aún se veían algunas llamas. Era basura lo que se quemaba; pilas de basura chamuscándose como hogueras. El humo se mezclaba con la neblina, y las pavesas ascendían como luciérnagas de fuego en la bruma espesa. Montañas de basura y huesos, comprobó Camargo cuando Capitán Mandrake pasó cerca de unas de las piras encendidas. ¿Quién había bombardeado La Serrana?, se preguntó el presidente, y siguió cabalgando entre las hogueras. A lo lejos distinguió a los zombis que cruzaban las paredes de niebla y humo. Los estaba siguiendo. Mandrake los seguía como hipnotizado por sus voces, y encima de ellos, la nube de moscas escoltaba sus pasos. De repente, los excavadores, forrados en sus trajes de polietileno blanco, empezaron a aparecer entre la humareda. También ellos parecían fantasmas. Los primeros escarbaban la tierra quemada, pero a medida que Mandrake avanzaba, sus acciones eran más confusas. Unos se quedaban estáticos mirando el fuego consumirse en las pilas de despojos; otros caminaban sin rumbo entre el basurero bombardeado en que se había convertido La Serrana; otros más corrían despavoridos, dando gritos. Camargo vio a uno de ellos sentado sobre la tierra, llorando desconsolado. Había uno que llevaba el torso desnudo y daba gritos con un bidón de gasolina en la mano. Más adelante, uno de los excavadores predicaba un evangelio de voces muertas. Liturgia del desecho, pensó Camargo. Palabra sagrada de los huesos. El verbo eterno de las tumbas sin nombre. El predicador se acercó a Capitán Mandrake y los observó pasar haciendo una señal de la cruz. Sus ojos encendidos,

encandilados, brillaban en la niebla como dos faroles. Sin inmutarse, hombre y caballo dejaron atrás el basurero incendiado y continuaron su camino en medio de aquella pradera bombardeada. La Serrana era el limbo de un infierno. Camargo se concentró en los zombis que iban adelante, en la nube de moscas que los escoltaban, y en los rasguños de las voces.

## 4

El presidente sigue mirando el caballo mientras la camioneta se aleja.

—A veces escucho su relincho —susurra.

—Era un buen caballo.

—¿Usted conoció a Mandrake? —le pregunta, dirigiendo la mirada a su asistente.

—Lamentablemente, no. Pero debió serlo según lo que usted cuenta.

—Era el mejor. Hasta después de muerto sigue siendo bueno; ahora aprendió a cabalgar entre huesos.

A Palomino lo desconcierta el comentario, pero la petición de Camargo de seguir leyendo la transcripción no le da tiempo para reaccionar. Palomino obedece y vuelve a abrir la carpeta.

La conversación fue hace tres días. ZAMBRANO: «Si reunimos más gente, podemos convencerlo». BECERRA: «Pero ¿quién se va a ir contra el viejo?». ZAMBRANO: «Usted sabe que hay gente, hay es que meterle más la ficha, como sea». BECERRA: «Yo puedo seguir indagando, hay algunos que me han dicho que sí. ¿Hay apoyo militar?». ZAMBRANO: «Mañana me reúno con el coronel Olano, vamos a ver, le voy a ofrecer el PAS». BECERRA: «Ese mínimo quiere el ministerio». ZAMBRANO: «Le voy a proponer un plan a mediano plazo, le va a gustar». BECERRA: «¿Y… de los otros?». ZAMBRANO: «¿Cuáles otros?». BECERRA: «Pues los otros, senador, el otro apoyo militar…». ZAMBRANO: «En eso Camargo es más fuerte, pero se puede hacer algo, tampoco a ellos les conviene el desgaste del viejo». BECERRA: «Cada vez se ve más acabado». Palomino hace una pausa dubitativa.

—¡Siga! No omita ninguna parte —le ordena Camargo.

Palomino se reprocha el desliz, su informe mantiene la transcripción original, con los tachones hechos por él para evitar

que el presidente sepa ciertas cosas. Continúa. ZAMBRANO: «Parece una momia disecada. (Risas)». BECERRA: «¿Es cierto lo que dicen, que se está volviendo loco pasando una crisis?». ZAMBRANO: «No he hablado con él desde que se fue a La Serrana. Pero parece que ya anda delirando confundiendo cosas, por ahí tenemos que agarrarnos». BECERRA: «Los años no vienen en vano… ¿Usted va a ir a lo de la estatua?». ZAMBRANO: «Eso es una mamera, una pérdida de tiempo, pero toca». BECERRA: «Entonces allá nos vemos». ZAMBRANO: «Listo. Vaya tratando de mover algo en estos días a ver si después de la inauguración logramos hablar con el viejo. Yo veré». Fin de la llamada.

—Sanguijuelas —murmura Camargo—. Eso son, sanguijuelas asquerosas.

—¿Sigo leyendo?

Camargo vuelve a la ventana. ¿Cuánto tiempo le tomó convertir La Serrana en su país propio? ¿Cuánto tiempo le tomó refundar el otro? Mira las praderas y las colinas de palma de la hacienda y se pregunta por las dimensiones de su reino. ¿Cuántos países encierra La Serrana? ¿Cuántos infiernos hay en ella? Camargo imagina que la tierra infinita que se extiende más allá de la ventana se llena de agujeros de repente, de grietas y cavernas que se hunden hasta lo profundo. Por un instante, las pesadillas nocturnas aparecen a la luz del día. Se imagina a sí mismo montado en Capitán Mandrake, resbalando por uno de esos agujeros. Siente miedo. Jamás había sentido tanto miedo como en las últimas semanas. ¿Y si Becerra y Zambrano tienen razón?, piensa. ¿Y si de verdad se está volviendo loco?

—No pienso reunirme con Zambrano ni con Becerra ni con nadie —dice, saliendo de sus cavilaciones.

—Como usted diga, presidente.

—¿El encuentro con el coronel Olano se produjo?

—No hay información al respecto. Si se hubiera dado, nos habríamos enterado.

—Hay que estar atentos con eso. Dígales a los del PAS que refuercen la vigilancia y las escuchas.

Palomino asiente y toma nota mental de la petición. Camargo vuelve a concentrarse en la vista de la ventana. Las camionetas están saliendo de la hacienda; en la carretera ve las patrullas de policía y los motorizados que esperan la caravana de vehículos. Su camioneta deja atrás el camino de grava de La Serrana, y

Camargo siente las llantas bajo sus pies deslizarse sobre el asfalto de la carretera.

La reunión la organizó Redentor Mosquete en la sede de su cooperativa ganadera. La oficina quedaba en el centro de Montevilla, muy cerca de la plaza donde años después inaugurarían la estatua ecuestre de Camargo. Redentor no estuvo presente, pero los demás socios que acompañarían el plan de Camargo estaban ahí. A muchos Camargo los conocía de sus años como senador, cuando don Efraín lo presentó como un aliado y como la esperanza política de la zona. Otros se habían organizado en comités de defensa gracias a sus decretos como gobernador. Ahora se trataba de ascender un peldaño más, un escalón definitivo: postularía su nombre como candidato a las próximas elecciones presidenciales. Tenían que arrasar con votos, no dejar la menor duda de su poderío en todos los aspectos.

—Se necesitará financiación y apoyo logístico —dijo Camargo sentado tras una mesa plástica frente al grupo de asistentes.

—Por eso no se preocupe —dijo alguien.

—Cuente conmigo, gobernador —dijo otro.

Le gustaba que lo siguieran llamando así, aunque su periodo ya hubiera terminado.

—Ahora tendremos que acostumbrarnos a llamarlo presidente —dijo alguien más del grupo, y los murmullos y las risas se expandieron por la pequeña sala.

—Lo mejor es ser prudente en lo que decimos y en cómo nos movemos —aconsejó Camargo.

—Las bases están armadas, hay es que echarlas a andar —se escuchó al fondo de la sala.

—Yo hablo con mi gente mañana mismo, esto es diciendo y haciendo —intervino alguien más.

—Eso mismo, diciendo y haciendo —dijo otro—. Usted nos dirá a quién hay que darle la plata.

—En eso nos ponemos de acuerdo después.

—Las elecciones están a la vuelta de la esquina —recordó alguien sentado en la primera fila—, la orden tiene que ser clara: hay que votar por usted y punto.

Camargo miró la hora en su reloj, se quitó el sombrero de paja y se secó el sudor con su pañuelo. Afuera, la noche era fresca;

dentro de la cooperativa, en cambio, se concentraba el sofoco húmedo por la cercanía del río. Camargo pensó en el viaje que tenía a Capital a primera hora de la mañana para seguir coordinando la campaña, atender algunas entrevistas a medios y, lo más importante, sellar la alianza con los senadores de otras zonas del país. Por el momento las encuestas no iban bien, pero eso cambiaría pronto, se dijo. Lo mejor era culminar la reunión.

—Entonces ¿cuento con ustedes? —preguntó Camargo a los asistentes.

La respuesta fue un largo y sonoro aplauso.

Camargo cabalgaba por el cauce de un río seco mientras daba un discurso. Sus palabras no se entendían, sonaban débiles, distorsionadas; aunque se esforzaba por mantener el brío enfurecido de antes, ya no sonaba igual. Los años también le habían magullado la voz, pero no su posición erguida en el caballo. El río era ancho y largo. La tierra de la cuenca era fangosa en algunas partes, agrietada por la resequedad en otras. Mandrake disminuyó el galope. Pasaron junto a una pequeña laguna de agua sucia en la que abrevaban algunas vacas raquíticas. Camargo observó los restos de troncos podridos que sobresalían del fango como si fueran animales petrificados. Levantó la vista para mirar las riberas del río. Había gente viéndolo pasar, pero ni una sola voz de aliento se levantaba. Nadie gritaba su apellido con júbilo. Llevaban banderas sucias y rotas, pancartas con su nombre escrito, pero todos estaban demasiado cansados para enarbolarlas. A Camargo eso ya no le importaba. Se concentró en el cauce seco del río por donde cabalgaba y siguió avanzando. No sabía si iba río arriba o río abajo, pero siguió adelante. El ejército de moscas no estaba lejos, escuchaba sus zumbidos detrás, escoltándolo, y en las riberas mezclado entre la gente. Pese a la apatía de quienes lo veían pasar, se sintió seguro para continuar su discurso. Pero sus palabras seguían sin escucharse, como si fueran una babaza de aliento pútrido, como si el fango en el que cabalgaba Capitán Mandrake le saliera por la boca en forma de sonidos desafilados y toscos. A medida que hablaba, la cuenca del río se convertía en una sanguaza espesa. De repente, comenzaron a caer algunas gotas de lluvia, y por el cauce empezó a correr un pequeño hilo

de agua fangosa. Mandrake se sobresaltó, el agua crecía y ya comenzaba a cubrirle las patas a la altura de las cañas. La gente de las riberas seguía sin inmutarse. Sin esfuerzo, Camargo dirigió su caballo hasta la orilla y subió la pequeña elevación de la cuenca hasta llegar a la ribera. La llovizna se había transformado en un aguacero torrencial. Erguido en su caballo, Camargo observó el cauce embravecido del río. La corriente lodosa, turbia, arrastraba troncos secos, costillares de animales, vacas famélicas, cruces de palo, gallinazos viajando en las barrigas de los muertos. Y cuando creía que ya lo había visto todo, muy al fondo, navegando en el sentido de la corriente, Camargo divisó una estructura inmensa que no supo identificar. No era un barco, de eso estaba seguro. Al menos no un barco convencional. Era un artefacto de proporciones descomunales impulsado por algún mecanismo a vapor, pues en su parte superior sobresalían cuatro gruesas chimeneas. Su caparazón era de concreto mohoso y escarchado, cruzado por vigas y soportes de acero oxidado. Sobre las paredes se distinguían ventanas y pequeñas claraboyas clausuradas. Toda la estructura descansaba sobre una placa de metal que chapoteaba gruesas olas de fango, sanguaza y peces podridos. Camargo y la gente de las riberas vieron pasar el armatoste frente a ellos, y siguieron su recorrido en silencio hasta que la máquina monstruosa se perdió en la lejanía tras las paredes de lluvia. Entonces movió las riendas de Capitán Mandrake, clavó los talones en el vientre del animal y siguió su camino escoltado de cerca por la nube de moscas.

## 5

Montevilla está a unas dos horas de La Serrana. Desde su asiento, Camargo observa la carretera a través del parabrisas de la camioneta. Las sirenas de las patrullas policiales alcanzan a escucharse a pesar del blindaje. Camargo piensa en la inmortalidad de las estatuas. Todos, incluido Palomino, le habían aconsejado que la estatua estuviera en una plaza de Capital, pero su respuesta fue un no rotundo. La estatua ecuestre no era un homenaje solo para él, sino también para su caballo. En aquellas tierras había cabalgado a Capitán Mandrake desde su primer mandato. Lo cierto es que Montevilla y sus alrededores seguían

siendo un territorio camarguista, no tanto por convicción, sino por miedo.

Palomino sabe que el asunto de la estatua es también una estrategia política. El escándalo de La Cochiquera, atizado por agrupaciones de víctimas, organismos internacionales y la superstición popular, había acelerado la caída de la ya débil imagen del Gobierno. Algo debía hacerse. La estatua sería, además de un merecido homenaje, la excusa perfecta para volver a hablar de los años de gloria del camarguismo y bombardear la televisión nacional con la idealización de su figura. Pero la idea, de cara al público, no podía venir del propio Gobierno.

A Palomino le encomendaron la misión. Recuerda, mientras mira de reojo al presidente Camargo, que en aquella oportunidad llegó a Montevilla en el avión presidencial una mañana sofocante. El automóvil que lo esperaba en la pista lo condujo directamente a la sede de los Camarguistas Unidos de Montevilla, organización encargada de hacer proselitismo y de la formación de las bases camarguistas de la ciudad. Por esa misma razón, sabían muy bien quiénes estaban en el bando opuesto. Así que, tras la ingenuidad aparente de su fachada, se ocultaba algo más. La sede de los Camarguistas Unidos de Montevilla funcionaba en una casona vieja del centro de la ciudad, al lado de un taller y lavadero de carros. Sus directivos ignoraban que en las oficinas del taller, aprovechando la información de la organización, en realidad funcionaba un sofisticado mecanismo de vigilancia liderado por el PAS para hacer control político y militar en la zona. Los teléfonos y computadores estaban intervenidos, había cámaras y micrófonos y, cuando era necesario, un agente del PAS entraba en las noches a la sede de la organización para fotocopiar archivos. Las ramificaciones del PAS se extendían en un radio de kilómetros, fortalecidas por el apoyo logístico y militar de las Moscas de aquella zona. El PAS vigilaba, hacía inteligencia y espionaje en universidades, colegios, escuelas técnicas, asociaciones de profesores, sindicatos campesinos, agrupaciones vecinales y hasta en casas particulares; analizaba, evaluaba, cotejaba datos, creaba perfiles y enviaba listas negras a las Moscas. Los resultados aparecían flotando en el río; otras veces jamás aparecían. Palomino recuerda que descendió del automóvil con las gafas de sol puestas y que su piel blancuzca estaba como un tomate a punto de reventar en un horno; sacó su pañuelo del

pantalón para pasárselo por la frente, agarró bien el maletín y caminó hasta la entrada. Los tres directivos de la organización ya lo esperaban en la sala de juntas con una jarra de limonada solo para él. El aire acondicionado estaba encendido, pero aun así Palomino sentía cómo el sofoco del sol lo quemaba por dentro. Después de las presentaciones y saludos de rigor, Palomino fue al grano: sacó una carpeta del maletín y la puso sobre la mesa. «El presidente necesita de su ayuda», les dijo, y les explicó el asunto de la estatua ecuestre. «En estos momentos el Enemigo sigue al acecho, mimetizado de otras formas; el peso simbólico de la estatua será una forma de manifestarles nuestra disposición a seguir combatiéndolos», expresó Palomino tratando de imitar el estilo de su jefe. Los directivos de la organización estuvieron de acuerdo con la importancia de la estatua. «Pero nosotros no tenemos los recursos para un proyecto así», dijo uno de ellos. Palomino los tranquilizó: por plata no había que preocuparse. Una organización camarguista de Capital ya se había encargado de recoger fondos entre empresarios e inversionistas amigos del Gobierno, les mintió Palomino. «En el maletín traigo un cheque para los adelantos logísticos», les dijo. Otro de los directivos carraspeó la garganta y avanzó tímidamente en sus palabras mientras miraba a sus colegas. «Para nosotros esto es un honor. Pero debemos ser honestos con usted… Nuestra organización es pequeña, nuestro músculo logístico es reducido, estamos hablando de un homenaje de gran envergadura», dijo. «¿Por qué hacerlo aquí y no en Capital?», preguntó otro. Palomino se sirvió un segundo vaso de limonada. «El propio presidente exigió que, de hacerse la estatua, debía ser aquí. No necesito explicarles lo mucho que el presidente Camargo quiere estas tierras», dijo. Luego le dio un sorbo a la limonada y continuó: «Por los pormenores logísticos no se preocupen, la oficina de imagen de la presidencia les brindará todo el apoyo necesario, y los fondos están disponibles para contratar al que sea necesario contratar, revisen sus bases de apoyo: ¡ahí está la gente! Para el presidente sería una gran decepción que la estatua no quede aquí». Los directivos se miraron entre sí y, tras unos segundos de silencio, asintieron con un esbozo de sonrisa. «¡Perfecto!», exclamó Palomino poniéndose de pie, emocionado, acompañando el apretón de mano a cada uno de los directivos con una palmadita en el hombro. «El presidente estará feliz», les dijo; tomó la

carpeta y se la entregó al primero que extendió la mano para agarrarla. «Allí está todo: el cheque, el nombre del escultor al que ustedes deberán contactar, las fotos en las que deberá basarse la escultura, los teléfonos de contacto, mi número directo, mejor dicho, todo. En esa carpeta está la ruta a seguir. La gente de presidencia se contactará con ustedes dentro de poco», concluyó. Los directivos, aún extraviados por toda la información, lo acompañaron hasta la puerta. Con el pomo en la mano, Palomino los miró por última vez con un resplandor eufórico en los ojos. «Allá afuera hace un calor del infierno», les dijo, «pero me voy con la satisfacción de saber que la estatua del presidente Ismael Camargo Posada está en buenas manos». Luego abrió la puerta y, con elocuencia, remató: «¡Será una estatua enorme, magnífica!».

Camargo tose y Palomino vuelve al presente, a la camioneta. Nota una mueca de disgusto en el rostro del presidente.

—¿Esta bien, señor Presidente?

Camargo siente que un agujero se le abre en la boca del estómago, como una cárcava podrida. ¿Es eso el miedo? Deja de mirar por el parabrisas y revisa con interés el resto de ventanas. Palomino nota su inquietud.

—¿Sí es suficiente la seguridad?

—Un helicóptero nos sobrevuela. No se preocupe, todo está en orden.

Pero Camargo ya no confía ni en sus sueños. Las transcripciones, en cambio, le dan la seguridad necesaria. Escuchar a los otros le hace bien, le produce una sensación de placentera omnisciencia, de ubicua superioridad.

—Busque la otra transcripción y siga leyendo —le ordena a su asistente, y vuelve a mirar por la ventana de su asiento, buscando entre los montes y sabanas que van pasando aquello que no logra ver, pero que siente ahí, muy cerca, excavando entre sus tripas.

Sentado en el taburete bajo el almendro, Aguirre observó las camionetas acercarse por la calle ancha y arenosa de la entrada del pueblo. «Por fin», pensó, poniéndose de pie.

—Se demoraron un poquito, pero ahí llegaron —dijo el conductor.

Aguirre le dio un sorbo a la quinta cerveza de la espera y se tapó la nariz con la camisa. La inmensa nube de polvo que

levantaron las dos camionetas al frenar los cubrió por completo. Escuchó el ruido de una puerta abrirse y cerrarse. Se acomodó sus gafas oscuras y vio el cuerpo robusto de Bernardo Mosquete emerger entre la polvareda como una aparición. Era la primera vez que lo veía en persona, aunque sentía que ya lo conocía de antes. Le pareció más alto y gordo que en las fotos y videos que había visto. Vestía camuflado, con un poncho cruzándole el cuello; cojeaba de la pierna izquierda. «Un tiro en combate», se dijo Aguirre acordándose de los informes leídos.

—Usted es Aguirre —dijo Bernardo extendiéndole la mano. Aguirre la apretó y la sintió áspera, callosa, estriada, como si fuera de barro seco.

—Así es.

—¿Ya le ofrecieron algo de comer?

—Lo estaba esperando.

—Entonces vamos a la casa, que ya hace hambre.

Un abanico de techo removía el aire caliente de la sala con un movimiento lento y adormecedor. Aguirre cruzó el umbral y se detuvo a dos pasos de la puerta. Bernardo, en cambio, siguió de largo y se detuvo en medio de la sala, al lado de una poltrona de cuero. Aguirre observó con detenimiento el cartel de metal oxidado que colgaba de la pared lateral, arriba del televisor: *Cooperativa Ganadera Hermanos Mosquete*. Tuvo la sensación de estar personificando uno de los tantos informes de inteligencia estudiados; muchas veces había leído el nombre de la cooperativa en testimonios y reportes. Ahora se imaginaba dentro de uno de ellos. Bobadas causadas por el cansancio y el sopor.

—Recuerdo de los primeros años —le dijo Bernardo mirando también el cartel—. Pase, hombre, ¿qué hace ahí parado? Siéntese aquí —le dijo, palmoteando la poltrona de cuero, y siguió de largo hacia la mesa del comedor.

Aguirre terminó de entrar y fue directo hasta el sillón. No se sentó; de pie, con una mano en la cabecera del asiento, observó el ritual de su anfitrión: Bernardo se desabrochó la cartuchera con el revólver y la dejó sobre la mesa del comedor, luego se desabotonó la camisa del camuflado hasta más abajo del pecho dejando ver una camisilla blanca y sudada, colgó el poncho sobre el espaldar de una silla y volvió a la sala.

—Ruede esa silla para acá —le dijo, y fue directo hasta la esquina donde colgaba la hamaca. Se sentó y empezó a desatarse

las botas.

Aguirre le hizo caso y acercó el sillón de cuero a la hamaca.

—Si quiere prenda el televisor —le propuso Bernardo—, el control está en la mesita.

Aguirre lo vio; en realidad le daba lo mismo si el televisor estaba encendido o apagado, pero no quiso contrariar a su anfitrión, así que se paró de la poltrona, agarró el control de la mesita, encendió el televisor y volvió a su puesto con el control en la mano.

—¿Tiene hambre?

—Mucha —respondió Aguirre sentándose en el sillón de cuero.

—Ahorita nos sirven.

Aguirre cambió algunos canales hasta sintonizar uno de fútbol. Bajó el volumen.

—¿Cómo van las cosas en Capital? —le preguntó Bernardo, dejando las botas a un lado de la hamaca.

—Preocupantes.

—¿Y eso por qué?

—Lo de siempre: los opositores siguen jodiendo, la comunidad internacional sigue jodiendo, el CFS sigue jodiendo… Hay preocupación por el futuro del partido.

—Todavía falta tiempo para las elecciones —señaló Bernardo.

—Siempre se está en elecciones —sentenció Aguirre.

A Bernardo le gustó la frase. Sonrió estirando los cachetes rechonchos y se acomodó en la hamaca mirando el abanico.

—Por eso la política no es conmigo. ¿Dónde quieren hacer la intervención exactamente? Redentor no me contó los detalles, me dijo que usted vendría.

—Él no los sabe.

—¿Y entonces quién los sabe?

Aguirre se llevó una mano a un bolsillo del pantalón y sacó una memoria USB.

—Aquí están los detalles.

—Déjela en la mesita si es tan amable.

Aguirre se volvió a levantar de la poltrona y dejó la USB en la mesita. Cuando iba de regreso, vio a la mujer que traía una bandeja con los dos platos de sopa, y un olor a ajo y carne frita invadió la estancia.

—Ya huele bien —dijo Bernardo desde la hamaca.

—Ya están sirviendo —le informó Aguirre mientras se sentaba.

Bernardo no le hizo caso.

—¿Dónde es el asunto esta vez? —le preguntó a secas.

—La incursión será en las comunas, en el sector de La Cochiquera. Los detalles están en la memoria.

—Conozco el sitio. Si lo limpiamos, la zona es nuestra.

—Ya eso está arreglado con Redentor.

—¿Los blancos están identificados?

Aguirre guardó silencio.

—No hay problema. Nosotros los averiguamos también. ¿Cuántos días?

—Dos.

—Mínimo. No puede haber medios.

—Tiene que haber medios —enfatizó Aguirre— Si no, no vale la pena.

—Pero de lejitos. Esto no es un juego, ustedes lo saben bien. Así que, si van a estar ahí, que sea de lejitos.

—De eso nos encargamos nosotros.

Bernardo volvió a concentrarse en el movimiento lento del abanico, como si sus aspas lo ayudaran a pensar.

—Hizo bien en venir —dijo por fin—, estas cosas es mejor hablarlas en persona. Cuenten con eso.

La mujer de la cocina terminó de llevar los platos a la mesa. El almuerzo era mote de ñame con queso, arroz blanco y carne frita. Aguirre miró su reloj. Ya era tarde, dentro de poco se haría de noche y el camino de regreso era largo.

—Hoy pasa la noche aquí —decidió Bernardo—, mañana en la mañana lo llevamos. Es mejor así. Además, esta noche hay fiesta, no puede perdérsela.

Bernardo se levantó de la hamaca con una sonrisa.

—Y ahora a comer, que se nos enfría la sopa.

Hombre y caballo no se movían, estáticos como una estatua en medio de una pradera brumosa y desolada. La edificación parecía un templo, pensó Camargo viendo las columnas romanas entre la niebla. Un viento leve despejó la bruma del camino. Eran cuatro las columnas que veía: gruesas y altas, sucias y derruidas, manchadas por la intemperie. Pero ¿qué hacía un templo de

columnas romanas en medio de una pradera de La Serrana? Camargo presionó con delicadeza los talones en el vientre del animal, y Mandrake avanzó. «No es un templo», pensó mientras cruzaban la fachada. Al menos no uno como los que él conocía. Miró hacia arriba guiado por los zumbidos. Sobre sus cabezas ondulaba una bóveda negra y amenazante de moscas. Mandrake continuó; sus patas se enredaban entre las hiedras y los zarcillos del suelo. Merodeando en los rincones más oscuros, Camargo distinguió los ojos brillantes de ratas y alimañas. El caballo resopló intranquilo; Camargo sintió sus nervios como si fueran propios, le acarició el cuello para calmarlo, y Mandrake volvió a avanzar entre la maleza. Las enredaderas crecían, arrastrándose como serpientes, guiándolos por un suelo que ahora era de mármol astillado y sucio. Hombre y caballo cruzaron el marco de una amplia puerta de madera. Camargo vio los bejucos llenar las paredes escacharradas de un amplio salón. El techo abovedado seguía cubierto de moscas. El suelo, tapizado por una alfombra roja, estaba húmedo. Una sustancia viscosa empezó a cubrir los cascos de Capitán Mandrake. Al fondo del salón, un hombre hablaba enfurecido desde un atrio dirigiéndose a las alimañas de los rincones. Camargo sacudió las riendas y Mandrake agilizó su paso hasta detenerse frente al atrio. Lo tenía cerca, pero aun así no pudo distinguir al orador, aunque el rostro le resultaba familiar. El discurso era inentendible. Un remolino de voces estalló en ese instante. No era la voz enfurecida de aquel hombre lo que escuchaba. Camargo levantó la mirada: eran ellos, no había duda de que eran ellos; de pie entre las gradas del auditorio los zombis lo miraban fijamente. Entonces agitó las riendas y salió despavorido del salón. La niebla volvió a cubrirlo todo, así que dedujo que habían pasado a un espacio abierto. El silencio era espeso como la bruma. Mandrake avanzó lentamente y, a cada paso, Camargo distinguía las estatuas destruidas que se acumulaban a los lados. Brazos, cabezas, bustos, piernas, espadas, pedestales, hierros retorcidos. Pilas de bronce manchado. «Un cementerio de estatuas», pensó, y sintió terror. Miró al frente. Las paredes de bruma lo asfixiaban. A lo lejos, escuchó el murmullo de las voces como si fuera el llanto de los muertos.

# 6

Las sabanas van pasando por la ventana, resecas, amarillentas, atezadas por el sol intenso. No hay un solo sembrado a la vista, solo ganado que pasa la resolana bajo los árboles. El aire caliente se eleva como un espejismo. Camargo lo ve tras el polarizado de la ventana y se imagina del otro lado, de pie entre las vacas somnolientas, sintiendo la respiración humeante de la tierra, envuelto en sus vapores como si un incendio la consumiera por dentro. «Un incendio de huesos», piensa con la mirada fija en el horizonte. Se ve a sí mismo caminar entre el vaho caliente, internándose monte adentro, extraviado, perdido, preguntándose con angustia dónde estará su caballo cuando más lo necesita.

Palomino carraspea la garganta para traerlo de vuelta.

—Lea lo más importante —le pide Camargo.

La conversación es de hace dos días. La senadora Jaramillo llama al general Onofre. JARAMILLO: «¿Usted sí cree, general, que con todo este tierrero que hay armado el camarguismo va a sobrevivir? Sea sincero». ONOFRE: «No me ponga en una posición difícil, senadora. En política yo no me meto». JARAMILLO: «No me salga con eso, ¡por Dios! (Risas). Ya está metido, general. Todo aquí es política. ¿Qué información tiene sobre la excavación?». ONOFRE: «La misma que la Fiscalía le dice a usted; sabe bien que ese no es asunto de nuestra competencia». JARAMILLO: «Pero algo de información extra debe tener». Palomino hace una pausa para medir el calibre de lo que viene. JARAMILLO: «¿Es cierto lo de los resucitados?». ONOFRE: «Es lo que dicen en la excavación, pero en esas patrañas es mejor no creer». JARAMILLO: «Eso es suficiente para tumbarlo, ¿no cree?». ONOFRE: «Ha habido muchas cosas suficientes para tumbarlo y no lo han hecho. Usted sabe que el viejo puede reponerse de todo eso, tiene sus mañas». JARAMILLO: «No lo dudo. Pero ya es hora de un relevo, y en ese relevo necesitaremos generales o ministros de su calibre». ONOFRE: «¿Me está ofreciendo un puesto? (Risas)». JARAMILLO: «Se lo merece». Palomino hace otra pausa, traga saliva y mira a Camargo. JARAMILLO: «Nos enteramos de algo. Algo sobre un agente del PAS». ONOFRE: «¿Qué agente?». JARAMILLO: «El alias era Aguirre, el nombre no lo sabemos, al parecer está fuera de servicio, recluido en una clínica de la Policía». ONOFRE: «¿En qué clínica?». JARAMILLO: «Eso tampoco

lo sabemos». ONOFRE: «No tengo idea de qué me habla». JARAMILLO: «Usted era muy cercano al PAS en esa época». ONOFRE: «Yo y muchos más. Siempre ha existido una estrecha colaboración entre las Fuerzas Militares y el PAS, eso no es raro. Le repito que no tengo idea de qué me habla». JARAMILLO: «Eche memoria, general. Un caso así no se olvida. ¿Es cierto que se volvió loco? ¿Qué fue lo que vio? ¿Dónde estaba metido?». ONOFRE: «Si sé algo le cuento, senadora, ahora tengo que colgar». JARAMILLO: «Ya sabe dónde contactarme. Hasta luego, general». Fin de la llamada.

Camargo siente el vacío en el silencio de Palomino. El fin de la transcripción lo deja inestable; se siente caer, traspasar la ventana blindada como quien cruza un pasadizo a otro mundo. Otra vez está en medio de los vapores de la tierra. La respiración caliente de los muertos. Los efluvios de las tumbas. ¿Dónde está Capitán Mandrake? ¿Dónde están las transcripciones de las voces muertas? Camargo los ve a lo lejos: los fantasmas son refracciones de luz en las sabanas, ilusiones ópticas de infiernos descuartizados.

—Deténgase —dice de repente, como si se despertara de un sueño—. ¡QUE SE DETENGA, CARAJO! —le grita al chofer, y la camioneta frena.

—¿Qué pasa? —le pregunta Palomino, pero ya Camargo ha abierto la puerta para salir. El guardaespaldas del asiento del copiloto salta del vehículo mientras comunica lo sucedido. De las otras camionetas descienden el resto de guardaespaldas. Cuando Palomino baja, ya Camargo está en medio de la carretera mirando a cada lado, inspeccionando los alrededores.

—¿Está bien, señor Presidente?

Camargo no responde. Se concentra en el espejismo vaporoso del horizonte y avanza unos metros más hasta la berma de la carretera. Sus ojos están fijos en las sabanas marchitas. Lo que ve está ahí, frente a ellos, oculto en la intemperie. Respira agitado. La enfermera llega corriendo, pero Palomino la detiene.

—Déjelo, solo necesita unos minutos —le dice, y ambos se quedan esperando a que el presidente Camargo dé el siguiente paso.

El proyecto Búnker surgió por la época de la tercera campaña

presidencial. Palomino se había unido al equipo cinco años antes, durante la segunda campaña. En todo ese tiempo había demostrado la admiración y el servilismo suficientes para ingresar al séquito más cercano del presidente. Camargo había notado su compromiso, ahora debía corroborar su competencia. Por eso lo involucró en el proyecto. Palomino sabía que se trataba de una prueba, así que aceptó el reto y se embarcó junto a tres asesores más en un viaje de dos meses por el país. La misión consistía en identificar las tierras donde el Gobierno construiría cinco inmensas ciudadelas subterráneas para proteger a los campesinos de los ataques guerrilleros. Ese era el discurso. Así sería presentado el proyecto a la opinión pública. El camarguismo se mostraría, una vez más, como el refugio a los ataques del Enemigo, y la sensación de indefensión y zozobra se materializaría en votos para las próximas elecciones. Circo y miedo. Si bien las guerrillas ya no tenían el poder de antes, sus residuos conformaban los Comandos de Fuerzas Subterráneas que recorrían las alcantarillas de Capital y otras grandes ciudades. Eso era suficiente para que la estrategia funcionara.

Palomino lideró la búsqueda de las tierras. Junto a los asesores legales de presidencia, coordinó los detalles para la adquisición de los terrenos que no eran del Estado. Todas las apropiaciones se hicieron con pulcritud dentro de los flexibles marcos de la ley. El zumbido amenazante de las Moscas impidió cualquier brote de protesta. Después de todo, los campesinos seguirían habitando las tierras, solo que ahora dentro de búnkeres que los mantendrían a salvo. Palomino trabajó como esclavo durante aquellos meses. Cada dos días enviaba informes detallados a la presidencia, y cuando la escogencia y adquisición de terrenos terminó, lideró su presentación en público y la apertura de la licitación. El consorcio internacional de construcción ya estaba escogido de antemano después de unas cuantas reuniones en Palacio. Algunos medios independientes se atrevieron a decir que era un aportante de la campaña presidencial. En todo caso, el asunto no pasó a mayores, y a los pocos meses Camargo apareció en los noticieros con casco de constructor, estrechando la mano del presidente del consorcio y revisando planos en uno de los terrenos escogidos; Palomino, mientras tanto, guiaba a los periodistas por uno de los terrenos de las cinco ciudadelas subterráneas que el camarguismo planeaba

construir.

Iniciada la fase de construcción, Camargo llamó a Palomino a su despacho. Su misión no había terminado: nadie mejor que él para convertirse en los ojos del presidente durante la construcción de los búnkeres. Se sintió halagado, honrado por el voto de confianza. Sintió que tenía un pie adentro del círculo más íntimo del presidente. «Cuente conmigo», le dijo Palomino en esa oportunidad.

Los libros de historia hablarían después del éxito de las ciudadelas subterráneas para la protección de la población. Pero de las cinco que se habían planeado, solo se construyeron tres, y a medias, pues cuando ganaron las elecciones el proyecto dejó de tener importancia. «Ahora lo necesitamos aquí, trabajando contra las represalias de los enemigos de este proyecto», le explicó en su despacho cuando lo llamó para hacerlo a un lado. «No se preocupe, la construcción andará sola», concluyó.

Las supuestas represalias no fueron muchas. Las organizaciones campesinas que se atrevieron a hablar de despojo de tierras fueron cubiertas por una nube de Moscas que les impidió ver y seguir hablando. Con los meses, Palomino se vio de regreso a sus labores habituales, mientras que las ciudadelas de búnkeres iban pasando a un segundo plano tras un nuevo escándalo. Nunca las visitó. Nunca preguntó por el destino final de aquellas construcciones. Nunca descendió a uno de los refugios de concreto ni corroboró si, al final, alguien vivía en ellos o si se pudrían a la intemperie. Una vez, sobrevolando una de esas zonas por otros asuntos de trabajo, alcanzó a ver desde la ventana de la avioneta las cúpulas de cemento que sobresalían de la tierra. Las miró con indiferencia y una lejana satisfacción. Pensó en trincheras postapocalípticas, en tumbas distópicas, en las excrecencias infecciosas de una tierra enferma.

En lo profundo del barranco, el basurero se incendiaba. Desde su caballo, en la cima, Camargo lo observó con detenimiento: el fuego le pareció una experiencia purificadora. Por uno de los caminos laterales de la montaña, los zombis empezaban a subir. Eran ellos, no había duda. Camargo sacudió las riendas y Capitán Mandrake tomó rumbo hacia el interior del barrio. Era imposible precisar la hora del día. Parecía de noche, las calles estaban

oscuras, pero el cielo estaba encendido de rojo, naranja y violeta. También las nubes se desquebrajaban en su propio fuego. Camargo avanzó bajando por una callecita empinada y estrecha. A su alrededor, las mujeres corrían calle arriba dando gritos, las moscas zumbaban al interior de las casas, los carros de la policía pasaban lentamente por las esquinas, un camión ascendía rumbo al basurero. Camargo lo vio con detenimiento mientras pasaba. Sin mucho esfuerzo distinguió unos ojos diminutos y rojos, brillando en la masa informe y oscura que se movía en la parte trasera del camión. Se mantuvo imperturbable. Poco importaba que siguiera en piyama; la banda presidencial le cruzaba el pecho y él mantenía su posición erguida en la montura. Eso era suficiente. Cabalgar le producía una sensación de poder: dominar al animal era dominar a la bestia, y dominar a la bestia era dominar al Enemigo. Era su propia bestialidad, refinada y domada a su antojo. Por eso le gustaban tanto los caballos de paso fino. De repente, el caos que lo rodeaba desapareció, y el barrio fue cubierto por una neblina silenciosa. Amanecía. Miró hacia atrás y distinguió el resplandor del fuego entre las nubes de vapor. No había manera de saber a dónde lo llevaba aquella calle estrecha por la que cabalgaba. Los rumores de las voces empezaron a oírse, y unos metros más adelante distinguió a los primeros muertos. Los siguió. No tenía otra opción. Con calma, sin alterarse, se dejó guiar por los cadáveres.

## 7

Camargo abre su ventana para comprobar lo que ve sin el filtro del polarizado. En efecto, el sol ha sido devorado por un manto gris, su resplandor se nubla y las sabanas se oscurecen. Sus pesadillas lo han alcanzado, piensa Camargo, y vuelve a cerrar la ventana.

—Me dijeron que no iba a llover.

—Es que no pronosticaban lluvia —responde Palomino, también asombrado por el repentino cambio atmosférico. Busca en su celular una aplicación meteorológica—. Cambió el clima de repente —dice, y hace una llamada al equipo de logística de la plaza. Hay que tomar medidas por si llueve.

A Palomino lo inquieta la actitud de Camargo, su mirada fija

en la ventana, su respiración ansiosa, su palpitación. No recuerda haberlo visto tan tenso antes. Ni siquiera cuando le abrieron la investigación por sus supuestos nexos con las Moscas, ni por ninguna de las otras investigaciones hechas por organismos de control. Tampoco lo recuerda así en ninguno de sus muchos procesos electorales, ni en ninguna de las crisis del partido, ni siquiera cuando comenzó el problema de La Cochiquera. Como si fuera tan grande que ni los problemas lo alcanzaban, piensa Palomino. Verlo ahora es como haber bajado una estatua de su pedestal. ¿Y qué se hace con las estatuas cuando dejan de serlo? Palomino evita la pregunta. Piensa en la excavación; todo inició con la excavación. Como si, al remover la tierra de aquel basurero, no solo los escombros hubiesen salido a flote sino también las pesadillas. Por primera vez desde que empezó a trabajar con el presidente, se siente inútil, sin saber cómo ayudar, así que recurre una vez más a la táctica de las intercepciones.

—¿Quiere que siga leyendo?

Camargo apenas lo escucha, su concentración está en otra parte. El cielo es amenazante, la tierra es barrida por la brisa, los pocos árboles se estremecen y la carretera es alcanzada por remolinos de polvo.

—Les dije que la seguridad no era suficiente —comenta Camargo como si le hablara al viento electrificado que sacude las sabanas por las que pasan.

Palomino prefiere no hacer ningún comentario; busca en su carpeta la siguiente transcripción y, sin esperar la aprobación de Camargo, empieza a leer. Es una llamada del día anterior entre el senador Zambrano y un empresario ganadero de apellido Hernández. ZAMBRANO: «Si ustedes lo presionan puede que entienda la situación». HERNÁNDEZ: «No creo». ZAMBRANO: «¡Tiene que entender! Aquí todos nos estamos perjudicando». HERNÁNDEZ: «Camargo es testarudo, usted lo conoce. Y para colmo de males…»

—¡No omita nada!

Palomino continúa: «… ahora está medio loco». ZAMBRANO: «Porque lo conozco sé que puede escucharlo. Ustedes tienen contacto con una fuerza importante, Hernández, y si esa fuerza presiona logramos *hacerlo recapacitar*. Al viejo se le olvidó que lo que hizo lo hizo por la Patria». HERNÁNDEZ: «No se meta por ese lado, que no conviene. Esa fuerza de la que usted habla está con

el hombre y punto. Hay que mover el lado político del asunto». ZAMBRANO: «Entiendo. Aquí lo que toca es bajar la marea, mostrar un cambio de mando». HERNÁNDEZ: «El mando lo querrá tener él». ZAMBRANO: «Y lo tendrá… pero hay que mostrar un relevo, ¿entiende? Tenemos la vista del mundo encima». HERNÁNDEZ: «Es que con lo de La Cochiquera se pasaron… Yo puedo hablarle, pero si él no quiere no voy a obligarlo». ZAMBRANO: «Hay que insistir, hay que insistir». HERNÁNDEZ: «Aprovecharé lo de la estatua para pedirle cita». ZAMBRANO: «Necesitamos reorganizar el Gobierno, que él nos dé el visto bueno, las pautas, y al sucesor lo elegimos al interior del partido. Los votos se consiguen».

—¡Deje de leer eso! —le pide Camargo y Palomino cierra la carpeta—. Más bien averigüe cómo va todo en la plaza.

Palomino obedece: saca su celular y vuelve a marcar un número. Camargo se acerca a los asientos delanteros y le toca el hombro a uno de los guardaespaldas.

—Usted, averigüe cómo está la seguridad allá afuera.

—Con eso no hay problema, presidente.

—¡Averigüe!

El guardaespaldas lo hace: sintoniza un canal en su radio y se comunica con alguien a través del auricular de su oreja derecha.

—En la plaza todo está bajo control —le informa Palomino una vez ha colgado el teléfono—. Los invitados están llegando; su familia ya aterrizó y va en camino. La gente de logística fue por paraguas, por si llueve.

—La carretera está despejada, presidente —le informa a su vez el guardaespaldas del asiento delantero—. No hay novedades; todas las medidas de seguridad marchan a la perfección. Puede estar tranquilo.

Camargo respira con un poco más de calma.

—No pienso hablar con Hernández ni con nadie —dice, mirando al frente.

—Como usted diga.

—Si quisiera los sacaba del cargo hoy mismo, pero eso sería peor.

Se relaja en su asiento. Es bueno volver a mirar el mundo desde el pedestal de su estatua. Pero Camargo sabe que ese sentimiento es momentáneo. Observa por su ventana y comprueba que allá afuera en las sabanas grises, entre los

remolinos de polvo que el viento levanta, tras los montes lejanos, bajo el cielo amenazante y la tierra inmensa, se oculta una fuerza inefable que lo acecha.

El general Onofre iba por su tercer whisky de la noche cuando le informaron que todo estaba listo. «Lo está esperando», le susurró al oído un agente del PAS. Onofre lo miró de reojo y asintió. En la sala donde esperaba, había otros altos miembros del Ejército y la Policía. Acostumbraban a pasar por el club al menos dos veces a la semana, después de la jornada de trabajo, y las conversaciones solían extenderse hasta la medianoche. Durante la espera Onofre estuvo distraído. Veía a sus colegas sorber sus tragos, fumar sus cigarrillos, y se preguntaba si alguno de ellos sabía lo que estaba ocurriendo. La presencia de los agentes del PAS debía parecerles sospechosa, pero ninguno hizo la pregunta. La prudencia había sido siempre un don apreciado en los círculos en que Onofre se movía; la experiencia le había demostrado que a veces era mejor no saber ciertas cosas. Incluso ignoraba si el ministro estaba al tanto de la reunión. «Mejor así», pensó. Alguien tenía que hacer el trabajo sucio. El general Onofre dejó el vaso de whisky sin terminar sobre la mesita auxiliar a su derecha y se puso de pie.

—Me despido, señores. Ya está bueno para mí y mañana hay que seguir trabajando.

Ninguno le creyó que se iría a dormir.

El PAS había despejado el último piso del club para el encuentro. El general Onofre avanzó lentamente por el pasillo alfombrado hasta la habitación acordada. Dos hombres armados custodiaban la puerta. «Buenas noches», dijo uno de ellos y le abrió. Onofre atravesó el pasillo iluminado de la *suite* hasta llegar a un amplio salón. Allí estaba Redentor Mosquete a sus cincuenta y tantos años, en sudadera y chompa deportiva, sentado en un sillón de cuero viendo un canal de noticias en la pantalla resplandeciente de un televisor inmenso. La imagen era tan nítida que Onofre tuvo la sensación de que la noticia se desarrollaba frente a ellos en tiempo real.

—Buenas noches, general —lo saludó Redentor poniéndose de pie y estrechándole la mano—. Tome asiento, por favor.

El general Onofre se sentó en el sofá que Mosquete le indicaba, a un costado de la sala. Notó que Redentor aún tenía el

cabello mojado.

—¿Qué tal la piscina? —preguntó para romper el hielo.

—Magnífica. Usted sabe que disfruto mucho cada vez que vengo a este club. Gracias por la generosa invitación, general.

Onofre sonrió y asintió con reverencia.

—No es nada.

—¿Le provoca un whisky?

—Ya me he tomado tres; suficiente para mí por hoy.

—¿Quiere pedir algo de comer?

—Por mí está bien.

Redentor entendió; se acomodó en el sillón de cuero y bajó el volumen del televisor.

—Entonces hablemos, general. ¿Para qué querían verme? Hace mucho que no buscaban a sus viejos amigos.

El general Onofre encendió un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en su guerrera camuflada.

—Los amigos siempre son amigos, aunque no se busquen todo el tiempo —dijo, botando la primera bocanada de humo.

—Así es.

—Además, las cosas son diferentes ahora, toca tener más cuidado.

—Usted lo ha dicho.

Onofre fue al grano:

—Estamos planeando una operación —dijo, y se inclinó hasta le mesa de centro para dejar el cigarrillo en un cenicero de cristal.

—Imagino que necesitan una mano.

—Hay cosas que ustedes pueden y que nosotros no.

—Y viceversa.

—De eso se trata colaborar. El fin es el mismo, el Enemigo también.

—¿Camargo está al tanto?

—Por supuesto.

Redentor se concentró un momento en los ojos del general. Sabía que un día negaría todo aquello, el encuentro, la conversación, la habitación en el club, todo. Vio en sus pupilas oscuras una desolación aguda, rota y desmembrada, que le produjo una pena profunda por aquel viejo y una sensación de desaliento y repulsión al mismo tiempo.

—¿Dónde y cuándo? —le preguntó.

Onofre agarró el gabán que colgaba del brazo del sofá y sacó un sobre de manila doblado de un bolsillo interno; lo desplegó con cuidado y lo dejó a su lado sobre el sofá.

—Las colinas del sur de Capital, en un mes sería perfecto. Sabemos que el territorio les interesa.

—Esa ha sido siempre zona del CFS.

—Por eso mismo. Necesitamos un golpe contundente.

—Y mejores encuestas.

Redentor estuvo tentado de seguir enumerando el listado de necesidades: balas, sangre, miedo, votos, pero le pareció irrespetuoso con el general, miembro cercano de la cúpula de Camargo.

—¿Les interesa o no?

—¿Nos garantizan el dominio de la zona? Por ahí se mueve mucha cosa.

—Garantizado.

—¿Qué hay en el sobre?

—Un mapa de la zona, detalles; algunos blancos establecidos, no todos.

—Eso no me interesa tenerlo aquí.

—Tenemos que ponemos de acuerdo, no podemos improvisar.

—Eso está claro. Pero esos temas militares no son conmigo, son con mi hermano. Yo le garantizo nuestro compromiso si usted nos garantiza el suyo. De eso se trata esta reunión, general. Los detalles militares tendrán que discutirlos con Bernardo.

Onofre se sorprendió.

—¿Usted no tiene línea directa con él?

—Claro que sí, general. Pero usted sabe que ese tipo de cosas es mejor decidirlas frente a frente, para que todo quede claro. Mande a alguien a discutir los detalles con él y asunto arreglado. ¿Hay algún problema con eso?

Onofre conocía bien a los oficiales del PAS; de inmediato se le vinieron a la cabeza algunos nombres de confianza.

—Ninguno. ¿Cuándo y dónde?

—Yo arreglo la cita y se lo hago saber.

—Que sea rápido.

—De mañana no pasa.

El general se recostó en el sofá, relajado.

—Creo que le voy a aceptar el whisky.

—¡Ni más faltaba! ¡Guartinaja! —llamó Redentor, y uno de

sus hombres de seguridad, flaco y alargado, de piel cobriza y quemada, se acercó—. Sírvale un whiskicito al general.

—Me impresiona la imagen de ese televisor —comentó el general Onofre mirando la pantalla.

—¿Cierto que sí? Parece como si estuvieran de carne y hueso frente a uno.

—Yo pensé exactamente lo mismo —dijo el general agarrando el vaso que Guartinaja le extendía: dos cubos de hielo flotaban en el líquido ámbar.

Redentor levantó su vaso.

—Me encanta cuando los amigos piensan igual —dijo, y ambos bebieron del trago al mismo tiempo.

Camargo soñó que atravesaba con su caballo un pasillo del palacio presidencial. El pasillo era amplio, oscuro y solitario; no había nadie cerca y lo único que se escuchaba era el sonido metálico de los cascos de Capitán Mandrake sobre las losas del piso. Camargo vestía su piyama y la cinta presidencial todavía le cruzaba el pecho. A medida que avanzaba, la oscuridad se hacía más profunda. Aquella oscuridad le era familiar, la conocía de antes, la había recorrido muchas otras veces. Todo era tinieblas. De Mandrake solo distinguía el movimiento de sus ojos grandes y brillantes, como dos pelotas de cristal negro; el resto era cabalgar sobre la oscuridad. El corredor perdió sus dimensiones; estaba rodeado por un vacío negro e interminable. Distinguió el zumbido de las moscas que volaban por encima de su cabeza; vio los ojos rojos de los muertos que brillaban en los rincones. Solo entonces sintió algo parecido al miedo. Pensó que jamás, por mucho que avanzara en el pasillo, lograría llegar a algún punto; sintió que estaba condenado a cabalgar eternamente por el corredor tenebroso de aquel infierno. Como impulsado por ese temor, jaló las riendas de Capitán Mandrake hasta que el caballo se detuvo. Desmontó y, solo entonces, al sentir el frío de las baldosas, se dio cuenta de que cabalgaba descalzo. El pasillo donde caminaba ya no era un pasillo ni se adentraba en las tinieblas. El lugar se había transformado en un amplio salón a media luz. Al fondo reconoció el escritorio. Era su oficina. La silla presidencial, la bandera en una esquina, los ventanales del fondo. Volteó a mirar a Mandrake, que lo veía sin moverse, como convertido en estatua,

hablándole a través de sus ojos grandes y tristes. Camargo sintió que se comunicaba con su caballo. Mandrake le pidió que caminara hasta su escritorio y mirara por las ventanas. Y exactamente eso hizo: caminó hasta su escritorio sintiendo en la planta de los pies un líquido espeso y pegajoso; se detuvo frente al ventanal, corrió levemente las cortinas y presenció el espectáculo atroz en todo su esplendor: el humo negro de cientos de hornos crematorios dispersos por calles y avenidas tiznaba el aire invadido por el vuelo de las moscas.

## 8

«Montevilla está cerca», se dice Camargo reparando las tierras por las que pasan.

—En cuarenta minutos llegamos —lo confirma Palomino—. Me dicen que su familia ya está en la plaza, los demás invitados también. Y ya tenemos los paraguas por si llueve, así que por ese lado la cosa está solucionada.

Camargo apenas lo escucha. Su atención está puesta en otro lugar. Se pregunta si Palomino o sus guardaespaldas pueden escucharlos. No sabe cómo definirlo, tantas pesadillas no han sido suficientes para hacerlo. Es una especie de chillido leve, un rasguño del aire que logra penetrar el blindaje de la carrocería. «¿Es así como hablan los muertos?», se pregunta Camargo y evita cualquier respuesta. El cielo sigue tapizado de nubarrones grises, las sabanas ya no son azotadas por el viento de antes, en el ambiente se ha instaurado una tensa calma. Camargo baja la ventana y saca su mano izquierda para comprobarlo. El aire que le acaricia los dedos lleva impresa la rigidez de una amenaza.

—Debe subir la ventana por seguridad, señor Presidente —le aconseja uno de los escoltas.

Camargo obedece.

—En todo caso ya están aquí —comenta en voz baja, sin quitar la vista de la ventana.

Palomino alcanza a escucharlo. Los comentarios de Camargo lo siguen confundiendo. Ni siquiera se atreve a imaginar la posibilidad de la locura. En más de una transcripción del PAS se menciona, solo que Palomino intenta no leérselas o editarlas antes de hacerlo. De eso hablan sus opositores y sus conjurados.

De locura y de culpa. «Como si todos no estuvieran locos ni fueran culpables», se dice.

Palomino recuerda esa noche, hace ya muchos años, en la que se dio cuenta de que él también sería culpable para siempre. Fue después de la operación Búnker. Esa noche se fue a dormir feliz porque cayó en la cuenta de que acababa de pasar una prueba definitiva. Su carrera iba en ascenso. Pudiendo habérselo pedido a cualquier otro de su séquito, el presidente Ismael Camargo Posada había confiado en él. No lo defraudaría; sería sus ojos y su voz en la reunión que sostendría con un emisario desconocido en los parqueaderos subterráneos de Palacio. «Él va a entregarle algo, usted lo recibe y escucha atento lo que tiene que decirle, nada más», fue la única instrucción de Camargo. «¿Por qué reunirse en un parqueadero subterráneo y no en su oficina?»; Palomino despreció la ingenuidad de su pregunta y arregló los pormenores logísticos para el encuentro. Al final de la tarde recibió una llamada anónima a su celular: el emisario que esperaba estaría en Palacio en quince minutos. Palomino dejó lo que estaba haciendo y se puso en marcha. Ya estaba en el último nivel del parqueadero cuando la puerta metálica se abrió y un auto comenzó a descender. La camioneta frenó a varios metros de él y los faroles lo encandilaron. El ruido del motor se propagó por el parqueadero vacío por un instante que le pareció eterno. Luego se apagaron los faroles y el ronroneo del carro dio paso a un silencio frío y húmedo como aquel sótano. De la camioneta descendió un hombre de mediana estatura, de rostro malhumorado y sin afeitar. La reunión fue breve. No se estrecharon la mano y evitaron las presentaciones. El emisario le entregó un sobre de manila con algunos papeles y una bolsa repleta de casetes de audio. «¿Qué es esto?», preguntó Palomino. «Grabaciones», respondió el hombre, «y sus respectivas transcripciones. Hay jueces que lo quieren fuera. Nosotros podemos seguir colaborando, dándoles una mano a los del PAS, solo hay que llegar a acuerdos». Tres meses después de aquel encuentro, Palomino reconoció el rostro del emisario en un noticiero de televisión. Lo habían matado a balazos en su apartamento de Capital. Se trataba de una antigua Mosca desmovilizada, uno de esos muertos necesarios, fácilmente reemplazables. Palomino prefirió no hacer preguntas; entendió el valor incalculable del silencio en esos casos.

Un nuevo mensaje entra a su celular. La gente de logística le envía fotos de la plaza repleta. Le dicen que los periodistas están impacientes. Palomino sale de la aplicación sin responder y guarda su celular en un bolsillo de su guayabera.

—¿Quiere que le lea alguna nueva transcripción?

—¿Hay algo sobre la gente de La Cochiquera?

—Claro —dice Palomino y busca los apartes correspondientes.

—Lea solo el resumen.

Así lo hace. El resumen asegura que el campamento de familiares ubicado en la cima del barranco de La Cochiquera se ha multiplicado en cinco asentamientos dispersos por la ciudad. Los sitios están identificados y vigilados. Por el momento no se evidencian actividades subversivas, aunque se teme un incremento de adeptos. Nivel de peligrosidad: bajo. Se ha identificado la casa de la familia Ferreira Campos en el barrio residencial La Campiña como epicentro ideológico y organizativo de los subversivos de La Cochiquera. Se trata de la familia de una supuesta víctima de la operación Cazador, el segundo hijo del matrimonio, Aristides (35 años). El padre (Roberto) tiene una pequeña empresa de taxis y la madre (Clara) es una maestra jubilada. En apariencia inofensivos. Se ha infiltrado a un grupo de vecinos y se vigilan de cerca las acciones alrededor de la casa. Por el momento no hay evidencia de planes terroristas.

—¡Son terroristas! —reacciona Camargo—. ¡Están conspirando con los muertos!

Palomino cierra la carpeta.

—Yo no me preocuparía por eso, presidente, esa es gente sin importancia —le dice para tranquilizarlo—. Están bien vigilados y son inofensivos. Eso no pasará de una pequeña movilización.

Camargo mira a Palomino con decepción; el amanuense siente el rigor de la mirada.

—Parece que no ha aprendido nada en todo este tiempo, Palomino. Lo inofensivo es siempre lo más peligroso —sentencia Camargo y vuelve sus ojos hacia la ventana.

—Están vigilados —repite Palomino en voz baja, casi para sí mismo.

—Esa vigilancia no será suficiente —dice Camargo, y su voz suena débil, resignada, como un último aliento proveniente del fondo de una fosa—. Ya están aquí.

—¿Quiénes? —susurra Palomino.

Camargo lo vuelve a mirar. En sus ojos ya no se marcan la furia ni la decepción. Palomino hace un esfuerzo por identificar lo que ve en ellos: es el gris de las sabanas, es el aire enrarecido de la carretera, es el miedo, son los gritos de la culpa y la locura.

La camioneta disminuye la velocidad hasta detenerse.

—¿Qué pasa? —pregunta Palomino a los escoltas, inquieto.

Ninguno de los tres guardaespaldas responde; uno de ellos está concentrado en la comunicación con el exterior, los otros dos esperan órdenes.

—¿¡Qué pasa!? —insiste Palomino.

—Adelante se han detenido, hay poca visibilidad.

Camargo intenta abrir la puerta, pero el seguro está puesto.

—Quiero salir —dice.

—No es recomendable, presidente —dice uno de los escoltas.

—¡Déjeme salir, carajo!

El escolta informa por radio que el presidente saldrá del vehículo; luego se baja, inspecciona los alrededores solitarios mientras le da la vuelta a la camioneta, y solo cuando se ubica al lado de la puerta, el chofer desactiva el seguro. Camargo abre y Palomino siente el aire cálido de las sabanas tensionar aún más su cuerpo.

—¡Salga! —le ordena Camargo desde afuera, y el asistente obedece.

Ambos caminan hasta el centro de la carretera despejada. Adelante, como si se tratara del aliento sepultado de aquellas tierras, se acerca la inmensa nube de bruma cubriéndolo todo a su paso.

—Le dije que ya estaban aquí —dice el presidente.

Las Moscas jugaban microfútbol bajo el alumbrado pálido de la cancha. Aguirre imaginó que danzaban sobre cadáveres. ¿Qué alucinógeno contenía el menjurje amargo de ron y yerbas que había estado bebiendo? ¿Era el Cucaracho o se trataba de otra cosa? Y si era otra cosa, ¿qué era?, se preguntó Aguirre. A su lado, el conductor se preparó una línea de coca sobre la pantalla del celular y la aspiró con un movimiento rápido de la nariz. Aguirre prefirió usar un billete para esnifar la suya.

—¿Nos echamos otro traguito? —le preguntó el conductor.

—¡De una! —exclamó Aguirre.

Después de la reunión, Mosquete se fue a dormir una siesta y el conductor quedó al cuidado del invitado junto con una escolta de tres hombres armados. En todo caso, en el campamento no le pasaría nada: nadie sabía a ciencia cierta quién era, pero estaba claro que era intocable. El conductor le dijo que le daría a beber un trago que preparaba la tropa y que acostumbraban a tomar antes de una incursión, para darse fuerzas. Como Aguirre ya había cumplido su misión y enviado al PAS su último informe, no le importó probarlo. Solo después del primer trago de Cucaracho el conductor le reveló su alias: Salgado.

Salgado le sonrío mientras sacaba un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de su camisa. Su rostro había acumulado tantas capas de sudor que parecía cubierto por una película grasosa de cera derretida. Después de encender el cigarrillo caminó hasta el refrigerador industrial montado sobre una plataforma de madera a un lado de la cancha. Adentro, además de mantener refrigerados los balones, guardaban el Cucaracho. Un nuevo vallenato sonó en los parlantes instalados en las esquinas de la cancha. La euforia fue mayor. En el campanario de la iglesia, el vigía hizo dos tiros al aire celebrando la canción.

—Se están divirtiendo, se lo merecen —los excusó Salgado extendiéndole la botella plástica de dos litros de gaseosa. Aguirre la agarró y observó otra vez el líquido parduzco, viscoso, en el que flotaban yerbas, raíces, hongos y hojas. Tragó. Volvió a sentir que el licor amargo le quemaba la garganta y luego la llenaba de un frescor mentolado que le erizó el cerebro. Se sintió fuera del mundo.

Salgado soltó una risa estruendosa.

—¡Gooooooool, hijuepuuuuutaaaaa! —gritó, levantando la botella y empinándose un trago.

Las pupilas alucinadas de Aguirre, en cambio, estaban fijas en el balón al fondo de la portería sin mallas. «¿Por qué le prendían fuego?», seguía preguntándose sin atreverse a aceptar ninguna respuesta. Todavía se notaban algunas llamas en la circunferencia abultada, inexacta. Los jugadores celebraron pasándose las botellas de Cucaracho; estaban descamisados, solo con los pantalones camuflados puestos. El sudor les brillaba en la piel. En sus rostros desfigurados se marcaban la locura y el infierno. Aguirre distinguió la presencia en el aire: vio los demonios, vio

las moscas zumbar alrededor de sus cuerpos. No era sudor, era sanguaza parafinada derritiéndose, dejando su trazo sobre la cancha.

—No crea que esto es siempre así —le advirtió Salgado—. Están celebrando que todo salió bien. Estuvieron trabajando tres días seguidos monte adentro. Matar cansa —sentenció Salgado, y agarró la botella para llevarla de vuelta al refrigerador.

—Déjela aquí —le pidió Aguirre.

—Hágale, pero tenga cuidado con ese trago, que usted no está acostumbrado.

Aguirre no escuchó la recomendación y volvió a empinarse la botella.

En la cancha, los jugadores decidieron cambiar de balón. El que usaban ya estaba muy gastado, así que lo tiraron a una carretilla en la que iban acumulando los balones usados, y de los que luego alguien se ocuparía. Sacaron uno nuevo del refrigerador. Echaron a rodar la pelota imperfecta, le rosearon gas y le prendieron fuego. Solo entonces reanudaron el partido.

El ruido de los motores se escuchó desde lejos a pesar del estruendo de la música. Las Moscas lo distinguieron y celebraron con aplausos y gritos la llegada de las camionetas: eran tres escoltando un camión de estaca repleto de putas.

—¡Ahora sí se puso buena esta vaina! —exclamó Salgado.

De la primera camioneta, una Chevrolet negra blindada, se bajaron cuatro mujeres que fueron directamente a la casona donde Bernardo Mosquete continuaba encerrado desde el almuerzo. Aguirre lo había dejado tirado en la hamaca, descamisado y adormilado. Estuvieron revisando los detalles militares de la operación; se pusieron de acuerdo en el número de hombres, en estrategias, en métodos de trabajo para que nadie perturbara el desempeño del otro y, por el contrario, se lograra una acción ordenada y eficaz. La operación Cazador lo ameritaba. No era lo mismo operar monte adentro que hacerlo en la ciudad a plena luz del día, se requería una logística extra que Bernardo y Aguirre estuvieron discutiendo hasta bien entrada la tarde, cuando Mosquete dio por concluida la reunión. «Si hace falta algo nos comunicamos en estos días», le dijo, dándole la mano en la sala de la casa. «¿Seguirá durmiendo?», se preguntó Aguirre.

De la camioneta blanca se bajó un grupo vallenato de cuatro integrantes, y de la tercera, también negra, un quinteto de

mariachis. Los mariachis se quedaron cerca de la casa, pero el conjunto vallenato fue directo a la cancha. Se les notaba tranquilos, a gusto, era evidente que ya habían amenizado ese tipo de fiestas. Entre cuatro Moscas abrieron las puertas del camión, corrieron la lona y ayudaron a bajar una a una a las cuarenta mujeres que iban dentro. En el campamento había treinta y cinco hombres. El tipo de la consola, ubicada bajo un guásimo a unos metros del refrigerador, puso una nueva canción cuando las mujeres llegaron a la cancha. Las parejas se conformaron en el acto y todos empezaron a bailar y a pasarse las botellas de Cucaracho. De ahí en adelante todo se hizo más confuso. Aguirre bailaba con una mujer de rasgos aindiados que le llegaba a la barriga, tenía el cabello teñido de rubio y llevaba un vestido fucsia, enterizo y ceñido al cuerpo, unos dos dedos por debajo del culo. La pareja de Salgado vestía minifalda negra y una blusa blanca ajustada, era del mismo tamaño que la otra y de rasgos similares, casi idénticas, de no ser porque esta llevaba el cabello negro, larguísimo. Salgado volvió a preparar una línea de coca para los cuatro y esta vez Aguirre no necesitó billetes para esnifarla. El tiempo pasaba dando saltos imprecisos, y en algún momento la música se detuvo. Bernardo Mosquete apareció en la cancha rodeado por sus cuatro mujeres; el cinturón con el revolver sobresalía por debajo de la panza, sosteniendo el albornoz café, desgastado y sucio que llevaba puesto. Parecía poseído por una fuerza extraña, oscura y demencial, como si la siesta hubiese despertado un animal salvaje. Aguirre lo vio hablar rodeado de Moscas, con las fogatas improvisadas en tanques destellando detrás de él. Ninguno de los informes leídos por años se acercaba siquiera a lo que Aguirre estaba presenciando. Era como si estuviera en otra dimensión. Lo vio entre su tropa, amo y señor de aquel infierno de locura y muerte, perdido entre los montes, e imaginó que moría y resucitaba una y otra vez, desafiando con su voz y sus órdenes a los fantasmas que respiraban en el ambiente. Aguirre apenas distinguió lo que decía. Habló del excelente comportamiento de la cuadrilla y de la necesidad de seguir combatiendo al Enemigo. Dijo otras cosas, pero ya Aguirre confundía las palabras de Mosquete con el zumbido de las moscas, con la respiración de los muertos que escuchaba bajo sus pies, deslizándose con la neblina del suelo. Al final fue aplaudido y ovacionado, y cuando el júbilo por sus

palabras terminó, sonó el acordeón del conjunto y todos volvieron a la fiesta. Bernardo disparó tres tiros al aire antes de regresar a la casona acompañado de sus mujeres y con la pistola todavía en la mano.

Aguirre miró a su alrededor y no vio a Salgado. La mujer con la que bailaba le acariciaba el pecho y el cuello, pero la mente de Aguirre estaba puesta en los zumbidos y en esos chillidos inentendibles que no sabía de dónde provenían.

—¿Los oye? —le preguntó.

La mujer cambió el semblante de inmediato. Dejó de acariciarlo y se desprendió de él unos centímetros para verlo a la cara. Descubrió que también Aguirre estaba poseído, de una manera distinta a los demás, pero igualmente poseído por la muerte. La mujer asintió finalmente agarrándolo de la mano. «Es el Cucaracho», pensó Aguirre, y se dejó llevar por ella en dirección opuesta a la iglesia. Varias Moscas ya fornicaban sobre el suelo de la cancha, Aguirre las vio y confundió a las putas con cadáveres, alimento para gusanos, goleros o peces. La mujer salió de la cancha llevando a Aguirre de la mano, cruzaron la plaza y atravesaron la calle paralela en dirección a la alcaldía, abaleada, quemada, reducida a destrozos inservibles. Una vez en el andén la mujer lo guio hasta la esquina más próxima, doblaron por ahí y se internaron por una calle. Solo entonces la mujer lo soltó.

—Sígame —le dijo—. ¿Es la primera vez que toma Cucaracho?

Aguirre le dijo que sí mientras caminaban por la mitad de la calle solitaria; a cada lado, la piel de las casas estaba expuesta, las paredes laceradas, rotas, abaleadas, repletas de grafitis de horror. La mujer lo esperó y le dio un beso en la boca.

—Usted es lindo —le dijo—, no debería estar aquí. Metámonos en esa casa —le sugirió señalando una, y entró sin esperar respuesta.

Aguirre la siguió, cruzó el umbral de la puerta y se quedó estático en la oscuridad. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir distinguió algunas formas: la luz de la luna alcanzaba a meterse por algunos orificios de la pared y por las ventanas que daban a un callejón. Aguirre se atrevió y avanzó hacia lo que parecía el centro de una sala.

—¿Dónde está?

—Aquí —susurró la mujer, y Aguirre siguió la voz hasta una pared a su derecha. Se acercó lo suficiente para distinguir la

silueta contra la pared, la oreja pegada al muro—. Las voces de las casas se meten en las paredes —dijo la mujer—. Siempre que vengo aquí las escucho. ¿Usted qué hace aquí? Es la primera vez que lo veo.

—Si respondo eso, me tocaría matarla.

—¿Qué quiere hacer?

—Quiero largarme de aquí —le confesó Aguirre—. Hay algo que no me gusta.

—Es que usted puede escucharlos.

—¿A quiénes?

—Pues a los muertos, ¿a quiénes más? Los que están aquí, los que enterraron en este pueblo. El Cucaracho le destapó los oídos.

La mujer lo volvió a tomar de la mano y lo jaló hasta la pared.

—Escuche —le pidió, y Aguirre pegó su oreja al muro, cerró los ojos e hizo un esfuerzo por escuchar; la mujer hizo lo mismo —. ¿Sabe lo que va a pasar un día de estos? Las voces van a salir de las paredes y de la tierra, y los muertos van a volver para hablarnos.

—Es la segunda vez que escucho eso hoy.

—Y de seguro no será la última.

Los gritos y los aplausos se escucharon provenientes de la plaza, seguidos por una ráfaga de disparos al aire.

—Llegó la comida —dijo la mujer despegándose de la pared. Volvió a agarrar a Aguirre de la mano y lo guio por la oscuridad de la sala hasta alcanzar la calle.

En efecto, en el centro de la cancha estaba todo dispuesto para el banquete. Habían ubicado tres largas mesas, cada una cubierta por un mantel de hojas de bijao en el que estaban dispuestas las viandas y la vitualla; en un extremo de la mesa había una olla humeante de sopa y dos calderos enormes de arroz blanco. Cerca del refrigerador habían improvisado las parrillas en las que se asaban cinco cerdos y cuatro terneros. ¿En qué momento habían organizado todo?, se preguntó Aguirre. ¿Cuánto tiempo estuvo con la oreja pegada a la pared de aquella casa? ¿En dónde se habían metido Salgado y su escolta de tres hombres? Aguirre sintió miedo al pensar en la sentencia de la mujer. «Los muertos van a volver para hablarnos», volvió a escuchar en su cabeza.

Salgado apareció con la otra mujer.

—¿Dónde estaba metido? —le preguntó dándole una palmada en la espalda—. No se me pierda así, que me meto en líos.

Bernardo Mosquete había vuelto a la cancha. Aguirre lo vio de repente al otro lado de la mesa, sentado en una silla plástica, con el albornoz abierto y la enorme panza peluda expuesta a la intemperie de la noche quemada; las pavesas del asado chisporroteaban detrás de él. Sus cuatro mujeres estaban cerca: una le llevaba la botella de Cucaracho, otra cargaba la cocaína para mantenerlo en pie, y las otras dos le traían las mejores presas de carne en un plato que compartían entre los cinco. Bernardo prefería las orejas de cerdo cocidas en sopa con yuca y ahuyama. La grasa brillaba alrededor de su boca. Mientras esperaba la llegaba de más orejas, reposaba su mano derecha en la cacha de la pistola y observaba a Aguirre, que no dejaba de mirarlo.

—¿Ya comió, doctor? —le gritó, y extendió la mano para que le pasaran el Cucaracho; brindó sin moverse de la silla levantando la botella—. Por los negocios —gritó, y se echó a reír antes de empinarse el trago.

Aguirre se sintió mareado. Se alejó de la mesa varios pasos y volvió a mirar el panorama completo. Las cocineras ya empezaban a tajar los cerdos y los terneros. Las Moscas se atragantaban de carne y licor, vomitaban y fornicaban en los matorrales, en el suelo de la cancha, en las bancas de la plaza, en las escalinatas de la iglesia, para aplacar el vacío que tanta muerte les dejaba. También ellos, de alguna forma, estaban muertos, pensó Aguirre y miró a la mujer que le había tocado en suerte esa noche. Habían tenido el mismo pensamiento, estaba seguro. «Es por tanto Cucaracho», se dijo.

—¡Llévenme carne a la casa! —gritó Bernardo, que ya iba tambaleándose calle arriba en dirección a su refugio.

Salgado cambiaba de rostro, reía, fruncía el ceño, estiraba las facciones, hablaba en susurros y volvía a empinarse el Cucaracho. Aguirre veía las cabezas encendidas rodar, los fantasmas revolotear entre los cabellos teñidos de la puta rubia, el fuego de las parrillas chamuscar el cielo, los cadáveres dorándose, las carnes quemadas; sentía el olor de las tumbas cercanas, escuchaba los zumbidos, las voces que intentaban salir de las paredes o de la tierra seca. La cabeza le daba vueltas. Corrió hasta el borde de la cancha y vomitó en el poste del alumbrado. Luego cayó de espaldas sobre la tierra de la plazoleta. El cielo estaba despejado. Antes de cerrar los ojos vio las estrellas

incendiadas en millones de hogueras de un rojo resplandeciente.

Cuando despertó ya empezaba a despuntar el alba.

Aguirre se sentó sobre la tierra y contempló, por primera vez con absoluta claridad, las dimensiones de la plazoleta y la cancha de microfútbol. Todo le pareció más pequeño de lo que recordaba. Una delgada capa de niebla cubría el suelo y, sobre su fina superficie, se mantenía en equilibrio un silencio ahogado, tenso. Aguirre se sintió en otro mundo. Se apoyó en el poste del parlante y como pudo se puso de pie. La rubia estaba acostada sobre la yerba a unos pocos centímetros. La dejó descansar. Avanzó y vio cómo sus piernas removían la niebla en cada paso. No había rastros de Salgado por ningún lado. Las Moscas yacían, borrachas y drogadas, en el suelo de la cancha, en las bancas, en los jardines de la plazoleta; algunas estaban desnudas o medio desnudas, otras parecían atragantadas con su propio vómito; el Cucaracho les producía todo eso: la lujuria y el delirio, la gula y las pesadillas con cabezas de fuego, con cuerpos desnudos sobre parrillas, con tripas a las brasas, banquetes fratricidas, zombis resucitados. «Los muertos bajan de los montes», le dijo Salgado a Aguirre en algún momento de la noche. El agente del PAS se detuvo en mitad de la cancha. A lo lejos, proveniente de la casa, distinguió la figura de Bernardo Mosquete: parecía un belcebú demente y fatigado, caminando en dos patas y cojeando de la izquierda. Estaba solo, sin sus cuatro mujeres y sin su guardia personal. Aguirre lo vio acercarse con la pistola bajo la panza, que se salía del albornoz abierto; era un general en el amanecer del infierno pasando revista a su soldadesca delirante.

—¿Los oye? —le susurró cuando se detuvo frente a él.

—Creo que antes sí, ahora mismo no.

La figura obesa de Bernardo se marcaba contra la luz violeta del amanecer que despuntaba entre los montes.

—Venga conmigo —le pidió.

Aguirre obedeció y lo siguió cancha arriba en dirección a la iglesia. Pasaron por encima de cuerpos, de balones descongelados y sanguinolentos, de botellas vacías de Cucaracho, y del acordeonero que dormía abrazado a su instrumento. Dejaron atrás las parrillas que aún lanzaban las últimas pavesas al amanecer y salieron a la plazoleta abierta que conducía, por un camino de grava, a las escalinatas de la iglesia. Bernardo las evitó y buscó un sendero que subía por la ladera hasta la cima de la

loma. Una vez arriba pasaron de largo y se metieron entre los escombros a un costado de la ermita: solo la mitad de la fachada y el campanario se mantenían en pie. Al fondo, más de la mitad de la pared también estaba en el piso; Cristo yacía boca abajo, calcinado junto a las ruinas del altar y del presbiterio. Las velas dispuestas sobre los escombros alcanzaban a iluminarles el camino: se metieron entre las bancas rotas hasta atravesar los despojos de la nave central. Aguirre sintió los gritos petrificados en las piedras regadas por el piso. Algo raro estaba a punto de suceder. Podía olerse. Pasaron al lado del Cristo calcinado y siguieron entre los escombros de la pared del fondo. Cuando cruzaron al otro lado, Aguirre tuvo la impresión de estar atravesando un pasadizo, un portal que lo trasladaba por fin a ese lugar al que había estado preparándose para llegar desde que entró en aquel infierno. Las pocas Moscas que no habían caído doblegadas por el cansancio o por el Cucaracho se mantenían en pie alrededor de la explanada de tierra y matojos que crecía detrás de la iglesia. Aguirre distinguió a Salgado entre las sombras de los escombros, cerca de donde él estaba. Iba descamisado como muchos otros, con los ojos entrecerrados mirando al frente, como en medio de un trance. Se acordó de sus palabras esa tarde y supo de inmediato dónde estaban. Las velas cubrían la tierra, la tumba en la que respiraban los muertos.

—Ahí vienen —susurró Bernardo, los ojos dilatados, vigilantes, fijos en los senderos que se adentraban en el amanecer de las montañas—. Vienen para llevárselos, Aguirre. Quieren llevarse a estos muertos, pero a mis muertos no se los lleva nadie.

Bernardo Mosquete desenfundó su pistola y, tambaleándose, caminó entre las velas hasta el centro de la tumba.

—Va a tocar empezar a matar muertos —sentenció, apuntando con la pistola a la tierra seca. Una corriente de viento frío se deslizó entre los cerros y removió la bruma del suelo. Luego hubo un silencio agudo como una estaca, y solo después llegaron las voces, los zumbidos; Aguirre escuchó los gritos, la agonía, vio el fuego, sintió los chillidos impregnados en el aire.

—¡A estos muertos no se los lleva nadie! —gritó Bernardo, disparando a los matojos y a las velas.

Entonces Aguirre volvió a mirar a Salgado, distinguió la niebla, el viento y las voces que lo envolvían. Vio las ánimas perdidas de los montes que venían buscando lo suyo. Sintió terror

mientras corría, sintió sus pies hundirse en la tierra, sintió que los muertos lo seguían montaña adentro. Estaba perdido. El infierno estaba dentro. Siguió corriendo. Supo que por más que corriera los muertos siempre estarían detrás.

El presidente Camargo tuvo noticias de Aguirre. Nunca conoció su alias, pero era de él de quien hablaba el general Onofre al momento de informarle sobre el resultado de la misión: «El agente estuvo perdido dos días en el monte. Lo encontraron deshidratado y alucinando. Estaba intoxicado quién sabe con qué joda. Pero ya está con nosotros, lo internamos en una clínica del Ejército. Por ese lado, el asunto está cubierto. Sobra decir que este pequeño incidente no interfiere en nada en la operación».

A los pocos días, a Camargo se le olvidó el asunto y ya nadie más volvió a pensar en el agente del PAS.

El país se enteró de la operación Cazador por televisión. Los noticieros, todos amigos del Gobierno, la mostraron como un éxito del camarguismo contra las mafias urbanas del CFS. Durante los dos días de la operación, Camargo estuvo con Palomino en uno de los sótanos de Palacio donde funcionaba una oficina del PAS. Desde ahí monitoreó todo el asunto. Onofre le informaba directamente, omitiendo lo que debía omitir. Al tercer día, cuando ya todo había terminado, Camargo se presentó en la zona con cinco camionetas de periodistas que lo perseguían.

Solo en las redes sociales se conocieron algunos videos que ponían en entredicho la versión oficial. Se hablaba de matanzas y de Moscas; de un basurero donde presuntamente estaban los cadáveres. El asunto se olvidó a los pocos días cuando un escándalo mayor apareció. Unos dos años después, el tema resurgió del olvido cuando una organización internacional presionó para que se efectuara una exhumación en el basurero. Camargo recibió un informe sobre la situación de manos de Palomino, quien, a su vez, lo había recibido del general Onofre porque el presidente estaba de viaje fuera de Capital. Se hablaba de una organización de mujeres, y por primera vez se mencionaba en un informe oficial el asunto de los zombis. «La gente habla de resucitados», leyó Camargo en aquel informe sin

prestarle atención.

—Denles la excavación si quieren —resolvió—. Igual no van a encontrar nada.

## 9

El presidente Ismael Camargo Posada, repetido en millones de televisores a lo largo y ancho del país, llega a la plaza de Montevilla en medio de un solemne despliegue de seguridad. La plaza está recién restaurada para la ocasión: volvieron a empedrar el largo camellón central, las bancas viejas e incómodas de concreto fueron remplazadas por unas nuevas, de listones de madera pulida, mucho más cómodas; el busto del primer alcalde de la ciudad fue removido para poner en su lugar, justo en el centro de la plaza, la estatua ecuestre del presidente en un pedestal de granito. A orillas del río se extiende un largo paseo, también restaurado, donde la gente va a caminar cuando baja el sol.

Los guardaespaldas rodean la camioneta principal; toda la plaza está a la expectativa.

Dentro de la camioneta, Camargo se prepara para salir al espectáculo.

—Me avisa si los escucha —le pide a Palomino.

Se pone el sombrero de paja fina y finge una sonrisa. La puerta se abre y Camargo baja.

El presidente les da la mano a los invitados. Acepta abrazos, espaldarazos y sonrisas. El sitio se ve impecable. El trabajo de los Camarguistas Unidos de Montevilla ha sido excepcional. El camellón está repleto, la gente llega apretujada hasta la orilla del río. Algunos, incluso, se han trepado en las copas de los árboles para tener una mejor vista. Los primeros en llegar lograron ubicarse detrás de los separadores metálicos que dividen la parte norte de la plaza del resto del camellón. Desde ahí se ven sin problemas la lona blanca que cubre la estatua, el atril presidencial y las sillas plásticas con los invitados. Nadie quiere perderse el acto circense que está a punto de suceder. Camargo levanta la mirada para ver al otro lado de los separadores. Se le hiela la sangre: nadie en el público se mueve, nadie habla, nadie dice una sola palabra. Algunos llevan mascarillas desechables en

la cara, otros parecen estar muertos, piensa Camargo, hologramas, fantasmas mudos esperando la intervención presidencial, como si estuvieran ahí por miedo, o como si el cambio repentino del clima les hubiese trastocado las neuronas. Camargo levanta el brazo y los saluda con una sacudida fría de la mano.

Un maestro de ceremonia lee el orden del día.

Una banda de guerra toca el himno nacional.

El obispo hace una pequeña oración y lanza una bendición a la estatua y al público.

Habla el presidente de la junta directiva de los Camarguistas Unidos de Montevilla.

Hablan el gobernador del departamento y el alcalde de la ciudad.

El maestro de ceremonia anuncia las palabras presidenciales.

La banda de guerra vuelve a tocar un acompañamiento marcial mientras el presidente se desplaza al atril. Palomino no se levanta de su asiento, pero vigila con atención cada uno de los movimientos de Camargo. Hay algo en él que rejuvenece en estos actos. El presidente se apoya en su bastón y se pone de pie sin esfuerzo aparente; lentamente, paso a paso, camina hasta el atril seguido por un edecán que lleva la carpeta de cuero negro con el discurso. Toda la plaza parece concentrada en aquel desplazamiento. El edecán deja la carpeta sobre el atril y se retira. La banda de guerra se silencia. La gente espera. Camargo ve la gigantesca valla que se levanta al otro extremo del camellón: es una foto suya en la que sale montando a Capitán Mandrake en las caballerizas de La Serrana. Camargo ve el horizonte gris, morado, las nubes amenazantes sobre el río presagiando la tormenta. Abre la carpeta, se pone sus lentes y mira sin interés las hojas del discurso. Está previsto que hable sobre su vida y su legado político, pero Camargo, por primera vez, se cuestiona la importancia de todo aquello. «¿Todo ese esfuerzo para terminar en un bronce encima de su caballo muerto?, ¿es esa la inmortalidad?», se pregunta. Cierra la carpeta y la deja a un lado. Palomino se da cuenta del gesto y le parece extraño. Teme lo peor. Camargo se aclara la garganta y el carraspeo se escucha en los altoparlantes. A lo lejos, rozando la superficie del río, Camargo ve la neblina que se acerca lentamente. Los muertos ya están ahí, también ellos han venido a

escucharlo.

—Hoy soñé con ese caballo —dice, señalando la valla que tiene enfrente—. Daría mi hacienda entera por tenerlo aquí. —La neblina sigue acercándose—. Voy a contarles un sueño —dice, y comienza por el último que tuvo, hace apenas unas horas.

La televisión no mostró mucho más sobre la inauguración de la estatua.

Después del tercer sueño relatado, Palomino supo que aquello no tendría reversa. «Esto hay que pararlo», le dijo a su gente por el celular. Caminó entre los invitados hasta la isla central donde estaban los periodistas con las cámaras. No respondió una sola pregunta y exigió la cancelación inmediata de la transmisión oficial. Luego dirían que el presidente no se sentía en buena disposición para el discurso y que había decidido posponer la inauguración. Palomino recorrió el camino de vuelta entre los murmullos y la mirada sorprendida de los invitados. El sonido ya había sido cortado, pero Camargo continuaba hablando. Palomino lo encontró mientras relataba la aventura onírica con Capitán Mandrake en el basurero. Aquello no lo vio nadie porque un acuerdo entre los dueños de los medios censuró las imágenes, pero Palomino tuvo la osadía de agarrar a Camargo por el brazo y guiarlo lejos del atril, como si fuera un anciano demente. La mirada de Palomino movilizó de inmediato a todo el dispositivo de seguridad, y en menos de diez segundos la camioneta negra blindada del presidente estaba a unos metros, esperándolo. Los guardaespaldas estaban atentos. La televisión no mostró lo que sucedió a continuación, pero mientras caminaban hacia la camioneta, la neblina que venía por el río cubrió el camellón central y la plaza entera. Las nubes se oscurecieron aún más y el aguacero se vino encima. Pero nadie se movió de la plaza, todos seguían atentos al presidente y a la estatua cubierta. Tras el sonido de la lluvia, Camargo escuchó las voces: eran cientos de ellas y sonaban como el aleteo de pájaros incendiados.

—¡Ahí están!

—¿Quiénes? —preguntó Palomino mientras llegaban a la camioneta.

—¿¡No los escuchan!?

—¿A quiénes?

—A los muertos, Palomino, ¿a quiénes más?

Palomino lo ayudó a terminar de montarse en la camioneta.

—Es mejor que descanse, señor Presidente —le sugirió—. Después terminamos lo de la estatua.

El dispositivo de seguridad se alejó a toda velocidad. Las últimas sirenas de la policía se perdieron bajo el aguacero. Ya no quedaba rastro de los invitados, pero los espectadores no se movían. Allí estaban, paralizados bajo la lluvia como si también ellos fueran estatuas. Estatuas de muertos mirándose sin decir nada bajo un silencio rumoroso, húmedo y turbio como el río.

«¿Qué pasará ahora con la estatua?», se preguntaban sin abrir la boca.

¿Quién se atreverá a develarla?

# Zombis

*Por los ojos de los vivos*
*se miran los muertos a los ojos.*
*Por los ojos de los vivos*
*miran los muertos a sus muertos.*

Eduardo Escobar, *Por los ojos de los vivos*

# 1

• **REC**

En La Campiña ya no saben qué hacer con tantos muertos. Los ven día y noche desfilar por las calles, atravesando la neblina, yendo y viniendo, apareciendo y desapareciendo en cada rincón del barrio. La Campiña está al occidente de Capital, muy lejos de las colinas empinadas del San Francisco Ángel; el barrio está rodeado por avenidas, puentes peatonales y vehiculares, comercios de todo tipo y un caño de aguas residuales que lo circunda como una cicatriz convertida en bulevar. Lo cierto es que se trataba de un barrio tranquilo hasta que empezaron a aparecer los zombis.

—Este es uno de los pocos barrios tradicionales que le quedan a esta ciudad —afirma uno de los vecinos a la cámara, el bajito de bigote y rostro malhumorado, a quien todos llaman señor Arnedo—. Era un remanso de paz hasta que llegó esa gente.

Para algunos vecinos, como el señor Arnedo, los muertos son "esa gente". Así les dicen. Como si fueran menos. Como si fueran extraños. Como si al evitar nombrarlos dejaran de existir.

Ignacio da dos pasos atrás sin dejar de enfocar al grupo de vecinos. No se callan, ni un solo instante dejan de gritar sus consignas inentendibles mientras agitan sus carteleras. A pesar de la niebla que ya recubre el aire, se alcanzan a leer algunas. «LOS ZOMBIS NO EXISTEN», dice una. «TERRORISTAS, BLASFEMOS, PECADORES», dice otra. «ARRIBA EL CAMARGUISMO», se lee en una tercera. Ignacio baja la cámara y le hace una seña a Mónica para que crucen al otro lado del parque. Unos metros más adelante se encuentra el grupo opositor. Ignacio enfoca su cámara y Mónica apunta el micrófono boom en dirección al otro grupo de vecinos.

—Esto está ocurriendo por algo —dice el hombre calvo y de barriga robusta al que todos conocen como señor Cepeda—. Hay que estar ciego para no darse cuenta.

Las palabras del señor Cepeda incendian los gritos del resto. «LOS ZOMBIS LLEGARON PARA QUEDARSE», dice una cartelera.

«¿DÓNDE ESTÁN LOS HUESOS?», se pregunta otra. «ESCUCHEMOS A LOS MUERTOS», dice una tercera. Pero con tanta algarabía de lado y lado, los que menos se escuchan son los muertos.

Ignacio apaga la cámara y Mónica desconecta el micrófono. Salen del parque, cruzan la calle y se detienen en el andén de enfrente. Desde ahí tienen un panorama completo del espectáculo. En poco más de una hora, cuando anochezca por completo, los vecinos se cansarán de gritar, guardarán sus carteles y se encerrarán en sus casas a ver noticieros y telenovelas. Siempre es lo mismo. Les tienen miedo a las noches porque las noches son de los muertos.

—Ahí van unos —dice Mónica.

En efecto, un grupo de tres zombis atraviesa lentamente la calle. Van vestidos de otra época, como si fueran espectros electromagnéticos salidos de un programa de televisión de los años ochenta; pasan delante del parque sin inmutarse y siguen de largo. La niebla rumorosa se los traga. Los vecinos ni siquiera los han notado. Tampoco Ignacio se preocupa por grabarlos. Ya tiene suficiente material por hoy. «¿A dónde van los muertos cuando cruzan la bruma?», se pregunta mientras guarda la cámara en su morral. Luego mira su reloj y piensa en su hermano: «¿Dónde estará Aristides en este momento?».

## 2

—Esta noche hay más neblina —comentó Aristides, mirando por la ventana de la habitación.

Ignacio, sentado en la cama, levantó la cara de su teléfono celular y lo miró con interés. Supo en qué debía estar pensando. Desde que su hermano mayor regresó a casa no piensa ni habla de otra cosa; es difícil que en su casa se piense o se hable de otra cosa después de lo sucedido. Así que se levantó de la cama y fue hasta la ventana para comprobarlo: la neblina que cubría por completo las calles de La Campiña a esa hora de la noche, en efecto, era más gruesa y compacta que lo habitual. Ambos sabían la razón: en La Campiña temían que el cierre de la excavación activara la presencia de más zombis, o el estallido violento de protestas, según los más radicales del barrio. Desde la ventana del

segundo piso alcanzaron a distinguir las luces encendidas en las salas de algunas casas.

—La de allá es la del señor Arnedo —indicó Ignacio señalando la casa grande de la esquina en la acera de enfrente—. Ese debe ser él.

Algunos se atrevían a asomarse detrás de las cortinas. Pero en las calles no se veía a nadie. A veces pasaba un carro, muy rápido como si estuviera huyendo; la bruma se dispersaba por unos segundos, pero al rato volvía a compactarse y la calle regresaba a su silencio.

—No he visto pasar a ninguno —dijo Ignacio.

—No demoran —aseguró Aristides.

Era cierto. Algo crecía bajo el silencio —corroboraron—, algo latía bajo la capa fría de la niebla, algo que había estado oculto por años y que ahora empezaba a evidenciarse. Los vecinos lo sabían y eso les daba miedo, por eso se encerraban con sus televisores a todo volumen.

Ignacio se alejó dos pasos, hizo un marco con las manos y detalló la posición de su hermano en la ventana.

—No te muevas de ahí —le pidió, y volvió a la cama.

Aristides sabía lo que estaba a punto de ocurrir. Ignacio regresó con su cámara de video, la encendió, alistó el encuadre que había marcado antes y empezó a grabar.

## • REC

No puede evitarlo. Cuando está con Aristides, Ignacio siempre piensa en el diálogo de una película zombi. Y no el de una película cualquiera, no una vulgar imitación de los descerebrados zombis gringos. No. Ignacio piensa en zombis criollos, sin efectos especiales ni maquillajes. Zombis latinoamericanos. Zombis que surgen de la basura y de los ríos. Muertos que parecen vivos, pero que en realidad son zombis que vuelven para abrir los ojos de los mortales. Muertos que regresan a buscar sus huesos. Piensa en su película proyectada sobre las fachadas de las casas, siendo vista por las familias del barrio. Una película neblinosa. Así la imagina Ignacio, exactamente igual al documental que está haciendo sobre Aristides, un documental desproporcionado, sin pies ni cabeza, que sobrepasó hace mucho la simple idea de una película casera sobre el regreso de su hermano. Cuando Aristides regresó a

casa, Ignacio se impuso la tarea de ver todas las películas de zombis que pudo encontrar. Luego se dijo que él mismo haría la suya. El tema le pareció fascinante y tenebroso, aunque en el fondo no era más que su intento por entender al nuevo Aristides. De eso hace más de un año, y desde entonces las horas de video han seguido acumulándose en los discos del computador.

Ignacio apaga la cámara.

—¿Ya es tarde? —preguntó Aristides.

—Es la hora del noticiero —le respondió Ignacio, después de comprobarlo en su reloj. El cansancio le calló de golpe. Se sintió abatido, adormilado, y todavía faltaban varias horas para que terminara la jornada. Esa noche tendría que volver a dormir en casa de sus padres si quería registrar las reacciones del día en que cerraban la excavación. Dejó la cámara sobre la cama y le envió un mensaje de texto a Mónica; le dijo que Clara aún no llegaba, así que tendría que quedarse a dormir. Mónica lo entendió.

—Deberíamos bajar —le sugirió Ignacio.

Pero a Aristides le aburría le idea de ver una emisión más del noticiero con el resto de la familia. Se alejó de la ventana y miró a su hermano como intentando hablarle con los ojos. Siempre lo lograba. «Telepatía Zombi», solía argumentar Ignacio. Entonces Aristides salió de la habitación, bajó las escaleras hasta el primer piso y, sin decir nada, salió a la calle. Ignacio lo siguió de cerca con su cámara. La noche siempre ha sido de los muertos.

## 3

Desde que su madre regresó, Kamila caza zombis. En eso invierte su tiempo. Al principio, solo de vez en cuando, algunas horas al día, algunos días a la semana. Pero desde que los muertos se tomaron Capital, no se dedica a otra cosa.

Así se lo contó una noche a Aristides, mirándolo fijamente a los ojos, sentados en una de las últimas mesas de la panadería de su padre. Aristides sintió desde entonces que había algo fulgurante detrás de los ojos de Kamila. Algo que se había incendiado cuando era niña y cuya pirotecnia seguía estallando en sus pupilas. Kamila, por su parte, comprobó que detrás de los

ojos muertos de Aristides había un agujero vertiginoso y oscuro del que emanaba una brisa cálida que a ella, a pesar de las circunstancias, le parecía llena de vida.

—Igual que los ojos de Esperanza —le confesó Kamila, a quien los años de ausencia le enseñaron a llamar a su madre por su nombre de pila.

Cuando la gente le pregunta, tal como se lo preguntó Aristides esa noche, por qué cambió la C de su nombre por una K, Kamila responde lo mismo: «Porque se me dio la gana».

La respuesta, en realidad, es más compleja. Ella no la conoce a ciencia cierta, como tampoco ninguno de los sicólogos que la han tratado desde los diez años. Aunque por supuesto la intuye. Prefiere ahorrarse explicaciones. A Aristides, en cambio, le contó algo esa noche, quizá porque aquella brisa cálida y vívida de la muerte ya le resultaba familiar.

Cuando tenía cinco años, su madre desapareció.

—Se la llevaron las Moscas —le confesó Kamila.

En aquella época vivían en un pueblo cerca de Capital; Esperanza era militante de un partido de izquierda que investigaba algo o a alguien que no debía ser investigado. Un día desapareció junto con dos miembros del partido y todos supieron lo que había pasado. Se creyó que podrían estar en el fondo del río que pasaba al final del pueblo; aunque buscaron, jamás encontraron los restos. Desde entonces, un vacío empezó a crecer dentro de su cuerpo.

—¿Has escuchado hablar de los agujeros negros? Bueno, yo crecí con uno dentro de mí —le reveló.

A los diez años, cuando ya se habían mudado a un barrio al suroriente de Capital, empezó a morderse las uñas hasta hacérselas sangrar. Su padre se dio cuenta y, desde entonces, empezó el peregrinaje por sicólogos y trabajadores sociales del cada vez más raquítico sistema de salud pública. Kamila creció sola, con un padre panadero, silencioso y distante, que, a pesar de las amantes ocasionales, jamás quiso rehacer su vida. La de su hija, por consecuencia, le parecía lejana y extraña, como si una galaxia de oscuridad se interpusiera entre ambos. A los catorce, el agujero negro de su pecho era tan grande que estalló, y la explosión fue tan luminosa que empezó a brillarle en los ojos. Fue entonces cuando cambió la C por la K, como si con eso se rebautizara. En las tardes, después del colegio, o el día entero si

se escapaba de clases, acostumbraba jugar en los cementerios. El juego consistía en buscar tumbas con el nombre de Esperanza. Si encontraba alguna, sacaba la cuenta de los años y se imaginaba que era la tumba de su madre; le daba a la mujer de la tumba el rostro de las fotos de Esperanza, y se inventaba recuerdos, prolongaciones de esos momentos fotográficos de los que Kamila ni siquiera se acordaba. No importaba que no fueran la misma mujer, igual eran dos desconocidas para ella. A los dieciséis empezó a llenar el vacío con el sexo. Los chicos la buscaban y ella se dejaba encontrar, aunque se aburría rápido. Quizá porque lo vio en alguna película, empezó a llevar un cuaderno con los nombres de sus amantes, acompañados de un breve comentario. Pero lo que realmente le interesaba era inventarse conversaciones sobre sus novios con las mujeres de las tumbas. Luego volvía a su cuaderno e intentaba imaginar cuál de ellos sería del agrado de Esperanza. Tampoco eso funcionó. Milton, a quien conoció en la escuela nocturna, fue su último novio.

—Pero de eso hablamos otro día —le prometió.

Ahora, a los veintiocho años, lo único que la ha salvado de caer definitivamente por el agujero negro de su pecho ha sido la llegada de los zombis. No solo el de su madre, sino todos los otros. Por primera vez en su vida, la K de su nombre ha cobrado un sentido: la Kamila rebautizada a los catorce no era más que una leve insinuación de la que acababa de nacer entre los muertos.

## 4

Los gallinazos aleteaban alrededor de su cuerpo.

Su cuerpo basura, briznas, despojos.

Sintió el aleteo, la humedad, la llovizna punzante.

«¿Estoy vivo?», se preguntó.

Sintió la presión aguda del dolor cuando intentó abrir los ojos. Los mantuvo cerrados.

Los brazos, las piernas, el pecho, el cuerpo entero parecía bombardeado por piedras hirvientes que estallaban contra cada uno de sus músculos.

El movimiento dolía, comprobó.

Volver a la vida era doloroso, constató.

Sintió el sabor metálico de la sangre cristalizada en su rostro de tierra.

El ácido descompuesto de la basura era el aroma perfecto para encubrir la podredumbre de la carne triturada.

El cuerpo le temblaba, advirtió. De la cabeza a los pies.

«¿Por qué estoy aquí?», se preguntó. Quizá tenía una leve idea, pero no estaba seguro.

Mantuvo los ojos cerrados; temía que el dolor fuera insoportable.

«La luz quema», se dijo como si deseara cotejarlo.

Eso que escuchaba a lo lejos eran voces.

Conversaban y reían, supuso, aún sin verlos.

Eran basuriegos, recicladores que rebuscaban entre los desechos algo de valor.

Distinguió otro ruido, más fuerte, pesado. Pensó en palas mecánicas. Eso eran, aunque no pudiera verlas. Las volquetas y retroexcavadoras compactaban la basura de La Cochiquera.

El nombre se le vino a la cabeza.

Supo que estaba en el basurero, en el relleno de La Cochiquera.

¿Pero por qué estaba ahí? ¿Por qué podía sentir el temblor de su cuerpo, el olor de la basura, el ruido de las volquetas, el sabor de su sangre apelmazada?

Entonces se decidió.

Abrió los ojos.

La luz ardía, confirmó.

La vida quemaba, corroboró.

Debía estar cerca de la superficie porque, a pesar de los desechos que lo cubrían, pudo comprobar que ya había amanecido. El cielo era un tapiz grueso, impenetrable, compacto, invadido de pájaros negros. Los proyectiles de la llovizna caían lentamente. Los gallinazos pasaban cerca y descendían hasta el suelo para picotear la podredumbre a su alrededor.

Entonces sintió el picotazo en el brazo izquierdo.

Luego otro y otro más.

Y más aves carroñeras descendieron a su alrededor.

Y cada picotazo en el brazo era como un impulso eléctrico, una carga, un electrochoque rapaz, violento, directo a cada fibra, a cada nervio, al centro mismo de la muerte. Los picotazos de las rapiñeras le daban cierta energía. Como si le recordaran la vida

ahora que parecía estar muerto.

Hasta que un reflejo involuntario le sacudió el brazo y expulsó a los gallinazos.

Sacó el otro brazo de la basura, con las dos manos se sacudió los desechos que lo cubrían y en un nuevo impulso levantó el torso hasta quedar sentado.

Respiró agitado como si acabara de salir de un abismo profundo. Levantarse entre la basura era un acto doloroso y necesario, experimentó.

Los basuriegos salieron huyendo. A los pocos metros se detuvieron. Lo miraron desde lejos y con prudencia. Era la primera vez que veían a alguien surgir de la basura. Al menos en cuerpo entero, aparentemente vivo.

Él también los vio, pero no supo qué decirles.

Miró alrededor.

¿Qué hacía allí sentado, temblando de pies a cabeza? ¿Por qué él, precisamente él, había salido de la basura? Volvió a mirar al cielo. Con las manos hizo un cuenco. La llovizna era persistente, no lo suficiente como para llenarle las manos, pero con eso le bastó para limpiarse la sangre y la tierra del rostro.

En un nuevo esfuerzo logró ponerse de pie.

Caminar era encajar los huesos magullados en su lugar.

Los recicladores se alejaron un poco más. Hubo algunos que se atrevieron a gritarle.

—¿Está bien? —le preguntaron.

—¿Quién es usted? —quiso saber otro.

—¿Qué hace ahí? —preguntó alguien más.

Pero él no supo responder a ninguna de las preguntas, así que los miró con indecisión. Detrás de ellos estaban las máquinas que no se detenían. El basurero era enorme. Una tierra de desechos. Un cementerio de desperdicios. Un agujero de inmundicias en medio de los cerros. La mirada del resucitado terminó en el camino que serpenteaba hasta la cima del barranco; una volqueta subía por la pendiente. Debía decidirse: de un lado estaban los basuriegos que seguían gritándole las mismas preguntas; del lado opuesto estaba el camino que ascendía. El cuerpo le seguía temblando. Dar un primer paso en aquel territorio de despojos era como volver a nacer en el infierno.

Caminar duele, verificó dando un primer paso adelante. La volqueta había terminado de subir la ladera; hacia allá se dirigió

el zombi.

## 5

Roberto había insistido en llevarla él mismo en el taxi, pero Clara se negó argumentado que para todos era mejor que se quedara en casa con Aristides. «El día será largo», le dijo al despedirse. Roberto llamó entonces a uno de los muchachos de la empresa y en quince minutos pasaron a recogerla. Cuando abrió la puerta para salir, Clara tuvo la sensación de estar a punto de atravesar un pasadizo, como si el marco de madera fuera en realidad el punto de conexión entre dos mundos: detrás de ella, la casa; delante, la neblina espesa y pesada que lo cubría todo como el hálito dormido de millones de fantasmas. Hacía frío. Se abotonó el abrigo, abrió su paraguas, aunque la llovizna era tan solo un rocío suave e imperceptible, y se metió entre las nubes grises.

Luz Marina y las otras mujeres ya estaban en el barranco cuando Clara apareció en el taxi. Se saludaron en la parte alta de la colina, sobre la calle que conducía al interior del San Francisco Ángel.

—Los noticieros no demoran —le informó Luz Marina después de darle el abrazo de los buenos días—. Tienes que ver el barranco —agregó a renglón seguido, con el rostro atravesado por la desolación. Clara la agarró del brazo y se internaron en el campamento, deteniéndose a cada paso entre saludos y abrazos. Así llegaron al borde del precipicio: al fondo del barranco, Clara distinguió entre la bruma las cuadrículas aún demarcadas, las pilas de escombros calcinados, la basura incinerada, la tierra carbonizada de La Cochiquera.

—¿Qué han dicho de los videos que están circulando? —preguntó sin quitarle la vista a la excavación—. ¿Ya hay una versión oficial? Cuando venía en el taxi seguían sin decir nada.

—Todavía no. Al menos que yo sepa. Habrá que esperar a que lleguen los periodistas a ver qué nos dicen. Pero harán lo mismo de siempre, algo se inventarán para no hacer nada. Se nota que echaron tierra y basura para tapar lo quemado.

—¿Por qué querían incendiarlo?

—Los excavadores estaban locos, Clara —sentenció Luz Marina.

Volvieron a quedar en silencio. El basurero les resultaba raro sin los hombres de blanco.

Un día, mientras iba en su taxi, Roberto escuchó a Luz Marina hablar en la radio sobre la desaparición de los jóvenes en los cerros. Aquello no era un secreto; nadie se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos sabían que las Moscas entraban y salían de las lomas del sur sin que las autoridades hicieran nada. Llegaban en las noches con lista en mano. A los que capturaban los desaparecían en la basura. El Gobierno se hacía el de la vista gorda, adelantando investigaciones que terminaban congeladas en callejones burocráticos. Y no solo eso: según las pocas investigaciones periodísticas, y una que otra organización internacional, los listados de nombres eran proporcionados por autoridades militares y funcionarios de inteligencia del PAS. En uno de esos cerros funcionaba la ONG para la que trabajaba Aristides rehabilitando pandilleros. Quizá Luz Marina y las mujeres de La Cochiquera lo conocían, se dijeron Roberto y Clara cuando lo hablaron. Fue así como decidieron contactarlas.

Por aquellos días, Clara solía recibir en su casa, unas dos o tres veces por semana, a algunos vecinos de La Campiña que llegaban para acompañarla a sobrellevar la pérdida. Conversaban y, a veces, hacían alguna oración. Clara nunca había sido muy religiosa, pero aquellas visitas la reconfortaban. Cuando conoció a Luz Marina la invitó a que se les uniera, y esta, a su vez, empezó a ir acompañada de otras mujeres de los cerros. Luz Marina no conocía a Aristides, pero Teresa Tamayo, sí. La primera vivía en uno de los tantos barrios de las lomas, y su hijo mayor había desaparecido hacía muchos años en una de las primeras incursiones de las Moscas. Desde entonces empezó a recolectar información sobre las desapariciones. Teresa, en cambio, vivía en el San Francisco Ángel, el barrio donde funcionaba el basurero, y había visto varias veces a Aristides visitar los alrededores haciendo labores para la ONG en la que trabajaba. Jonathan, su hijo menor, antiguo pandillero de la zona, desapareció unos días después de la toma de las Moscas. Se decía que su cuerpo también había sido tirado a La Cochiquera.

Ninguna táctica para sobrellevar el duelo le fue tan eficaz como el haber encontrado a Luz Marina y a las otras mujeres. Todas habían perdido a un hijo o a un esposo. En el vacío de esas pérdidas encontraron un soporte mutuo. «Yo perdí a un hijo, pero

gané la memoria de muchos otros», dijo Clara a la cámara una noche en la sala de su casa. El tiempo libre que le había dejado su jubilación como maestra de escuela lo invirtió en las actividades con las mujeres de La Cochiquera. Su implicación era cada vez mayor, y cuanto más se implicaba, más aumentaba su coraje. En casa se dieron cuenta del cambio. Sus rutinas volvieron a tener la misma vivacidad de antes; recuperó el hábito de enumerar su agenda del día mientras desayunaba, hablaba por teléfono, organizaba asuntos o recorría la casa dando instrucciones. Su energía estaba de vuelta, pero el dolor seguía siendo insoportable. Más de una vez, Roberto la descubrió sola, sentada en el comedor de la cocina viendo un punto de la pared, o en el sofá de la sala viendo a través de la ventana, o sentada en la cama de Aristides llorando mientras veía el estante con sus libros.

Cuando Aristides apareció convertido en un zombi, el compromiso de Clara se multiplicó. Luz Marina y Teresa lo visitaron en varias oportunidades, pero la presencia de aquellas mujeres, de los vecinos, y la sensación de sentirse el centro de las miradas y los comentarios lo ponían nervioso. Al final su reacción era siempre la misma: se ponía de pie y salía a la calle sin despedirse de nadie, seguido de cerca por Ignacio, y a veces también por Roberto. Unos siete meses después de su regreso, más de un año y medio después de su desaparición, y gracias a la presión de las mujeres de La Cochiquera, las autoridades aprobaron el inicio de las excavaciones en el basurero. «Los muertos ya no están ahí», les dijo Aristides en esa oportunidad. Días antes de la apertura, Clara estaba en primera línea, trabajando en la instalación del campamento en lo alto del barranco. Unos ocho meses después seguía estando en primera línea, ahora ante el cierre definitivo de la excavación.

—¡Ya están aquí! —les gritó alguien a sus espaldas, y las dos mujeres se dieron vuelta.

Atrás quedaba la antigua excavación, vacía y chamuscada. Frente a ellas, las siluetas en forma de cuerpos, enterradas en la tierra húmeda, parecían una pequeña guardia de muertos vigilando la llegada de las autoridades y las cámaras de televisión.

—Vamos —dijo Clara, tomando aire.

# 6

El señor Arnedo ha vivido toda su vida en la casa de la esquina, diagonal a la de Aristides. Desde que los zombis empezaron a llegar al barrio, el señor Arnedo tiene la costumbre de vigilar la casa de sus vecinos, oculto tras la cortina de la ventana de su sala. Con su teléfono celular en mano, se mantiene en contacto con el señor Lacayo, también vecino del barrio, habitante de uno de los pocos edificios de apartamentos de La Campiña, un viejo barrio residencial de Capital, poblado en su mayoría por casas amplias y no por edificios. Casualmente, desde una de las ventanas del apartamento del señor Lacayo logra verse el pequeño patio interno de la casa de los Ferreira. «¿Algo raro?», le suele preguntar el señor Lacayo, «tú tienes mejor visual». «Todo en orden», le responde casi siempre el señor Arnedo. Ambos están convencidos, al igual que los demás vecinos de su grupo, de que en la casa de los Ferreira funciona el centro de mando de una conspiración vandálica que utiliza a supuestas víctimas para generar pánico colectivo y desestabilizar al Gobierno. Están dispuestos a demostrarlo. «No puede ser de otra forma», suele decir el señor Lacayo cuando se reúnen con el resto de vecinos en alguna de las casas. «Es increíble cómo cambió Clara desde que se juntó con esas mujeres», suele rematar el señor Arnedo.

Cuando vigilaba la casa de los Ferreira detrás de la cortina de su ventana, el señor Arnedo siempre pensaba en el día en que se habían mudado sus vecinos. Nunca fueron muy cercanos, ni mucho menos amigos, pero llevaban una relación cordial hasta el día en que los zombis empezaron a llegar a La Campiña. Fueron el señor Arnedo y su colega, el señor Lacayo, a los que se les ocurrió la idea de visitar a los Ferreira cuando Aristides desapareció. Una mañana de domingo lo comentaron en un encuentro casual mientras desayunaban en la panadería del barrio, y aprovecharon que el señor Cepeda también entraba en ese momento a pedir un tamal y huevos revueltos para consultarle la idea. A los tres les pareció que era lo mínimo que podían hacer. Fue así como a través de Nubia, la mujer del servicio de los Ferreira, los vecinos consultaron si la visita era posible. Clara dudó al inició, pero entre Nubia y Roberto la convencieron.

La esposa del señor Arnedo, devota de santos y vírgenes,

lideraba las oraciones con las que terminaban los encuentros. Nubia servía café, gaseosas y los postres o entremeses que siempre aportaban las esposas del señor Lacayo y el señor Cepeda. Las reuniones inocentes de un inicio cambiaron de rumbo cuando Clara empezó a invitar a las mujeres de La Cochiquera. Ya no se hablaba solamente de los recuerdos asociados a Aristides; cada vez se rezaba menos y se hablaba más de política, de la podredumbre que hervía detrás de las desapariciones y de la organización de un movimiento que presionara al Gobierno para que buscara los restos. El señor Arnedo y el señor Lacayo, junto con otros vecinos camarguistas, se sintieron incómodos. Otro domingo en la mañana, mientras desayunaban en la panadería de costumbre, lo comentaron con el señor Cepeda y comprobaron que este, a diferencia de ellos, no solo estaba de acuerdo con el giro que habían tomado las reuniones, sino que apoyaba la creación del posible grupo.

Una mañana, las mujeres de La Cochiquera amanecieron convertidas en noticia nacional. Estaban en todos los noticieros de televisión, radio y periódicos, hablando sobre la desaparición de sus hijos, sobre el cementerio clandestino en el basurero, y exigiendo a las autoridades la búsqueda de los cuerpos. Para el señor Arnedo y el señor Lacayo aquello fue el colmo y las fricciones iniciales terminaron por dividir el grupo en tres bandos. Por un lado, los vecinos camarguistas dejaron de ir a casa de los Ferreira y criticaron abiertamente la postura de Clara. «No estaría rezando si terminó desaparecido», se atrevían a decir los más radicales. Un segundo bando estaba conformado por aquellos que, sin criticar a Clara, tampoco la apoyaban abiertamente, prefiriendo mantenerse al margen de los acontecimientos. «En estos casos es mejor no polarizar la discusión», afirmaban, y de ellos no se volvió a saber nada más. El tercer bando, liderado por el señor Cepeda, estaba conformado por los pocos vecinos que apoyaron la nueva postura de Clara y siguieron acompañándola durante los encuentros en su casa. Estos últimos eran calificados de radicales por el bando de los señores Arnedo y Lacayo, «incendiarios e incitadores del odio», les decían; mientras que el grupo del señor Cepeda calificaba al bando contrario de «reaccionario y ultraderechista».

Un día, el que todos creían muerto reapareció en carne y hueso, caminando por las calles de La Campiña, y el asunto se

complicó todavía más. «Tanto cuento para que todo fuera una mentira», sentenció el señor Lacayo, aplaudido por los camarguistas más ortodoxos. Los del segundo bando no se atrevieron a negar ni a afirmar el rumor sobre la posibilidad de que fuese un zombi el que había regresado. En verdad lo creían imposible, pero se abstenían de decirlo. El otro bando, en cambio, se mantuvo firme en su posición, y aunque la posibilidad de un muerto viviente les parecía improbable, prefirieron darle el beneficio de la duda. «En este país hay tanto muerto que no sería nada raro que estuvieran regresando», dijo el señor Cepeda un día a los vecinos de su grupo. En todo caso, crédulos e incrédulos veían con asombro al ser pálido y silencioso que ahora caminaba y respiraba entre ellos. Y todos, sin excepción, vieron cómo la neblina fue invadiendo las calles del barrio, sintieron los rumores de voces y empezaron a ver, poco a poco, a esos seres extraños que surgían y se evaporaban entre la niebla como lémures extraviados. Parecían venir de otro tiempo. Algunos estaban convencidos de que eran zombis o resucitados, otros preferían ensayar explicaciones distintas, pero todos sabían que algo muy cercano a la muerte los rondaba para hablarles de la vida.

# 7

El zombi apareció en lo alto de la calle que conducía al basurero.

Le dolían la cabeza y las extremidades; aún se sentía mareado.

La camisa estaba sucia y ensangrentada. El pantalón húmedo, empapado de barro y diminutas piedrecillas de escombros.

Frente a él, las últimas luces del alumbrado público se apagaron. Las calles se extendieron en pendientes y colinas a medio pavimentar; las casas de material se acumulaban a cada extremo.

Estaba amaneciendo. La llovizna era constante.

Desde lo alto de la calle, el zombi observó el horizonte destruido, la ciudad descomunal a lo lejos, gris y manchada como una cicatriz de concreto en la sabana, bajo un manto de nubes purulentas y amenazantes.

Un perro le ladró.

El zombi sabía por dónde caminaba. Recordó un nombre y lo repitió en su cabeza.

«San Francisco Ángel», se dijo mientras descendía por la calle.

Recordó que iba dando tumbos dentro de un camión. Recordó que alguien rezaba, que alguien lloraba y que otro más hablaba locuras, como delirando. Recordó que alguien dijo: «Nos van a matar, profe», y después todo volvió a quedar en silencio. Recordó unos ojos brillantes en la oscuridad del camión, y ya no recordó nada más. Solo fragmentos.

Recordó los gritos. Los disparos. El rugido de una motosierra.

Recordó el ácido de la basura en el aire, el aroma podrido del basurero en la nariz.

Quienes lo veían pasar se escondían.

Al perro callejero se le unieron otros que lo siguen, ladrándole de cerca. Un grupo de mujeres corrió calle arriba dando gritos. No era a él a quien buscaban. Él era alguien que no debía estar ahí. Un error. Una excepción a la regla.

Más vecinos salieron a la calle, todos cuesta arriba en dirección al basurero.

Pero el zombi acababa de salir de ahí y no tenía intenciones de volver.

## 8

Cuando Clara salió de la casa, Aristides y Kamila bajaron al primer piso. Se habían quedado hablando hasta tarde en la habitación de él. En realidad, fue Kamila la que más habló, le contó sobre su madre y alguna que otra historia sobre los zombis de la ciudad; aunque insistió con sus preguntas, fue imposible sacarle mucha información a Aristides. Él más bien se dedicó a mirarla en silencio, sentado en el piso al otro lado de la habitación, al borde de la cama o caminando de un lado a otro entre las sombras del cuarto. Las pocas veces que habló lo hizo para responder con algún monosílabo, describir alguna calle o mencionar algo sobre el basurero y las voces. Kamila, en cambio, no le quitó los ojos de encima mientras le dirigía la palabra. Había algo encendido en las pupilas de aquel zombi que a ella le interesaba mirar; y había en los ojos negros, profundos y chispeantes de ella cierto abismo letárgico en el que Aristides se dejaba caer.

En la sala se encontraron con Roberto. Aunque todos en la

casa lo disimulaban muy bien, sus rostros seguían siendo extraños: ni Aristides estaba seguro de a quiénes veía, ni ellos estaban seguros de que aquel zombi extraño fuera el Aristides de siempre.

—El desayuno está recién hecho —les informó Roberto, y les hizo un ademán para que lo siguieran.

Recostado en el mesón, mientras se tomaba otra taza de café, Roberto los observó desayunar sentados en la mesa de la cocina. Kamila le parecía una chica extraña, pero no negaba que a él también le gustaba saber que pasaba la noche con su hijo de vez en cuando. «¿Harán el amor? ¿Cómo será el sexo de los zombis?», le preguntó a Clara en tono de broma, la primera vez que Kamila pasó la noche en la casa, y no pudieron evitar la risa. Acordaron tomarlo con naturalidad y no preguntarles nada que pudiera incomodarlos. Por mucho que tuviera la misma cara, el Aristides que desayunaba frente a él no sería jamás el mismo de sus recuerdos. «Es otro», se dijo Roberto una vez más. Esa idea, confesada tantas veces a Clara, le seguía produciendo terror. Un terror distinto al que experimentó los primeros meses de su regreso. Aquel era un terror mezclado con el asombro: cada vez que veía a Aristides mirar una y otra vez las fotos de las paredes, Roberto sentía miedo y lástima al comprobar que la muerte había transformado a su hijo en un ente sin nombre ni pasado. El de ahora, en cambio, era un terror madurado, incómodo, pero lleno de esperanza. «La muerte incomoda incluso cuando regresa a la vida», volvió a pensar Roberto viendo a su hijo. Aristides conocía los pensamientos de su padre; de tanto escuchar a los muertos, aprendió a leer el silencio de los vivos. Esa mañana, sin embargo, no era difícil deducir que, además del pensamiento recurrente de su padre, Roberto debía estar pensando en el basurero.

—No pienso ir contigo —se le adelantó Aristides.

—A tu madre le gustaría, pero si no quieres ir no hay problema.

—No hay nada que hacer allí.

Roberto se acercó a la mesa, jaló una silla y se sentó en la cabecera, frente a su hijo.

—Hoy cierran la excavación, Aristides.

—No importa, los muertos ya están en otra parte.

Kamila terminó los huevos revueltos de su plato y se tomó el resto del café con leche de un solo sorbo.

—Me voy —le dijo a Aristides poniéndose de pie—, hablamos luego.

Se despidió de Roberto y salió de la cocina sin esperar reacción alguna. Aristides apenas si se inmutó; se tomó el último sorbo de su café y observó la neblina al otro lado de la ventana de la cocina, acumulándose en el patiecito interno de la casa. Entonces cerró los ojos para escuchar mejor. Su padre insistió:

—Quizá ir al basurero puede sentarte bien, ahora que ha pasado algo de tiempo.

—Para los muertos el tiempo no existe —sentenció Aristides sin abrir los ojos.

—Ignacio viene a almorzar. Ana también viene cuando salga del trabajo.

Ana era la hermana mayor de Aristides, trabajaba como administradora de una fábrica de productos lácteos y, desde que su hermano había regresado convertido en zombi, iba al menos tres veces a la semana a visitarlo.

—Si quiere terminar esa película, tiene que venir —comentó Aristides refiriéndose a Ignacio, y por fin abrió los ojos para mirar a su padre—. Si tienes que irte a trabajar puedes hacerlo, no pienso irme a ningún lado.

—Nubia no debe demorar.

Aristides extendió las piernas bajo la mesa dejando que su cuerpo resbalase en la silla; luego volvió a cerrar los ojos y subió la cabeza como si fuera una antena que se proyectaba en busca de voces.

—Hoy se sienten con más claridad.

—¿Y qué dicen?

No era fácil responder a esa pregunta. Las voces de los muertos hablaban sin orden y sin tiempo, se sobreponían como ecos multiformes. Luego se perdían y al rato regresaban, cansadas y perdidas.

—Es como si estuvieran viajando —le explicó Aristides—. Como si buscaran un lugar y a su paso fueran dejando un rastro de murmullos.

Si Aristides hubiese abierto los ojos se habría dado cuenta de que Roberto los tenía húmedos y le sonreía mientras lo miraba. Le producía miedo y ternura al mismo tiempo, y aunque se tratase del zombi de La Campiña, del resucitado del barrio, Aristides era su hijo y lo tenía al frente. Así que extendió un

brazo sobre la mesa para apretarle la mano, y también cerró los ojos. Pero por más que lo intentó no logró escuchar nada, salvo el timbre de la puerta que los despertó a ambos.

—Debe ser Nubia —dijo Roberto, levantándose de la mesa.

## 9

A los quince años Milton soñaba con incendiar la ciudad. Incluso había ideado un plan para hacerlo. Era un plan sencillo y absurdo, sin rigor ni método, una simple y descabellada alucinación de su ira adolescente: él y su pandilla de amigos robarían un carrotanque de gasolina; conducirían el vehículo, él al volante, a lo largo de la avenida Circunvalar, esparciendo gasolina a su paso hasta agotar el combustible; luego tirarían un fósforo encendido y correrían hasta el otro lado de la avenida para ver con júbilo la llama expanderse. En su sueño, el incendio era perfecto. Al principio la imagen le venía en las noches, mientras dormía, pero con el tiempo empezó a apoderarse también de sus horas de vigilia. Era perfecta, salvaje y devastadora. El fuego pasaba por un costado de los cerros orientales hasta llegar a la autopista Sur, circundaba las lomas de casuchas de tablas y, subiendo por el occidente en medio de las usinas de ladrillos y chimeneas industriales, seguía en dirección al norte hasta completar el círculo. El sueño empezaba siempre con él a un lado de la carretera viendo las llamas avanzar; entonces, como si fuera lo más natural del mundo, se acordaba de que en sus sueños podía volar y volaba. Milton era capaz de ver el espectáculo desde el aire: la ciudad era cercada por el incendio de su propia inmundicia. Lo veía y al mismo tiempo era capaz de ver a quien realmente lo sobrevolaba: arriba de él, volando cerca, Milton veía siempre a un ángel alado que atravesaba el incendio por los aires. A veces, no siempre, lograba verle el rostro. «Era Edwin, el ángel era mi hermano», le confesó Milton a la cámara de Ignacio en una oportunidad, mientras se acomodaba sus lentes en el puente de la nariz.

Un día, Milton le contó su sueño a Kamila. Se acuerda bien porque fue la noche en que se acostaron por primera vez. Se lo confesó en medio de las cervezas en el bar de metal que frecuentaba por esa época. De ahí salieron al motel, y ya en la

cama, con Kamila desnuda encima de él, Milton la imaginó en medio de su sueño de fuego, robando con él el carrotanque, teniendo sexo, como lo estaban teniendo entonces, pero en la parte trasera del vehículo mientras las llamas crecían.

Los unía la muerte. Milton ya la había visto varias veces rondar los pasillos de la institución nocturna donde estudiaban, pero solo hasta que un compañero de clase le dijo que a la madre de aquella chica la habían desaparecido las Moscas cuando era niña, se interesó en hablarle. Lo hizo en medio de una protesta de la universidad. Milton no solía perder el tiempo en aquellas protestas, lo suyo eran los incendios, pero a esa decidió ir porque sabía que Kamila estaría en primera fila. Cuando el choque inevitable con las tanquetas de la policía se dio, Milton la ayudó a refugiarse de los gases lacrimógenos y de los chorros de agua. Después de auxiliar a los otros, decidieron meterse en un café del centro para pasar el susto con una cerveza. Estuvieron hablando hasta que cerraron el lugar, haciendo rendir las cervezas al máximo, cada uno concentrado en la historia de muerte del otro. Milton fue el primero en hablar. Le contó que el día antes de que su hermano desapareciera, Edwin había entrado a su habitación para decirle que con el dinero que ganara le compraría una bicicleta nueva. Milton tenía catorce y Edwin veintidós. Desde que salió del instituto técnico donde estudiaba, se pasaba el día recorriendo el barrio sin hacer nada o rebuscándose reparando televisores, radios, computadores o cualquier otro electrodoméstico dañado de los vecinos. La verdad es que no era muy bueno, pero cobraba barato y podía emparapetar cualquier cosa mientras la llevaban a un técnico de verdad. Los dos semestres de electrónica en un instituto público le alcanzaron para eso; cuando lo cerraron por falta de recursos, quedó en la calle sin nada que hacer y fue cuando comenzó a rebuscar con lo de las reparaciones. Por eso aceptó el trabajo que le propusieron. Alguien del barrio, que a su vez había sido contactado por alguien más, le habló de un trabajo en un pueblo vecino adecuando una casa campestre. Solo serían tres días, la paga era buena, incluía el alojamiento, las comidas y, además, la posibilidad de alejarse de Capital por unos días. Kamila comprendió el resto. Las noticias sobre ejecuciones extrajudiciales hechas por el Ejército para presentar inocentes como falsos miembros de la guerrilla, o de cualquier milicia del Comando de

Fuerzas Subterráneas (CFS), aún abundaban por esos días. Jamás encontraron sus restos. La familia de Milton presentó denuncias, exigió respuestas, visitó batallones y juzgados, y hasta asistió al desentierro de fosas comunes donde podría estar su hijo, pero todo fue inútil. Ni una sola respuesta, ni un solo indicio, ni un solo hueso. Nada. Mientras tanto, Milton creció imaginando incendios que devoraban la ciudad entera. Un día, a la salida del colegio, incendió los escombros de un lote baldío y la policía lo capturó. En la patrulla, y luego en la comisaría, sufrió de un ataque de pánico porque imaginó que correría la misma suerte de Edwin. No habría sido, en todo caso, el falso guerrillero más joven dado falsamente de baja en la historia del país. Habría sido, como su hermano, una cifra más para engrosar las bajas del enemigo. En la comisaría lloró, no por miedo, sino porque no podía dejar de pensar en Edwin entrando a la casa con una bicicleta nueva. «Kamila cree que yo quiero ser mi hermano», le reveló Milton a la cámara de Ignacio en una oportunidad, y expulsando una bocanada de humo, agregó: «Quizá tenga razón, quizá no».

Cuando Edwin regresó convertido en zombi, Milton le contó su sueño. Edwin lo miró como si todavía tuviera catorce años y le tocó el rostro con cariño.

—El incendio vendrá después —le dijo.

# 10

• **REC**

Las calles de La Campiña parecen un laberinto de niebla. Inmensos bloques de vapor, densos y móviles. Las nubes han crecido tanto que sobrepasan los postes del alumbrado, y la luz de los faroles se difumina, como si una delgada tela de agua condensada los cubriera hasta formar una cúpula brumosa. Al interior de la cúpula, los bloques de niebla avanzan lentamente, chocan, se entrecruzan, se amalgaman creando nuevas formas. La calígine se mueve y habla; hay un rumor constante, inentendible, eléctrico, como susurros diminutos y filosos rasgando las paredes de vapor. Aunque parezca contradictorio, la neblina de los

muertos tiene vida.

De repente, Ignacio se da cuenta de que está en la pesadilla de su propia película. Le gusta la idea, y aunque se siente extraviado en medio del laberinto de niebla, sabe que si apaga la cámara saldrá de la pesadilla y de la película, y este momento habrá sido en vano. Sabe que Mónica está cerca porque el cable del micrófono boom sigue conectado a la cámara. Con algo de precaución, despega el ojo del visor.

—No puedo verlo, se me perdió. ¿Tú lo ves?

No, Mónica tampoco puede verlo. Está distraída con el zombi que, unos metros más allá, a su izquierda, acaba de atravesar una pared de niebla y camina entre el laberinto. Tiene que ser un zombi. A estas horas de la noche todos los vecinos están en sus casas, la mayoría durmiendo o viendo televisión, solo unos pocos se asoman por sus ventanas, temerosos, para ver el espectáculo de los caminantes. No, no hay duda de que el hombre que sigue atravesando los bloques de niebla es un zombi. Siempre hay algo que los delata: la tranquilidad excesiva del rostro; la manera despreocupada de caminar, como si nada alrededor existiera y al mismo tiempo fueran conscientes de todo; cierto brillo electromagnético, cierto rastro áureo que van dejando a su paso, invisible para los ojos menos sagaces; o esa sensación extraña de que acumulan en ellos todo el tiempo inexistente, la evidencia apenas perceptible de un cuerpo minúsculo en el que se condensan oscuridades y luces.

—¿Lo ves?

—No, pero por allá va uno —dice, e Ignacio lo busca con su cámara siguiendo el rastro de la voz de Mónica. No lo encuentra. No importa. Frente a ellos, hay cuatro más que atraviesan la niebla. Tres hombres y una mujer, al parecer. Ignacio los sigue. Apenas si alcanza a distinguirlos. No hablan entre ellos, solo caminan como si buscaran un sendero, una salida, una puerta.

—Extravío Zombi —murmura, y sonríe Ignacio pensando en su *Teoría criolla de los muertos vivientes de Capital*.

—Detrás de ti hay dos más —dice Mónica, e Ignacio gira violentamente hasta que la cámara encuentra al hombre y a la mujer que se alejan dándoles la espalda.

—Parecen de otro tiempo —considera Mónica.

—Todos son de otro tiempo: Atemporalidad Zombi —explica Ignacio.

—Al menos de hace cincuenta años, mírales la ropa.

Ella lleva una falda amplia y una blusa estampada de flores; él viste una camisa y un pantalón de bota ancha. Al rato cruzan por un bloque de niebla y ya no los vuelven a ver.

—¿En dónde estamos?

—¡Yo qué voy a saber, este es tu barrio, no el mío!

Ignacio vuelve a despegar el ojo de la cámara sin apagarla. Los sonidos de unos pasos a un costado los hacen girar: los caminantes atraviesan las paredes de nubes; hombres y mujeres, adultos y jóvenes, y hasta un grupo de siete niños vestidos con prendas militares se cruzan entre ellos bajo la luz diluida de los faroles. Ignacio los graba hasta que cada grupo de zombis se dispersa y desaparece como si fueran parte de la bruma.

La niebla se disipa poco a poco cuando los zombis desaparecen. Las calles amarillentas vuelven a distinguirse bajo los faroles; una leve capa, como de fino algodón transparente, se extiende sobre el aire. La cámara enfoca a Roberto, que se acerca apurando el paso.

—No lo veo por ningún lado —dice cuando llega.

—Nosotros tampoco —responde Mónica, todavía con el micrófono extendido.

Ahora, que ya solo hay restos de neblina, logran detallar que están de pie en un cruce de calles, a un costado de un bulevar de árboles, a unas cuantas cuadras de la casa.

—¿Lo esperamos aquí o en la casa? —pregunta Mónica.

—Esperemos aquí, no debe estar lejos —propone Roberto, y el resto parece estar de acuerdo. No es la primera vez que Aristides se aventura entre la niebla en busca de muertos como él.

Ignacio no deja de grabar. El plano está fijo, abierto y simétrico a lo largo de la calle. En cualquier momento su hermano aparecerá en el fondo y la toma será perfecta. Los otros dos miran en la misma dirección, y esperan.

## 11

Mientras hacía el aseo de la casa, Nubia vigilaba a Aristides. Al principio le tenía miedo, pero con el tiempo aprendió a convivir con él. Aunque Ignacio trató de explicarle las características particulares de un zombi como su hermano, y Clara le expuso las

consideraciones de los doctores, para Nubia, Aristides era un muerto perdido, uno más de los aparecieron en diferentes zonas de Capital cuando comenzó la excavación de La Cochiquera. Ella lo sabía porque en su barrio, cerca de los cerros del sur, también habían desaparecido jóvenes y habían aparecido fantasmas.

Al principio no podía evitar persignarse cada vez que lo veía, hasta que el propio Aristides le pidió que dejara de hacerlo. Una noche, cuando salía de la casa, se lo tropezó en la reja de la entrada, llegando con Ignacio después de una jornada de cacería de zombis. Nubia alcanzó a persignarse dos veces, y cuando iba a hacerlo por tercera vez, Aristides le agarró la mano. «Deja de hacer eso», le pidió. Quizá fue el contacto, o la mirada abismal que se había apoderado de los ojos de Aristides, pero a Nubia le pareció tan vivo y tan fantasmal al mismo tiempo que pudo comprender toda la dificultad de aquella muerte viviente con la que estaban lidiando. En un instante volvió a recordar los primeros días, cuando a la fuerza lo mantenían encerrado en casa, o la mañana en que, junto a Clara, lo ayudaron a bañarse y deshacerse de la ropa mugrienta de mendigo, después de que Roberto y Ana lo afeitaran y motilaran; recordó las visitas de los médicos y de los policías, los chismes que se propagaron por el barrio, y todas las veces que lo había visto llegar luego de una larga caminata, o salir a la calle una vez más en su búsqueda obsesiva de muertos. En todo caso, Nubia lo vio esa noche como lo que era: un hombre perdido, invadido por la muerte, buscando su casa entre las calles delirantes de una ciudad zombi. «Como quien recoge sus pasos pero a la inversa, para volver a la vida», explicó en una oportunidad Nubia a la cámara de Ignacio.

Aristides miraba la evolución de la noticia en el televisor. El noticiero transmitía en directo. Clara volvió a aparecer en la pantalla; la acompañaban Luz Marina, Teresa y otras mujeres de La Cochiquera. Luz Marina era la que hablaba, aseguraba que había ocurrido un incendio en el basurero y, como si fuera poco, que varios de los técnicos forenses habían estado durmiendo los últimos días dentro de la excavación. Las mujeres exigían explicaciones sobre lo sucedido y una búsqueda mucho más profunda de los cuerpos. Las autoridades le restaban importancia a lo ocurrido; aseguraban que el fuego había sido producto de alguna combustión menor causada por los gases de la basura, y no el resultado de la conspiración desquiciada que los familiares

denunciaban. No había pruebas de eso, y la posibilidad de que algunos excavadores se hubiesen quedado a dormir era impensable. Debía tratarse de basuriegos que habrían entrado de manera arbitraria a la excavación. «Nuestro personal forense es profesional e idóneo», aseguró frente a la pantalla un funcionario de traje y corbata. «Aquí lo único que hay son escombros y basura», sentenció.

—Escombros y basura —repitió Nubia, deteniéndose frente al televisor—. ¡Descarado! —le gritó a la pantalla, y siguió trapeando.

Nubia empezó a trabajar con la familia cuando Roberto inauguró Taxis Ferreira con una flotilla de cinco carros. Por esa época, Aristides acababa de entrar a la universidad a estudiar Sociología, Ignacio todavía seguía en bachillerato y Ana ya estaba adelantada en sus estudios de Economía. Con los Ferreira, Nubia había vivido de todo, incluso el horror. «Porque si a una se le llevan al hijo debe ser el horror». Durante el año de la desaparición, Nubia fue el soporte de Clara para el día a día de la casa. Cuando Roberto estaba conduciendo el taxi (algo que hacía con más frecuencia por esa época como mecanismo de escape), era Nubia quien la escuchaba, y hasta lloraban juntas. Incluso fue ella la que le dio la idea del altar en la sala, con las fotos de Aristides, y la que se echó al hombro la organización de las primeras noches de oración con los vecinos.

Ignacio llegó a la hora del almuerzo. Roberto había llamado unos minutos antes para decir que almorzaría con Clara y las demás mujeres en el barranco, así que solo serían tres en la mesa de la cocina. Cuando terminaron, Ignacio propuso dar una vuelta por el barrio para grabar una escena más. Aristides aceptó. A esa hora, y con la misma noticia dando vueltas en el televisor, no había nada mejor que hacer. Nubia les recomendó tener cuidado con los vecinos, y los vio salir de la cocina.

Cuando los dos hermanos regresaron, ya Nubia había empezado con los preparativos de la cena. Les tenía noticias de Ana: vendría a cenar inmediatamente después del trabajo; las niñas y Jorge, su esposo, llegarían antes. Pero Aristides e Ignacio apenas la escuchaban; estaban de pie frente al ventanal de la sala con las cortinas abiertas de par en par. Nubia se les acercó. La noche empezaba a caer y la niebla a bajar, pero no era eso lo que miraban.

—Están preparándose —dijo Ignacio cuando Nubia se paró al lado de ellos.

Los dos bandos de vecinos comenzaban a agruparse detrás de sus trincheras de pancartas a cada lado de la calle. El grupo del señor Cepeda se ubicó junto a la reja de entrada de la casa; el de los señores Arnedo y Lacayo, al otro lado de la calle, frente a la casa del primero.

—Ahí se van a quedar toda la noche —aseguró Ignacio.

—¿Llamamos a la policía? —preguntó Nubia.

—¿Para qué? —dijo Ignacio levantando los hombros—. No harán nada.

—Dejémoslos —resolvió Aristides, luego cerró los ojos y levantó levemente la cabeza para escuchar mejor.

—Esa gente está loca —sentenció Nubia, y se fue de regreso a la cocina.

## 12

El zombi no podía precisar cuánto tiempo llevaba deambulando por las calles.

Tampoco le interesaba hacerlo.

No tenía consciencia del tiempo.

Había una consciencia del día, de la noche o de las madrugadas, cuando se detenía en su recorrido y distinguía el color que lo rodeaba: el cielo gris con destellos amarillos en las pocas mañanas soleadas; el gris intenso y pesado de la mayoría de los días; el naranja sucio o el rojo quemado de algunos atardeceres; el violeta penetrante, casi negro del anochecer, y las noches neblinosas y rumorosas de siempre.

La llovizna perpetua ardía en la piel, corroboró.

Estaba perdido y ni siquiera lo sabía. La ciudad era el limbo por el que deambulaba. A veces se detenía en medio de la calle y observaba a los transeúntes.

Había aprendido a ser invisible para los otros.

Él, en cambio, podía verlos bien: siempre de prisa, siempre asustados mirando a sus espaldas, con miedo de que alguien se les acercara. Cuando lo veían en la misma acera, lo evitaban, miraban a otro lado o pasaban de largo. Los capitalinos habían desarrollado diferentes mecanismos de defensa para evitar a los

zombis, intuía.

No era fácil convivir con muertos todos los días, aunque lo pareciera.

Por eso silenciaban a las voces.

En el ventanal de una panadería miró el reflejo de su cuerpo. Llevaba puesto un impermeable viejo que había robado de un mercado de pulgas. La capucha le cubría la cabeza. Su rostro se veía mugriento y afilado por los huesos. Estaba delgado. Le habían crecido el cabello y la barba. Estar de regreso entre los vivos tenía consecuencias corporales, comprobó. Como que las uñas crecieran y se volvieran ásperas; como la mugre que se impregnaba si no se lavaba; como el olor de los días que se acumulaba en la piel; como el frío de todas las noches, o la necesidad de alimentarse. Por eso extendió la mano, para que una de las clientas que salía de la panadería le regalara algo. La mujer sacó dos panes de la bolsa y se los puso en la mano con cuidado de no tocarla. El zombi le agradeció. La mujer arrugó el entrecejo cuando lo miró a los ojos. Era asombro y asco. Era la evidencia de estar viendo los ojos vacíos de un muerto. El zombi pensó en decirle algo. Decirle, por ejemplo: «No se asuste, señora, yo estaba muerto, pero ahora estoy de regreso». Al final evitó hacerlo. Antes lo hacía, ya no. Se dio cuenta de que no servía de nada, todo lo contrario, de esa forma los asustaba más. Lo mejor era agradecerle por los dos panes y dejar que la mujer se fuera. A las pocas horas se olvidaría de él. El dueño de la panadería salió a la calle y le ordenó que se largara o si no llamaría a la policía.

A veces, en las noches, el zombi se sentía desbordado, inundado, asfixiado por las voces que se le habían quedado grabadas en el basurero y que volvían siempre, cada vez más, cada vez más nítidas. A veces pensaba que su muerte era una forma de la locura. Ahora no. Ahora era mediodía y el hambre le impedía pensar en esas cosas. Las calles estaban en su máximo hervidero de gente y de vehículos. Una larga hilera de buses rojos, armatostes viejos y articulados, se extendía por una avenida desangrada de humo y diesel. La llovizna no paraba nunca; las gotas levantaban un vapor venenoso cuando tocaban el suelo.

Al zombi le gustaba deambular por esa zona porque estaba repleta de asaderos de pollos, y a esa hora siempre se encontraban buenas sobras. Además, desde hacía ya un tiempo,

había adquirido el hábito de ver el noticiero del mediodía a través del ventanal de uno de los establecimientos. El televisor colgaba de una pared y, desde la calle, el zombi alcanzaba a distinguir las imágenes.

Vio la noticia.

El zombi se acercó hasta pegar el rostro demacrado al ventanal.

Era el basurero. Lo reconoció.

Un grupo de mujeres estaba en la cima de un barranco. Había estatuas enterradas en la tierra. Pero no, no eran estatuas, eran siluetas de cuerpos humanos, se corrigió.

Siluetas negras a las que les habían escrito un nombre y una fecha con tiza.

Algunas mujeres levantaban pancartas. Otras llevaban flores, camisetas blancas estampadas con fotos de rostros. Había una mujer que lloraba. Había una mujer que miraba a los ojos de la cámara. Había una mujer que hablaba. Su rostro le pareció familiar. También su nombre, que apareció escrito en la pantalla.

—Clara —leyó en voz alta.

## 13

—Me llamo Kamila, con K —precisó la chica.

Se habían encontrado por casualidad unos minutos antes a las afueras de La Campiña mientras seguían a un zombi desorientado. El zombi, un hombre de mediana edad que, según Roberto, llevaba un traje típico de los cincuenta, los mantuvo dando vueltas entre los laberintos neblinosos del barrio durante casi una hora. En los límites de La Campiña, cuando todos creían haberlo visto pasar junto al lote baldío en el que se anunciaba la construcción de un edificio de condominios, el zombi se les perdió. Según Ignacio y Mónica, la única explicación posible era que hubiese subido por el puente peatonal más cercano para cruzar la avenida Octava. En esa zona había tres, y el más cercano estaba a solo unos metros. Ninguno estaba muy convencido con aquella hipótesis, pero a falta de otra, se encaminaron hacia el puente. Un grito los detuvo a mitad de camino. «¡Ya se les fue!», escucharon a sus espaldas. Era una voz de mujer, pero cuando voltearon a mirar solo había niebla. «¡Lo

mejor es que lo dejen ir!», volvieron a escuchar, y un segundo después emergieron de la bruma. Eran cuatro, al igual que ellos, solo que ellos eran dos hombres y dos mujeres, y la que gritaba era la chica de chompa negra que los precedía. «Es importante que hablemos», les dijo cuando se encontraron a mitad de la calle. Al otro lado del puente, sobre la Octava, encontraron una cafetería abierta y allí se instalaron.

—¿Ustedes también cazan zombis? —les preguntó Milton a quema ropa después que les sirvieron las bebidas y las empanadas.

Milton dejó caer el brazo derecho sobre los hombros de Kamila. La chica rechazó el abrazo con un movimiento del cuello, pero Milton insistió en dejar su brazo colgado. Toda su atención estaba dirigida a los cuatro desconocidos que tenía enfrente y a la respuesta que esperaba.

—Sí —respondió Aristides sin dar más detalles—. ¿Ustedes también estaban siguiendo al otro?

—Lo veníamos siguiendo desde la avenida —respondió Kamila, zafándose por fin del abrazo de Milton.

—¿Puedo grabar la conversación? —interrumpió Ignacio.

—¡Nada de cámaras! —advirtió Milton, tajante, golpeando la mesa con la mano abierta.

—Ahora no, Ignacio —le pidió Roberto.

—¿Por qué nos detuvieron? —preguntó Aristides.

—Porque ya se había esfumado —le explicó Kamila, y sintió que el agujero negro de su pecho se reactivaba. La mirada de Aristides reflejó una oscuridad inefable, terrorífica, que a Kamila le parecía familiar—. Es lo que pasa siempre: vienen y van, aparecen y desaparecen.

—Corporeidad Zombi —teorizó Ignacio.

—¿Qué? —preguntó Milton, frunciendo el ceño.

—Corporeidad Zombi —repitió—: aparecen y desaparecen.

Milton se rio.

—También hablan, pero no todos pueden escucharlos —continuó Ignacio.

—Lenguaje Zombi —apuntó Mónica.

—Exacto —aprobó Ignacio.

—Llámenlo como quieran —resolvió Kamila—, pero el caso es que llega un punto en que es inútil seguirlos, porque simplemente se desvanecen. Ya deberían saberlo.

—Son principiantes —dijo Milton.

—¿Principiantes? —replicó Ignacio visiblemente molesto—. Hace mucho que llevamos registros de video y analizamos sus comportamientos para una película, ¡no somos ningunos principiantes!

—¿Una película? ¿Qué película? —preguntó Milton, asombrado.

—Una película zombi —respondió Ignacio colocando las manos sobre la mesa, pero cuando estaba a punto de seguir hablando, Roberto le agarró el hombro.

—Ahora no, Ignacio —volvió a pedirle—. A ellos no les interesa nada sobre la película.

—Aquí lo que se está formando es una revolución de muertos, ¿y ustedes están pensando en una película? ¡Por favor! —exclamó Milton.

—Tampoco de eso estamos seguros —apuntó el viejo que estaba sentado al otro lado de Kamila. Había pasado cabizbajo la mayor parte de la conversación, como si estuviera borracho; tenía una barba rancia, manchada de nicotina en el bigote, e hilachas de pelos largos, blancos e hirsutos alrededor de la calva que le coronaba la cabeza; se llamaba Clemente.

—¿Han encontrado muchos? —preguntó Mónica.

—¡Muchísimos, cada vez son más! —exclamó con asombro Berta, la mujer sentada al lado del viejo, sumergiendo la bolsita de té en la taza con un movimiento repetitivo y nervioso.

—En esta ciudad siempre han abundado los muertos —continuó Clemente vertiendo un poco de aguardiente en su café. Llevaba el cuello envuelto en una bufanda roja y motosa, tan gastada como la camisa blanca que tenía puesta. El saco de pana le quedaba grande; en uno de sus bolsillos laterales volvió a guardar la botella—. La diferencia es que ahora se están dejando ver.

El viejo terminó su café y se quedó mirando a Aristides con curiosidad.

—¿Por qué están buscando zombis? —les preguntó.

—Ya le dijimos —intervino Ignacio—: estamos haciendo una película.

—Eso es pura mierda —dijo Milton, disgustado.

—Quizá sea cierto, pero no es la única razón —insistió Clemente.

—Aquí todos tenemos una razón —dijo Kamila, sin dejar de mirar a Aristides—: mi madre, el hermano de Milton, el esposo de Berta… son todos zombis. ¿Cuál es la de ustedes? ¿A quién buscan ustedes?

Tampoco Aristides dejaba de mirarla. Quizá lo más fácil habría sido decirles la verdad, ¿pero acaso había verdades entre los muertos que regresaban a la vida? ¿Para qué decir lo evidente si ellos ya debían saberlo?

—¿A quién buscan? —insistió Kamila.

—Los buscábamos a ustedes —le respondió Aristides.

# 14

Berta tenía al menos una semana sin ver al zombi de José Luis cuando conoció a Kamila. Después del tercer día se acordó de lo que le había estado repitiendo durante dos semanas seguidas cada vez que se le aparecía en alguna esquina de su barrio. «Me decía que había que salir a la calle, que los muertos estaban en las calles», recordó Berta frente a la cámara en una oportunidad. Se había acostumbrado tanto a las ausencias de su esposo en vida que no le pareció extraño que, incluso en la muerte, siguiera con las mismas mañas. «Así es la vida de un camionero», solía decirse cada vez que lo despedía, por la época en que José Luis aún manejaba uno de los camiones de la cooperativa. Berta lo veía partir, primero en su camión, luego en la camioneta del sindicato, mientras criaba a Esteban y a Elías, los dos hijos que le había parido. «Así es la vida de un sindicalista», se repetía cuando José Luis pasó a manejar el sindicato de la segunda cooperativa de transportes de carga más importante del país y siguió ausentándose cada cierto tiempo. Con el sindicato llegaron las amenazas de las Moscas, y José Luis se compró una pistola, pues se negaba a andar con guardaespaldas. «A esos hijueputas no les tengo miedo», decía. Pero Berta sí, y cada ausencia de su marido era desesperante. Aunque en el fondo, Berta sospechaba que las ausencias también respondían a razones más carnales. Sus sospechas se comprobaron con la desaparición, cuando tres de las mujeres que José Luis tenía en pueblos diferentes aparecieron reclamando sustento para sus hijos. Berta usó una parte de la compensación económica de la cooperativa para darles algo a las

mujeres y quitárselas de encima.

Así que, después de todo, la ausencia de su esposo zombi no le pareció extraña. A lo mejor, el muy hijo de puta había aprovechado su regreso del más allá para visitar a las otras. Pero José Luis, aunque mujeriego y mentiroso, seguía siendo su esposo, y ni siquiera la muerte había podido separarlos del todo. Por eso, al cuarto día de no ver al zombi, Berta decidió seguir sus indicaciones y salir a la calle a buscar muertos. Esa misma tarde, deambulando sin rumbo por los barrios vecinos, vio de lejos a una mujer, mucho más joven que ella, que irradiaba el mismo resplandor sutil de José Luis. La siguió unas cuadras, y como ya se iba haciendo de noche, el aura brillante de la mujer se marcaba mejor en el aire condensado. Hasta que al doblar por una esquina ya no la vio más. Cuando dio media vuelta para retomar su camino, se encontró de frente con Kamila y Milton. «Es mi madre», le dijo la chica, y desde entonces empezaron a caminar juntas.

## 15

Ana encontró a sus hermanos y a su esposo de pie, mirando a través de la ventana de la sala.

—Deberíamos llamar a la policía, esa gente está mal —dijo, pero los hombres siguieron sin reaccionar. Las dos niñas, que jugaban cerca de la biblioteca, corrieron a abrazarla cuando escucharon su voz.

—La policía no hará nada —dijo Aristides.

—Dentro de un rato se calman —agregó Jorge, y continuó viendo entretenido por el ventanal.

—¿Qué han sabido de mamá? —preguntó Ana.

—Todo igual —dijo Ignacio, y dejó de grabar el espectáculo a través de la ventana.

—Llamó hace un rato —le informó Nubia, que acababa de llegar de algún lado de la casa—. Dice que llegará tarde, que vayamos comiendo.

Ana fue directo a Aristides y le dio un beso en la mejilla. Como siempre, lo observó por un instante con una mirada tierna, húmeda, impregnada de cierta quietud. Una vez, por la época en que Aristides acababa de regresar, Ana lo miró de la misma forma

y le dijo: «No me importa si estás vivo o muerto, lo que me importa es que estás aquí». Después lo abrazó y empezó a llorar. Aristides le correspondió el abrazo y esperó a que se calmara sin decir nada.

—¿Cómo va la noticia? —preguntó Ana, abriéndose un espacio frente a la ventana.

Nadie respondió.

Durante la cena ese fue el tema. Los noticieros seguían transmitiendo en directo, pero la noticia no había cambiado mucho. Había, sin embargo, una pequeña novedad: las mujeres de La Cochiquera estaban dispuestas a mantener el campamento en lo alto del barranco para presionar a las autoridades.

—¿Ustedes creen que logren algo? —preguntó Ana.

—No lo creo —opinó Ignacio.

—¿Y tú qué crees? —le preguntó Ana a Aristides directamente.

Las dos niñas jugaban alrededor de la mesa, tocaban a Aristides y salían corriendo.

—¡Dejen tranquilo a su tío! —les gritó Jorge, y las niñas salieron en dirección a la sala del televisor.

—No importa lo que pase —respondió Aristides—: los muertos ya no están ahí.

Ana lo miró sin saber qué pensar. Siempre le había costado entender esa actitud de su hermano con el asunto de la excavación, como si no le importara la suerte de los otros. «No es eso», le explicó Ignacio en otra oportunidad, «es simplemente que para él en ese basurero solo hay huesos, pero los muertos están libres por las calles». «Esos huesos son importantes para muchos». «Él lo sabe, Ana, él lo sabe bien». Pero la explicación nunca terminó de convencerla. Sin embargo, dadas las extrañas circunstancias que envolvían todo, prefería no discutir sobre el asunto. Durante el primer mes de su regreso, Ana visitaba a Aristides todos los días después del trabajo. Luego las visitas se estabilizaron en dos veces por semana, aunque llamaba todas las noches a preguntar por él. Cuando hablaban, Ana se encargaba de recordarle asuntos del pasado. Como si intentara llenar un recipiente vacío. Le hablaba de sus juegos de niños, de los paseos familiares, de las fiestas del barrio y, por supuesto, de Lucía. De algunas cosas Aristides se acordaba. Cuando era así, asentía o sonreía. Otros recuerdos, en cambio, habían muerto con él, y

cuando su hermana los mencionaba, por su mente soplaba un viento frío y estéril. Su memoria era también un cementerio de ruinas.

De Lucía tampoco se acordaba. Ana le explicó que había sido su novia antes de su desaparición, pero que, al parecer, unos meses antes de los sucesos de La Cochiquera, habían terminado la relación por petición del propio Aristides. ¿Había conocido él a otra mujer? ¿Lucía había conocido a alguien más? Ana no sabía los detalles, y Aristides, por supuesto, no se acordaba. Pero la ruptura era bastante reciente, así que el dolor de Lucía se evidenciaba cada vez que visitaba a la familia durante los primeros meses. Incluso, cuando Clara empezó a visitar el San Francisco Ángel, Lucía la acompañó en varias oportunidades. Al final, como a todos, a Lucía no le quedó más remedio que continuar con su vida. Se hizo a la idea de que su novio había sido asesinado y que sus restos yacían enterrados bajo toneladas de escombros y basura en algún lugar de La Cochiquera. Una mañana, mientras desayunaban, Aristides le preguntó a Clara por Lucía. Quería saber qué había pasado con ella. «Se fue del país», le explicó. Lo último que supo fue que se había ido a vivir con unos familiares a Estados Unidos y le perdió el rastro. «Ya debe estar casada y con hijos», le dijo. Aristides asintió levemente con la cabeza, sonrió y siguió desayunando.

Roberto llamó al teléfono fijo de la casa para ponerlos al tanto de la situación. Habló con Ana unos diez minutos. Le dijo que los periodistas seguían en el barranco, así que ellos también permanecerían unas horas más. Aún no sabían si podrían mantener el campamento en pie; de ser así, lo más probable sería que Clara pasara la noche en lo alto del San Francisco Ángel. Ana le dijo que hicieran lo que debían hacer, pero que se cuidaran; le contó que acababan de cenar y que los esperarían hasta que llegaran. Colgó y volvió a sentarse en el sofá, entre Ignacio y Jorge. Una nueva emisión del noticiero acababa de comenzar. Aristides no tenía la más mínima intención de ver una repetición más de las mismas noticias.

—Voy a descansar un rato —dijo, levantándose del sillón.

Pero antes de subir a su cuarto, la curiosidad lo venció y se desvió hacia la sala principal. A través del ventanal, la calle era un río denso de humo blanco, y los vecinos, ridículos fantasmas iracundos.

# 16

Aristides le propuso subir a su cuarto y Kamila aceptó. Ninguno de los dos soportaba un minuto más entre los murmullos de los vecinos, los comentarios de las mujeres y las miradas furtivas provenientes de cada rincón de la sala.

—Ya se están despidiendo —dijo Aristides desde la puerta, pero a Kamila no le interesó el anuncio. Le dio lo mismo. Estaba concentrada, curioseando entre los libros de la pequeña biblioteca.

—¿Son tuyos?

—Creo que sí.

—¿Los leíste todos?

—No me acuerdo.

Kamila agarró uno al azar, lo hojeó y lo volvió a dejar en su sitio. Sin despegarse de la puerta, Aristides detalló cada uno de sus movimientos: sus pasos ligeros, su mano por las paredes blancas, sus dedos revisando los CD de música, su mano pasando por el escritorio de la computadora, corriendo la cortina de la ventana para mirar abajo, hasta dar media vuelta y quedar enfrente de él.

—¿Qué buscas?

—Nada, es solo curiosidad; es la primera vez que estoy en el cuarto de un zombi.

Aristides se despegó de la puerta y se sentó en la cama.

—¿Dormías con tu hermano?

—Sí, hasta que Ana se casó y él se pasó para su cuarto.

—¿Y ya no vive con ustedes?

—Se mudó con Mónica unos meses antes de mi regreso.

—¿Y tú tenías novia? —le pregunta Kamila sin moverse de la ventana.

—No me acuerdo.

Kamila sonrió levemente, y Aristides sintió que la sonrisa lo envolvía, lo acariciaba con sutileza, transitaba por su cuello, su rostro, recorría el lóbulo de sus orejas y le erizaba la piel. Él mismo se sorprendió con la reacción. «¿Corporeidad Zombi?», se preguntó, pensando en las teorías de su hermano.

—Un olvido conveniente —dijo la chica por fin.

—Ana dice que sí, pero habíamos terminado unos meses antes de…

Aristides se silenció; para nadie es fácil hablar de la muerte, ni siquiera para los muertos.

—¿De qué? —preguntó Kamila y lo miró directo a los ojos como si intentara diseccionar su silencio, escarbarlo adentro, sacar la basura acumulada en lo profundo de su mutismo, la ruina putrefacta que Aristides se negaba a escupir del todo.

Aristides les huyó a los ojos quirúrgicos de Kamila y se dejó caer sobre la cama boca arriba, sin responder; ella prefirió no insistir. Era mejor así. Entonces, sin consultarlo, fue hasta la pared, apagó la luz y se acostó a su lado, también boca arriba. La luz difusa del alumbrado público se colaba por la ventana. No había nada especial para mirar en el techo, salvo aquello que cada uno era capaz de ver: Aristides veía una carretera poblada por una hilera de resucitados que avanzaban en la noche buscando un lugar donde descansar; Kamila veía a su madre en medio de la niebla que los acompañaba, caminando por la misma carretera.

—¿Qué pasó esa noche?

Aristides intentó ver esa noche en las sombras del techo, pero no pudo.

—No me acuerdo.

—De algo te tienes que acordar.

En el techo seguía sin verse nada.

—Me acuerdo de las voces —dijo Aristides, y los dos se quedaron en silencio en la penumbra del cuarto.

## 17

La vida de Clemente ha sido siempre un absoluto misterio. Quien más lo conoce es Kamila, y no es que lo conozca mucho. Al menos no de la manera convencional como se cree conocer a las personas. Ese desconocimiento de su pasado, sin embargo, le ha permitido conocerlo de una manera más descarnada. «Como si la historia de cada quien no fuera más que un distractor para justificar a quien intentamos conocer», suele decirse Kamila. Clemente no tiene historia, sino leyendas.

La propia Kamila lo buscó unos meses antes de encontrarse con Berta cuando leyó el facsímil dedicado a los zombis. Entre sus amigos de la escuela nocturna, con los que asistía a las marchas y

protestas, circulaba una serie de facsímiles con diversas teorías conspirativas que salían con cierta regularidad en ediciones muy limitadas. Un día llegó a manos de Kamila el último número de aquella publicación rudimentaria, titulado *EL REGRESO DE LOS MUERTOS VIVIENTES*, un título para nada imaginativo, pero suficiente para llamar su atención: para entonces, la excavación de La Cochiquera estaba recién abierta y los rumores sobre los zombis de Capital empezaban a aparecer. Kamila pensó que quizá el autor de aquel pasquín podría darles información importante, por si acaso a Esperanza y a Edwin se les ocurría regresar entre los supuestos zombis. Milton estuvo de acuerdo. Aunque todavía eran novios, Kamila ya no sentía las cosas como antes: el sexo era repetitivo, se había vuelto insípido, y ya ni siquiera la emocionaban las visitas con Milton a las hipotéticas tumbas de su madre desaparecida. Las pesquisas que ahora le proponía podían darle un nuevo giro a la relación. Kamila no lo dijo abiertamente, pero Milton lo intuía. Así que averiguó entre sus amigos de escuela la identidad del autor; nadie lo conocía, no sabían su nombre ni su residencia, pero uno de ellos le aseguró que el tipo vendía sus revisticas en la plaza del Prócer. Al cuarto día de estar visitando la plaza a diversas horas, lo encontraron. El viejo estaba recostado en la plataforma de piedra en el centro de la explanada, donde se levantaba el pedestal con la estatua de pie y sin nombre de un prócer libertador. En un pedazo de cartón, sostenidos con elásticos, estaban los números de la revista junto a los CD con discursos grabados del mártir liberal Eliécer Ayala, que el viejo vendía para ganarse la vida.

No necesitaron presentación alguna. «Apenas la vi, supe por qué estaba allí», le confesó Clemente a la cámara cuando Ignacio se lo preguntó. El viejo rebuscó en los bolsillos de su saco de pana y le extendió una tarjeta de presentación impresa en papel corriente y recortada con tijeras.

—Búsquenme mañana y hablamos —les dijo, dobló el cartón con las revistas y los CD, y se perdió entre la multitud de la plaza sin dar explicaciones. «Hierbas y sahumerios. Hablamos con sus muertos. Pregunte por CLEMENTE. Calle de las Pulgas», decía la tarjeta.

Al día siguiente se internaron en las profundidades del centro de Capital hasta llegar a la calle de las Pulgas. Ambos habían estado allí antes comprando imitaciones de zapatos o ropa barata

en alguno de los almacenes de contrabando que abundaban por la zona. Como siempre, la calle estaba atiborrada de transeúntes, vendedores gritando sus ofertas, compradores y curiosos que se mezclaban entre los cientos de kioscos y lonas tendidas sobre las veredas, donde se acumulaban cachivaches, piezas electrónicas y fruslerías de todo tipo. Tal como indicaba la tarjeta, preguntaron por Clemente y las indicaciones los fueron guiando hasta un tenderete de tablas de las que colgaban plantas, hierbas y raíces, junto a escapularios, imágenes de santos y oraciones paganas impresas en pequeños cuadernillos fotocopiados. Detrás de las hierbas estaba el viejo viéndolos acercarse, con su aspecto de sepulturero de cementerio clandestino. «Eso», les aclararía Clemente esa misma tarde, ya borracho, «es una de las pocas cosas que no he sido». Casi todo lo demás, lo imaginable e inimaginable, lo había hecho, según les confesó él mismo cuando destaparon las primeras cervezas en la tienda más cercana. Ya sabían que era editor de un facsímil de teorías conspirativas, que era herbolario y que, según su tarjeta de presentación, tenía la facultad de hablar con los muertos. El resto se lo fue contando a retazos en cada borrachera, empezando ese mismo día. Al parecer había tenido una vida andariega, viviendo de pueblo en pueblo a lo largo y ancho del país. Dijo haber sido raspachín de coca y cargador de bultos, contrabandista, dependiente de una residencia, copiloto de una embarcación fluvial que transportaba mercancías; dijo conocer de ganados, de caballos y de cultivos, y según contó en algún momento, fue obrero de dos fincas palmeras y ayudante de capataz de una algodonera; también traficó animales y licores, y hasta fue chofer de un político. De su familia no se sabía nada, si existía o si existió alguna vez era un completo misterio. Entre Kamila y Milton habían tejido algunas conjeturas: que jamás se casó ni tuvo hijos; o que, por el contrario, tenía muchísimos regados por cada pueblo y corregimiento donde aseguraba haber trabajado; que a su familia la desplazaron y todos se perdieron y corrompieron cuando pisaron Capital; o que murieron en una masacre de las Moscas o de la guerrilla, y solo Clemente logró salvarse cargando consigo el peso de sus muertos. Clemente jamás les aclaró ese tipo de suposiciones, ni siquiera en sus estados de mayor alicoramiento. El día que se conocieron, cuando ya estaba lo suficientemente ebrio, les preguntó con qué muerto querían hablar.

—Con ninguno —le aclaró Kamila—. Lo que queremos saber es cuándo van a venir los zombis.

Clemente se echó a reír.

—Los zombis ya están aquí, señorita —le dijo—, solo es cuestión de tiempo para que puedan verlos.

Apenas caía la tarde y ya Clemente estaba tan borracho que no podía sostenerse en pie. Les pidió que lo acompañaran hasta su cuarto, en la calle paralela a las Pulgas. No pudieron negarse. Debían hacerlo rápido antes de que los cogiera la noche en aquella zona de la ciudad, así que Milton lo abrazó por la cintura y se pasó la mano del viejo por la espalda. En efecto, el edificio quedaba cerca y estaba abandonado. Lo ayudaron a subir las escaleras oscuras en obra negra hasta el tercer piso, donde atravesaron un pasillo extenso de paredes de concreto burdo y rayadas de grafitis, iluminado por dos bombillos macilentos. A medida que avanzaban, los murmullos de las habitaciones cambiaban como un dial de susurros de otro mundo. Hasta que Clemente dijo «aquí» y se detuvieron frente a una puerta de metal sin ningún número que la diferenciara de las otras. Como pudo, el viejo sacó las llaves de un bolsillo y quitó el candado. Cuando abrió la puerta, sintieron de golpe el aliento de la habitación: flores y hierbas secas mezcladas con sudor rancio y ropa sucia. Antes de irse, Kamila agarró la cara de Clemente con las dos manos y lo miró directo a los ojos, penetrante, como si deseara hipnotizarlo, carbonizarle la borrachera en una combustión espontánea que le sellara con fuego sus palabras.

—Escúcheme bien, Clemente —le dijo—. Lo que nosotros queremos es buscar zombis, y usted va a ayudarnos.

Y le devolvió su tarjeta con su nombre y su teléfono escritos en el reverso.

Esa noche, Kamila la pasó con Milton en un motel. El encuentro con Clemente, la plena convicción de que aquella sería la última vez que estaría con Milton, la hipotética cercanía con los muertos vivos, la excitaron. Tuvieron sexo como en los primeros días, hasta el punto en que Milton se sintió desconcertado, sin saber cómo actuar ante la agitación de Kamila, poseída por la pirotecnia de su interior.

—Nunca te había sentido así —le dijo Milton, todavía agitado.

Kamila no respondió y siguió mirando el vacío.

—¿En qué piensas? —preguntó entonces Milton.

Ella le dijo que pensaba en Clemente y, por primera vez, se preguntó por todas las voces muertas que el viejo herbolario debía acumular dentro de sí.

—Es solo un borracho —sentenció Milton y empezó a vestirse.

# 18

• **REC**

En el centro de la pantalla hay un punto negro que lo observa como un ojo.

Aristides lo distingue.

El ojo se abre y el televisor se enciende.

Aristides mira la pantalla. No sabe si está en medio de un sueño, si atraviesa el limbo de los muertos, si deambula por una escena delirante de la película de su hermano o si ha logrado, por fin, cruzar el umbral de su memoria. Tampoco le importa.

Se levanta del borde de la cama en el que ha estado sentado.

A lo lejos, como espejismos en la niebla, distingue a Kamila, a Ignacio y a Mónica. El espacio que lo rodea es cada vez más difuso.

La habitación se desvanece.

Es de noche.

Hay gente que corre a su lado sin verlo. Desde un lugar que no logra precisar, escucha la voz de su hermano mezclada con los gritos de quienes huyen. «¿Qué pasó esa noche?», le pregunta la voz de Ignacio. Ya ni siquiera se preocupa por buscarla. Aristides está concentrado en la callecita estrecha y empinada por la que sube. «Es el San Francisco Ángel», dice, o al menos esa es la imagen distorsionada que guarda del San Francisco Ángel en su memoria resucitada.

Un camión pasa a su lado subiendo la calle hasta detenerse unos metros más arriba. Un segundo camión hace lo mismo, y de la parte trasera descienden varios hombres de negro con pasamontañas, iguales a los que en ese momento llegan en las motos. Todos están armados. Aristides sabe quiénes son, pero las Moscas no pueden verlo. Del primer camión desciende un hombre alto y de cuerpo macizo que imparte órdenes; los otros las acatan

y se dispersan, a pie o en las motos, entre las calles aledañas. No es posible que no puedan verlo si, a pesar de la neblina, Aristides está allí, visible en medio de ellos.

«¿Dónde estabas tú?».

Aristides vuelve a escuchar la voz diluida en la bruma que pregunta detalles. También él se pregunta lo mismo: está ahí, en medio de la calle que ha vuelto a quedar vacía, pero también está en otra parte.

Lo recuerda de repente.

Levanta la vista y puede verse a sí mismo asomado a una ventana en el segundo piso de una casa.

«La de la organización donde trabajabas. ¿Por qué te quedaste hasta tarde esa noche?», escucha Aristides. Los detalles son irrelevantes. Ni siquiera puede precisarlos. Lo importante es que ya no está en medio de la calle sino en la pequeña habitación de una casa acondicionada como oficina. Detrás de las ventanas solo está la calle empinada y vacía en medio de la penumbra. A lo lejos se escuchan los primeros disparos. Aristides corre las cortinas y apaga las luces.

«¿Por qué no nos llamaste? Nos hubieras podido llamar para decirnos lo que estaba pasando».

Quizá pensó en hacerlo. Quizá agarró su teléfono y estuvo a punto de marcar el número de Ignacio o el de Clara, pero ¿qué habría ganado asustándolos de esa forma? Si se quedaba quieto, tranquilo, las cosas terminarían pronto. O puede que no haya pensado en nada, que el terror lo haya bloqueado por completo y se haya quedado estático, sentado en el piso, recostado contra su escritorio, exactamente como puede verse ahora mientras recorre el limbo de su memoria.

No es posible precisar cuánto tiempo transcurrió hasta que empezaron a tocar la puerta. Los golpes suenan desesperados. Con cuidado se asoma por la ventana y reconoce al muchacho que está abajo, en la entrada. No se acuerda de su nombre, pero lo reconoce: es uno de los tantos chicos del San Francisco Ángel que participaban de sus talleres, alguien que no debía estar allá abajo expuesto a las Moscas. No lo duda. Ni siquiera lo piensa. Si baja rápido y lo deja entrar quizá logre salvarlo. Eso hace. Baja las escaleras corriendo, se asoma por la ventana del primer piso y solo lo ve a él, a nadie más. Así que entreabre la puerta y lo deja entrar. Se tambalea, da dos pasos adentro y se desploma. El

cuerpo está ensangrentado. Aristides se agacha para auxiliarlo, pero de inmediato distingue los chorros de luz de las linternas atravesando las ventanas. Son las Moscas y sus zumbidos lo que escucha. Alguien tumba la puerta. La linterna lo encandila. Un rifle le apunta y Aristides levanta las manos. Al otro lo arrastran por una pierna dejando un rastro de sangre espesa. Aristides intenta decir algo, pero el zumbido de las Moscas es mayor. Le pegan con la culata de un rifle, y cae al piso.

Cuando vuelve en sí ya está al interior del camión. Siente las llantas rodar y dar tumbos debajo de él. El cuerpo le tiembla. Le duele la cabeza, como si le hubieran enterrado un clavo al rojo vivo. Siente la sangre en la cara. Frente a él, dos encapuchados de pie los vigilan. De los otros como él, solo distingue los ojos abiertos y enrojecidos, el contorno de los rostros sudorosos y ensangrentados contra la oscuridad, como animales moribundos rumbo al matadero. La trocha pedregosa va en declive. El olor ácido del metano de la basura ya se siente. Las miradas horrorizadas se buscan entre ellas. «Vamos pa'l basurero», dice una voz. «Van a matarnos», dice otra. «Ya estamos muertos», lo corrige una más. Alguien suelta un sollozo de risa o de llanto o de ambas cosas al tiempo. Aristides los escucha; es imposible borrar sus voces.

El camión frena.

Ya se escuchan los disparos, la motosierra, los gritos de la tortura.

La oscuridad neblinosa del basurero se extiende alrededor. Aristides camina con cuidado sobre escombros y desechos. La tierra es putrefacta y sanguinolenta. Arriba, en la parte alta del barranco, distingue una fogata. Las llamas chisporrotean con la brisa que barre los cerros. A cada lado del fuego, las mujeres rezan; sus cuerpos se ven diminutos e inalcanzables. Al frente, a pocos metros, algo se mueve entre la niebla.

«¿Qué es?».

Aristides cree que son muertos, pero son los hombres de blanco escarbando la tierra. Continúa caminando y, más adelante, vuelve a sentir que algo se mueve.

«¿Qué cosa?».

Son Moscas. Se escucha un disparo y Aristides se detiene en seco. De la bruma emerge un hombre encapuchado apuntándole con un fusil. La respiración del hombre se agita a medida que se

acerca, y Aristides retrocede sin dejar de mirarlo. Solo puede ver sus ojos en la capucha; cree reconocerlos, quizá se equivoque, pero cree haberlos visto antes.

«¿Quién es?»

Aristides siente la respiración agitada de la Mosca cada vez más cerca. El fusil tiembla. «No corra», le dice, apenas como un murmullo, y Aristides no sabe si ha comprendido bien. «No corra, que es peor, hijueputa», repite el otro, apretando los dientes para no gritar.

El alba empieza a despuntar, y la fogata sigue encendida en lo alto del barranco. Como si las mujeres a cada lado del fuego lo vigilaran.

«¿Y qué pasó después?».

Aristides no está seguro. Quizá volvió a correr. Quizá se quedó ahí, viendo los ojos del encapuchado. En todo caso, su cuerpo ya reposa bajo los desechos cuando las primeras volquetas empiezan a bajar al vertedero.

## 19

Cuando Aristides e Ignacio regresaron, ya los vecinos se habían ido a dormir y la última emisión del noticiero acababa de terminar. Ana le había pedido un taxi de la empresa a Nubia, y ya bostezaba junto a Jorge en la sala con el televisor encendido; las dos niñas dormían sobre el sofá.

—¿Llamaron? —preguntó Ignacio entrando a la sala.

—Vienen en camino —le informó Ana, desperezándose.

—Sabía que no se podrían quedar —dijo Ignacio, sentándose en el brazo del sofá.

—¿Y los vecinos? —preguntó Aristides de pie.

—Hace unos minutos se fueron los últimos —dijo Jorge cargando a una de las niñas. Ana hizo lo mismo con la otra.

—Ya bajamos —dijo Ana, y siguió a Jorge hacia la escalera.

El televisor seguía encendido en una telenovela. Ignacio llamó a Roberto y a Clara al celular, pero ninguno de los dos respondió. Aristides, sentado en uno de los sillones, observó la pantalla sin interés.

—Era ingenuo creer que los dejarían seguir en el barranco —comentó Ignacio.

—En todo caso ya no están allí —insistió Aristides.

Ana y Jorge bajaron y se acomodaron en el sofá con Ignacio.

—¿Qué dijeron en el noticiero? —preguntó él.

—Mañana mismo reabren esa parte del basurero —le informó Ana.

—No sería raro —dijo Ignacio.

—Ya está decidido, lo dijeron en las noticias —le explicó Jorge.

—Malparidos.

—Los grupos de familiares seguirán yendo —comentó Ana—. Al menos les queda esa opción.

—Los van a terminar sacando a todos, ya verán —concluyó Ignacio, y dirigiéndose a su hermano, agregó—: Tenemos que ir antes de que eso pase, Aristides. Esa escena nos falta.

—Ya veremos —respondió Aristides sin dejar de ver la pantalla, como si en realidad estuviera viendo otro televisor.

Las luces del taxi alcanzaron a distinguirse a través de las ventanas. Todos giraron al mismo tiempo.

—Yo abro —dijo Jorge, poniéndose de pie y atravesando la sala hacia el garaje.

Los tres hermanos se quedaron de pie. Al rato escucharon el taxi entrar y el motor apagarse, el ruido del portón metálico cerrándose. Ignacio preparó la cámara. Los tres miraban en dirección a la delgada puerta de metal con vidrio que de la sala conducía al garaje.

## • REC

La primera en aparecer es Clara. Los crímenes de La Cochiquera la han envejecido, «aunque me han vuelto más fuerte». Ha enflaquecido y se ha vuelto más canosa, pero el nuevo aspecto le conviene. Eso suele decirle Roberto cuando necesita levantarle el ánimo. Ana la saluda; se abrazan con calma, sin decir nada. Roberto aparece luego, acompañado por Jorge; el día ha sido largo y el cansancio se les nota en el semblante. Clara y Ana se desprenden del abrazo, y Clara avanza en dirección a Aristides. La cámara la sigue sin perderla del encuadre. La sala de la casa es también un cementerio en ruinas, un basurero incendiado, un museo de huesos extraviados, una tierra de nadie, el limbo de los muertos, la escena de una pesadilla en una película de zombis

jamás terminada. Aristides, de pie al lado del sillón, está de regreso a la única realidad que le queda. Clara distingue el terror en el desfiladero de sus ojos y lo abraza con fuerza. Cada abrazo de Clara es un intento por mantenerlo con vida, a pesar de la muerte que lo envuelve. Aristides, en cambio, apenas es capaz de posar sus manos sobre la espalda de su madre.

«Cerraron la excavación. No pudimos hacer nada».

Aristides se desprende del abrazo para verla mejor. Clara llora.

«No importa. Los muertos están en todas partes, y cada vez son más».

Clara no puede evitar sentir miedo cuando su hijo habla de esa forma.

Entonces Aristides se separa un poco más, y solo hasta ese momento lo notan. Es el aliento de los muertos, la sublimación de las voces: un velo de vapor, que debió colarse cuando abrieron el garaje, los envuelve ligeramente.

## 20

La Campiña empieza al cruzar la avenida Octava hacia el occidente.

Por alguna razón, el zombi lo sabía. Nunca antes, a lo largo del año que llevaba deambulando por Capital, había pasado por ese barrio, pero había algo allí que le parecía conocido. Así que atravesó el puente peatonal ante la indiferencia de los transeúntes y, una vez del otro lado, eligió una calle al azar.

El zombi atravesó en diagonal un parque en el que no había nadie.

Caminó a paso lento. En algún momento pudo haber estado en ese parque, reconoció. Cada centímetro recorrido y cada espacio observado le parecían familiares.

A medida que se internaba en el barrio había menos gente. Los pocos con los que se cruzaba, como de costumbre, lo evitaban. No había espacio para zombis mendigos en ningún barrio de la ciudad. Así que luego de un rato se cansó y decidió regresar al día siguiente.

Al segundo día el recorrido fue similar.

El tercero, en cambio, fue más largo. Incluso duró algunas

horas sentado en una de las bancas del parque. No había nadie que lo reconociera, así que volvió a irse.

Su cuarto día de exploración por La Campiña comenzó más temprano. Había estado pensando en una casa. Casi todas se parecían: grandes y espaciosas con pequeñas terrazas, antejardines y rejas de protección. La Campiña había sobrevivido a la invasión de los edificios de apartamentos; no había muchos en el barrio.

En la mente del zombi apareció la imagen fija de una casa.

Pensó en la mujer que había visto en el noticiero de televisión desde la vitrina del asadero de pollos. Así que se levantó de la banca del parque y caminó decidido. Esa vez eligió un recorrido nuevo. Atravesó una calle, después otra, hasta desembocar en una que le resultó familiar. Era bastante temprano, por lo que los vecinos apenas estaban saliendo. Un hombre de traje lo miró mientras abría la reja de su casa. La mujer de al lado también lo hizo mientras llevaba de la mano a un niño con uniforme escolar.

El zombi se detuvo a mitad de cuadra. Se concentró en la casa de dos plantas que tenía enfrente. Estaba enrejada como las otras. Las puertas del garaje se abrían en ese preciso momento, y el zombi logró ver un taxi amarillo en cuyo parabrisas trasero se leía en la parte superior: TAXIS FERREIRA.

Aunque el apellido le dijo algo, el zombi continuó estático en mitad de la calle, ahora concentrado en el hombre que caminaba hasta el portón enrejado y abría el candado. Solo cuando el hombre regresó al taxi, el zombi se acercó al portón y se detuvo frente a la reja. El hombre debió sentir la presencia porque giró en ese mismo instante.

—¡Lárguese de aquí! —le dijo, y avanzó refunfuñando hacia el pordiosero haciendo un gesto con su mano.

El zombi no se movió.

El hombre se detuvo en seco. Detrás de él, el zombi vio a una mujer salir por la puerta principal de la casa. Era la misma del noticiero, comprobó.

—Clara —susurró, recordando el nombre.

La mujer no lo escuchó; el hombre permaneció estático y pálido.

—¡Clara! —repitió con fuerza.

La mujer no necesitó acercarse hasta el portón enrejado para saber quién la llamaba: esa voz podía reconocerla hasta en la

muerte. Dio un paso adelante, pero las piernas le flaquearon. Intentó decir algo, pero no encontró aliento. Luego dio un paso más y cayó desmayada en mitad de la terraza.

# 21

—Tenemos que estar preparados para lo peor —anunció el señor Arnedo a los demás vecinos de su grupo.

La sala de su casa estaba repleta.

—Estos resentidos son capaces de cualquier cosa —dijo a su vez el señor Lacayo.

—Son vándalos, incendiarios, gente sin principios —sostuvo el señor Baena.

—Están llenos de odio —exclamó alguien al fondo, quizá el señor Avendaño.

—Zombis virulentos es lo que son—se escuchó, también al fondo, la voz del señor López.

—Todo eso es cierto —concluyó el señor Arnedo—, por eso nuestro deber es estar atentos y preparados.

—Ya nada volverá a ser como antes —dijo, melancólico, el señor Lacayo—. Este barrio se jodió.

La noticia apareció en las emisiones del mediodía: tres supermercados en tres sectores distintos de la ciudad habían sido atacados simultáneamente por una turba enfurecida que destrozó estantes y se llevó toda la comida que pudo. Fue cuestión de segundos. Las autoridades dijeron que se trataba de milicias urbanas del Comando de Fuerzas Subterráneas, el CFS; la gente entrevistada por el noticiero, en cambio, afirmó que se trataba de zombis hambrientos. Todos los vecinos del barrio vieron la noticia, pero fue el señor Arnedo quien tomó la iniciativa de llamar al resto. «Tenemos que reunirnos de inmediato esta misma noche», le sugirió al señor Lacayo, quien estuvo de acuerdo. «Si esos supuestos zombis hijueputas se atrevieron a dar un paso así, a nosotros nos toca dar dos», sentenció.

—¿Creen que los ataques continúen? —preguntó el señor Redondo.

—Que no nos quepa la menor duda —dijo el señor Arnedo.

—Esto es apenas el principio —sentenció el señor Lacayo.

—La sincronización de esos ataques es obra de mentes

perversas —aseguró el señor Castillo.

—En los próximos días vendrán más, eso es seguro —afirmó el señor Nieto.

—De los supermercados pueden pasar a otros comercios —consideró el señor Baena.

—Y de los comercios pasarán a atacar a la gente de bien —aseguró el señor López.

El murmullo de la preocupación se expandió entre los vecinos.

—Por eso, señores —intervino el señor Arnedo, levantando la voz para calmar los ánimos—, nos toca tomar decisiones esta misma noche y prepararnos.

No les fue difícil llegar a un acuerdo. Se decidió que las rejas de las casas serían reforzadas con alambres de púas, al igual que los bordes de las paredillas que daban a la calle. Se comprarían sacos de arena para hacer trincheras en las terrazas y jardines. La vigilancia del barrio, por supuesto, debía incrementarse; el señor Lacayo, que tenía contactos en la Policía, se encargaría de los pormenores. Se decidió que los dos vigilantes nocturnos, que ya recorrían las calles de La Campiña en una moto, eran insuficientes dadas las nuevas circunstancias, por lo que se aprobó incrementar su número y agregar turnos también de día.

—Esto implicará aumentar la cuota vecinal para pagar los gastos —advirtió el señor Lacayo.

—No creo que la plata sea un problema —intervino de inmediato el señor López.

—¿Qué va a pasar con las protestas callejeras que venimos haciendo? —preguntó el señor Redondo.

Tampoco les resultó difícil llegar a un acuerdo sobre ese punto: las protestas no solo se mantendrían, sino que se incrementarían contactando a otros barrios de la ciudad.

—Pero acompañados de los vigilantes —advirtió el señor Lacayo—. Uno nunca sabe.

Las nuevas resoluciones para la seguridad y defensa contra la plaga zombi fueron acogidas por unanimidad con aplausos, apretones de manos y abrazos. Fue así como La Campiña se convirtió en el primer barrio de Capital en declararles la guerra a los resucitados.

# 22

La última noche que conversaron sobre el tema, mientras se despedían en la puerta de la panadería, Clemente le dijo a Kamila que su madre ya había regresado. Estaba perdida, como muchos otros zombis, en el limbo de la niebla y las sombras, pero ya estaba entre ellos. Lo que tenía que hacer era buscarla, ayudarla a emerger de ese limbo. «Y no le pregunte nada», le advirtió. «Los muertos son tímidos».

Durante una semana completa, Clemente y Kamila estuvieron viéndose. En las tardes, en el tenderete de las Pulgas o en la plaza del Prócer; en las noches, en la panadería. El tema era siempre el mismo. Kamila le mostraba fotos de su madre, le contaba algunas anécdotas y recuerdos que su padre le había referido hacía mucho tiempo, y Clemente escuchaba y hacía preguntas. «¿No recuerdas su rostro?». «Vagamente». «¿Y su voz?». «Tampoco». «¿Y tu padre no quiere hablar?». «Él no cree en estas cosas».

La panadería le demandaba demasiado tiempo, y aunque Juaco sospechaba algo al ver que le mostraba fotos a un viejo con aspecto de enterrador, prefería no inmiscuirse en aquellas conversaciones.

Una tarde visitaron una de las tumbas del cementerio que Kamila solía frecuentar, como si se tratara de la sepultura de su madre.

—¿Aquí hablas con ella? —le preguntó Clemente quitando con la mano la maleza de la lápida. Kamila apenas si movió la cabeza, como si la apenara afirmarlo.

Kamila le hizo caso y la buscó varias noches. A veces sola, a veces acompañada de Milton. Los rumores sobre los zombis ya eran bastante frecuentes, y aunque escéptico, Milton también aplicaba las recomendaciones del viejo. «Insisto en que es solo un borracho», le repitió Milton una noche mientras compartían un cigarrillo sentados en el muro de la entrada de la panadería. «Es mucho más que eso, te lo aseguro», lo contradijo Kamila, luego se levantó y se quedó mirando el letrero apagado: Panadería La Esperanza. ¿Cuántas veces no había leído el nombre de su madre escrito en esas grandes letras negras? Y junto al nombre, el logo de la marca de gaseosas que instaló el aviso a cambio del derecho exclusivo de vender sus productos.

—¿No te parece irónico? —preguntó Kamila.

—¿Qué cosa?

—El letrero…

—Es el nombre de tu madre, ¿no?

—Sí, pero se dice que esa gaseosa financia grupos de Moscas, los que la mataron.

—No lo había pensado.

Milton se despidió intentando darle un beso, pero Kamila lo rechazó. Tiró el cigarrillo en el piso, dio media vuelta y se fue caminando entre el vapor tenue de la niebla rumbo al paradero de buses de la esquina. Kamila sintió el vacío en el pecho que sentía desde niña, y mientras Milton se perdía de vista en la noche, se comió la uña del índice izquierdo hasta hacerla sangrar. Entonces giró su cuerpo para irse, pero a mitad de camino se detuvo. Fue un murmullo leve, inentendible, una voz cercenada por el viento, un llanto desmembrado, ahogado en un río de cuerpos. Volvió a girar para quedar otra vez de frente a la calle. La mujer surgió entre la niebla, bajo las sombras del alumbrado público, exactamente como Clemente le había dicho. Kamila sonrió, y la sonrisa se transformó en un gemido parecido a la risa y al llanto. La mujer pasó caminando frente a la panadería y siguió derecho sin mirarla. Kamila no lo pensó dos veces y se fue detrás. «No se acerque mucho», le había dicho el viejo en otra oportunidad, «recuerde que son tímidos». Ya el barrio dormía. Kamila la siguió con cautela para no espantarla, por el centro de la calle o desde el andén, manteniendo la distancia, viéndola siempre de espaldas, conteniéndose para no correr y alcanzarla. Llevaba puesto un buzo de lana café, que Kamila reconoció de alguna de sus últimas fotos y que debió ser la prenda que llevaba puesta el día de su desaparición. Zapatos de tela blancos, *jeans* azules y el cabello castaño, idéntico al suyo, cortado recto a la altura de los hombros. «Los envuelve un aura luminosa, casi imperceptible», le había dicho Clemente, y Kamila tardó algunas cuadras en darse cuenta. «Como una foto vieja con una vela a trasluz», le dijo Kamila a la cámara en una oportunidad. «Luminosidad Zombi», murmuró Ignacio, teorizando.

No fueron más de quince minutos esa primera vez. Quince escasos minutos que Kamila sintió lentos, como si ambas caminaran sobre todos los años que tenían sin verse. El recorrido las llevó hasta el final del barrio. Antes de que volviera a perderse entre la niebla, Esperanza giró la cabeza un instante, y Kamila le

vio el rostro por un segundo. «Era mi cara. Era como si me estuviera viendo a mí misma».

Pero era su madre, de eso estaba segura. Y aquella mirada leve que se deshizo con la niebla fue tan fuerte como un abrazo. Solo en ese momento fue capaz de llorar.

## 23

Las dimensiones del supermercado eran perfectas: lo suficientemente grande para camuflarse entre los clientes, y lo suficientemente pequeño para mantener el control. Los ataques, como siempre, debían ser simultáneos. A esa hora, en ese preciso instante, Jonathan debía estar haciendo lo mismo que ellos, pensó Milton mientras daba una última ronda por los pasillos para comprobar la posición del resto. Cuando Milton entró al pasillo de la quincallería, Edwin ya estaba esperándolo en el extremo opuesto; caminó en dirección al zombi y pasó a su lado. Se miraron, y la mirada era la señal de que todo estaba en orden. En su carrito, Milton ya llevaba lo que necesitaba. Edwin agarró dos aerosoles de gas y se alejó hacia el pasillo de productos eléctricos, para tomar su posición. Milton ya se había ubicado en la sección de detergentes. Ambos miraron el reloj. Era la hora en punto. Era la primera vez que Milton lo hacía, pero saber que su hermano mayor estaba cerca lo tranquilizaba. No podía evitar la transpiración ni el temblor de las manos; ya no había marcha atrás.

Todo ocurrió a una velocidad acelerada:

De lo profundo del supermercado vinieron los primeros gritos, el ruido de las estanterías cayendo, el chillido ensordecedor de una alarma. Entre los intersticios del estante que tenía enfrente, Milton vio las llamas en la sección de productos eléctricos. La gente huía despavorida. Ya estaba atrasado, así que no lo pensó más: le quitó la tapa a su aerosol, accionó el encendedor de cocina en el fuego máximo y roció la flama sobre los estantes de detergentes. Recorrió todo el pasillo tal como se lo enseñó Edwin y al llegar al borde tiró el aerosol y el encendedor contra la estantería en llamas. Tuvo solo un instante para contemplar su obra. Era lo más cercano que había estado de su sueño pirómano. No alcanzaba a verlos porque se distrajo con las llamas, pero a su

alrededor, una vez que los disturbios comenzaron, una vez que la alarma se accionó y en las diferentes secciones los zombis empezaron a destruir anaqueles, una estampida de personas salió del supermercado con sus carritos repletos, como si estuvieran esperando que el ataque sucediera.

—¿¡Qué haces aquí!? —le gritó Edwin agarrándolo del brazo y jalándolo hacia la entrada—. ¡Hay que salir!

Milton hubiese querido contarle en ese momento todas las veces que lo había visto en su sueño sobrevolar la ciudad incendiada; decirle que aquella minúscula conflagración era, quizá, el inicio de ese sueño. Pero no tenían tiempo para eso. El caos era absoluto y el supermercado era un pandemonio de aspersores de agua encendidos y carritos de hierro que chocaban contra los ventanales. Como pudieron llegaron hasta la salida y ganaron la calle. El ataque había durado solo unos minutos.

Mientras corrían por la calle acordada, bajo la garúa punzante, Edwin y Milton miraron atrás para llevarse una última imagen. Había algo hermoso y desquiciado en todo aquello. Ese día, el ataque zombi a los supermercados volvería a ser noticia.

## 24

Siempre les había sido fácil encontrar zombis en esa zona del centro. Los dos carriles de la avenida Conquistador estaban repletos de buses, taxis y motos; una larga fila de articulados rojos, viejos y tísicos se anudaba tratando de ganar un centímetro de carretera. Con prudencia, mirando a cada lado, escoltado por Mónica y Milton para que ningún raponero se acercase, Ignacio sacó la cámara del maletín que le colgaba frente al pecho y empezó a grabar.

• **REC**

Capital es una ciudad zombi. Gris, inmensa y salvaje, atravesada por puentes corroídos, invadida de edificios enmohecidos, asfixiada por una neblina virulenta que se extiende como el aliento de los muertos, y acosada por la llovizna incesante y ácida que cae de su cielo tóxico. Así la ve Ignacio detrás de su cámara.

La acera por la que avanzan está atiborrada de transeúntes. La

gente camina a toda prisa, con tapabocas o máscaras purificadoras de aire cubriéndoles el rostro, como si se movieran en un campo de batalla contaminado. Aristides intenta verlos a los ojos, pero no puede. No es fácil. Además, tiene la mirada puesta en el zombi al que vienen siguiendo desde hace más de una hora. Kamila y Aristides van adelante, el resto los sigue. De vez en cuando, Milton insiste en abrirse espacio entre los dos. Kamila no sabe si lo motivan los celos o es algo más. Berta asegura que está sufriendo por la ruptura, pero no puede evitar mirarlo con ojos de madre. Kamila, que lo conoce mejor, sabe que hay algo que lo inquieta, y no son celos necesariamente. Pasan por una esquina en la que un grupo de predicadores evangélicos hablan de la llegada de los muertos como un anuncio del fin de los tiempos. «Un asteroide de fuego caerá sobre el país». «Las plagas malditas terminarán de invadir las ciudades». «Las moscas asesinas inyectarán sangre podrida bajo la tierra». «Crecerán bosques de huesos sobre los campos calcinados». Hace unos minutos dejaron atrás a un grupo de personas que gritaban enfurecidas contra los impostores zombis. «Amigos del terrorismo». «Blasfemos incendiarios». «Agitadores resentidos». «Vándalos, guerrilleros del subsuelo, apátridas».

—Los vecinos del barrio son un chiste al lado de estos —comenta Aristides.

—La llegada de los muertos les ha alborotado la ira —apunta Clemente.

—Pues muchos no se equivocan —considera Milton—: la revolución zombi está cerca y nada será igual.

A Kamila le extraña el comentario, pero no dice nada. Alrededor, la algarabía de odio y furia es desesperante. Ellos, en cambio, caminan concentrados en el zombi que tienen adelante.

—¿Se fijaron en la ropa que lleva? —pregunta Mónica.

—Visten la ropa con la que desaparecieron —explica Kamila —. Así mismo pasa con Esperanza.

—Pues ese de allí lleva una pinta de los ochenta —apunta Berta.

—Es la Atemporalidad Zombi —afirma Ignacio sin apagar la cámara.

Aristides imagina un inmenso desfile de resucitados llenando los dos carriles de la avenida Conquistador. Caminan imperturbables y en silencio, mientras avanzan hacia el sur, o

hacia el norte, la dirección no importa. Avanzan lentamente como un río de muertos entre la bruma luminosa, como una cicatriz de fantasmas. Y en cada acera, también en silencio, la gente los ve y los sigue. Cada vez que hacen el recorrido por la Conquistador, Aristides piensa en la misma imagen sin saber qué significa ni hacia dónde puede llevarlos. Eso a Ignacio lo tiene sin cuidado. «Es una imagen hermosa, perfecta para la película», le dijo cuando Aristides se lo contó por primera vez.

El zombi al que siguen se ha desviado de la avenida por una callecita alterna.

—Va a parar a las Pulgas —se anticipa Clemente—. Por allá siempre abundan los muertos.

No se equivoca. El zombi vuelve a doblar en la siguiente esquina, esta vez a la derecha, y desemboca en la calle de las Pulgas, luego dobla a la izquierda y continúa caminando hacia el occidente en medio de la calle. Es difícil seguirle el rastro entre los tenderetes de cachivaches y los clientes que entran y salen de los almacenes.

—Allá va —dice Aristides.

El zombi se dirige a la plaza en la que desemboca la calle, también repleta de kioscos. Al fondo, se ve el edificio derruido de un viejo hospital.

—Es mejor que no sigamos —recomienda Milton—, más allá de la plaza está El Cartonero.

—Milton tiene razón —dice Berta desde atrás, asustada.

—¿Y cómo sabe que va para allá? —le pregunta Kamila.

—Porque va para allá, ¿no lo está viendo?

Pero el zombi cruza una calle transversal y se detiene en el andén, al borde de la plaza. El resto también se detiene al otro de la calle.

—¿Qué hace allá? —pregunta Mónica.

—Está esperando a otros —se adelanta Clemente.

—¿Usted cree? —le pregunta Berta.

No se equivoca. Al zombi se une un grupo de tres más, dos mujeres y un hombre que nadie sabe de dónde vienen. Los cuatro se internan en la plaza rumbo a El Cartonero. Cuando Aristides y Kamila cruzan la calle, los resucitados ya no están por ninguna parte.

# 25

Milton vio por primera vez al zombi de Edwin en las noticias del mediodía, mientras almorzaba solo frente al televisor de su casa. Aunque había estado presintiéndolo desde hacía días, no se lo esperaba así, de sopetón. «Presintiéndolo es un decir», aclaró Milton a la cámara cuando tuvo la oportunidad. «La verdad es que estaba deseándolo desde que empezaron a aparecer».

Las imágenes fueron anunciadas como una revelación exclusiva del noticiero. Las cámaras de seguridad mostraban, según las autoridades, a un posible sospechoso del ataque a los supermercados. Un hombre de mediana estatura de tez trigueña, *jean* azul claro, camiseta de fútbol, chompa oscura y gorra de béisbol negra entraba al pasillo de detergentes que sería incinerado unos minutos después. Nada más. La imagen duraba solo unos segundos, pero los noticieros la pasaban una y otra vez, una y otra vez, con frenesí, hasta que Milton logró ver algo. Un leve parecido, quizá.

Desde que empezaron a andar con el viejo Clemente, Milton había cogido la manía de salir a caminar para encontrar a su zombi. Lo hacía todos los días a distintas horas, en diferentes lugares del barrio y de la ciudad. Después de meses, la búsqueda seguía siendo infructuosa. Hasta que de pronto, un mediodía cualquiera, se le apareció así, de sopetón, en el televisor. La intriga lo mantuvo dando vueltas por el barrio hasta la siguiente emisión del noticiero. El ataque a los supermercados había sucedido el día anterior, así que seguramente volverían a pasar la imagen. No se equivocó. La vio otra vez y sintió lo mismo: ¿acaso era posible encontrarlo así? ¿Por qué no? ¿Acaso había un protocolo zombi entre vivos y muertos cuando estos últimos regresan a la vida? En la emisión de las diez de la noche, ya con su madre en el apartamento, Milton volvió a esperar las imágenes. Le pidió a Raquel, que siempre llegaba cansada de atender la caja del banco, que estuviera atenta a la noticia del ataque al supermercado. Raquel, con los platos de la cena recién terminada aún sobre la mesa del comedor, y el penúltimo cigarrillo de la noche encendido, observó atenta la noticia y vio, como la vio Milton, la imagen de las cámaras de seguridad. «¿Lo viste?», le preguntó cuando terminó la nota. Raquel expulsó una bocanada de humo y arrugó el entrecejo. «¿A quién?». «Al de la

cámara de seguridad, al sospechoso. ¿Lo conoces?». Raquel no le dio importancia y se levantó de la mesa con los platos sucios. «¿Alguien de por aquí?», le preguntó desde la cocina.

Fue entonces cuando Milton empezó a vigilar supermercados. Los escogía al azar mientras caminaba por una zona preestablecida. Luego permanecía en ellos durante horas, recorría los pasillos, miraba a la gente de reojo como si tratara de establecer un contacto, y esperaba. El tercer ataque incluyó uno de los supermercados visitados el día anterior; Milton sintió que estaba cerca. En el cuarto ataque, Milton estuvo en dos de los tres supermercados asaltados. «Dentro de poco coincidimos», se dijo. Mientras tanto, seguía atento a la evolución de las noticias sobre los ataques. Más cámaras de seguridad volvieron a salir al aire, pero en ninguna grabación había rastros del zombi de la primera vez. Milton tenía una copia de esa emisión del noticiero en su computador, además de una colección de varias imágenes encontradas en Internet. En las noches, a veces, se las mostraba a Raquel, pero ella seguía sin entender la obsesión de su hijo menor, el único que le quedaba, con los ataques de los supermercados. A Milton le intrigaba que su madre no pudiera verlo, quizá por eso mismo no se decidía a revelárselo.

Sentado a lo largo del sofá que quedaba justo al frente del televisor, Milton vio a su madre recostada sobre los cojines en el sofá diagonal. Raquel siempre estaba cansada, el rostro adormitado mientras las noticias pasaban. Los noticieros habían estado repitiendo, al menos una vez durante cada emisión, la misma imagen de la cámara de seguridad. Raquel debía haberla visto decenas de veces, pero seguía sin reconocer lo que Milton había aceptado tan fácilmente. Cuando la veía adormitada en el sofá, Milton se acordaba de ella en otro momento: recostada en la pared del pasillo, llorando y con un cigarrillo encendido, viendo la habitación vacía de su hermano, tal y como la había dejado el día que salió. Edwin tenía entonces unos meses de haber desaparecido; trece años después, con la rabia y el odio intactos, Raquel no era capaz de ver la señal que el zombi de su hijo muerto había dejado en una cámara de seguridad.

Pero Milton sí. Él no solo era capaz de ver la señal, sino que también empezó a presentirlo, como les dijo Clemente que pasaría. Sintió su presencia en el supermercado que visitó esa noche. Afuera anochecía, pero al interior del supermercado todo

brillaba con incandescencia. Sin ningún recorrido en mente, se dejó llevar por sus pasos, y entrando al pasillo de las verduras, muy pronto en su recorrido, sintió que el hombre de sombrero hizo contacto con él. Fue una mirada de reojo, leve, rápida, seguida de un toque en el sombrero. Sutil para indicarle que él también hacía parte del juego. Milton sintió que los clientes se movían con levedad, casi como si levitaran arrastrando sus carritos repletos; sintió que los susurros se levantaban y creaban por encima de sus cabezas una techumbre de murmullos; sintió las miradas, el reconocimiento de otros clientes: la mujer con el marido, el hombre de barba gruesa, la pareja de universitarios; era solo cuestión de un gesto, un tic, un pequeño contacto visual... Y entonces, en medio del reconocimiento, percibió una delgada capa de neblina y supo, sin ninguna duda, que había encontrado el supermercado que estaba buscando. Milton acababa de salir del pasillo de las leguminosas cuando tuvo noción de esto, quedó de frente a las escaleras que llevaban al segundo piso, y fue entonces cuando el ataque comenzó. Las alarmas sonaron, la gente corrió despavorida, los estantes empezaron a desmoronarse, los productos caían y rodaban por el suelo, el fuego crecía. Milton vio la figura emerger del fondo de un pasillo en llamas, bajo la lluvia recién activada de los aspersores. «Por allá», le gritó, señalando la puerta abierta por la que la gente seguía huyendo con los carritos repletos. Fue la primera vez que Milton y Edwin salieron corriendo juntos de un supermercado en llamas.

## 26

Clara se levantó pensando en Aristides porque no lo sintió llegar en toda la noche. Pegó la oreja a la puerta de su habitación y no lo escuchó. La cerradura no tenía seguro. Abrió por completo y comprobó que no estaba. La cama estaba desordenada porque siempre estaba desordenada, pero su hijo no había pasado la noche en ella. No era la primera vez que no llegaba a dormir, pero por lo general eso ocurría los fines de semana, no un miércoles. A Ignacio lo sintió dormir en su cuarto, y le pareció que las seis de la mañana era muy temprano para levantarlo y preguntarle por Aristides. Mientras bajaba las escaleras rumbo a

la cocina para preparar el café, marcó el número telefónico de su hijo. La llamada cayó de inmediato en el buzón de voz, como si el teléfono estuviera apagado. Sabía que en la ONG se avecinaba la presentación de un proyecto para asegurar una subvención, así que Aristides estaba bastante ocupado. «Es probable que se haya quedado adelantando trabajo», se dijo Clara para tranquilizarse mientras echaba el café en el filtro de la cafetera. «¿Pero se habrá quedo a dormir allá?», se preguntó. Se acordó de que debía tener guardado ese contacto en su teléfono; buscó el nombre de la organización y marcó el número fijo. Tampoco obtuvo respuesta. «Todavía es muy temprano, apenas se debe estar levantando», se dijo. Marcó otra vez el celular de Aristides con igual resultado. «¿Se le habrá descargado el celular? ¿Lo habrá apagado? ¿Para qué lo apagaría?», siguió preguntándose Clara. Luego se sirvió una taza del café recién hecho y se sentó en la mesa de la cocina, a mirar el día clarear a través de la ventanita que daba al patio interno de la casa.

Roberto dio los buenos días y fue directo a la alacena a sacar una taza. Antes de servirse el café se sirvió un vaso de agua. Cuando dejó el vaso sobre el mesón, se percató de la expresión aterrada de Clara; seguía sin responderle a los buenos días. Roberto agarró la taza y se acercó lo suficiente para darle un beso en la frente.

—Aristides no ha llegado.

Roberto no se preocupó, coincidió con Clara en que debía haberse quedado a dormir en la organización como ya había pasado en otras oportunidades. El mismo Roberto marcó el celular de su hijo desde el teléfono de Clara y la llamada seguía sin entrar.

—Se le descargó de tanto oír música —conjeturó Roberto.

A las seis y cuarentaicinco llegó Nubia. Roberto le abrió. Era bajita y con una mata de pelo gris que domaba con moños y trenzas. En una serie de movimientos rápidos y precisos, cerró el paraguas, se quitó la chaqueta, la colgó en el perchero junto con el bolso, y cuando estaba libre de todo, con Roberto pasando a su lado, de regreso a la cocina, lo soltó:

—¿Han escuchado las noticias?

Roberto supo por el tono de su voz y su mirada grave que se trataba de algo serio.

Clara ya le había servido el café a Nubia cuando esta entró a

la cocina. La taza humeante la esperaba sobre la mesa. Clara y Nubia solían compartir ese primer café cada mañana para planificar los días y las semanas. Nubia fue hacia la mesa, dando los buenos días, mientras Roberto fue directo hasta el radio conectado en una esquina de la cocina y que Nubia utilizaba como distracción.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara cuando vio a Roberto pasar de largo.

—Las noticias —dijo él, encendiendo el aparato en una emisora de música.

Pero Clara no volteó a mirarlo, se quedó concentrada en el rostro triste y preocupado de Nubia, en sus ojos suaves y transparentes.

—¿Qué pasa, Nubia? —le preguntó directamente.

—Las Moscas se metieron en el San Francisco Ángel anoche. Lo venía escuchando en bus.

Clara necesitó dos milésimas de segundo para caer en la cuenta del significado de lo que estaba escuchando. Lo tomó con serenidad. Respiró profundo, se llevó una mano a la boca y volvió a buscar la mirada generosa de Nubia como si deseara descansar en ella.

—Tómate el café, que se te va a enfriar —le sugirió Clara, y su voz se sintió lejana y fría, como si caminara en puntas de pie sobre una oscuridad de vidrios rotos. Luego volteó su cuerpo para ver a Roberto, que acababa de encontrar en el dial la emisora de noticias.

## 27

Lo mejor era no contarle a su padre. Al menos no enseguida. Kamila lo pensó tan pronto abrió los ojos, y lo decidió mientras desayunaba, escuchando a Juaco hablar con uno de los empleados de la panadería. Si él tuvo a la Esperanza viva, era justo que la Esperanza resucitada fuera para ella, se dijo. Pero no era esa la principal razón. Kamila sabía muy bien que la Esperanza a la que había seguido la noche anterior en realidad no era su madre ni la esposa de su padre, era una zombi, una aparición que no tenía por qué coincidir con la otra Esperanza. Además, no sabía a dónde iría a parar aquello ni por qué razón

Esperanza había, finalmente, regresado. Intuía que conocer esas razones, al menos acercarse a entenderlas, sería un proceso largo y dispendioso, pues los motivos de los muertos son muy diferentes a los de los vivos. «A ellos los guían otras cosas», le señaló un día Clemente durante una de sus conversaciones. Esas palabras, que a Kamila le parecieron crípticas, ahora comenzaban a evidenciar su significado.

Estuvo inquieta todo el día sin salir de su habitación. Juaco fue a verla un par de veces para saber si todo estaba bien. No respondió las llamadas de Milton ni la de los colegas de la universidad. A la única persona que llamó fue a Clemente.

—Lo que no sé es qué hacer ahora, dónde volverla a encontrar —le confesó.

—Por eso no se preocupe —la tranquilizó Clemente al otro lado del teléfono—. Ellos van y vienen, pero cuando vuelva lo sabrá.

Esa misma noche lo comprobó. La idea apareció de repente, clara como una voz murmurándole al oído, solo que en este caso se trataba de la voz de un muerto: Esperanza estaría esperándola en el mismo punto donde había desaparecido la noche anterior. El reencuentro debía producirse ahí. «Comunicación Zombi», murmuró Ignacio el día que Kamila se lo contó para su película.

Así que le hizo caso a su instinto, se cambió la ropa y salió. Aún era temprano y todavía había bastante gente en las calles. Recorrió exactamente las mismas cuadras que había recorrido el día anterior, hasta llegar al punto donde Esperanza se perdió en la niebla. Compró un cigarrillo en una tienda para ganar tiempo, se paseó de una esquina a otra y volvió a quedar frente a la calle en descenso. Entonces, otra vez por instinto, aplastó el cigarrillo con la punta del zapato y se fue caminando calle abajo. Era tan simple como retomar el recorrido interrumpido, porque quizá esa aparente interrupción, esa brecha entre un día y otro, solo era evidente para ella, no para los muertos, pensó Kamila. Y no estaba equivocada. No había recorrido ni cinco metros cuando la vio caminar adelante, exactamente como la había dejado la noche anterior.

Los reencuentros siguieron dándose de manera esporádica. A veces a la misma hora en que había finalizado el anterior, a veces a horas distintas; casi siempre en el mismo punto. A veces la seguía acompañada por Clemente, otras por Milton, y en algunos

casos por ambos. Cuando encontraron a Berta siguiendo a Esperanza por accidente, el grupo de cazadores de zombis quedó completo. Meses después, cuando conoció a Aristides, el zombi de Esperanza empezó a reunirse en su recorrido con otros zombis. No era siempre; la mayoría del tiempo, Esperanza hacía sus recorridos sola y casi siempre de noche. La dinámica era exactamente la misma: el zombi de Esperanza caminaba las calles entre transeúntes distraídos sin mirar nada ni a nadie, siempre la mirada al frente, como si también ella siguiera a alguien más. Sus recorridos no respondían a ninguna lógica, ¿qué buscaba entonces con aquellas caminatas? Pasaron muchos días antes de que Kamila se diera cuenta de la otra revelación: lo importante no eran las caminatas de la madre muerta, sino los pasos de la hija viva. ¿Por qué Kamila seguía al zombi de una muerta? ¿Qué buscaba en ella, qué esperaba encontrar, a dónde esperaba llegar, qué intentaba entender? «La clave no está en los muertos», explicó, «sino en los vivos que los siguen».

Kamila la seguía siempre a la misma distancia, incapaz de transgredir el espacio que las separaba. A veces, al doblar una esquina o cambiar de andén, lograba verle el rostro. Era tan joven, tan bella, tan parecida a ella y tan distinta, tan fuerte y decidida que había sido capaz de volver a una ciudad desconocida, delirante y ponzoñosa que renegaba de sus propios muertos. Mientras la seguía, pensaba en cómo habría sido su vida si Esperanza no hubiera desaparecido; pensaba en cómo había sido la vida de su madre, en el dolor de su muerte, en su cuerpo despedazado cayendo al fondo de un río en una bolsa plástica llena de piedras. «Jamás la alcanzaré», se decía Kamila mientras reconocía, poco a poco, sus propios pasos, su papel dentro de los recorridos. Jamás la tendría, jamás sería como ella.

Una noche se cansó. La llovizna constante había arreciado y hacía más frío. Kamila se detuvo de repente y la llamó por su nombre.

—¡ESPERANZA!

La zombi se detuvo, movió la cabeza como si fuera a voltear a mirarla, pero no completó el movimiento. Fue solo un gesto de reconocimiento para indicarle que la había escuchado, y volvió a caminar.

—¡Espera! —gritó Kamila y corrió hacia ella sin importarle romper la distancia de seguridad.

Esperanza no paró de caminar hasta que Kamila estuvo a menos de un metro de distancia. Entonces, se vieron de frente por primera vez. El rostro de la madre zombi era tranquilo, calmado, «nada la perturbaba», le dijo Kamila a la cámara. La hija, en cambio, se veía cansada, el rostro mojado y asombrado bajo la capucha de su chompa.

—De verdad me parezco a ti —le dijo; los ojos negros le temblaban.

—No, yo me parezco a ti —la corrigió Esperanza con una voz que era de este mundo y no de ningún otro.

Kamila no supo qué otra cosa decir ni qué hacer, así que dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Creo que me enamoré de un muerto, tienes que conocerlo.

—Pero no hoy —le dijo la madre zombi, y se fue caminando hasta perderse bajo la lluvia.

## 28

El plan de defensa ante un posible ataque zombi se ejecutó a la perfección. Las trincheras de sacos rodeando las casas y los alambres de púas en las rejas le dieron a La Campiña el aspecto de un campo de batalla. En efecto, no hubo problema para recaudar los fondos necesarios. La vigilancia de los motorizados se incrementó, y los contactos del señor Lacayo en la Policía le garantizaron rondas más seguidas, además de una línea directa con el comandante del Centro de Atención Inmediata más cercano. Tal como lo planearon, las protestas callejeras se incrementaron y transformaron: dejaron de concentrarse en un solo punto del barrio para comenzar a recorrerlo a manera de procesión contra el “TERRORISMO ZOMBI” o el “ENGAÑO ZOMBI”, como se leía en las carteleras que llevaban consigo. Las señoras de bien convinieron en que, ante tamaña blasfemia y burla hacia los muertos, lo más indicado sería encabezar las procesiones con figuras sacras, así que compraron una Virgen María y un Divino Niño de yeso que se pasaban de mano en mano en la primera línea. Detrás de ellas, repitiendo los rezos, caminaban el señor Arnedo, el señor Lacayo y el círculo más cercano de vecinos. Más atrás iba el resto, enfurecidos, levantando pancartas y gritando con rabia sus consignas de odio:

«VÁNDALOS TERRORISTAS. GUERRILLEROS. RESENTIDOS. INCENDIARIOS», gritaban en coro.

—El siguiente paso será salir, unirnos a otros grupos de la ciudad —anunció el señor Arnedo en la segunda línea de la procesión.

—¿Y eso cómo va? —preguntó el señor Baena.

—Va bien, va bien. Los contactos han sido fructíferos.

Así era. Desde hacía días, el señor Arnedo y el señor Lacayo habían estado contactando a otros grupos vecinales en los barrios aledaños. Y aunque habían encontrado receptividad, se habían dado cuenta de la poca o nula organización, por lo que ellos mismos se pusieron a la tarea de instruir y fundar los demás grupos de Vecinos Contra el Terrorismo, como decidieron llamarse.

—Hemos exportado nuestro método —explicó el señor Lacayo.

—Con algo de esfuerzo podremos fundar más grupos por todo Capital —consideró el señor Arnedo.

Los demás los escuchaban atónitos.

—¿Usted cree? —preguntó, algo incrédulo, el señor Castillo.

—Sin duda —dijeron, al unísono, Lacayo y Arnedo.

—Pero ¿sí será necesario? —preguntó, esta vez, el señor Avendaño.

—Si los terroristas se organizan, nosotros también —sentenció el señor Arnedo.

El señor Lacayo aprovechó para explicar que, según sus contactos en la Policía, el vandalismo zombi podría incrementarse en los próximos días.

—Son células del Comando de Fuerzas Subterráneas —concluyó.

—¿Ya está comprobado? —preguntó el señor López.

—Todavía no, pero todo apunta a eso —explicó el señor Lacayo.

—Quién se iba a imaginar que esa gente… —se lamentó el señor Baena—. Vecinos, gente de bien…

—Pero en apariencia —intervino el señor Lacayo—. Los terroristas están donde menos uno se espera…

—Una maestra de escuela y un taxista… Qué peligro… —dijo el señor Avendaño.

—A mí nunca me cayeron bien del todo —aseguró el señor

Castillo.

—Sí, eran medio raros —dijo el señor López.

—El hijo andaba en cosas raras —aseguró el señor Lacayo—, metido en esos barrios de los cerros, por algo estuvo perdido tanto tiempo.

De eso iban hablando cuando la procesión pasó frente a la casa de los Ferreira. El alumbrado público se había encendido, el anochecer era de un violeta intenso y ya empezaban a bajar las primeras nubes de la niebla. Las señoras se detuvieron para hacer una oración. Al otro lado de la reja de entrada, el señor Ferreira y el señor Cepeda los miraron.

—No sé si reír o preocuparme —dijo Roberto.

—Esto ya se ha salido de las manos —comentó el señor Cepeda.

—Lo que quieren es sacarnos del barrio, pero se van a joder.

Clara salió de la casa y se plantó frente a la reja de entrada con los brazos cruzados. Las señoras terminaron de rezar, y la procesión continuó su camino.

## 29

Clara estaba terminando de vestirse cuando sonó su teléfono. Era Luz Marina.

—Algo increíble ha pasado —le anunció—, vente rápido.

Roberto había salido en el taxi unos minutos antes; Aristides aún dormía en su cuarto, y Nubia terminaba de poner orden, cuando Clara apareció en la puerta de la cocina.

—Nos vemos más tarde.

—¿No va a desayunar?

—No me da tiempo —le dijo, apurada.

El taxi la dejó en la cúspide, donde la calle se aplanaba, frente a la cancha de microfútbol. Los niños la reconocieron y salieron a saludarla. En el San Francisco Ángel ya la conocían como la “seño Clara”, la madre de uno de los zombis de La Cochiquera. Más allá de la cancha, Clara distinguió la multitud en la puerta de la casa de Teresa Tamayo.

—¿Está allá adentro?

—Sí, esta mañana apareció —le informó una de la niñas, y le agarró la mano para guiarla.

Clara le sonrió y se dejó guiar. Rodeada por los niños cruzó la calle, atravesó la cancha de microfútbol y salió por el otro costado hacia la calle paralela. Los niños la dejaron sobre el andén y se quedaron entre la multitud. No era la primera vez que Clara visitaba la casa de ladrillos rojos de Teresa, pero sí era la primera vez que veía a tanta gente reunida en ella. Eran tantos que ya no cabían en el interior y se agrupaban en la puerta de entrada. La mayoría eran mujeres. Clara llegó en medio de un Ave María.

—Siga, seño, la están esperando —le dijo una de las mujeres de la entrada, y le abrieron paso.

El pasillo era estrechísimo, de paredes repelladas y sin pintura. Al final del pasillo, Clara distinguió a Luz Marina.

—¿Cuándo apareció? —le preguntó Clara después del abrazo.

—No sé, no he podido hablar bien con ella.

—¿Hoy?

—No creo.

Luz Marina la agarró por el brazo.

—Preguntó por Aristides —le dijo, mirándola de frente.

Jonathan estaba sentado en una silla plástica en medio de la pequeña sala, el cuerpo escurrido, las piernas estiradas, fumando un cigarrillo. Llevaba una camisilla sin mangas, chancletas y unos *jeans* rotos. No tenía el aspecto de un zombi que acabara de llegar de la muerte, pensó Clara; parecía, en cambio, como si estuviera desperezándose en la silla, fumándose el primer cigarrillo del día antes de salir a caminar las lomas de los alrededores. Al verlo, no pudo evitar pensar en su propio hijo. Teresa, sentada a su lado, dirigía el rosario. Jonathan distinguió a la mujer que acababa de llegar; le dio una última calada al cigarrillo y lo apagó contra las baldosas astilladas del piso. Se levantó de la silla y caminó hasta quedar frente a Clara y Luz Marina.

—Usted es la mamá del profe Aristides.

Su voz sonaba tan nítida como la de cualquier mortal; su mirada tensa, como un hilo oxidado, estaba atravesada por una furia lejana. Clara la distinguió, como distinguió también la luminosidad que lo bordeaba.

—¿Cómo está él?

—¿Ustedes se conocen?

—De aquí, del barrio. ¿Cómo está? —le repitió la pregunta.

Clara asintió.

—Bien —dijo.

El zombi le sonrió.

—Seguro que nos volveremos a ver —le aseguró Jonathan, y dio media vuelta.

Clara permaneció absorta, inmóvil como una estatua. Lo vio atravesar la sala, salir al patio que colindaba con el borde de la montaña y quedarse ahí, de pie, viendo el paisaje de casitas apelotonadas en los cerros circundantes.

## 30

• **REC**

—¿Qué pasará ahora que los muertos empiezan a agruparse? —Aristides hace la pregunta mientras siguen a un grupo de tres zombis por la avenida Industrial, entre usinas, bodegas y buses destartalados que intoxican el aire.

Pero no todo puede decirse a la cámara. Ignacio lo sabe, así que hace un *zoom* hasta el rostro de su hermano, como si quisiera meterse en el pensamiento del zombi. Eso hace. «¿Por qué camino con los vivos y no con los muertos?», se pregunta. «¿Por qué tengo miedo de visitar a Jonathan, el zombi del que me habló Clara? ¿Me dice algo ese nombre? ¿Acaso están conformando un ejército? ¿Son los ataques a los supermercados la primera prueba de ese ejército?».

Son muchas preguntas y Aristides no tiene respuestas.

—No creo que hayan regresado para atacar supermercados —dice Kamila como si escuchara las preguntas de Aristides entre los rumores de la bruma—. Sería ridículo.

—Tampoco lo creo —coincide Clemente.

—Milton piensa lo contrario —señala Aristides.

Es verdad, Milton piensa lo contrario. Hace días que no ha vuelto a salir con el grupo y nadie tiene noticias suyas. Kamila sabe que oculta algo; está segura, lo conoce bien.

—A mí todo esto ya me tiene nerviosa —confiesa Berta.

—¿Ha vuelto a saber algo de José Luis? —le pregunta Mónica.

—Ese muerto ya no vuelve —sentencia Berta, resignada.

—¿Y si de verdad están formando un ejército? —se pregunta

Mónica.

Pero ¿contra quién lucha un ejército de muertos?

Los tres zombis acaban de unirse a otro grupo de cuatro. Detrás de los muertos, dispersos a lo largo de la Industrial, hay otros caminantes como ellos que también los siguen en silencio y a distancia.

—Esto mismo está ocurriendo en todas partes —asegura Clemente, mirando a la cámara, como si les hablara a los muertos que ven a través de las imágenes de Ignacio—: zombis uniéndose y vivos caminando detrás.

—Reagrupación Zombi —apunta Ignacio sin quitar el ojo del visor.

—Quizá se hagan más fuertes a medida que se unan —argumenta Mónica.

—Es posible —dice Aristides.

—El país de los muertos errantes, eso somos —murmura Clemente, abriendo sus ojos frente a la cámara.

—No hable así, que me asusta —le pide Berta.

El nuevo grupo de siete zombis camina sin rumbo. «Los muertos son el alma desangrada de este país errante», piensa Clemente. Más adelante, quizá, los siete zombis se encuentren con otros y luego desaparezcan entre la niebla de la avenida, o entre los baldíos detrás de las usinas que llevan a los pantanos del río Tabogox. Quizá vuelvan a aparecer al día siguiente; quizá desaparezcan para siempre. Con los muertos nunca se sabe.

—En todo caso hay que estar preparados para lo que sea —advierte Aristides.

## 31

Edwin prefería no perturbar a Raquel con su presencia. «Al menos no por ahora», le decía a Milton cada vez que este le insinuaba la posibilidad de visitarla. «Ahora hay que concentrarse en los supermercados». «¿Entonces cuándo?», insistía Milton. Edwin se detenía en mitad del pasillo que inspeccionaban en ese momento y miraba a su hermano menor con compasión por la ingenuidad que ocultaba tras sus lentes redondos y su cara malgeniada. «Cada cosa en su momento; ahora son los supermercados. Esto es importante, créeme», y lo agarraba por el brazo para seguir

inspeccionando la sección en la que estaban.

Al principio le costó entender lo de los supermercados. La verdad es que solo lo entendió después de conocer a Jonathan, cuando ya había participado en varios ataques. Edwin le hablaba de él, y cuando Milton le pedía que se lo presentara, Edwin seguía hablando como si no hubiera escuchado la pregunta. Nunca le dio detalles de cómo se conocieron. «En realidad no lo sé, creo que no teníamos otra opción», decía el hermano zombi, agregando más misterio a las circunstancias que los llevaron a juntarse. Se limitaba a contar lo poco que sabía: que Jonathan era un zombi de los cerros del sur, que en vida había hecho parte de una milicia urbana de las Moscas. Era él quien le había indicado el camino de los supermercados. Milton, de inmediato, imaginaba un camino con estantes incendiados a cada lado, con productos inflamables estallando, con gente corriendo despavorida, con carritos de supermercado cayendo de las alturas y gente huyendo, escapando con sus bolsas repletas de comida bajo los aspersores de agua y las alarmas chillando hasta hacerles sangrar los tímpanos. A veces, imaginaba también que ese camino se extendía más allá de las puertas del supermercado y avanzaba como una línea de fuego por andenes, calles y avenidas hasta rodear la ciudad. Fue así, imaginándolo de esa forma, como Milton empezó a vislumbrar el posible punto de llegada de ese camino. Un punto de llegada que no era un final sino un espejismo, una ilusión óptica, un camino de fuego que se transformaba en una hilera de zombis incendiados y famélicos que avanzaban sin rumbo. Milton se lo contó a su hermano el mismo día que le contó los sueños piromaníacos de su adolescencia. Al día siguiente, Edwin lo llevó a conocer a Jonathan.

Contrario a lo que Milton creía, no se dirigieron a los cerros del sur. Las Moscas tenían varios días de estar buscando a Jonathan entre aquellas lomas.

—No es un lugar seguro —le explicó Edwin.

En lugar de dirigirse a los cerros, se internaron en El Cartonero. Aquel lugar era un verdadero reducto de las ruinas del infierno, un desagüe de desechos humanos. Toda la zona estaba atravesada por tres grandes caños canalizados; antiguos arroyos que ahora arrastraban basuras, aguas negras y, de vez en cuando, cadáveres podridos. Entre los caños, crecía sin orden un enjambre

de edificaciones viejas convertidas en bodegas o albergues hacinados de indigentes. En las calles mugrientas, olorosas a mierda, orines y bazuco, los mendigos sobrevivían en medio del delirio. Era la primera vez en su vida que Milton entraba a El Cartonero y no pudo evitar la repulsión y el miedo. Se asombró, en cambio, al ver la manera como su hermano se movía entre las calles con absoluta destreza, guiándolo entre mendigos que le abrían paso, por callejuelas repletas de basura en las que se respiraba la putrefacción de cuerpos descompuestos en vida. Cruzaron un pequeño puente de concreto sobre el último de los caños canalizados y doblaron por un par de calles más hasta llegar a una explanada circular, epicentro del cruce de cuatro calles. En el vértice superior de la explanada, se levantaba un viejo edificio de tres pisos, de una arquitectura de otro siglo, en el que aún se alcanzaban a leer las grandes letras rojas de un cartel escarchado y oxidado: RECICLAJE. Edwin se dirigió al edificio y Milton lo siguió.

Cuando Milton contó la historia a la cámara, Clemente les confesó que conocía el edificio en cuestión. En sus épocas de gloria, cuando El Cartonero era la plaza de mercado de un barrio popular, y no la alcantarilla humana en la que se convirtió después, aquel edificio había sido una usina de costura, primero, y luego una bodega de alimentos. Milton lo conoció en su peor momento, deslucido, destartalado, sobreviviendo en sus ruinas, reducido a una bodega de reciclaje y refugio de indigentes. «Y zombis», apuntó Clemente. Había pilas de papel, cartones amontonados, vidrios, latas y botellas; la humedad se le pegaba a la piel como una tela de moho, y a un costado del primer piso, una fila de mendigos esperaban su turno para cambiar sus sacos de cartón y latas por unas cuantas monedas. La fetidez de los cuerpos le produjo náuseas.

—Nuestro piso está arriba —le dijo Edwin caminando directo a las escaleras polvorientas.

Milton no supo si estaban muertos o vivos, pero todos los que dormían tirados sobre la placa de concreto del piso, o los que se asomaban con mirada lánguida a los ventanales de madera, parecían zombis. Un ejército de zombis en reposo esperando el próximo ataque. Ya en el segundo piso, Milton distinguió más zombis sobre el piso y, al fondo, una larga mesa sobre la que trabajaban varios de ellos. Quien los supervisaba era Jonathan, le

reveló Edwin.

—Están perfeccionando las bombas incendiarias para los ataques —le explicó mientras se acercaban a la mesa—. Nada peligroso. Se deben armar por partes para poder meterlas en los supermercados sin sospechas.

Edwin le confesó haberlas diseñado. Los dos hermanos detallaron el trabajo a cierta distancia, para no estorbar. Jonathan los vio y los saludó desde lejos con un gesto de la cara y una sonrisa oblicua. No se preocupó por hablarles y siguió concentrado en su trabajo de supervisión.

Cuando el grupo que estaba frente a la mesa terminó la lección, se dispersó a lo largo del piso, y un nuevo grupo de zombis indigentes se ubicó ante los artefactos desarmados de las bombas. Solo entonces Jonathan se tomó unos minutos para saludar.

—¿Y qué piensa de esto? —le preguntó, cuando se acercó.

Milton se encogió de hombros sin saber qué decir. Pensó en hablarle de sus sueños pirómanos o preguntarle directamente por qué hacían lo que hacían, en qué consistía el asunto de los supermercados y qué tenía que ver con la llegada de los zombis. Pero todas las opciones le parecieron estúpidas.

—Está bien —dijo Milton finalmente, y los dos zombis le sonrieron.

—Entonces usted conoce al profe Aristides —le preguntó Jonathan cambiando a un semblante más serio.

—No sabía que era profe —dijo Milton a su vez.

—Pues cuando yo lo conocí, sí lo era… Algo así como un profe. ¿Usted lo conoce, sí o no?

Milton asintió, acomodándose las gafas en el puente de la nariz.

—Entonces dígale que estamos listos —le pidió Jonathan—, que los zombis de El Cartonero lo estamos esperando.

## 32

Por la ventana de la buseta, Aristides alcanzó a distinguir las formas de una plazoleta y las siluetas de un pequeño grupo gritando arengas camarguistas. Sus rostros en la niebla se veían monstruosos y deformes, con las fauces abiertas, cansados e

iracundos. En la radio se hablaba del exceso de neblina de las últimas semanas como un extraño fenómeno meteorológico, pero no se mencionaban a los zombis. Si lo hacían, era para hablar de los ataques a los supermercados y de la versión oficial: una superstición colectiva aprovechada por milicias urbanas de antiguas guerrillas para desestabilizar el Gobierno.

—Estoy cansada de las mismas noticias de siempre —dijo Kamila sentada al lado de Aristides—. Si no hablan de los supermercados, hablan de la inauguración de la estatua.

—¿Dónde te dijo que nos viéramos?

—En la gasolinera, la primera saliendo de Capital.

—¿Una gasolinera?

—Sí, es raro. No me quiso decir por qué. He estado insistiéndole para que nos viéramos contigo, pero siempre me decía que otro día, que para después, que todavía no.

—¿Qué fue exactamente lo que te dijo?

—¿Otra vez? Ya te lo dije. Yo iba detrás, como siempre, aunque más cerca que de costumbre, las últimas veces casi que caminábamos juntas. Ella iba junto a otros tres. De repente se detuvo y los otros siguieron caminando. Yo, por supuesto, también me paré en mitad de la calle. Ya era de noche y de tanto dar vueltas no podía recordar dónde estábamos. Pero sabía que íbamos por la autopista Oriental hacia el norte. Ella misma se me acercó. «Mañana nos vemos en la primera gasolinera saliendo de la ciudad por el norte. Ve con tu amigo, el que quieres que conozca. Todavía no le digas nada a tu padre». Eso fue lo que me dijo. Después dio media vuelta y siguió caminando. Los otros tres ya no estaban por ningún lado, solo los que los seguían.

—Pero no te dio ninguna hora, ¿cómo sabes que estará ahí?

—La hora no importa. Estará ahí, créeme.

Kamila empezó a comerse la uña del índice derecho, y con la otra mano apretó la de Aristides.

—Te van a sangrar las uñas —le advirtió Aristides y volvió a mirar a través de la ventana.

Las calles eran un túnel de vapor gris, y la buseta un simple artefacto mecánico que trazaba un recorrido: del centro al Portal Norte, donde se embarcaron en otra buseta que continuaría el trayecto hasta el punto que Esperanza les había indicado. Las ventanas mostraban los últimos barrios de la ciudad, y después, a cada lado, las sabanas se extendían marchitas, envenenadas,

cubiertas por un hongo mustio y grasoso; más al fondo aún, algunas vacas sobrevivían pastando entre grandes silos de concreto manchado y tuberías que delineaban el horizonte.

—Allá está la gasolinera —indicó Aristides, y Kamila pidió la parada.

Se bajaron al pie de la estación de servicio. El sonido del motor de la buseta se perdió a lo lejos y, por un instante, se sintieron abandonados, únicos sobrevivientes en un desierto de neblina, bajo una llovizna puntiaguda.

—Aquí no hay nadie —dijo Kamila.

Salvo el chirrido, casi imperceptible, de la estática que circulaba en el aire condensado, todo era silencio. De repente, una tractomula pasó de largo por la carretera despejando la niebla. Cuando el sonido del motor se perdió, Aristides escuchó los primeros murmullos.

—¿Los oyes?

Kamila hizo un esfuerzo.

—Vienen de allá —dijo, señalando un punto más al norte, por donde acababa de pasar la tractomula.

Aristides tomó la iniciativa y avanzó por la zona de seguridad al borde de la carretera. Kamila lo alcanzó, le agarró la mano y la apretó con fuerza como si temiera que Aristides pudiese desvanecerse con la bruma en cualquier momento. Pero no, Aristides caminó decidido, siempre adelante. Avanzó un buen tramo antes de ver, sobre un descampado a un costado de la vía, las primeras carpas de un campamento.

—Allí está, es ella —dijo Kamila, y ambos vieron a la mujer que apareció entre la niebla, a un lado del campamento, mirándolos llegar. Cuando la tuvieron enfrente, a pocos metros, Aristides distinguió las facciones de su rostro: era como si estuviera viendo el reflejo zombi de Kamila, su misma cara, su misma sonrisa, el mismo cabello, el mismo fulgor de los ojos, pero unos años más vieja.

—Te estábamos esperando, Aristides —le dijo Esperanza, como si lo conociera de toda la vida y de toda la muerte.

## 33

Milton tenía varios días sin aparecer. Llamó a Kamila temprano

en la mañana y ella le dijo que se reunieran al mediodía en la plaza del Prócer para encontrarse con Clemente. Allí los esperó. Ignacio, Mónica y Aristides fueron los últimos en llegar. Milton se mantuvo en silencio durante el trayecto. Si alguien le preguntaba algo, respondía con monosílabos. Cuando Berta se atrevió a preguntarle dónde había estado metido esos días, le dijo que había estado ocupado y no dio más detalles. Estuvieron siguiendo a un grupo de zombis toda la tarde, y hacia las cuatro, cuando los resucitados se perdieron entre la gente sin dejar rastro, Clemente propuso que comieran algo. Sobre la Conquistador entraron a un asadero de pollos.

El restaurante era pequeño y un olor a grasa quemada flotaba en el ambiente como un efluvio adormecedor. Tras el ventanal de la entrada, los pollos giraban lentamente sobre las brasas, y en las mesas, los pocos comensales miraban con caras lánguidas el único televisor del local. El aparato estaba sintonizado en un canal de noticias. Había dos en particular que se repetían una y otra vez: el nuevo ataque simultáneo a dos supermercados ocurrido el día anterior y la próxima inauguración de la estatua ecuestre del presidente Ismael Camargo Posada. De los resucitados no se habló.

—Hijueputa —murmuró Clemente—. Mandarse a hacer una estatua en estos momentos…

La noticia pasó de la estatua a los ataques con la repetición de las imágenes de las cámaras de seguridad. Todavía no había capturas. Las autoridades seguían manejando la hipótesis de las milicias urbanas del CFS aunque no tenían pruebas.

—Están mintiendo —aseguró Milton, dándole un sorbo a su cerveza.

Era la primera vez en toda la jornada que tomaba la iniciativa para hablar, así que los demás lo escucharon.

—Quieren desvirtuar el ataque zombi —continuó, sin quitarle la vista a la pantalla.

—Lo dice con mucha seguridad —comentó Clemente.

—¿Tú qué sabes de eso? —le preguntó Kamila.

Milton se bebió el resto de su cerveza de un solo sorbo, como buscando fuerza para hablar.

—Lo sé —dijo a secas—. Yo estuve ahí, y muchos otros.

—¿Ahí dónde, en el supermercado? —preguntó Berta.

—¿Estabas por casualidad o por otra razón? —le preguntó

Mónica.

—Yo sabía que algo te tenías callado… —comentó Kamila.

—¿Qué sabe de los ataques? —le preguntó Clemente.

—¿Son resucitados? —indagó Aristides.

Milton dejó de mirar el televisor, que ya había pasado a otras noticias, y dirigió su mirada incendiaria, disimulada tras los lentes redondos de sus gafas, a Aristides.

—Ellos lo conocen —le dijo.

—¿Quiénes?

—Los zombis de los supermercados.

Ignacio se puso de pie como impulsado por un resorte y tropezó con la mesa.

—Esperen un momento —les pidió—, esto tiene que estar en la película.

Ajustó la cámara sobre el trípode, alistó el encuadre y Mónica conectó el micrófono. Antes de empezar a grabar, Milton le hizo una señal a la mesera para que le trajera otra cerveza, se acomodó en su silla, observó el cuadro en el visor de la cámara y sintió una emoción extraña, como si estuviera a punto de atravesar un pasadizo incendiado hacia un valle de muertos.

## 34

Jonathan se lo dijo mientras almorzaban: «Van a venir por mí esta noche y puede que vengan a buscarme aquí. Váyanse a otro lado por unos días». No le dijo cómo se enteró, pero Teresa le hizo caso. «Los muertos presienten esas cosas», pensó. En casa de su hija no había espacio, menos ahora que acababa de alumbrar; así que llamó a Luz Marina y le explicó la situación. La otra mujer no lo pensó dos veces. Le dijo que agarrara al niño, el hermano menor de Jonathan, algo de ropa y se fueran de inmediato para su casa. «Como sea nos acomodamos aquí», la tranquilizó. Desde entonces, Teresa no sabía nada de su hijo.

Efectivamente, las Moscas volvieron a entrar al San Francisco Ángel esa noche. La mayoría iba de negro, algunas vestían pantalones camuflados y buzos oscuros, todas llevaban pasamontañas. Teresa y Luz Marina las escucharon zumbar en sus motos por las calles del barrio. La incursión había sido por todos los cerros. Lo sabían porque estuvieron comunicándose con las

otras mujeres de La Cochiquera durante la noche. Buscaban a Jonathan. Algunas Moscas gritaban su nombre. «No queremos zombis terroristas por aquí», vociferaban desde las motos. En las paredes escribieron grafitis con sentencias amenazantes: «FUERA ZOMBIS HIJUEPUTAS» o «A LOS MUERTOS TAMBIÉN LOS MATAMOS». Dicen que algunas alcanzaron a verlo; dicen que su cuerpo largo y flaco como una estaca apareció en varias esquinas nublosas, o metido entre la fronda de matorrales que se internaban en la montaña. Dicen que iba acompañado de otros resucitados, y que algunas Moscas se asustaron tanto con la visión de los desaparecidos que empezaron a disparar al aire o a la espesura brumosa que se vislumbraba entre las callejuelas de los cerros.

Las Moscas estuvieron rondando hasta el amanecer.

En la mañana, Luz Marina y Teresa se comunicaron con Clara. Convinieron en que se saldrían de inmediato a casa de Clara, y Roberto les envió un taxi. Cuando por fin se encontraron, terminaron de redactar el comunicado de prensa, y el grupo de comunicaciones comenzó a contactar a los medios. Decidieron citar una rueda de prensa en el barranco de La Cochiquera para denunciar la incursión. Clara y Luz Marina serían las voceras.

Hacia mediodía salieron para el barranco. Tuvieron tiempo de ajustar las siluetas de cuerpos que se estaban desenterrando y de cambiar fotos y flores antes de que la primera camioneta de un noticiero llegara. A la una de la tarde, ya los medios estaban instalados con sus cámaras, sus grabadoras y micrófonos. La nueva incursión de las Moscas en los cerros del sur fue noticia en las emisiones de la tarde y la noche. Para una mayor seguridad, acordaron que Teresa y su hijo menor se quedaran en casa de Clara mientras bajaba la marea. El cuarto de Ignacio estaba desocupado y podrían dormir allí sin ningún problema. Esa misma noche citaron a una reunión de urgencia en casa de Clara. Las Moscas volverían a acosarlas, a intimidarlas con sus zumbidos, eso era seguro. Pero no tenían miedo. Los muertos les proporcionaban una seguridad inusitada. En eso también estuvieron de acuerdo.

De pie, junto a la estatua de la plaza del Prócer, Clemente observó el edificio de las cortes. Era nuevo y moderno, recubierto de grandes ventanales, brillantes como espejos, incrustados en un cascarón de concreto y piedra. Pero en los ojos de Clemente había quedado fijada la imagen del antiguo edificio, aquel que fue reducido a cenizas hacía muchos años cuando los tanques del ejército entraron a controlar la toma de una antigua guerrilla. Uno de los números de su revista hablaba sobre el tema. Sin moverse, al pie de la estatua, Clemente observó a la gente entrar y salir del edificio, subir y bajar las escalinatas de la entrada, y se preguntó cómo podían caminar tan tranquilos sobre los cimientos de aquel lugar.

Los ojos del viejo herbolario se tiznaron de cenizas. Nubes de cenizas como bruma en los ojos. La mirada de los muertos y la de Clemente fueron una misma pesadilla, y esa pesadilla era la que Ignacio veía, como un intruso, a través del lente de su cámara.

• **REC**

Los cuerpos salen en fila con los brazos alzados y los rostros ensangrentados, caminando entre las llamas. Se escuchan las voces de horror y de auxilio. Los rehenes, que no se sabe si están muertos o vivos, empiezan a llenar la plaza mientras el fuego consume la estructura del edificio. Las llamas se extienden por la explanada como una alfombra de fuego hasta cerrarse sobre la plataforma en la que descansa el pedestal con la estatua del prócer olvidado. El fuego la consume.

—Esta plaza es un pedacito de nuestro infierno patrio —sentencia Clemente, y después de un rato agrega—: a veces quisiera el olvido, pero sé que es imposible. En este país todo huele a mierda, a ceniza o a sangre.

Cuando no trabaja en su kiosco de yerbatero en la calle de las Pulgas, Clemente se pasa el día en la plaza del Prócer y sus alrededores. Ignacio y Mónica lo siguen. Va de una esquina a otra vendiendo su revista, hasta que se cansa y cruza la plaza en diagonal para terminar recostado en la plataforma alta que sostiene la estatua, donde retoma la conversación suspendida con los emboladores de las escalinatas, una vendedora de tintos y el tipo que baila salsa con una muñeca de trapo.

—No pasa un solo día sin que me acuerde de ellos —confiesa.

Aquella toma ocurrió el mismo año en que Clemente llegó a Capital proveniente de quién sabe qué pueblo perdido en el país. Para entonces ya tenía suficiente experiencia con los muertos.

—En este país, cuando uno crece con la muerte al lado, aprende a escucharla.

Al ver la corriente de gente que camina, Clemente piensa en el río que pasa a orillas de su pueblo. Cuando era niño se ganaba algunos pesos rescatando los cadáveres que bajaban hinchados por las aguas. Su abuelo, el papá de su papá, que había sobrevivido a una guerra civil, fue asesinado a punta de garrote por una cuadrilla que andaba cazando viejos combatientes. A su padre lo mató una guerrilla conservadora, y su madre, sus hermanos y él debieron huir a otro pueblo. No era más tranquilo, pero al menos ya no estaban fichados. Por esa época no se hablaba de otra cosa sino del terror. No se contaban historias de miedo porque ya la vida era demasiado miedosa. Nobleza, Peligro, Alma Negra eran los monstruos que lo atormentaban en sus pesadillas nocturnas. La leyenda hablaba de matones sanguinarios que lanzaban niños al aire y los cortaban a la mitad con un machete.

—¿Ustedes saben qué es *bocachiquiar*? —les pregunta una vez que han entrado a su cuarto, oloroso a hierbas y sahumerio—. Son como los cortes finitos que se le hacen al bocachico, pero con algún muñeco, ¿entienden? Si no los *bocachiqueaban* para torturarlos, los picaban para tamal, o les hacían algún corte de moda: el de franela, el de corbata, el de mica, el francés, o les cortaban las orejas para llevar la cuenta de los muertos producidos.

Las cosas no mejoraron siendo adulto. En una oportunidad trabajó transportando comida y electrodomésticos de contrabando en una lancha a motor que atravesaba un río de frontera. Una noche, las Moscas lo sacaron de su rancho a orillas del río y lo obligaron a transportar un cargamento de cuerpos que debían sacar de una población cercana. Le pagaron por hacerlo, y no tuvo más opción que recibir el dinero. Al comandante le gustó tanto su trabajo, que lo volvió a contratar un par de veces más. Antes de que le exigieran transportar un nuevo cargamento, vendió el motor de la lancha y se fue.

—¿A dónde? —le pregunta Ignacio.

Clemente ya no se acuerda. ¿A la selva, al llano, a la montaña,

al desierto? En todos esos lugares estuvo y todos eran lo mismo. Donde se metiera, la muerte lo buscaba, insistía en que Clemente le viera la cara, la reconociera y la escuchara. Ignacio lo ve siendo niño, más allá de su visor, alejándose de un río que arrastra cadáveres como bocachicos podridos; lo ve andar caminos y senderos flanqueados de huesos; lo ve de noche, borracho, caminando bajo la garúa tóxica de Capital, subir las escaleras de concreto burdo de su edificio abandonado, entrar al cuartucho oloroso a sudor y a flores, y pararse frente a ellos antes de sentarse en la cama y respirar hondo, profundo, como si el aire añejado de su cuarto fuera la última bocanada de vida que le quedara.

—Otro día seguimos, ya estoy cansado —les dice.

## 36

Berta prefería no hablar en casa sobre los zombis. Era un tema engorroso, difícil. «Díganme, ¿cómo les explica uno a sus dos hijos que el papá desaparecido ha regresado convertido en zombi y que se ha vuelto a perder?», se preguntaba Berta cada vez que podía.

Berta vivía con Elías, su hijo menor, con su nuera Alicia, y con José Esteban y Ema, sus dos nietos. Por eso les pidió a Ignacio y a Mónica que, al momento de tomar su testimonio para la película, se encontraran en una cafetería cercana y no directamente en la casa. Su familia no solo desconocía la reaparición fugaz de José Luis, sino que ignoraba la verdadera razón por la cual Berta se ausentaba tanto últimamente. Aunque Alicia y Elías lo habían comentado con algo de intriga, siempre terminaban llegando a las explicaciones habituales: la misa de siete, la visita a la casa de alguna amiga del barrio, o una diligencia repentina relacionada con su taller de costura. Alicia, sin embargo, más perspicaz que su marido, se había preguntado si las salidas de su suegra no respondían a un posible “amor otoñal”. Elías se echó a reír cuando Alicia se lo comentó en la cama, luego se quedó pensando en esa opción y la desechó de inmediato. «No, no creo», le dijo. Sin embargo comentó el tema con Esteban, su hermano mayor, cuando tuvieron un respiro en el trabajo. Hacía años dirigían la pequeña compañía de carga y transporte que Berta montó y

gerenció desde la desaparición de José Luis. «Debe salir a misa o a casa de alguna amiga», dijo Esteban descartando la opción de un posible amorío.

La desaparición de José Luis le dio a Berta la libertad que no tenía. Ella lo sabía y lo aceptaba. Era paradójico: la ausencia física de su esposo le permitió verlo tal y como había sido en realidad. José Luis ya no existía con ninguna de las etiquetas con las que lo había conocido en vida, ni como esposo ni como padre ni como sindicalista. Era un vacío que Berta empezaba a llenar con el José Luis verdadero. Después del duelo y de los meses de búsqueda infructuosa de su cuerpo, empezó a conocerlo poco a poco. Primero descubrió la vida paralela que llevaba con dos mujeres en dos pueblos distintos; luego, gracias a la conversación con viejos conocidos, antiguos camioneros del sindicato, fue despejando sus dudas sobre el manejo corrupto que José Luis le daba a su labor sindical. Así que si ya no era la viuda del hombre que ella creía que era su esposo, entonces ¿quién era? A medida que la imagen de José Luis se hacía más clara, la de ella, que estaba viva y presente, se le desdibujaba. ¿Qué caminos tiene una mujer de mediana edad, con dos hijos adolescentes y con un esposo desaparecido? No le quedó más opción que inventarse. Al principio estuvo tentada a vender el viejo furgón de José Luis y la casa que les había dejado, pero al final cambió de opinión. No solo mantuvo el viejo furgón, sino que usó la herencia (después de darles una parte a las dos mujeres de su marido), más un préstamo bancario, para comprar un camión frigorífico usado y una minivan, contrató algunos conductores entre los conocidos de su esposo y empezó un negocio de transporte entre Capital y los pueblos aledaños. Esos fueron los días activos. Pero cuando Esteban y Elías tuvieron edad suficiente, les entregó la compañía, montó un pequeño taller en su casa y se dedicó a la costura. Cuando los rumores sobre los resucitados se hicieron más fuertes, a Berta se le ocurrió que quizá su esposo desaparecido podría aparecer entre los zombis. No se equivocó. Lo vio rondar una noche por su casa, de regreso de la misa de siete, y lo siguió viendo las noches que siguieron hasta que pudieron hablar. Estaba igual de barrigón, igual de viejo y calvo que cuando desapareció, vestía el mismo traje café con corbata de rayas que llevaba puesto la última mañana que lo vio en vida; solo un ligero brillo ámbar, imperceptible a simple vista, circundaba su silueta.

De resto, era como si la muerte hubiese sido un paréntesis de veinte años, como si su último viaje hubiese durado más que los otros.

Pero ni siquiera tuvieron tiempo de hablar de eso. El José Luis zombi se diferenciaba del José Luis vivo porque el primero era más bien callado y taciturno, mientras el otro se desbordaba al hablar. Tampoco es que a Berta le interesara ajustar cuentas con un muerto. Nada, además, le aseguraba que el muerto fuese igual al vivo. Berta sabía, y no se equivocó, que el regreso de José Luis no demoraría mucho. Así que los días que pudieron compartir juntos, las pocas caminatas que hicieron en silencio, Berta las asumió como un ejercicio necesario para cerrar el ciclo con su esposo muerto. Otra paradoja: si bien logró cerrar el ciclo de la muerte de su esposo, la misma muerte le estaba abriendo otros, nuevos ciclos que venían de lugares insospechados y se abrían hacia senderos misteriosos. Una noche, sin que José Luis se lo advirtiera antes, dejó de verlo y no se sintió mal; comprendió que no regresaría, que su visita del más allá había sido esporádica, porque esporádica, a pesar de dos hijos y dieciocho años de matrimonio, había sido su presencia en su vida.

—Ellos regresan por otros motivos. No tiene que ver necesariamente con lo que dejaron en vida —le explicó Berta a Ignacio mientras este ubicaba la cámara.

Lo único que sí alcanzó a decirle el José Luis resucitado fue que debía salir a la calle. «Los muertos están en las calles», le dijo.

—Y eso hice. El resto, ya ustedes lo saben.

## 37

«¿Cómo aman los muertos?». Kamila se lo venía preguntando desde hacía días, y se lo seguía preguntando ahora que estaban los dos solos en el paradero de buses. Habían pasado buena parte del día en El Cartonero, con Milton, Clemente e Ignacio. Milton acababa de despedirse. Unas calles más abajo, en Las Pulgas, habían dejado a Clemente. Ignacio fue el primero en irse, una vez que salieron de El Cartonero. Ahora solo quedaban ellos dos en el paradero.

—Tomémonos una cerveza —le propuso Kamila.

Caminaban en dirección a los cerros de oriente.

—No tengo plata —le advirtió él.

—Yo te invito —lo tranquilizó ella.

Kamila conocía un sitio barato cerca de la universidad. Decidieron ir caminando y seguir conversando sobre lo sucedido en El Cartonero.

—¿Te has puesto a pensar en lo que pasará ahora? —le preguntó Kamila—. ¿En lo que haremos?

—Tenemos que coordinarnos y salir lo más rápido posible.

—¿Cuánto tiempo podría tomarnos organizar a todos los grupos?

—No creo que mucho tiempo; los campamentos están bien organizados. Hay que estar listos para cuando inauguren la estatua.

—¿Para cuándo?

—Cuando inauguren la estatua —le respondió Aristides sin pensarlo, como si se lo hubiera susurrado el aire de la noche.

Guardaron silencio por un instante.

—¿De dónde conocías a Jonathan? —le preguntó Kamila finalmente.

—Creo que del San Francisco Ángel. No me acuerdo muy bien.

Cuando llegaron, ya el sitio estaba repleto. El rostro de Aristides evidenció que había sido un error entrar allí. La música era estridente, era imposible hablar. Kamila se cruzó con varios amigos de la escuela nocturna.

—No te gusta el sitio, ¿verdad? —le preguntó cuando se sentaron en una mesa libre al fondo del bar.

—Sí, está bien —mintió Aristides.

Bebieron dos cervezas sin hablar mucho y Kamila tomó la iniciativa: se levantó de la mesa y le pidió que la esperara; al rato regresó con media botella de aguardiente.

—Cambio de planes —dijo—. Vámonos de aquí.

No llevaban rumbo alguno. El plan era ir tomándose la botella mientras caminaban y conversaban. Hacía mucho se había hecho de noche. La llovizna caía afilada y aceitosa, como si el cielo negro rociara queroseno en lugar de agua.

—Lo que no entiendo es cómo Edwin se juntó con Jonathan sin conocerse de antes —se preguntó Kamila.

—No hay que perder el tiempo tratando de entender —le recomendó Aristides—. No hay razones entendibles entre los

zombis; es solo el destino de ciertos muertos.

—¿Y ellos estaban destinados a juntarse para incendiar supermercados…?

—…para abrir el camino —precisó Aristides.

Kamila sirvió un nuevo trago antes de hablar.

—¿Y tú? ¿Estabas destinado a encontrarte conmigo… con nosotros?

Aristides bebió el trago que Kamila le ofreció y arrugó la cara. Prefería no tomar esa ruta en la conversación.

—Hay que coordinar con los campamentos —dijo, cambiando de tema.

En el trayecto, entraron a una tienda y Kamila compró una segunda botella de aguardiente. Caminaron en silencio, aunque a veces mencionaban cualquier tema sin detenerse en ninguno. Las horas avanzaban inadvertidas bajo sus pies. A lo lejos, la luz amarillenta del alumbrado atravesaba la neblina y se esparcía sobre los puentes peatonales como una combustión macilenta.

—Parecen espejismos —comentó Kamila mirando la avenida Octava, desierta bajo la llovizna—. ¿A veces no tienes la sensación de que estamos en otra parte?

—¿En qué parte?

—No sé. Como si camináramos en círculos en una réplica de esta ciudad, como si todos fuéramos fantasmas y Capital no existiera.

—Tal vez sea así —concluyó Aristides.

Kamila se detuvo en seco.

—Se acabó —le dijo, bebiéndose el último trago directamente de la botella. Luego la tiró con fuerza a través de la avenida como quien lanza una piedra sobre un río de niebla y concreto. La botella se perdió en la penumbra brumosa hasta que la escucharon reventarse al otro lado.

Kamila celebró su ocurrencia con una sonrisa y se acercó a Aristides. Lo miró directo a sus ojos cansados, pequeños y profundos como dos agujeros negros en una constelación agonizante. Había algo en esos ojos que se conectaba directamente con el agujero negro que ella llevaba en el pecho; también ella conocía la dimensión de esas constelaciones muertas.

—Tienes ojos tristes —le dijo.

Aristides no supo qué responder.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Kamila, acercándose más.

—No sé.

—No tenemos licor, ya es tarde y a mí se me acabó la plata. ¿Seguimos caminando hasta que amanezca?

—Estoy cansado.

—Yo no, pero tampoco quiero seguir caminando.

—¿Qué quieres hacer?

Kamila sonrió con la pregunta, le acarició el rostro y, sin más rodeos, le dio un beso.

—Puedes dormir en mi casa, no estamos lejos —le propuso Aristides.

—¿Teresa no está en el cuarto de tu hermano?

—Nos acomodamos en mi habitación.

Aristides la agarró de la mano con fuerza, como si temiera que Kamila, temblorosa en la penumbra, se perdiera con la niebla. Pero Kamila seguía allí, frente a él, muy cerca. Se besaron; se sintieron vivos a pesar de la muerte que los invadía.

## 38

Recostado en el espaldar de su cama, en piyama, con el celular en una mano y el control remoto en la otra, el señor Cepeda ha visto durante todo el día la escuálida marcha de los “buenos vecinos” en el televisor de su habitación. A pesar de no haber sido tan numerosa, la marcha desfiló por toda la franja noticiosa desde las once de la mañana cuando salió del parque Estocolmo, en el límite entre La Campiña y el barrio El Rosal; de ahí siguieron al norte por la avenida hasta el puente principal, que cruzaron por el acceso peatonal hasta desembocar en un sector del barrio Mirabel, por donde siguieron unas cuadras al sur a un costado de la avenida 58 hasta llegar a la carrera Restrepo donde doblaron hacia el occidente. Los escoltaba la policía en patrullas y motos, más para el bullicio mediático que por verdadera necesidad, pues ni siquiera había contradictores cerca que pudieran significar una amenaza. Precisamente para evitar cualquier fricción de ánimos, el señor Cepeda y los demás vecinos de su grupo decidieron no salir ese día. Lo cual no quiso decir que se quedaran de brazos cruzados. Desde su habitación, el señor Cepeda coordinó toda la

operación de vigilancia a la marcha de sus vecinos.

Le acababan de llegar unas buenas fotos tomadas desde lo alto de un puente peatonal. «No puede haber más de cien personas», le escribió al celular quien se las había mandado. Otros hablaban de un máximo de doscientas. No más. También le llegaron las fotos que tomó un infiltrado entre los marchantes: la que llevaba la pancarta de «NO MÁS TERRORISTAS ZOMBIS» era la esposa del señor Lacayo. La señora del señor Arnedo era la que cargaba la estatua del Divino Niño. En el video se notaba claramente la improvisación, la escasa afluencia. El señor Cepeda sabía que la marcha había sido un fracaso, pero eso no era lo importante. Mientras hablaba por teléfono con Roberto se lo advirtió: «No es tanto lo que son, sino que los están convirtiendo en héroes, ¡solo hay que ver los noticieros!».

Después de las barricadas en las entradas de casas y edificios, y de los alambres de púas en las rejas, empezaron a rondar chismes sobre una supuesta alianza con otros barrios de la ciudad. La alianza había quedado perfectamente registrada en las imágenes de los noticieros: las calles de El Rosal, Mirabel y La Campiña se veían cubiertas de sacos de arena y alambres de púas, preparadas para el ataque de los terroristas zombis; los vigilantes motorizados pasaban por los encuadres mientras que los vecinos hablaban: «El presidente Camargo debe intervenir de inmediato para detener esta amenaza terrorista que empieza a atacarnos escudándose en el nombre de los muertos», pidió el señor Arnedo en las noticias de las once, cuando fue entrevistado en la puerta de su casa antes de salir a la marcha. También de ese momento tenía fotos el señor Cepeda. «El apoyo que algunos les dan a estos delincuentes en nuestro barrios debe acabarse de inmediato», advirtió el señor Lacayo en otra toma, ya entre los marchantes. La nota terminaba con el grupo que llevaba la estatua de María Auxiliadora avanzando por la carrera Restrepo mientras rezaban una oración.

El señor Cepeda llamó a Roberto porque sintió la necesidad de expresarle su solidaridad; no había duda de que los Ferreira también debían estar atentos a aquel espectáculo.

—Prefiero no preocuparme por eso —le dijo Roberto—. Gente así habrá siempre y hay que saberlo manejar.

—Van a hacer todo lo que esté a su alcance para sacarlos del barrio, póngale la firma.

—Pues se irán a cansar, porque de mi casa no me sacan, ni más faltaba.

—Debería decirle a su esposa que saquen un comunicado con las otras señoras.

—Ya se lo dije, pero ella misma se niega a hacerlo, no quiere darle más importancia al tema.

El señor Cepeda guardó un silencio de desaprobación, luego suspiró con resignación.

—Es como si estuvieran locos, cegados.

—Ya le dije: no hay que preocuparse por ellos. Lo que hacen es una hijueputada, pero en el fondo son inofensivos.

El señor Cepeda titubeó antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Y ustedes qué van a hacer con lo de los campamentos? De eso también se habla en las noticias.

Roberto ni siquiera pensó la respuesta.

—No tengo la menor idea —le dijo.

## 39

Ignacio los llamaba Puntos de Reagrupación Zombi. Para Aristides, los campamentos eran lugares de paso, puntos de tránsito entre el mundo de los vivos y el de los muertos; una especie de limbo que crecía bajo la respiración neblinosa de los muertos y sus acompañantes. Más o menos así se lo dijo a Ignacio cuando llegó con su cámara al campamento de la salida norte. «¿Crees que existan más Puntos de Reagrupación?». «Claro», le respondió Aristides sin dudarlo. Clara y Luz Marina estuvieron de acuerdo. «Hay que buscarlos y establecer contacto con ellos», dijo Luz Marina mientras caminaban entre las carpas y cambuches improvisados. «¿Cómo se organizan?», quiso saber Clara. Estela Fuentes, que había llegado con la primera tropa que formó el campamento siguiendo a un grupo zombis en los que estaba su hijo desaparecido, no supo explicarlo. «Por instinto, supongo», dijo. «No, aquí el instinto no vale», sentenció Clara, «hay que organizarse como es debido, por comités y tareas». Estela tomó nota. La experiencia que las mujeres de La Cochiquera habían ganado organizando el asentamiento en lo alto del barranco, la pondrían ahora al servicio de los Puntos de Reagrupación. Clara y Luz Marina veían el campamento norte, y los otros que pudieran

estar formándose en todo Capital, como una prolongación del campamento del barranco. Estela sabía de los asentamientos porque había seguido con interés la noticia en los medios. «La verdad es que hasta el momento no hemos tenido dificultad con el tema de la organización», les dijo. Si necesitaban un baño, iban a la gasolinera; cuando tenían hambre designaban a alguien que fuera a comprar comida al restaurante ubicado al lado de la gasolinera, y si necesitaban regresar a la ciudad por alguna razón, en la gasolinera pasaba un bus cada veinte minutos. «Pero si el campamento sigue creciendo, tienen que organizarse mejor», le advirtió Clara. «Todos los días crece», dijo Estela, no solo porque a diario llegaban nuevos zombis y acompañantes, sino porque los que ya estaban asentados iban y venían de sus casas con nuevos enseres y equipos. Habían llevado ollas y sartenes, platos plásticos y de peltre, hamacas, sillas plegables, termos para el café y el agua, radios de pilas, encendedores de fogatas, repelentes para los mosquitos, implementos de aseo, impermeables, y entre todos compraron varios rollos de plástico transparente para construir nuevos cambuches, reparar las carpas averiadas y proteger los utensilios de la llovizna. Clara los vio sentados al pie de sus carpas, o caminando junto a los zombis, y comprendió las palabras de Aristides: el campamento era una sala de espera en la que vivos y muertos aguardaban a que se terminara de despejar el camino por el que debían seguir. «¿Y las noches cómo son?», quiso saber Luz Marina. «Tranquilas y frías», dijo Estela para empezar. Luego les explicó, sin tanto detalle, que en las noches, los vivos solían sentarse alrededor de una fogata a conversar, a jugar cartas o a escuchar música mientras los resucitados se perdían en la neblina hasta el día siguiente, cuando reaparecían al amanecer. Kamila levantó la cabeza para buscar a Esperanza por los alrededores, y la encontró a lo lejos, a un costado de la carretera, de pie, mirando el asfalto como si mirara las aguas de un río. Empezaba a anochecer. «Hemos aprendido a convivir con los muertos en tranquilidad», dijo Estela, «pero sabemos que aquí estamos de paso».

—¿Cómo vamos a encontrar los otros campamentos? —le preguntó Kamila a Aristides esa noche, cuando todos ya se habían ido y ellos se disponían a entrar a la carpa que compartían.

—Ellos nos lo dirán —le respondió Aristides.

No se equivocó. A la mañana siguiente llegó un grupo guiado

por resucitados, proveniente de las inmediaciones del río Tabogox. Aseguraron que en su campamento habían unas cuarenta personas. El intercambio continuó. Del campamento norte salió un grupo liderado por Aristides, y guiado por zombis, hasta un solar baldío donde se anunciaba la construcción de una bodega, ubicado en la Zona Industrial a un costado de la avenida Occidente. Kamila y Clemente fueron guiados hacia el oriente, donde hallaron, pegado a las faldas de uno de los cerros, un pequeño asentamiento de no más de quince carpas. Pero el más grande de los cinco campamentos fue encontrado por azar a un lado de la autopista Sur, en la vía que lleva al San Francisco Ángel. Luz Marina lo descubrió cuando iba en un bus de regreso a su casa. Esa noche habían estado discutiendo en casa de Clara, junto con representantes de cada uno de los campamentos descubiertos hasta entonces, cuál sería el procedimiento a seguir. La conversación no terminó cuando se despidieron esa noche y continuó en el bus con las otras compañeras del grupo. De repente, por la ventana, Luz Marina lo vio y pidió la parada de inmediato. «Vengan conmigo», les dijo a sus amigas, y las tres mujeres se bajaron del bus. En medio de la oscuridad de un amplio terreno que servía por igual como cancha de fútbol y potrero para yeguas, se divisaban las fogatas. Avanzaron unos metros por una calle destapada y se fueron internando entre cambuches de palo y techos de plástico que cubrían colchones y colchonetas. Cuando pasaron por una de las fogatas, fueron interceptadas por Piedad Nieto, la líder del asentamiento, una vieja abogada a la que todos en el campamento llamaban doctora.

—Nos habían dicho que vendrían —les dijo la doctora Nieto —. Las estábamos esperando.

Solo tenían un par de días allí, pero ya agrupaban a zombis y vecinos de todos los barrios de los cerros del sur y de los que crecían a cada lado de la autopista. Una noche, en casa de Clara, decidieron que debían hacer pública la existencia de los campamentos. «Tarde o temprano se van a enterar, así que es mejor que se enteren por nosotros», argumentó Luz Marina. Estuvieron de acuerdo. Los medios respondieron movidos por el morbo, y una mañana llegaron al campamento norte con sus cámaras y micrófonos. Primero entrevistaron a Clara y a Luz Marina, luego a Estela y a otros miembros del campamento, y finalmente grabaron imágenes de los resucitados. Ignacio, que se

había ubicado en un punto alejado al otro lado de la carretera, logró un plano general de aquel momento. La imagen le pareció enigmática, como si hubieran practicado una puesta en escena con los resucitados de pie, perfectamente distribuidos en un encuadre barrido por el viento y la niebla, al lado de las carpas, en silencio, casi inmóviles. Al mediodía, la noticia apareció en todos lados.

El último campamento en aparecer en los medios fue el de la autopista Sur.

—¿Cuánto tiempo más van a estar aquí? —preguntó la periodista y extendió su micrófono.

Era de noche; los cambuches se distinguían en la oscuridad iluminados por las fogatas chispeantes del asentamiento.

—Hasta que los muertos nos lo digan —respondió la doctora Nieto sin titubear.

## 40

Habían acordado encontrarse en el kiosco de Clemente. Milton fue el primero en llegar. Al rato, entre la multitud, vieron aparecer a Aristides y a Kamila acompañados por Ignacio.

—Nada de cámaras —advirtió Milton.

—Nada de cámaras —repitió Ignacio, levantando las manos al llegar.

No perdieron tiempo; ya eran más de las cuatro y no era recomendable que los cogiera la noche en El Cartonero. Entre todos ayudaron a Clemente a guardar su mercancía: frascos y botellas de todos los tamaños con esencias aromáticas, plantas y tallos encurtidos en alcohol, yerbas y flores secas, escapularios, medallas y cuadernillos de oraciones para los santos y los muertos.

—Andando —dijo Clemente después de asegurar el kiosco con candado.

—¿Y tu hermano? —le preguntó Kamila a Milton, intrigada.

—En la plaza, ya debe estar allá.

Atravesaron las Pulgas entre el tumulto desordenado de transeúntes y vendedores de cachivaches hasta llegar a la plaza en que terminaba la calle. Edwin no estaba.

—Debe aparecer en cualquier momento —los tranquilizó

Milton.

—Esperemos —dijo Aristides.

La llovizna aceitosa y persistente impregnó la atmósfera de un ligero olor a gasolina. A los pocos minutos de espera, la plaza empezó a cubrirse con una liviana capa de nubes sucias y granulosas como residuos contaminados.

—Hasta la niebla está podrida por aquí —comentó Ignacio.

—Ya debe estar cerca —dijo Milton.

Todos lo ayudaban a buscar a Edwin, pero solo Milton podía distinguirlo.

—Allá está —dijo por fin, mirando un punto hacia el interior de la plaza. El cuerpo de Edwin se perfilaba en las impurezas del aire.

Milton se adentró en la plaza siguiendo a Edwin, que caminaba, ahora sí visible para todos, unos metros más adelante. Alrededor distinguieron a los otros que lo acompañaban, como una pequeña escolta de zombis. Los ojos de Ignacio eran como una cámara encendida. Milton llamó a Edwin por su nombre sin que este le prestara atención. Quería presentarle a sus amigos, pero Edwin no lo escuchaba. Lo volvió a llamar, esta vez más fuerte, y su hermano apenas volteó la cara para pedirles que agilizaran el paso.

—Nos están esperando.

¿Cuántas veces Milton no le habló a Kamila de Edwin? ¿Cuántas veces Kamila no imaginó su voz, su apariencia? Y ahora que lo tenía delante de ella era como cualquier otro mortal, como el reflejo sucio, empañado y mohoso del propio Milton, pensó Kamila. Terminaron de cruzar la plaza, pasaron de largo por un viejo hospital público, fuera de servicio y clausurado, y se adentraron hacia El Cartonero, en la periferia podrida del centro de Capital.

La casona derruida de tres pisos apareció entre las nubes de polvo y aire condensado de la calima.

—Esa era la antigua central de abastos de la ciudad —dijo Clemente mirando la edificación—, ahora se está cayendo a pedazos.

—Es una cooperativa de recicladores —aclaró Edwin—. Nosotros estamos en el segundo piso.

—¿Por qué venimos escoltados? —preguntó Aristides.

—Por seguridad —respondió Edwin, y mientras cruzaban la

calle hacia la casona, les contó lo ocurrido con las Moscas hacía unos días. Unos seis tipos en tres motos habían estado rondando por los alrededores preguntando por Jonathan, acosando a los recicladores y mendigos, hasta que los resucitados de la zona les tendieron un cerco—. Se fueron muertos de miedo, pero puede que vuelvan.

El olor del interior les produjo náuseas a los vivos.

—Al rato se acostumbran —los tranquilizó Edwin, guiándolos entre las filas de recicladores hasta las escaleras.

El amplio salón del segundo piso estaba vacío. La madera del suelo crujía con cada paso. Las paredes estaban repletas de grafitis de colores. Por los ventanales abiertos se colaba el ruido del exterior, la luz grisácea del día, la melodía de las sirenas a lo lejos, algunos restos de la neblina sucia del aire y el olor a queroseno de la llovizna aceitosa. Al fondo del salón se distinguían algunas mesas con artefactos extraños sobre ellas. No había nadie, salvo el tipo flaco y encorvado, de *jeans* amplios y chompa gruesa, que los esperaba de pie en medio del salón. Aristides creyó reconocerlo. Su aspecto se le hacía familiar. Habían debido conocerse en la otra vida, pero no recordaba dónde exactamente.

—Bienvenidos —les dijo Jonathan cuando los tuvo enfrente y de inmediato se concentró en Aristides—. ¿No se acuerda de mí, profe?

Aristides lo miró con el ceño fruncido, como haciendo un esfuerzo por recordar.

—Pues yo me acuerdo bien. Haga un esfuerzo y verá.

Aristides creyó recordar su mirada, creyó haber visto sus ojos. Pero ¿dónde? ¿En el camión de lona que lo llevó a La Cochiquera la noche de su muerte? ¿Entre los asistentes a los talleres de resocialización que dictaba en el San Francisco Ángel? Lo miró y recordó el sonido de un balazo. Los ojos de Jonathan estaban inyectados de gritos, de pólvora, de sangre, de rabia y de miedo.

—Tienen que parar lo de los supermercados ya —le dijo Aristides.

—¿Ya? Imposible, profe. Estamos preparando el próximo ataque… Digamos que el último.

—¿Para eso regresaron, para incendiar supermercados? —le preguntó Kamila.

Jonathan le sonrió.

—¿Esta es su novia, Milton?

—Yo no soy la novia de nadie —le aclaró Kamila.

—Ok. Lo de los supermercados no tiene importancia —les dijo Jonathan—. No se queden mirando eso nada más.

—¿Y entonces por qué lo hacen? —preguntó Aristides.

—Me extraña que pregunte eso, profe. Nosotros podemos estar muertos, pero el hambre es la misma.

—No creo que sea por eso.

—No, no solo es por eso. Lo de los supermercados es un pasatiempo nada más, una manera de llamar la atención antes de lo importante.

—¿Llamar la atención para qué?

—Usted debería saberlo, no se haga. Para abrirles el camino, para que sepan que estamos aquí, que los muertos están de vuelta y tienen hambre y fuerza. Lo importante, como le digo, es lo que viene después.

—¿Qué cosa?

—Usted está como caído del zarzo, profe. No se da cuenta de que lo estamos esperando a usted. Lo mandé a buscar con su mamá, ¿no se lo dijo? No me tenga miedo, profe. Esto es otra cosa, no es como antes.

—No le tengo miedo.

—Yo creo que sí, un poquito, pero es porque todavía no se acuerda bien. A mí terminaron matándome a los pocos días, pero eso da lo mismo ahora. Hemos visto lo de los campamentos en el noticiero —le dijo, cambiando de tema—. Aquí hay unos…

—Cincuenta —precisó Edwin.

—Unos cincuenta resucitados. Todos los días llegan más. Pero de este campamento es mejor que no hablen, profe, por el bien de todos. Sepa que estamos listo para cuando usted diga.

—¿Para cuando diga qué?

—Pues el momento de salir, ¡qué más! No se pueden quedar en esos campamentos todo el tiempo. El incendio tiene que crecer, profe, tiene que rodar como una bola de fuego, solamente que el fuego somos nosotros y los que quieran acompañarnos. ¿Entiende?

—¿Y los supermercados?

—No se preocupe por eso, profe. Organice a su gente, eso es lo importante. ¿De verdad no se acuerda de mí?

Aristides asintió con un movimiento casi imperceptible de la

cabeza. Volvió a escuchar las balas, los gritos, volvió a sentir el olor de la basura y de la sangre; las heridas se marcaban en la mirada resucitada de Jonathan.

—Solo un poco —le dijo.

## 41

Los guardias removieron rápidamente el enorme cartel que colgaba del segundo piso. Aunque los medios decidieron no publicar las imágenes por presión de las autoridades, cientos de transeúntes que pasaban en ese momento y hasta los clientes que estaban al interior viralizaron en Internet sus fotos y videos en cuestión de minutos. La gente huía con bolsas y carros de supermercado. Las alarmas chillaban. El humo del incendio salía por las puertas automáticas abiertas de par en par. De una de las ventanas del segundo piso colgaba el cartel vertical que todos alcanzaron a leer antes de que cayera: «LOS MUERTOS CAMINAN», decía.

La noticia llegó al campamento norte a las pocas horas. Aristides y Kamila la vieron en el celular de Ignacio. Ellos sabían bien lo que el mensaje significaba.

—La presentación de la estatua es en dos días —les recordó Kamila.

Intentaron comunicarse con Milton sin obtener respuesta. Lo llamaron a su celular todo el día, pero no respondió. Al anochecer, cuando las primeras fogatas empezaban a encenderse y la carretera se internaba en el horizonte como buscando las profundidades púrpuras del cielo, Kamila los vio aparecer por los lados de la gasolinera.

—Ahí vienen —señaló, y Aristides se puso de pie para verlos mejor.

Eran tres las sombras que caminaban hacia ellos.

## 42

Berta acababa de regresar al campamento.

Varios días atrás, Esteban y José Luis se habían presentado en

un carro y la obligaron a irse con ellos. Por más que lo intentaron, durante los días que la tuvieron cautiva, no pudieron convencerla de lo peligroso y desquiciado que podría resultar todo el asunto de los campamentos. Sus hijos no creyeron que el zombi de su padre se le había aparecido de cuerpo entero durante toda una semana. Se convencieron de que eran supersticiones de ella, dados los rumores sobre los zombis y la situación con los supermercados. Una tarde, Berta ejecutó un plan de escape tan sencillo que ni siquiera necesitó planificarlo. Cuando Alicia, su nuera, entró a bañarse, salió de su cuarto, donde fingía dormir, rodando una pequeña maleta con algunas mudas de ropa, las pastillas de la tiroides y la presión, crema dental, desodorante y algo de ropa interior. El carro de Taxis Ferreira ya estaba en la esquina donde Berta le había pedido que la esperara. El chofer la reconoció de lejos, la interceptó a mitad de camino, agarró la maleta y terminó de llevarla hasta el baúl, de tal manera que cuando terminó de acomodar el equipaje, Berta ya estaba sentada en el puesto de atrás, impaciente.

El taxi llegó al inicio de la tarde. Clara y las demás mujeres de La Cochiquera, ocupadas en la organización del campamento, vieron descender a Berta del vehículo y buscarlas con la mirada. Fue Nubia la que se acercó a recibirla. También ella acababa de llegar con algunos enseres para su cambuche.

Ana llegó en su carro al final de la tarde, justo en el momento en el que Esteban y José Luis llegaron buscando a Berta. Todos los días, después del trabajo, Ana visitaba el campamento norte, el lugar donde ahora vivía su hermano zombi y donde su madre pasaba la mayor parte del tiempo. Hacía unos días, la propia Clara empezó a dormir en el campamento. Todo había sido cuidadosamente planificado en las reuniones en su casa: cada campamento debía tener la asesoría de un grupo de mujeres de La Cochiquera; las que tuvieran un familiar, hijo o esposo en un campamento, serían asignadas a ese asentamiento; las otras, al azar. La mayoría se quedaron en el enorme punto de reagrupamiento formado a un costado de la autopista Sur. A Clara le correspondió el campamento norte donde estaba Aristides y el resto del equipo de Kamila; Teresa Tamayo se instaló también en el campamento norte cuando Jonathan apareció con Edwin. Luz Marina, en cambio, fue asignada al campamento oriental cerca al río; ella y Clara estaban

comandadas para hacer una supervisión general de todos los campamentos, por lo que pasaban el día entero visitándolos; si no había mucho tráfico ni muchas tareas pendientes, lograban visitar los cinco en un solo día, pero por lo general era cuestión de dos o tres diarios.

Sin moverse del puesto donde había sido asignada, como supervisora de víveres, Berta vio a sus dos hijos acercarse. Cuando los tuvo enfrente los miró a los ojos y sin titubear les dijo:

—Escúchenme bien los dos: no me pienso ir de aquí, les guste o no. Así que: o se unen al campamento o me dejan tranquila.

A Esteban y a José Luis los impresionaron la firmeza en la voz de su madre y las dimensiones que había tomado el campamento en solo unos días.

—Esto es una locura, mamá —dijo Esteban, dando media vuelta hacia el carro. José Luis lo siguió.

Mientras Ana ayudaba a organizar varios galones de agua bajo el árbol donde estaban los víveres, les advirtió que no podía irse del trabajo de manera indefinida ni dejar a las niñas solas con Jorge. Todos la entendieron.

—Después… pues ya veremos qué pasa después. Podría alcanzarlos en la carretera los fines de semana, o quizá hasta pida unos días en la compañía… —mencionó.

Ana no necesitaba justificarse, pero sentía que haciéndolo llenaba un vacío que necesitaba llenar. Cubrieron los galones y algunos enseres de cocina con una lona plástica que ajustaron al suelo con cuatro ganchos de hierro.

—No te preocupes —la tranquilizó Clara agarrándola del brazo—, tú ven cuando puedas. ¿Quién es ese? —preguntó, poniéndose los lentes que le colgaban del cuello.

Era Clemente, que llegaba tambaleándose por la entrada que iba a la gasolinera. Estaba borracho. Se metió entre una de las angostas callejuelas que ahora formaban las cuadrículas de carpas y cambuches del asentamiento, caminó con cuidado devolviendo el saludo a quienes ya lo reconocían, hasta que llegó a su lugar. El cambuche de Clemente era uno de los mejores, estaba bien construido, con refuerzos de lata, doble lona plástica en el techo de tabla, todo soportado sobre una base de madera. También había resuelto la manera de transportarlo: desbaratado dentro de un cajón de rodachines que llevaría amarrado a su cintura con

dos pitas largas. Dijo haber aprendido el método después de un desplazamiento masivo que vivió hace muchos años, en el que caminó varios días por carreteras destapadas.

—Hay que hablar con Clemente —le recordó Clara a Aristides, hacía días que andaba detrás del viejo para coordinar una visita a todos los campamentos con el fin de asesorarlos en la construcción de los cambuches.

Aristides dijo que se encargaría de eso y siguió a Kamila, quien ya se alejaba hacia la parte más negra de la carretera. La sombra larga y ancha de Juaco se distinguía sobre la oscuridad brumosa a la orilla de la vía. Como él, había varios que iban a despedir a sus zombis a ese punto de la carretera cada noche. Unos días atrás, Esperanza quiso saber cómo estaba Joaquín, y Kamila supo que era el momento de ir a buscar a su padre. Se lo dijo sin rodeos una mañana sentada en la mesa para desayunar; Juaco estaba despierto desde las cuatro, a las seis, cuando llegó el primer empleado, ya le tenía lista una plancha con pan de molde y mogollas que debían entrar al horno. Hacia las diez se levantó Kamila, y media hora después, sentada a la mesa, le pidió a su padre que se sentara un momento con ella y se tomaran un café. Esperanza era una de los que habían regresado. Se lo dijo así. Juaco no entendió. «¿De las que habían regresado de dónde?», le preguntó. Kamila no le respondió, y mientras miraba con aire distraído el centro de la mesa, se puso a hablar de las caminatas que hicieron juntas durante semanas. Luego le contó que la misma Esperanza los había llevado al campamento norte, que era allá donde a veces pasaba la noche, no en casa de ninguna amiga. Juaco escuchó el relato sobre los campamentos hasta que Kamila llegó al punto en el que Esperanza le preguntó por él. «Imagino que quiere verte», le dijo. Juaco no aguantó más: golpeó la mesa, furioso, y se levantó de la silla con energía, como disgustado, aunque tenía los ojos inundados de lágrimas. Desde entonces Kamila se quedó definitivamente en el campamento. Hacía dos días Juaco la había llamado a su celular al final de la tarde para decirle que pasaría a verla. De pie, al lado de la carpa de su hija, Juaco buscó a Esperanza con la mirada a lo largo y ancho del campamento, pero no la encontró. «No la veo». «Sigue buscando y aparece», le dijo Kamila. Por fin, entre la bruma que se acumulaba bajo un árbol, Juaco creyó distinguirla a la distancia. «Es ella», dijo convencido, y se dispuso a avanzar. Kamila lo

retuvo. «Ella es el zombi de Esperanza, no Esperanza», le advirtió. Juaco asintió y caminó a paso lento, con miedo, hacia el árbol donde creía haber visto la figura de su esposa. Al cabo de un rato, Kamila escuchó que su padre la llamaba. Corrió en dirección al árbol tras el muro de neblina de donde provenía la voz. Lo encontró sentado sobre un tronco seco, sollozando, con las manos en la cara. Esperanza se había marchado hacia el sector de la carretera donde deambulaban los otros muertos. Desde ese día, Juaco se abrió un espacio en la zona final del campamento, muy cerca al punto de la carretera en el que los zombis desaparecían cada noche.

Cerca al cambuche de Juaco, Raquel había levantado el suyo unos días antes. Una noche, mientras comían viendo una noticia sobre los campamentos, Milton le habló sobre los zombis y los supermercados. «Lo estuve buscando por años y ahora se te aparece a ti en un supermercado», dijo Raquel encendiendo un cigarrillo, incrédula. La nicotina, los años tras la caja del banco y la pérdida de su hijo le habían dejado un semblante amarillento. Milton no supo qué más decir esa noche, así que la dejó hablar. «Lo busqué en morgues, en hospitales, en batallones del Ejército, entre los huesos que nos mostraba la Fiscalía. Me volví vieja buscándolo, y ahora aparece de la noche a la mañana, sin decirme nada. ¿Qué clase de juego es este? ¿A quién se le ocurre venir de la muerte a quemar supermercados?». Raquel lloró y no pudo dormir esa noche; al día siguiente llamó al banco para reportarse enferma y se fue con Milton hasta el campamento. Una mañana lo había visto salir con vida de su casa, y otra mañana, más de trece años después, lo veía caminar como si nada entre las carpas de un asentamiento de zombis.

En otro punto del campamento, Kamila y Aristides avanzaban con cuidado por los senderos estrechos entre los bloques de carpas. La claridad de la noche iluminaba las sabanas frías que los rodeaban; una penumbra vaporosa tapizaba la tierra, envolviéndolos. Uno que otro carro interrumpía la quietud de la carretera a esa hora; el equipo de seguridad del campamento hacía las rondas debidas. Ignacio y Mónica cruzaban la carretera, provenientes de la zona de prensa. A unos metros del asentamiento, más cerca aún de la gasolinera, los medios habían montado una pequeña base de monitoreo con dos camionetas de transmisión en la que Ignacio y Mónica conectaban las baterías

para la cámara y visionaban algo de material. Ahora, con las baterías al cien, los dos se fueron directo a una de las fogatas, donde se unieron a un grupo de conversadores trasnochados. Kamila y Aristides prefirieron ir a la carpa que compartían. Cada noche, Aristides comprobaba que el sexo era la mejor forma de volver a la vida.

## 43

El día de la inauguración de la estatua, los buenos vecinos llegaron al campamento norte hacia el final de la mañana. Sentada en la banca bajo el árbol, mientras ultimaba detalles con la gente del campamento, Clara los vio bajarse de sus carros. Se puso de pie y los observó; los que estaban con ella acompañaron su mirada. Eran ellos. De los dos primeros carros se bajaron Arnedo y Lacayo; de los otros se bajó el resto, los señores Baena, López y Avendaño con sus respectivas esposas. Detrás de ellos, vio llegar más camionetas. Había rostros que no distinguía, gente de otros barrios pertenecientes a la red de buenos vecinos que los señores Arnedo y Lacayo habían logrado crear en pocas semanas. Se acomodaron en el descampado opuesto al de los zombis, al otro lado de la carretera, justo enfrente del árbol donde estaba Clara.

—¿Cómo se enteraron? —se preguntó en voz alta.

Ellos no lo sabían, pero hacía unos días el señor Lacayo había recibido una llamada. «Le tengo información», le dijo una voz honda y siniestra al otro lado de la línea. El señor Lacayo supo de qué se trataba y prestó atención. «Dígame». «Están planeando algo para el día de la estatua». «¿El día de la inauguración? ¿Algo como qué?». «No está claro. Parece que empezarán una marcha, pero puede ser más grave». «¿Una marcha?». «Quieren hacer algarabía por lo de la estatua, burlarse del Gobierno. Pero usted sabe que detrás de eso siempre se esconde la subversión», le dijo la voz, más cortante y convincente que antes. «De eso no hay duda». «Prepare a su gente para que les hagan contrapeso. No hay que dejar que envíen ese mensaje». «Claro que no. Siga manteniéndonos informados». Después de eso, la voz colgó sin decir más.

—Nos están espiando —sentenció el viejo Clemente—, no hay

otra explicación.

—Ni modo, hay que seguir adelante con esto —resolvió Clara.

Solo fue cuestión de que los buenos vecinos terminaran de instalarse y comenzaran con las arengas, para que Luz Marina le diera una nueva instrucción al grupo.

—¡Hay que empezar a recoger los cambuches! —gritó.

La otra mitad del equipo, con Aristides y Kamila a la cabeza, se dispuso a preparar la logística para la salida oficial de la caravana. Todo estaba planeado con anticipación. Las dos camionetas de televisión que habían acompañado de cerca el progreso del campamento esperaban la llegada de los periodistas de turno para empezar la nota. La marcha era el complemento perfecto para la noticia de la inauguración, un elemento dramático que le daba al espectáculo circense de la estatua cierta tensión humana y lacrimógena que el público amaba. Bajo el árbol, que era el epicentro del campamento, su plaza momentánea, Luz Marina leería un comunicado anunciando el inicio de la marcha. Aristides e Ignacio ubicaron junto al árbol la pantalla del proyector donde se vería la presentación pública de la estatua en la lejana y calurosa ciudad de Montevilla, a orillas de un río sinuoso, caliente y turbio, muy lejos de la fría Capital. «¿Por qué precisamente allí?», se preguntaba Ignacio unos días atrás mientras hacían planes. «Porque allá está su fortaleza, una finca más grande que esta ciudad. Ahí es intocable», le explicó Clemente. Ayudados por Mónica y Kamila, Aristides y su hermano terminaron de instalar, a unos tres metros de la pantalla, un proyector de video y un portátil que conectaron a la planta eléctrica. Alguien del equipo se encargaba de la planta: le recargaba el combustible, la prendía, la apagaba y se ocupaba de su cuidado. Lo de encenderla a esa hora era una excepción, pues siempre lo hacían en las noches con el noticiero de las siete, y la dejaban encendida toda la franja de telenovelas hasta las diez y media cuando la apagaban para ahorrar combustible. Fue Clara quien propuso al campamento la idea de comprarla; su costo fue incluido en la colecta común que se requirió para los gastos que implicaban el mantenimiento y traslado de los campamentos. Eran increíbles las dimensiones que habían tomado las cosas en pocas semanas. «Cuando los campamentos se unan en la vía será como transportar un pequeño caserío andante», decían todos. Sobre ese punto en específico decidieron que cada persona, pareja

o grupo que habitara una carpa o cambuche era el responsable de su transporte; algunos aseguraron que podían, sin problemas, echarse sus carpas y hamacas a la espalda en un maletín; otros, en cambio, siguieron las recomendaciones de Clemente y construyeron pequeños cajones de madera sobre rodachines amarrados a la cintura. «Será como llevar la casa a caminar con uno», concluyó alguien. El resto del campamento, los galones de agua y gasolina, la comida donada por organismos de caridad, las herramientas, las frazadas y botiquines enviados por la Cruz Roja, los enseres y la planta eléctrica serían transportados en carretillas jaladas por yeguas, unas seis zorras de las que descansaban en el playón donde se instaló el campamento de la autopista Sur, y que habían decidido unirse a la caravana por solidaridad y unos pocos pesos.

Todo estaba listo.

Ignacio preparó la cámara y el encuadre.

El espectáculo iba a empezar.

## • REC

La planta eléctrica se enciende y con ella la proyección.

Sobre la tela aparecen los zombis. Figuras difusas, desdibujadas. Sus voces, en cambio, se escuchan con claridad: entre todas arman un único discurso, un rompecabezas de voces que hablan de resucitados, de muertos, de madres, de hermanos y esposos desaparecidos, de basureros convertidos en cementerios, de cuerpos que se levantan de la basura convertidos en cadáveres andantes.

La inauguración de la estatua acaba de comenzar. La transmisión en directo de los canales oficiales está proyectada sobre la tela, y al fondo, entre los invitados, entre el público, se ven los fantasmas de las calles del San Francisco Ángel y se escuchan sus conversaciones de muerte. Las imágenes son proyectadas desde el computador en el centro de la explanada, mientras que Ignacio, con cámara en mano, se mueve por el campamento. Si presiona un botón en su cámara, las imágenes pasan en directo de su visor a la proyección sobre la tela. El himno nacional empieza a sonar en Montevilla, muy bajito porque lo que importa son las voces de los zombis en la pantalla, que se sobreponen a las imágenes de La Cochiquera. El

campamento norte observa atento lo que acontece. Las cámaras de los noticieros hacen sus tomas. El plano de Ignacio se abre, se hace más amplio. De la tierra del descampado, entre los cambuches, empiezan a levantarse algunas siluetas humanas de tablas y latas negras. La niebla ya se nota. Los zombis se mueven en libertad por el campamento.

—Exigimos la pronta reactivación de la búsqueda de los cuerpos de La Cochiquera y de las demás fosas comunes de la región y el país —dice Luz Marina, leyendo el comunicado, de pie, al lado de la pantalla de tela.

—¿Cuánto durará la marcha? —pregunta un periodista desde lejos.

—Durará lo que sea necesario.

El viento comienza a soplar cuando en Montevilla finaliza el himno nacional. El presidente Ismael Camargo Posada sube a la tarima y como puede se sostiene junto al atril. Su voz avejentada y adusta tiene la resonancia de una cárcava profunda. El encuadre de Ignacio se abre más, camina hacia atrás lentamente, al lado de Mónica, y la visión se amplía, hay más información pasando por el ojo de los muertos. Milton, Roberto y Aristides, o al menos una ilusión óptica de ellos, aparecen en la tela vestidos con bolsas blancas hasta la cabeza, desenterrando la tierra. Los zombis de la pantalla y los del campamento son los mismos.

—¿Quiénes financian esto? —quiere saber otro periodista.

—Nadie. Nosotros. Todos.

Algo está ocurriendo en la plaza principal de Montevilla.

—¿Qué fue lo que dijo? —pregunta alguien en el campamento.

—Que va a hablar de unos sueños —responde otro.

—¡Súbanle el volumen! —grita alguien más.

Kamila, que tiene el control remoto, lo hace a distancia. ¿Quién quiere perderse los delirios oníricos de Camargo Posada si han de estar llenos de caballos enfurecidos que recorren charcos de lodo y sangre en medio de campos incendiados? Pero no son solo las alucinaciones de Camargo y Capitán Mandrake, son las aguas efervescentes del río Totumo, el que pasa por la plaza principal de Montevilla mientras el presidente habla. Son sus aguas, que vienen cargadas con la misma neblina que ahora trae el viento de la autopista Norte.

—¿Qué opina de sus contradictores, del movimiento de

buenos vecinos?

Luz Marina los ve al otro lado de la carretera. Ignacio no los enfoca porque no vale la pena: son bastantes, pero no tantos como ellos, se ven más cansados y desanimados que ellos, y levantan carteles y pancartas pidiendo la desintegración inmediata de todos los campamentos de terrorismo zombi.

—Están en todo su derecho de pedir lo que quieran.

El viento trae polvo, olor a boñiga y a tierra quemada, y una niebla que avanza lentamente como un inmenso continente de nubes movedizas. Es la respiración de los muertos, sus susurros resucitados, el aliento de la tierra desangrada. Los periodistas se miran entre ellos, como si no comprendieran lo que está pasando. Luz Marina no puede disimular una sonrisa al ver sus caras de asombro.

—Allá van y allá vienen —dice la mujer.

Los primeros resucitados avanzan por la autopista hacia el norte cuando, provenientes de la gasolinera, se ven llegar los primeros caminantes de los otros campamentos. Los noticieros los enfocan, pero se les pierden entre la polvareda y la niebla. La cámara de Ignacio, en cambio, que ve con el ojo de los muertos, continúa en su movimiento, abriendo el encuadre: las siluetas en el campamento, los excavadores de blanco, la carretera enorme al fondo, la hilera de zombis que empiezan a caminar por ella rumbo a la salida norte de Capital.

—¡Les advertimos que esto pasaría! —les grita Clara a los periodistas y se echa su maleta a la espalda. Ana la abraza fuerte y Clara responde de igual forma.

De repente, Luz Marina ya no está frente a las cámaras y los periodistas se sienten perdidos, rodeados por la niebla. El proyector sigue encendido, las figuras fantasmales de la pantalla siguen hablando de desaparecidos resucitados, solo que ahora la imagen parece multiplicada, repetida en las zonas donde la niebla es más densa. «Como un caleidoscopio», piensa uno de los periodistas, asombrado. También ellos, hipnotizados por lo que está ocurriendo, dan un paso adelante, hacia el norte, siguiendo a los muertos.

Ignacio ya no se mueve, el plano se ha quedado estático. Los cambuches empiezan a ser recogidos. En poco tiempo, la explanada al lado de la carretera volverá a quedar vacía, escoltada únicamente por las siluetas humanas enterradas en la

tierra. Camargo Posada es sacado por sus escoltas en una camioneta después del giro sorprendente que dio la inauguración de su estatua ecuestre.

—Está loco —dice Kamila.

—Es la culpa —responde Aristides.

Una yegua flaca y blanca, de manchas grises y negras, se detiene frente a ellos con un resoplido. La carretilla va vacía. El zorrero, un tipo de pocos dientes, cabello y barba montaraz, les grita sin apearse de la carreta:

—¡Hay que subir la planta, el proyector y lo que falta!

De algún lado aparecen Roberto y Edwin para ayudarlos.

—Los zombis ya van adelante —les dice el zorrero cuando sacude las riendas de su yegua.

Ignacio no quita el ojo de su visor.

—Sigan —les indica.

Aristides y Kamila se adentran por una enorme pared de niebla, caminando sin miedo. El campamento avanza flotando sobre el vapor de las voces.

# Todas las voces muertas

*—¿Hasta cuándo van a seguir así? —preguntó el alcalde.*

*La mujer habló sin que se alterara su expresión apacible.*

*—Hasta que nos resuciten los muertos que nos mataron —dijo.*

Gabriel García Márquez, *La mala hora*

# 1

Abajo, en el búnker, la vida es tranquila; el miedo se siente menos.

A veces creen escuchar explosiones. Otras veces parecen ráfagas de metralla. Pero no se dejan confundir. Desde que los zombis están sueltos, saben que ya nada es lo que parece ser.

Esta noche, sin embargo, hay algo distinto en los sonidos.

Montoya lo percibe. Abre los ojos en la oscuridad, levanta el torso y luego gira el cuerpo hasta quedar sentado al borde de la litera.

Ramírez es el siguiente en levantarse.

—¿Los sintió? —le pregunta desde la oscuridad, también sentado en su camastro, al otro lado de la diminuta habitación.

A Montoya no le da tiempo de responder. La luz se enciende. Contreras ya está de pie, pegado a la pared.

—Ya me estaba quedando dormido —dice, con el rostro amargo.

—Están llegando —dice Montoya, con voz nerviosa.

—¿Está seguro? —pregunta Contreras, incrédulo—. A lo mejor es como las otras veces… y yo ya me estaba quedando dormido.

—Hay que salir —decide Ramírez, agarra sus lentes y se pone de pie.

Aunque ya no es necesaria la vestimenta, la costumbre es más fuerte. Del pequeño armario incrustado en una de las paredes de concreto sólido, Ramírez saca los tres trajes enterizos de polietileno blanco. Se ponen los guantes, las antiparras de seguridad y se cubren la cabeza con las capuchas plásticas. Por cuestiones de comodidad, cambiaron los gruesos maletines de los instrumentos por morrales de tela que se cuelgan en la espalda.

Cuando están listos, empiezan a subir la escalera hacia la superficie.

La tierra quemada, marchita, se ilumina de azul progresivamente como si el viento quitara un velo del cielo. Un silbido se desliza con fuerza entre los pocos árboles que quedan alrededor. Solo se ven las cúpulas de concreto de los búnkeres sobresaliendo de la tierra y, al fondo, la frontera de matorrales.

—Va a llover —anuncia Contreras e intenta, por segunda vez,

encender un cigarrillo.

—El traje aguanta la lluvia —lo tranquiliza Ramírez.

—¿Están seguros de que esta vez sí?

—No sea cobarde, Contreras.

—Y usted no sea pendejo, Ramírez.

Montoya encubre su risita nerviosa con el puño de la mano. Ramírez no le presta atención: también sonríe, y Contreras logra por fin encender su cigarrillo. A lo lejos, entre los árboles que vuelven a quedar en la oscuridad cuando las nubes cubren la luna, ven las luces de las linternas acercarse.

—Ahí vienen —dice Montoya con emoción.

Primero ven la neblina cubrir todo el terreno que los rodea. Después los ven aparecer. Son cuatro hombres y tres mujeres, contando al guía en la cabecera del grupo. Cuando se detienen, a unos metros de los tres excavadores, los hombres de blanco comprueban que a su alrededor también han salido los otros habitantes de los búnkeres.

—No fue fácil encontrarlos —dice el guía del grupo apagando la linterna. Los demás hacen lo mismo y la tierra chamuscada vuelve a quedar a expensas de los intervalos luminosos del cielo.

—Pues aquí estamos —les dice Ramírez con voz fuerte y decidida.

—Los estábamos esperando desde hace días —agrega Montoya.

Contreras los mira sin decir nada. Le da una última calada a su cigarrillo y lo aplasta sobre la tierra con su bota pantanera.

—Necesitamos que nos ayuden a encontrar los restos de un muerto —dice el guía.

—Para eso estamos aquí —dice Ramírez.

—¿Los restos de qué muerto? —pregunta Contreras.

La sonrisa del guía revela sus dientes a la oscuridad de la noche. Luego se pone serio, mira a sus espaldas al grupo que lo sigue, y después contempla la totalidad del terreno frente a él: los cascarones de concreto, los ojos abiertos y asustadizos de los campesinos que los miran desde la entrada de los búnkeres. Entonces vuelve a concentrarse en los tres hombres de impermeable blanco que esperan su respuesta.

—Los míos —les confiesa.

—Los suyos, los restos suyos —repite Camargo Posada, sin quitar la vista de la pantalla de su televisor.

«¿Los restos de quién?».

«¿Quién es ese que llega al búnker?».

«¿Alguien sabe cómo se llama?».

—Esos nombres no importan —dice Camargo.

«Se equivoca, esos son los nombres que importan».

«Haga un esfuerzo y acuérdese, presidente».

«Es que son muchos nombres y ya la mente no le sirve».

«Muchísimos».

—Lo que siempre ha importado es el número, la cantidad —dice Camargo apoyándose en su bastón para levantarse del sillón ergonómico—. En todo caso, no son esos los nombres de los que me acuerdo…

Solo la pantalla encendida del televisor ilumina la habitación en penumbras.

«¿Y se acuerda de cuántos eran?».

—De esas cuentas es mejor no acordarse —dice el presidente caminando hacia el ventanal de la habitación.

«Pero eran muchos, ¿verdad, Camargo?».

«Ah, sí, de eso no hay duda».

«Y los de blanco ¿cómo llegaron al búnker?».

—¡Eso qué importa! —exclama Camargo Posada abriendo la cortina del ventanal. Las luces que iluminan la noche de La Serrana entran por el balcón—. ¿Han visto a Capitán Mandrake?

«Debe andar por el campo, no se preocupe».

«O en las caballerizas».

«Pero si ese caballo murió hace años, Camargo. ¿No se acuerda?».

Camargo observa la oscuridad de las montañas sembradas de palma africana que tiene enfrente. Hay algo en esa oscuridad que le parece conocido, como si su epicentro estuviera en la habitación y no en las montañas.

—¿Y ustedes por qué me hablan? —pregunta Camargo.

«Le hablamos porque usted quiere que le hablemos».

—¡Ustedes no tienen ningún derecho a hablarme! ¡No tienen ningún derecho! ¡Ningún derecho!

Camargo grita mientras sacude el bastón por los aires. La puerta se abre.

«¡Es la enfermera, Camargo, es la enfermera!».

—Tranquilícese, señor Presidente —le pide la mujer. Lo agarra por los brazos y lo acuesta en la cama—. ¿Quiere que apague el televisor?

«Dígale que no, Camargo».

—¡No, no lo apague! —le ordena el presidente—. Mejor cierre la cortina del ventanal.

La mujer obedece y la habitación vuelve a quedar bajo la luz temblorosa y azulada del televisor.

—Si me necesita, me llama, estoy afuera —le dice la mujer desde la puerta antes de cerrarla.

La cabecera reclinada de la cama le permite ver el televisor encendido. Un *zapping* para fantasmas. Los domos de concreto de los búnkeres se extienden por el campo bajo un fuego de metralla y explosiones que bañan el cielo nocturno. Una montaña se incendia de repente. Una caravana de zombis avanza por una carretera al anochecer.

Hacia el mediodía pasan de largo por un pueblo. La mujer que se les une se llama Agustina Medrano, tiene la piel del color del barro y el cabello largo y canoso recogido en una trenza; con ella van su marido y Leonidas, su hijo mayor, al que las Moscas desaparecieron hace años cuando trabajaba como jornalero en una finca del Ubará. Se había metido en un movimiento obrero y lo culparon de comunista. Agustina no sabe qué pudieron haber hecho con su cuerpo; Leonidas tampoco se acuerda. Quizá lo partieron en pedacitos y lo tiraron a los buitres o lo echaron al río o lo incineraron en una hoguera de llantas y neumáticos. Dicen que caminan para exigir los huesos de todos los demás; los de Leonidas ya se resignaron a jamás encontrarlos. Traen consigo un saco de papas, otro de verduras y dos gallinas vivas en un corral. Clara le pide a Teresa que la ubique con uno de los grupos, quizá con el campamento del cerro oriental, que es el que menos gente tiene. Agustina los abraza como si los conociera de toda la vida.

Pronto será de noche y podrán descansar. Una mancha púrpura se extiende por el cielo como la sangre de una herida. ¿Cuántos kilómetros han caminado hoy? Los primeros días Roberto llevaba la cuenta, ya no; aunque sigue marcando con rojo cada nuevo trayecto en el mapa. «Para que quede un registro de nuestro paso».

Nubia camina con la doctora Nieto y el resto del campamento sur, muy cerca de cinco yeguas que arrastran sus carretas repletas. Junto a ellos va Fernando Pájaro, reportero de *La Franja Roja*, un periódico sensacionalista de la Costa, que lo mandó a cubrir la noticia. Se les unió en el campamento norte unos días antes de que salieran y desde entonces ha sido el único periodista que se ha mantenido; los otros van y vienen con sus cámaras y micrófonos, viajando cómodamente en las camionetas climatizadas de la empresa.

Aristides se sienta sobre una roca en un descampado al borde de la carretera. Aquí pasarán la noche para retomar la marcha a la mañana siguiente. Son las mujeres de La Cochiquera las que lideran la caravana. «Aunque nosotras lo que hacemos es seguirlos a ellos, nada más», le asegura Clara a Ignacio, señalando al grupo de zombis que caminan delante, en la primera línea. En todo caso, son ellas las que organizan los grupos, los fogones comunitarios, las pausas, el final de la jornada cada noche y el inicio cada madrugada.

Sentada al pie de su carpa, Kamila distingue a lo lejos el movimiento de los zombis que van de un lado a otro de la carretera, entre los montes y los campos aledaños.

—Dentro de poco empezaran a desaparecer algunos —dice.

Aristides se pregunta por qué no está allá con ellos, y al contrario está sentado allí, al lado de Kamila, escuchándola. Cada noche, ella juega a adivinar cuáles serán los zombis que desaparecerán en la niebla para volver a aparecer en la madrugada y continuar la marcha. Hace varios días que lo hace.

—Ese que está por la señal de velocidad —dice Kamila—, el de barba: ese va a desaparecer.

—¿Estás segura? —le pregunta Aristides.

Pero ni Kamila ni nadie puede estarlo.

Roberto y Clara se pasean por el campamento entre las fogatas. Milton y Edwin también lo hacen, junto a Jonathan y algunos zombis de su equipo, como si salieran a recorrer las calles del barrio. A Clara le preocupa que puedan estar tramando algo.

—No te preocupes, están buscando qué hacer para no aburrirse —la tranquiliza Roberto.

Juaco ve a Esperanza perderse en lo profundo de un campo neblinoso; desde que empezó la marcha ha sido imposible convencerla de que pase una noche con él en su cambuche. Ahora

se resigna a pasar las noches conversando con Raquel. Berta habla con algunos de los caminantes mientras reparte, junto al equipo de alimentos, las totumas con la sopa y los platos de arroz blanco. Un camión ilumina el campamento a su paso y suelta un bramido a manera de saludo. A pocos kilómetros de distancia, se ven las luces de un poblado. Mañana cuando pasen por ahí, más personas se unirán a la caravana. Más muertos, quizá. Y recogerán vituallas y hasta algo de dinero para afrontar el camino. Y, aun así, piensa Aristides viendo la oscuridad sobre la carretera, no sabrán hacia donde dirigen el siguiente paso.

—Cuéntanos algo, Clemente —le pide Kamila acostándose boca arriba en la tierra seca.

No hay estrellas en el cielo, solo las tinieblas los arropan. Clemente se da un trago.

—¿Conocen la historia de los búnkeres? —les pregunta.

## 2

Ramírez ya no se acuerda de cuántas veces ha contado la historia de los búnkeres. Se la relata a todo el que se la pregunta y así se distraen mientras excavan.

—No son un mito como creen algunos, son reales —dice en voz alta para que lo escuchen bien.

Sobre todo Juana, la mujer al pie de la cuadrícula. «Es joven y hermosa», piensa Ramírez con dolor. Toda una vida por delante terminada en una fosa perdida. Durante los dos días que Juana los guio por caminos sinuosos y veredas olvidadas, Montoya le estuvo haciendo preguntas sobre su pasado que ella respondió con evasivas. En la tarde del segundo día llegaron al lugar del entierro: unos matorrales tupidos a orillas de un riachuelo que más bien parecía la corriente de una alcantarilla.

—Esas construcciones están bajo tierra desde la época de los primeros gobiernos camarguistas —continúa Ramírez—. Dizque para que las poblaciones tuvieran donde esconderse si había un ataque del enemigo. Puras tácticas de miedo.

—En ese momento eran necesarias ciertas medidas… —dice Contreras sin mayor convicción, con el cigarrillo en la boca.

Ramírez prefiere no discutirle.

—En todo caso, muchos terminaron siendo bodegas de las

Moscas. Los que no, fueron habitados. No fue fácil encontrarlos, pero los encontramos.

Como siempre, no da detalles. Eso es lo menos relevante, piensa Ramírez, y tiene razón. Contreras se endereza, se lleva las manos a la parte baja de la espalda y después le da una calada al cigarrillo.

—¿Está segura de que fue aquí? —le pregunta a la mujer.

—Segurísima —le responde Juana—. Fue exactamente ahí.

—Quizá un poquito más hondo —sugiere alguien del grupo.

—Ellos saben cómo hacen su trabajo —le responde alguien más.

—Es aquí, créanme —insiste la mujer.

—Le creemos —dice Ramírez—. Nadie mejor que usted misma para saberlo.

—¡Aquí hay un hueso! —exclama Montoya.

Ramírez y Contreras se acercan para ayudarlo a excavar. Juana y el resto del grupo se asoman a la cárcava.

—Por favor, dennos espacio —les pide Contreras, y vuelve a unirse a sus dos colegas en la tarea meticulosa de la exhumación.

Antes de guardarla en la bolsa negra con los otros huesos, Ramírez comprueba que, en efecto, la pelvis desenterrada es la de una mujer.

Hace mucho que está despierto, de pie y sin moverse de ese costado del ventanal. Su mano derecha aprieta el mango de su bastón de cuatro patas; con la izquierda mantiene la cortina entreabierta para otear los cerros de palma de La Serrana.

—Aquí que no vengan a remover la tierra —balbucea.

«¿Qué fue lo que dijo, presidente?».

«Hable claro para que podamos oírlo».

—¡Dije que aquí no vengan a desenterrar nada! ¡Aquí no van a encontrar nada!

«¿Por qué no abre toda la cortina, Camargo?».

«Es la culpa».

«Es miedo, tiene miedo de que puedan verlo…».

«El hombre que gobierna con el miedo siempre tiene miedo».

«¿A quién se le está escondiendo, Camargo?».

Camargo gira para quedar de frente a la habitación. Se apoya con más firmeza en el bastón antes de hablar.

—Ya les dije que ustedes no tienen ningún derecho a hablar conmigo.

Tocan a la puerta. La enfermera entra sin esperar respuesta. Llega con la bandeja del desayuno dando los buenos días y hablando sobre la importancia del sol en las mañanas. Deja la bandeja en el escritorio y abre las cortinas hasta que la luz inunda la habitación. A Camargo se le encandilan los ojos. Busca siluetas entre las partículas de polvo que flotan en el aire. No encuentra nada.

—Tiene que desayunar, señor Presidente —le aconseja la enfermera—. Siéntese, que yo lo ayudo.

—Deje el desayuno y salga del cuarto —le ordena Camargo.

—Tiene que tomarse los medicamentos —continúa la mujer.

—Déjelos ahí, que yo me los tomo.

Cuando la mujer sale, Camargo se toma los tres comprimidos que están al lado de la bandeja y vuelve al ventanal sin tocar el desayuno.

Ahí mismo lo encuentra Palomino.

—Le traigo el informe de la mañana, señor Presidente —le anuncia.

El asistente espera una respuesta, pero Camargo sigue concentrado en los cerros que rodean La Serrana. Mueve la boca como si quisiera decir algo.

«Como si estuviera leyendo algo».

«O como si estuviera repitiéndose algo para no olvidarlo».

—¿Quiere decir algo, señor Presidente? —le pregunta el asistente.

Camargo no le responde. Palomino no espera más, abre la carpeta y empieza a leerle un resumen de noticias.

«No le para ni cinco de bolas».

«Diga algo, Camargo».

«¡No hable solo, presidente, no hable solo, diga algo!».

—¿Usted se acuerda de Gómez Aguilar? —le pregunta el presidente de repente.

Palomino no entiende la pregunta. El nombre tampoco le dice nada. Lo mira perplejo mientras niega con la cabeza.

«Así que de eso se está acordando».

«Se le vienen nombres a la cabeza».

«¿Nombres de quiénes?».

«Quién sabe… Gente que conoció, compinches de sus negocios

sucios…».

«Parecen nombres de muertos…».

«O de asesinos».

—¿Y de Díaz Becerra, tampoco? —vuelve a preguntarle.

—No.

—Usted ni siquiera había nacido, cómo se va a acordar. Yo a veces me acuerdo, Palomino. Aunque a veces no sé si es un recuerdo mío o de alguien más.

—¿De quién más?

—No sé. De muchos otros antes que yo. De los hombres que llevaron esos nombres de los que me acuerdo, por ejemplo. Moreno Herrera, Rodríguez Triana, Chulo Sierra. No sé por qué me acuerdo de eso.

—Debe ser que lo soñó, señor Presidente.

—Sí, a veces también creo eso. Pero como si soñara el recuerdo del sueño de alguien más. No lo entiendo.

—¿Ha descansado bien? Voy a hablar con la enfermera.

—Usted termine su informe —le pide.

Palomino vuelve a leer. Camargo lo escucha.

—¿Ya encontraron a Capitán Mandrake? —lo interrumpe.

Palomino se hace el tonto con la pregunta.

—Los caballos están en las caballerizas, no se preocupe. —Y sigue con la última parte del informe.

—¿Y la caravana? ¿De eso no hay nada en su informe?

—Por eso no se preocupe, señor Presidente. Es una marcha como cualquier otra; en unos días se cansan y listo.

La ingenuidad del asistente le da risa. Le sonríe mostrándole sus dientes amarillentos, recubiertos por una nata babosa. Luego vuelve a concentrarse en los cerros de palma.

—Mosquera Padilla, Burgos Mata…

—Voy a decirle a la enfermera que pase a verlo —le informa Palomino.

—Más bien llévese la bandeja del desayuno y tíresela a los perros —le ordena Camargo y vuelve a su listado de nombres.

Aristides levanta la cabeza hacia el cielo. No ha parado de llover desde que salieron esa madrugada y las nubes amoratadas siguen cargadas de agua. En la película de su hermano, Aristides sobrevuela la caravana de zombis. No vuela muy alto, solo lo

suficiente para vigilar el paso fatigoso de la marcha, la hilera interminable de cabezas y cuerpos que avanzan bajo la lluvia.

Los distingue a todos:

Esa de allá es Kamila, caminando al lado de Clemente. Sube la cabeza para buscarlo y le sonríe. La sonrisa de Kamila y sus ojos siempre brillantes son algo que Aristides puede distinguir en cualquier circunstancia: a ras del suelo o por los aires, en la oscuridad de una carretera nocturna o en las mañanas lluviosas y grises como esta. Los medios que se les unieron en el último pueblo lo siguen con sus cámaras y micrófonos, mientras guía la caravana desde arriba. Junto a ellos distingue a Amnos Vera, el fotógrafo de *La Franja Roja* que acompaña al periodista Pájaro en su reportaje. ¿Qué le estará preguntando desde allá abajo? A su lado camina Ana. Es su primera visita desde que arrancó la procesión. El resto del tiempo Ana ha estado concentrada siendo la representante de la caravana en Capital. Sin saber cómo, ha dividido sus días entre el trabajo, sus hijas y las labores pendientes del grupo, sobre todo las concernientes a las donaciones para la marcha. Pero ayer, muy temprano, le dejó una lista de tareas a su esposo y una serie de instrucciones precisas para el cuidado de las niñas, se despidió de los tres sin escuchar recomendación alguna, y al final de la tarde se unió a los caminantes en un pueblo por el que pasaron. Los cálculos que Roberto le envió fueron precisos. Mañana volverá a Capital en el primer bus intermunicipal que encuentren. Ana, desde abajo, lo llama a gritos por su nombre y lo saluda de manera efusiva con la mano. Nubia, en cambio, lo mira con tranquilidad sobrevolar la carretera y se persigna. Milton lo ve y piensa en sus sueños incendiarios de adolescente; aquella procesión sin rumbo fijo es lo más parecido al incendio rodante de sus alucinaciones. Edwin lo mira en silencio como disfrutando el momento. Ese que está con el equipo de cocina es Juaco. Desde el aire su calva lo delata. Camina junto a Raquel y Berta, mientras conversan como tres viejos amigos. Hablan de la muerte, de la desaparición de José Luis, del martirio que significó la búsqueda de Edwin, del vacío desgarrador de la ausencia de Esperanza. Todos los que caminan allá abajo tienen una historia de muerte que contar, una historia que el asfalto de la carretera convierte en vida. Allí va Clara con las otras madres y esposas; Roberto camina junto a ellas. También en la cabecera va el grupo de indígenas que se les unió hace unos

días. Los estaban esperando en un cruce de caminos por donde pasaron. Seberino precedía el grupo con un bastón de mando en la mano. El indígena era barrigón y de cara adusta; sus ojos parecían estar siempre mirando un horizonte muy lejano consumiéndose en un fuego perpetuo. Las mujeres fueron las primeras en acercarse. Seberino les pidió permiso para unírseles y accedieron de inmediato. Después dio un par de órdenes en su lengua, y dos hombres se aproximaron, cada uno con un saco repleto de provisiones. También aportaron dos yeguas y dos burros que se unieron a los otros usados por el equipo de logística para arrastrar las carretillas.

«¿En qué momento habían crecido tanto? ¿En qué momento se habían llenado de tantos zombis? ¿En qué momento empezaron a desbordar la tierra? ¿En qué momento empezaron a confundirse los vivos con los muertos? ¿Hacia dónde se dirigen?», se pregunta Aristides viéndolos avanzar a paso lento y cansado. Y desde arriba los escucha rezar y cantar manteniendo siempre en alto las siluetas negras en forma de cuerpos.

Entonces escucha un ruido que no había escuchado antes. No son voces. No son rezos. No son cánticos. No son las conversaciones de la caravana. En la película de Ignacio, Aristides los ve desde arriba por última vez y desciende, lentamente, hasta el suelo.

—¿Qué es ese ruido? —pregunta, mirando hacia arriba.

Kamila y Clemente siguen con la cabeza levantada.

—Parecen hélices —dice Clemente.

—Son helicópteros —afirma Kamila.

Y de inmediato, como si los hubiesen invocado, ven aparecer entre los muros de lluvia del horizonte dos helicópteros verdes que sobrevuelan la caravana y pasan de largo hasta perderse detrás de las montañas.

—Nos vigilan —asegura Clemente.

Nadie se mueve. Todos, vivos y muertos, parecen hipnotizados mirando las montañas por donde acaban de perderse los helicópteros.

## 3

Los excavadores van en la parte trasera de un viejo Nissan

Campero. Contreras termina de abrir la ventana de su puesto para que el viento húmedo refresque el interior.

—Si sigue lloviendo, no podremos excavar hoy —considera.

Ya nadie tiene ganas de hablar.

Montoya cabecea de sueño. Ramírez va distraído con el paisaje agreste a cada lado del camino. Hace horas que atraviesan montes y trochas embarradas. Desde que salieron, la noche anterior, no han parado de conducir. Ya han hablado de todo. Ramírez contó la historia de los búnkeres y agotó los relatos de los últimos cuerpos desenterrados. Montoya les habló de La Cochiquera y de las voces. Contreras, como siempre, solo interviene de vez en cuando.

—Habrá que esperar a que escampe —insiste.

Quienes los acompañan también parecen haber dicho todo lo que se debía decir. Domingo conduce el campero y Tomás, su hijo resucitado, va a su lado, también en silencio.

—¿Han escuchado hablar de la caravana? —pregunta Domingo oteándolos por el retrovisor.

—Algo hemos oído —responde Ramírez.

—¿No han pensado en unírseles?

—La verdad es que no —sostiene el excavador.

—¿Por qué? —insiste el hombre sin quitar la vista de la trocha que tiene enfrente.

—Porque después no hay quién haga nuestro trabajo —argumenta Contreras, adelantándose a la respuesta de su colega.

—¿Ustedes han estado en la caravana? —les pregunta Montoya.

—Caminamos con ellos un tiempo, no mucho —aclara Domingo—. Con mi mujer, Lucrecia, y Juan Domingo, un hijo menor. Después apareció Tomás en un taller de tractomulas que nos encontramos por la carretera. Seguimos con ellos por unos días más.

—¿Por qué se salieron de la caravana? —indaga Ramírez, interesado.

Domingo mira rápidamente a su hijo. Las espaldas de Tomás son anchas y sobresalen por la parte alta del asiento; su cara, cubierta por islotes de una barba áspera, parece la materialización de un reflejo, como si no estuviera solamente ahí, al lado de su padre, sino que otra parte suya vagara eternamente por desiertos nocturnos y fríos.

—Yo se lo pedí —dice el muchacho.

—Nos dijo que fuéramos a buscarlos a ustedes —aclara Domingo—, que ustedes nos ayudarían a desenterrar el cuerpo.

—¿Y cómo sabía de nosotros? —le pregunta Ramírez, atreviéndose a tocar el hombro del resucitado. Tomás no rechaza la mano que lo toca y deja que el hombre de blanco compruebe su corporeidad.

—No sé —le responde de una manera tan serena que su voz parece levitar dentro del carro—. Son cosas que se saben.

Y después de decir eso, los cinco hombres se silencian. Al rato, Tomás vuelve a hablar.

—Ya estamos cerca —dice, y se acomoda en su asiento.

La trocha estrecha por la que avanzan cruza en medio de matorrales hasta abrirse en una explanada barrosa. Al fondo se distinguen las primeras chozas de un pueblo rodeado por cerros pelados, cicatrizados por la deforestación. El vehículo disminuye la velocidad.

—¿Es aquí? —pregunta Montoya.

—Así parece —dice Ramírez.

—Pero esto es un pueblo —se extraña Contreras.

El Nissan dobla por una calle ancha, la principal, y avanza dando tumbos entre charcos, huecos y barro. Las chozas y casas a cada lado parecen vacías. Aún no ven al primer habitante.

—Un pueblo fantasma —precisa Contreras.

Quizá tenga razón. Quizá estuvo poblado en algún tiempo, pero ahora no.

—Los antiguos pobladores estamos volviendo —dice Domingo —, pero para eso necesitamos primero a los muertos. Ningún pueblo es pueblo sin sus muertos bajo tierra; sin ellos no se puede volver.

Un grupo de perros raquíticos los acompañan con sus ladridos por la calle ancha. Pasan de largo frente a una iglesia calcinada. Las fachadas de las casas tienen grafitis de odio que los excavadores leen sin atreverse a comentar. Doblan por una calle y luego por otra.

—La escuela —dice Tomás, señalando las paredes abaleadas de un cascarón de ladrillos y vigas de madera podrida.

La calle los saca a una planicie amplia hacia el final del pueblo. Los cerros cicatrizados se ven más cerca. Al lado de un bohío, bajo un árbol centenario, hay un grupo de personas

esperándolos.

—La comitiva de bienvenida —anuncia Domingo con una sonrisa.

El campero se detiene frente al bohío. Atrás, con los perros, viene más gente.

—¿Cómo sabían que estábamos llegando? —pregunta Montoya.

—Son cosas que se saben —repite Tomás, y se baja del vehículo.

El padre abre la puerta trasera y Lucrecia, la madre, los recibe con una sonrisa.

—No se preocupen —los tranquiliza la mujer—. Aquí no les va a pasar nada, bajen.

Los excavadores le hacen caso y salen del carro.

—Bienvenidos —les dice Lucrecia—. ¿Qué tal el viaje?

Montoya y Ramírez responden cualquier cosa; Contreras prefiere ir al grano:

—¿Dónde están los cuerpos? —pregunta.

—Al otro lado de esos montes —dice Tomás, señalando un punto al occidente.

—Como a medio día de camino —precisa Domingo.

—Con esta lluvia es imposible —determina Contreras.

—No hay problema —resuelve Lucrecia—. Ahorita mismo les colgamos unas hamacas en el bohío. Descansen bien, mañana temprano salimos.

Camargo recita nombres:

—Fonseca Pavón, Escobar Velásquez, Betancourt Leal…

«¿Quiénes son esos, presidente?».

«¿De quién se acordó ahora?».

«¿Por qué insiste con los nombres, Camargo? A esos difuntos no los conocemos».

Está sentado en el sillón reclinable. El televisor sigue encendido en el canal de noticias.

—Mosquete Vergara, ese también estaba —dice Camargo y hace un esfuerzo por mirar la pantalla.

La imagen pierde nitidez, la estática la ensucia, la señal cambia. Es el ojo de los muertos que entra en una pequeña plaza de toros repleta de público. Ismael Camargo Posada está en

medio de la arena junto a su padre. No debe tener más de…

«¿Dieciséis?».

«Yo le pongo entre dieciséis y dieciocho…».

—¡Cállense, que me distraen! —grita Camargo, agitando su bastón al aire.

«Tranquilícese, presidente, no se agite, que es peor».

—Mosquete Vergara estaba ese día, me acuerdo bien.

«¿Quién es el tal Mosquete?».

«Algún conocido del padre, gente con la que hacían negocios».

—Y sus tres hijos también. Los que después armaron las patrullas.

«¿Ellos también estaban ahí, presidente?».

«Eso, sigámosle la corriente».

—Sí, también. Véanlos, ahí están, se ven jovencitos…

Y en la pantalla se ven los rostros de la fiesta, las papayeras en los palcos, las botas repletas de aguardiente que se reparten por los tendidos.

«¿Y quiénes más estaban?».

Camargo se levanta del sillón con dificultad y camina hacia el televisor. Se agacha hasta tener la pantalla justo enfrente. Entrecierra los ojos para darles un nombre a los rostros que van delineando la memoria suya y la de los muertos.

—Cosme Ochoa, Tulio Franco. Tal vez Triunfo Pineda también estaba.

«¿Y qué hacían allí?».

—Era mi fiesta.

«¿Era su cumpleaños, Camargo?».

—Creo que sí, no me acuerdo bien.

«No, no era su cumpleaños».

—¿Y usted cómo sabe? ¿Acaso puede saber más que yo? ¡Ya les dije que no tienen ningún derecho a hablarme!

«Mire bien, Camargo Posada, no era su cumpleaños».

A Camargo no le importa si era o no su cumpleaños. El caso es que están allí, en la plaza de toros, y Camargo está en la mitad de la arena junto a su padre. El viejo habla por micrófono en medio de los aplausos. Pronuncia nombres de agradecimiento que Camargo repite, hasta que la puerta de la cuadrilla se abre y una banda de guerra empieza a salir.

—¡Ahí viene! ¡Ahí viene! —grita Camargo en su habitación y al Camargo de la pantalla se le llena la cara de felicidad.

«¿Qué cosa, presidente, qué cosa viene?».

—¡Es Mandrake! —exclama Camargo y, en efecto, detrás de la banda de guerra aparece el caballo azabache guiado de las riendas por un peón que se las entrega a don Francisco, y este, a su hijo.

«Monte su caballo, señor Presidente. Adelante, cabalgue».

Camargo se apoya con fuerza en su bastón y endereza su cuerpo, lo estira lo más que puede, empina la cabeza con los ojos cerrados y empieza a caminar por la habitación mientras monta por primera vez a Capitán Mandrake en el centro de la arena. El joven Ismael sonríe y saluda solemne como si ya fuera una estatua. Al otro, la estatua raquítica y arrugada del primero, le tiemblan los brazos de carnes escurridas cuando enfila a Capitán Mandrake hacia la puerta grande de la plazoleta por la que saldrá a la calle del pueblo a continuar la fiesta.

En el ventanal lo detienen las cortinas.

«Cuidado se pega contra el vidrio, presidente».

Y Camargo Posada abre los ojos, extraviado, perdido, todavía sintiendo la banda de guerra y los aplausos en sus oídos. Está confundido.

—No, ese caballo no podía ser Capitán Mandrake, ese me lo regalaron después…

«Exacto, presidente, ese se lo regalaron después».

«Está delirando».

«Era el lanzamiento de su primera campaña, Camargo, ¿no se acuerda?».

—¡Que no! ¡Que era mi cumpleaños, carajo! De eso sí me acuerdo.

«Como usted diga, presidente, no vamos a discutir por eso».

«Más bien abra la ventana para que entre la luz de la noche».

Por un instante, las noticias son lo único que se escucha en la habitación. Camargo voltea para mirar el aparato. Vuelve a mirar las cortinas. Titubea, no está seguro; hasta que se anima y las abre de un solo tirón:

Un resplandor minúsculo, una llama pequeña, empieza a devorar los cerros de palma que rodean La Serrana.

Desde aquella primera vez los helicópteros han seguido vigilándolos a lo largo del camino. Al menos dos veces por

semana sobrevuelan la caravana. No es la única forma que tienen para intimidarlos. Varias veces han visto una camioneta negra de carrocería blindada pasar a lo largo de la procesión, muy lentamente, como si detrás de los vidrios polarizados les estuvieran tomando fotos y grabándolos. «Los muertos nos cuidan», suele decir Berta cuando ve las camionetas. Pero Clemente sabe que la única razón por la cual no se detienen y se los llevan a todos es porque la marcha de los resucitados se convirtió en noticia nacional. El periodista Pájaro, que viaja con ellos, ya mencionó el tema de las camionetas y los helicópteros en la última nota que escribió para *La Franja Roja*. «Dentro del país hay una nación de muertos vivientes que caminan buscando sus tumbas. Son la sangre y la agonía de una patria que desentierran a cada paso», escribió Pájaro.

El viento ronca profundo desde el fondo de los precipicios. La carretera oscura flota sobre la neblina. La bruma compacta de la montaña es de un azul pálido.

—Debe haber luna llena —dice Kamila mirando hacia arriba, tratando de descifrar el cielo más allá de la neblina azulosa que los envuelve.

Después de bajar por una carretera al borde de un abismo, llegan a un caserío en lo alto de una meseta. A la entrada del billar, en el terreno que sirve de parqueadero de paso, levantan la primera fogata del campamento. La gente sale a ver a los resucitados. Les ofrecen tinto y aguapanela. Les recogen plata y víveres para el camino, les donan ropa y cobijas para el frío, yerba fresca para las yeguas y burros, los mecánicos del taller se ofrecen para ajustar tuercas y aceitar las ruedas de las carretas, les reparan las carpas averiadas, les remiendan hamacas y los aconsejan sobre técnicas para dormir mejor en la carretera. Al final, las mujeres del caserío se ponen de acuerdo con el equipo de alimentación y arman un sancocho al lado del billar.

Dentro del billar duermen ahora los más ancianos y los niños. El resto del campamento, ese pueblo nómada hecho de fantasmas, de tiendas de campaña, de carpas impermeables, de tendidos de lona y cambuches de madera y láminas de plástico, se extiende por los bordes de la carretera. Los muertos cuidan el sueño de la caravana. Los días y la convivencia les han ido limando la desconfianza inicial. Algunos ya se confunden con los vivos alrededor de las últimas fogatas que se mantienen encendidas.

Las pavesas se desintegran en el aire. Hablan de sus años mortales, del día en que desaparecieron, del día en que regresaron y de las peripecias del camino. Cuando el último de los vivos se vaya a dormir, los zombis seguirán recorriendo el campamento. Otros desaparecerán por los alrededores y regresarán mañana; otros lo harán a los pocos días, y hay quienes no volverán nunca. De eso conversa Milton con Edwin y Jonathan alrededor de una fogata a punto de extinguirse. Aristides, Kamila y Clemente pasan delante de ellos. Se saludan. Jonathan les hace una seña para que lo esperen.

—¿No puede dormir, profe? Ya la mayoría está durmiendo —le dice cuando lo alcanza.

—Nos toca hacer una última inspección. Yo tampoco duermo mucho —le aclara Aristides.

—De los vivos algo se aprende, a mí a veces también me entra esa manía de dormir.

Los cuatro avanzan a paso lento. Hay algo en Jonathan que sigue incomodando a Aristides.

—Al otro lado de estas montañas comienza la tierra caliente y plana —asegura Jonathan.

—¿Estamos acercándonos a donde sea que vayamos? —le pregunta Clemente.

—Es posible, todavía no lo sabemos —dice Jonathan, mirando a Aristides—. Lo cierto es que al otro lado, cuando descendamos, nos vamos a encontrar con los que vienen del norte.

—¿Quiénes? —pregunta Kamila.

—Los zombis del norte, señorita. Los muertos de las ciénagas y del desierto.

Jonathan se detiene y los deja avanzar.

—Vayan a dormir, que ya es tarde —les sugiere.

Después de la última ronda le hacen caso. El campamento está en tinieblas, hace más de cuarenta minutos que apagaron las cinco plantas eléctricas que lo iluminan durante unas horas cada noche. La carpa que Kamila y Aristides comparten está al inicio del campamento. Ahí los deja Clemente y sigue su camino en busca de su cambuche, muy cerca del de Berta. Kamila y Aristides, aún de pie, divisan el resto de la caravana dormida.

—¿No tienes sueño? —le pregunta Kamila sin dejar de mirar al frente.

—Ya sabes que los zombis dormimos poco —le responde

Aristides y la contempla a su lado.

—Yo tampoco tengo sueño —dice ella, aún con la mirada puesta en las últimas brasas que chisporrotean en la oscuridad brumosa.

—Hoy caminamos bastante —comenta Aristides y busca los ojos de Kamila hasta que los encuentra, negros, encendidos y luminosos, devolviéndole la mirada. Aristides conoce la luz que lo observa en medio de la noche; Kamila entiende bien el silencio de los muertos.

## 4

—Los muertos están callados —dice la mujer mirando a su alrededor con la cabeza ligeramente levantada.

Busca las voces en el aire reseco de la ciénaga agonizante. Está sentada en un extremo de la canoa. Ramírez la repara como si fuera una aparición de otro tiempo: la piel morena, el pellejo curtido, los brazos enjutos pero fibrosos, el pelo rizado, grueso, canoso e indomable.

—Esta mañana anunciaron su llegada —continúa, sin sacarse de la boca la colilla de tabaco—. Pero desde que ustedes llegaron no han vuelto a hablar.

—Será que no nos quieren por aquí —dice Montoya jugueteando con el agua turbia, distraído.

—Al contrario. Ellos mismos los recomendaron. Dicen que son gente seria, que conocen su trabajo.

Ramírez le agradece.

—Agradézcales a los muertos, no a mí —dice la mujer—. Yo a ustedes es primera vez que los veo.

Las canoas se internan, una detrás de la otra, en el manglar moribundo. El camino de agua se hace estrecho en medio de un túnel de mangles negros y podridos que se levantan desde el fondo de la ciénaga.

—¿Falta mucho? —pregunta Contreras.

—Cuando crucemos el mangle nos bajamos —anuncia la mujer—. Esta agua ya no dura mucho.

Montoya la ve apagar el tabaco contra la canoa. Luego se guarda la colilla en un bolsillo de su blusa, abre más las piernas y deja caer los brazos sobre la pollera para estar más cómoda.

Los excavadores están cansados. Se les ve en la cara. Esta mañana, después de dos días de viaje, un Willys los dejó a la entrada de un pueblo polvoriento al pie de una carretera sofocante y llena de cráteres. Se sintieron ridículos cuando atravesaron la plaza vestidos con sus impermeables blancos ante la mirada y el murmullo de los habitantes. Como tres extraterrestres en trajes de polietileno cruzando una aldea árida, infectada de muerte. Una brisa salitrosa con un intenso olor a barro podrido los acompañó hasta que llegaron a orillas de la ciénaga. Ahí, de pie en la primera canoa, los esperaba Malibú Salgar. «Hay que atravesar la ciénaga», les informó. «Los huesos están al otro lado y por aquí es más rápido». En la segunda chalupa había cuatro hombres sentados, además del boga.

—¿Nos bajamos? —pregunta Contreras—. ¿Y después cómo seguimos?

—Pues caminando —le responde la mujer con una sonrisa, y les da la espalda para mirar al frente. El camino de agua se vuelve aún más estrecho.

—Ya estamos cerca, Malibú —le informa el remero.

La mujer se pone de pie. Un golpe de luz los encandila cuando salen del manglar. La canoa se desliza unos metros más sobre el agua hasta que se entierra en el fondo fangoso y se detiene. Los excavadores también se ponen de pie. Montoya abre la boca y entrecierra los ojos. Contreras usa sus manos como visera. Ramírez, también boquiabierto, no sabe qué otra cosa hacer además de limpiar sus gafas y ponerse las antiparras de seguridad, aunque todavía no las necesite.

La ciénaga es una inmensa llaga pantanosa y pútrida. En algunas zonas la tierra ya está seca y cuarteada. Hay islas de mangles marchitos como espinas venenosas, y al verlos, Montoya piensa en un retoño de huesos astillados saliendo del barro. Malibú Salgar los guía. Montoya y Ramírez caminan junto a ella a cada lado. Contreras va unos pasos detrás. Más atrás aún, los cuatro hombres de la segunda chalupa cargan palas y otros utensilios de excavación. Los dos bogas se quedan cuidando las canoas.

—Esto es inmenso —dice Montoya y sus botas de caucho se entierran en la tierra negra y lodosa.

—Y desastroso —agrega Ramírez.

—Uno se acostumbra —dice Malibú.

—Yo pensé que los desaparecían tirándolos a la ciénaga —comenta Contreras.

—Cuando había caimanes, sí —le responde Malibú—. Pero desde que se empezó a secar, comenzaron a enterrarlos.

La brisa los refresca del calor. Sin darse cuenta, ya se han acostumbrado al olor del barro podrido.

Avanzan.

En medio de un remolino de viento, Ramírez ve una pequeña casucha de madera aparecer en el desierto cenagoso. Un perro raquítico les ladra al lado de un niño barrigón que les sonríe y los saluda con la mano. Su padre, un hombre joven con machete en mano, los ve pasar. Junto a él, el cuero de dos babillas se seca al sol en un tenderete junto a la ropa. El hombre levanta el machete y saluda a la mujer por su nombre y apellido.

—Buenos días, Malibú Salgar —le dice—. ¿Los van a sacar hoy?

—Para allá mismo vamos —le contesta Malibú, y dirigiéndose a los excavadores, anota—: Hombres anfibios.

—Allá hay más —advierte Contreras, señalando un punto—. ¿Las ven? —les pregunta como si quisiera corroborar que no se trata de un espejismo.

No se equivoca. Lo que empieza a sobresalir a lo lejos son decenas de cabañas construidas sobre pequeños palafitos.

—Son más casas —confirma Ramírez.

Dejan atrás las casuchas de tablas y siguen avanzando contra la brisa salitrosa, caminando sobre una alfombra de escamas de peces muertos que brillan con el sol. Al frente, a escasos metros, aparece una frontera de mangles secos que marca una orilla de la ciénaga. El trayecto no les ha tomado mucho tiempo.

—Unos cuarenta minutos —precisa Malibú—. Si bordeábamos la ciénaga, habría sido al menos un día más.

—¿Cuándo los encontraron? —pregunta Ramírez.

—Hace unos días. Mi propio hijo nos mostró el camino. Ahora necesitamos que los saquen.

Los siete hombres y Malibú se internan varios metros entre la maleza reseca. Frente a ellos, otro grupo les hace señas.

—Allá están —anuncia la mujer.

Sobre un terreno recién desyerbado, se abre una fosa de varios metros cubierta por ramas y palos secos.

—Levanten todo eso —ordena Malibú, y los hombres, que no

se sabe si están vivos o muertos, quitan los matojos de la fosa.

—Hay que clasificar todo esto —dice Ramírez mirando los huesos.

—Ustedes me dictan y yo apunto —resuelve Montoya.

—Vayan buscando algo para pasar la noche —le sugiere Contreras a Malibú, de pie junto a él, con la colilla de tabaco en la boca—. Esto no lo terminamos hoy.

El incendio de los cerros en la noche es hermoso.

«¿Eso piensa, Camargo?».

«No creo. Para él debe ser aterrador».

—¡Ningún aterrador! —exclama el presidente dándole la espalda al ventanal—. ¡Esto es cosa de vándalos!

«Pero todas las noches es el mismo incendio, ¿no le parece raro?».

Camargo piensa en la respuesta apropiada mientras gira hasta quedar otra vez de cara al ventanal.

—Palomino ya lo tiene controlado —dice—. La gente de seguridad anda detrás de los pirómanos.

«¿Usted cree todo lo que le dice Palomino, presidente?».

«Su asistente está siendo educado, Camargo, nada más».

«¿Ya le habló de las reuniones secretas de sus ministros?».

«¿Y las de sus senadores? ¿Ya le habló de eso?».

«¿Nunca se ha preguntado si le oculta información, presidente?».

«Están conspirando contra usted, Camargo».

—¡De aquí no pueden sacarme! —murmura con rabia el anciano, los dientes apretados, la cara enrojecida.

«Dicen que quieren aprovechar que está viejo para usurparle el cargo».

Los ojos de Camargo, empañados por los años, se iluminan con el resplandor del incendio.

—Aunque me saquen, seguiré estando aquí —murmura—. Siempre he estado aquí.

«Lo quieren fuera porque se está volviendo demente, esa es la verdad».

Camargo gira con furia.

—¡YO NO ESTOY LOCO! —les grita agitando el bastón por toda la habitación—. ¡USTEDES NO TIENEN DERECHO A

HABLARME! ¡YO NO ESTOY LOCO!

«Claro que lo está, Camargo».

«¿Cómo es que dicen los noticieros?».

«Una “crisis nerviosa”, así la llaman».

«Eso, eso mismo, “una crisis nerviosa” producida por los muertos».

Está exhausto. Respira profundo y con dificultad. Toda la habitación es iluminada por el fuego de los cerros y los destellos del televisor. Por fin se calma un poco y se dirige al sillón reclinable. Se apoya con fuerza en el bastón hasta que cae sentado. El ojo de los muertos está abierto. Una avioneta despega de una pista de tierra en medio de una hacienda. Luego despega otra. Y otra más.

«¿Y esas avionetas, Camargo?».

—¡NO TENGO NADA QUE VER CON ESO!

«Deje de gritar, que va a despertar a la enfermera».

Camargo intenta calmarse. La imagen del televisor cambia. La caravana de zombis sube por una carretera neblinosa y fría en medio de la noche. Tres hombres vestidos con impermeables blancos caminan por la tierra agujerada de los cerros de palma.

«¿Eso tampoco lo conoce?».

«La vejez no lo deja».

«¿Cuántos años tiene usted, Camargo?».

«No tiene años, tiene siglos».

«La edad del país».

«La edad de todos los muertos».

Camargo está concentrado en la pantalla del televisor. Sus ojos brillan con la luz de otro tiempo. Es él. Es Ismael Camargo Posada montado en un caballo. No es Capitán Mandrake, pero es un bello ejemplar.

«Debe tener unos treinta».

«Treinta y cinco».

«Debe ser una campaña política».

«¿Cuántos años tiene ahí, Camargo?».

Pero el presidente no responde. Para él es suficiente lo que está diciendo encima de su caballo. El discurso es para un grupo de jornaleros en medio de una plantación de banano. Los hombres, que parecen de otra época, lo escuchan con miedo.

«Parecen muertos de otro tiempo».

«Todos los muertos de todos los tiempos mezclados».

«¿De qué les está hablando, Camargo?».

No responde. Sus ojos están más incendiados que los cerros, y el incendio parece rodear también la plantación de banano. Está concentrado en la imagen.

«¿Quiénes son los del Jeep?».

El Jeep está detrás de él, custodiándolo. Hay hombres armados.

—Poncho Pineda, Cristo Metralleta… Allí están —dice por fin.

«¿Sus guardaespaldas? ¿Quiénes son esos?».

Capitán Mandrake cabalga en medio de los cerros incendiados. Su relincho se escucha en toda La Serrana y resuena entre las paredes de la habitación.

—¿Lo escucharon? —pregunta Camargo despegando los ojos de la pantalla—. Está allá afuera.

«No se confunda, presidente, no se confunda».

Camargo vuelve a apoyarse en el bastón y con esfuerzo se pone de pie. Camina hasta el ventanal. El fuego de los cerros relumbra en la noche y La Serrana parece una hoguera inmensa.

—Está allá afuera —repite.

Camargo abre el ventanal y sale al balcón de la habitación. La brisa le despeluca los pocos cabellos del cráneo marchito. La bata de dormir se abre y deja ver sus piernas escuálidas, su torso descarnado, encorvado. Bajo la bata solo lleva puesto un bóxer a cuadros y una camisilla blanca. Se aproxima al borde del balcón y desde ahí grita en dirección a la incandescencia de los cerros:

—¡MANDRAKE! ¡MANDRAKE!

Alguien de seguridad ha debido avisar a la casa grande porque la puerta de la habitación se abre a los pocos minutos.

«Es la enfermera, Camargo, viene a buscarlo».

La mujer, en bata de dormir, enciende la luz de la habitación y corre hasta el balcón.

—¿Qué hace ahí, señor Presidente? —le dice angustiada—. Venga a la cama, que es tarde.

—¡El caballo está en los cerros! ¡Dígale a Palomino que mande a buscarlo! ¡Dígale que encuentre a los vándalos del incendio, todas las noches es lo mismo!

—Yo le digo, pero primero venga a la cama.

«Hágale caso, Camargo, hágale caso».

El presidente se deja llevar hasta el interior de la habitación. La enfermera cierra el ventanal y las cortinas. Lo acompaña hasta

la cama y lo ayuda a acostarse. De la mesita de noche saca una pastilla que lo obliga a tomar. Después apaga la luz.

—También debería apagarle el televisor.

—¡Déjelo así! Y dígale a Palomino lo que le pedí.

—No se preocupe —le dice la enfermera sentándose en el sillón—. Ahora duerma tranquilo.

Pero en la habitación, con el incendio allá afuera, la tranquilidad es un lujo imposible.

Aristides se despierta confundido. Kamila todavía duerme. Primero cree que son murmullos de voces que se acercan como un huracán. Lo imagina. No necesita esforzarse para ver el torbellino de voces muertas arrasando con el campamento, llevándose todo por los aires.

La mano de Kamila en su hombro lo trae de regreso.

—Son hélices, no voces —le aclara, y Aristides se asombra de la capacidad de Kamila para leer la mente de los zombis.

Tiene razón, son los helicópteros, no un tornado de voces. La intensidad del sonido ahora es mayor y el aire revuelto hace temblar la carpa que los cubre. Kamila se sienta sobre la bolsa de dormir y se pone sus *jeans* rápidamente. Aristides podría quedarse observándola para siempre, hipnotizado con la presencia de Kamila recién levantada, los lunares de su espalda, su cuello delgado, las cicatrices de la colcha en sus cachetes, el cabello desordenado recogido encima de la cabeza, los senos libres bajo la franela de dormir. Kamila lo descubre y le sonríe.

—Hay que salir —le dice, y ella misma abre la corredera de la carpa.

Son tres los helicópteros: el primero sobrevuela el campamento, los otros dos acaban de aterrizar sobre el campo de una finca vecina. Cuando Aristides sale de la carpa, en calzoncillos, ya Kamila ha avanzado hasta el grupo que está en medio de la carretera. La mañana apenas despunta, pero el fogón para el desayuno ya estaba encendido sobre el descampado cuando los helicópteros aparecieron. Ahora hay un reguero de ollas y nadie supervisa el fuego. Aristides tampoco le presta atención y camina directo al grupo. Distingue a Clemente y a Milton al lado de Kamila.

—Son emisarios del Gobierno —le escucha decir a Clemente.

—¡Vienen a llevarnos los hijueputas! —grita Milton.

Kamila conversa con Juaco y Raquel. Aristides prefiere pasar de largo, bordea el tumulto de gente en busca de un espacio hacia el centro del grupo. Ignacio, también en calzoncillos, con su cámara en mano, pasa corriendo a su lado. Más atrás van el periodista Pájaro y el fotógrafo Vera. Aristides los ve ir directo hasta el alambrado de púas que delimita la finca donde han aterrizado los dos helicópteros.

—¿Qué está pasando ahora, mijito? —le pregunta Berta cuando se lo tropieza.

Aristides no le responde y sigue avanzando hasta el centro del grupo.

Todos han salido en ropas de dormir, como si un vecindario entero se despertara de súbito al amanecer y, aún soñolientos, salieran a la calle al mismo tiempo a ver lo que pasaba. En eso piensa Aristides cuando por fin logra llegar al centro del grupo.

—¿Quiénes están en los helicópteros? —pregunta.

—No se sabe, todavía no sale nadie —le responde Roberto.

Todos miran en dirección a las dos aeronaves.

—Debe ser la gente del Gobierno —dice Clara. Luz Marina y las otras mujeres de La Cochiquera la rodean.

—Hay que enviar un delegado —propone Seberino, el jefe indígena.

Todos están de acuerdo en que, de ser necesario, Clara y Luz Marina sean las delegadas. El primer helicóptero no deja de volar en círculos por encima de ellos. Del segundo se baja un grupo de soldados, y del tercero, una comitiva encabezada por un tipejo de lentes con aspecto de funcionario.

—Ahí vienen —dice Seberino.

—Sea lo que sea que propongan, esto no se disuelve —sentencia Luz Marina.

La conversación tiene lugar al lado del fogón, en el descampado a orillas de la carretera. El equipo de logística ha proporcionado una mesa y tres sillas. De un lado está sentado el emisario, y del otro, Clara y Luz Marina. El equipo de cocina ofrece café recién hecho. El encuentro es registrado por Ignacio, por los noticieros oficiales que vienen en la comitiva y por el lente necrófilo de Amnos Vera.

El funcionario va directo al grano:

—¿Cuáles son las demandas de la movilización?

—No tenemos ninguna —responde Clara.

—¿Cuál es entonces el motivo de la marcha?

Clara y las mujeres se quedan calladas sin saber qué responder.

—¿Hacia dónde se dirigen exactamente?

—No somos nosotras las que lo decidimos —le dice Clara.

—¿Entonces quiénes?

—¡Pues los resucitados! —le responde Luz Marina como si fuera evidente.

El emisario intenta disimular su desconcierto por la respuesta.

—¿Cuánto más piensan seguir invadiendo las carreteras del país?

—Eso tampoco lo sabemos, señor emisario —le responde Clara.

Acorralado, y sin saber qué más preguntar, el comisionado se acomoda los lentes con parsimonia y mira con calma las dimensiones del campamento.

—Debo expresarles, señoras —dice por fin el tipejo—, la preocupación del Gobierno nacional por una movilización ilegal de tal magnitud. El Gobierno exige su disolución inmediata.

Las mujeres ni siquiera tienen necesidad de mirarse para saber lo que deben hacer. Clara es la primer en ponerse de pie.

—Pues fíjese que eso tampoco se va a poder —le dice—. Aquí los que mandan son los muertos, no nosotras ni ustedes.

—¿Cuáles muertos?

—Ese es el problema, que para ustedes es como si no existieran. No son capaces de verlos ni cuando los tienen en las narices.

El funcionario ni siquiera se toma la molestia de buscarlos a su alrededor. Se pone de pie, le da la mano a Clara, luego a Luz Marina, se despide del resto y se va caminando rumbo a los helicópteros seguido de cerca por los soldados.

## 5

Montoya se detiene para tomar aire y, unos metros más atrás, Contreras hace lo mismo. Avanzan entre matojos resecos a orillas de un río extinto. Montoya levanta la mirada: el atardecer se desangra sobre el cielo. Ramírez va adelante cargando su bolsa

plástica; más adelante aún, Montoya distingue la espalda ancha y el cuello robusto de Vladimir, el guía. La camisa le cuelga del hombro y junto a él caminan los otros cuatro que completan el grupo. Montoya los ve y sigue sin saber qué pensar.

El guía debe sentir la mirada porque da media vuelta sin detenerse.

—¡No se queden atrás! —les grita.

Pero Montoya desvía la mirada hacia el cauce seco. La piel negra de los zombis brilla con las últimas luces mientras rebuscan sus propios huesos entre los sedimentos. Tiene tres días de verlos hacer lo mismo. Ve a los muertos y es como si se viera a sí mismo y a sus compañeros unos meses atrás, agachados sobre la basura y los escombros. «¿Y si aún estamos allí?», se pregunta, «¿si no hemos podido salir de La Cochiquera?».

—Esto debe ser el infierno —dice en voz baja.

Contreras alcanza a escucharlo.

—En el infierno estamos hace rato. Más bien siga caminando —le sugiere, pasándolo de largo.

Montoya no le hace caso, sigue concentrado en la labor inútil de los zombis.

—¡Así no van a encontrar nada! —les grita por fin, y alza la bolsa plástica que lleva en la mano—. ¡Aquí los llevamos!

Uno de los zombis se incorpora y lo mira con compasión. Sus manos, sus piernas y parte de su cara están manchadas por una segunda piel de barro. Hay algo descarnado y purulento que Montoya nota de inmediato en los ojos del zombi, algo que lo mira desde el fondo de un sepulcro en el que brilla una luz diminuta.

—Hacen falta más —le responde el muerto, y aunque Montoya logra escucharlo, su voz parece venir de otra dimensión, como si el río seco estuviera muy lejos y no allí, a unos cuantos metros de distancia.

—¡Avancen! —vuelve a gritar Vladimir—. ¡Nos va a coger la noche en el camino!

Tienen tres días de estar excavando fosas a orillas de una trocha. «Aquí enterraban los cuerpos que picaban», les explicó Vladimir cuando les mostró el lugar exacto de las sepulturas por primera vez. Cada mañana salen temprano y antes de que finalice la tarde están de regreso a la vereda, a orillas de un mar sucio y revuelto que en otro tiempo debió unirse con el río.

Vladimir era pescador cuando ocurrió la masacre, por la época en la que todavía había peces y se podía navegar por el río. Ahora, con el cauce seco, los únicos que lo transitan son los Jeeps de las Moscas transportando bultos con pasta de coca. «Y los zombis extraviados», agregó Vladimir el día que hablaron del asunto. Esta noche, los excavadores dormirán por última vez en la aldea y mañana seguirán su camino.

—¿Van de regreso a los búnkeres? —les pregunta Vladimir.

—No, vamos al norte —le aclara Ramírez—. En dirección de la caravana.

Camargo no se mueve del sillón, se niega a bañarse. La enfermera se rinde y se retira de la habitación.

—Usted verá —le dice, llevándose la bandeja con el desayuno sin terminar y los frascos de las pastillas.

—No hay tiempo para baños, Palomino —le dice a su asistente cuando la enfermera sale, y le pide que cierre las cortinas del ventanal—. Le he dicho mil veces que no las abra porque la luz me molesta, pero esa mujer insiste.

Palomino obedece, pero cuando está frente al ventanal con la cortina en la mano, Camargo lo detiene.

—Espere —le pide—. Dígame cómo están los cerros.

«Tenga cuidado con lo que pregunta, presidente».

—¿Qué dijo? —le pregunta Camargo.

—Nada —le responde el asistente, aún más desconcertado.

«No se confunda, Camargo».

«Acuérdese de que Palomino tiene los oídos tapados y los ojos cerrados».

Camargo busca las voces por la habitación. Palomino lo ve con tristeza y miedo. ¿En qué momento llegó a ese estado? ¿No debía él, como su asistente personal, haberse dado cuenta a tiempo? Palomino traga saliva y suelta una bocanada de aire para tomar fuerza. El asunto es momentáneo, es solo cuestión de reposo, se dice, y decide seguirle el juego.

—Los trabajadores removieron la tierra quemada y ya plantaron pasto nuevo. Los encargados de la seguridad están al frente de la investigación para dar con los vándalos, no se preocupe por eso.

Camargo deja de buscar las voces.

—Vándalos, eso son, exactamente eso —le dice.

Palomino termina de cerrar las cortinas y vuelve al lado del sillón. Bajo el brazo lleva la carpeta con el reporte diario. La abre, pero la voz deshilachada del presidente lo vuelve a interrumpir.

—¿Cree que tengan algo que ver con el asunto de la caravana?

—¿Qué cosa?

—Los incendios, Palomino, ¿cree que tienen que ver con la caravana?

—No hay pruebas de eso.

—Yo creo que sí. Yo creo que sí tienen que ver. Dígale a la gente de seguridad que lo investigue.

—En eso también se está trabajando. El ministro de Defensa le manda a decir que los tenemos vigilados… con helicópteros. De ser necesario se enviará un emisario a negociar.

—¿A negociar?

—Quiero decir a indagar lo que está ocurriendo. A ver cómo se disuelve el asunto.

—Son vándalos, Palomino, ¡le digo que son vándalos! ¡Emisarios del terrorismo!

—Así es. La oposición está usando el tema a su favor para las próximas elecciones.

—Esos también son vándalos…

—De eso precisamente quiere hablarle el ministro…

—¿Qué ministro? —lo interrumpe Camargo.

—El ministro Vargas, la cita es hoy. ¿Lo había olvidado?

Hace días que Palomino le contó lo de la visita. Es evidente que Camargo no lo recuerda. En su cabeza solo hay espacio para las voces, para el incendio de los cerros y las imágenes distorsionadas del televisor.

—He debido recordarle —se disculpa Palomino—, pero con tanta cosa… Lo está esperando en el estudio, llegó bien temprano.

«¡Entonces esas fueron las camionetas que llegaron esta mañanita, Camargo!».

«Por eso la enfermera quería bañarlo».

Camargo hace un esfuerzo por mantener la concentración en las indicaciones de su asistente y en el informe que le lee. Es imposible escucharlo. Al final lo vuelve a interrumpir.

—¿Es necesario que lo vea?

—Es mejor —dice Palomino, y bajando la voz, como si

temiera ser escuchado por alguien más, agrega—: al parecer el ministro Vargas también tiene aspiraciones presidenciales en caso de que usted decida no aspirar a la reelección.

—¿Quién le dijo eso?

—Por ahora son rumores, señor Presidente. Por eso necesitamos que se recupere pronto y que el ministro lo vea en buen estado.

Camargo arruga el entrecejo. Busca un lugar de la habitación donde posar la rabia de su mirada, recorre el suelo, el resto del mobiliario y termina en el ventanal cuyas cortinas parecen encendidas a causa del sol.

Algo ocurre.

«El televisor, Camargo, mire el televisor».

Eso hace.

El canal de noticias vuelve a cambiar. El *zapping* se detiene. ¿Quiénes son esos tres hombres de impermeable blanco que rebuscan bajo la tierra? ¿A dónde va la caravana de zombis que avanza bajo el sol por una carretera interminable? ¿Por qué Capitán Mandrake galopa despavorido por un campo de huesos y trincheras? Camargo prefiere no hacer las preguntas para no parecer loco.

—Del ministro me encargo yo —dice en cambio—, no lo hagamos esperar.

Palomino sonríe, como si acabaran de encenderle una luz por dentro. Acerca la silla de ruedas y, con cuidado, ayuda a Camargo a levantarse del sillón.

Los amaneceres en las sabanas del norte son frescos.

Aristides aún está agitado cuando sale de su carpa en calzoncillos y camisilla a contemplar el campamento dormido al borde de la carretera. El frescor del aire le baña la cara. El susurro de los muertos también empieza a levantarse. Siente a Kamila detrás encender un cigarrillo. Solo lleva pantis y la camiseta de Jerry y los Cabrones que había usado todo el día. El olor de Kamila es suficiente para avivarle la sangre. Le gusta sentirla a su lado, su piel pegada a la suya. Extiende su mano por la espalda huesuda de Kamila hasta descender a sus nalgas, firmes y pequeñas. Las memoriza con el tacto. Kamila jala su camisilla hasta obligarlo a bajar el torso. A Aristides le gusta sentir la

lengua áspera de Kamila lamiéndolo por dentro, el ligero sabor a nicotina de su saliva.

—Ven —le dice Kamila tirando el cigarrillo a la tierra pelada, jalándolo de la mano—, entremos.

Antes de entrar, Aristides mira una última vez los campos de palma cubiertos por la bruma rumorosa.

Hacia el mediodía el asfalto emana vapores. Aristides extiende la vista a lo largo de la caravana. «Todavía somos muchos», piensa. Hay quienes desistieron y abandonaron, otros se han unido en el camino y algunos aún se mantienen desde el primer día. A ninguno de los desertores se le puede reprochar algo, cree Aristides. Cada jornada es una lotería. Las hay calientes y sofocantes, frías y neblinosas, grises y lluviosas, pero todas, sin excepción, agotadoras. En las noches les duelen las piernas y los pies, por lo que deben aplicarse las cremas y tomar de los analgésicos que reparte el equipo de salud. A veces, cuando está de humor y encuentra las plantas adecuadas entre los matorrales, Clemente prepara menjurjes para aliviar los dolores de la ruta. El camino es duro, Aristides lo sabe. El descanso, la mayoría de las veces, es difícil y siempre incómodo. Pero no se queja. Desde que empezó la marcha, las voces de los muertos se confunden con las de los vivos y las de los zombis. «Eso es suficiente», se dice Aristides, observando a los que van adelante.

Clara debe sentir la mirada de su hijo porque voltea para comprobar que sigue ahí. Ana se les volvió a unir hace dos días. Esta vez debió tomar un avión hasta una ciudad principal de la costa norte, y luego un bus intermunicipal para llegar al pueblo previsto justo antes del paso de la caravana. Los cálculos de Roberto funcionaron, otra vez, a la perfección.

A lo lejos, más allá de su madre y de su hermana, Aristides ve a Milton, a Edwin y a Jonathan aproximarse. Con ellos viene el periodista Pájaro, su fotógrafo y un par de locutores radiales, obesos y desaliñados, que se unieron hace poco. ¿Traerán noticias? Después de la visita del funcionario no han vuelto a saber nada del Gobierno, aunque la vigilancia sobre la caravana se mantiene. Anoche otro helicóptero sobrevoló el campamento, hay quienes afirman haber visto drones merodear entre las nubes y, a pesar de que no han vuelto a verla hace días, la amenaza de la camioneta polarizada está siempre latente.

—Hay un nuevo grupo que se nos va a unir —les anuncia

Milton, agitado, cuando llega.

—¿Dónde? —pregunta Aristides.

—Más al norte, más adelante.

—Pero ¿dónde? —insiste Kamila.

—¿Cuántos son? —pregunta a su vez Clemente.

—¡No se sabe! —dice Milton—. Ellos no precisan esas cosas.

—¿Te lo contaron a ti? —le pregunta Aristides.

—Vienen comentándolo desde allá adelante —le responde Edwin.

—Es el grupo de Malibú Salgar y los muertos de las ciénagas —especifica Jonathan.

—¿Zombis anfibios? —pregunta Ignacio detrás de la cámara.

—Así los llaman —corrobora Pájaro.

Amnos Vera da unos pasos al costado y hace una foto de la caravana con los campos soleados y marchitos al fondo. Los dos locutores hablan sin parar con una voz profunda e impostada informando a sus escuchas sobre la llegada de un nuevo refuerzo de zombis.

—Deben ser unos veinte —se aventura Milton a dar una cifra.

—Puede que sean más —dice Clemente.

—O menos —dice Kamila.

—La cantidad no importa —les recuerda Aristides.

Roberto también se acerca. Más atrás viene Berta.

—¿Ya se enteraron? —pregunta Roberto.

—Más adelante vienen los zombis anfibios —se apresura Milton.

—¡Dicen que son más de cincuenta! —exclama Berta, emocionada, y continúan conjeturando sobre el número y la procedencia del nuevo grupo de caminantes.

Almuerzan a orillas de un pueblo polvoriento. Un grupo de aldeanos les ha traído cinco sacos de vituallas, varias gallinas y dos cerdos tazados. En todos los televisores de las tiendas, restaurantes, billares y talleres que están sobre la carretera a la entrada del pueblo, se ven las imágenes de la caravana. ¿Cómo los han grabado desde arriba?, se preguntan. ¿Ha sido con los helicópteros o con los drones?

Después del almuerzo continúan la ruta. La tarde ha refrescado.

La caravana se detiene de repente. Miran al frente sin moverse, sudando y respirando hondo. Aristides se decide y

avanza hacia la primera línea; pasa al lado de Clara y Ana sin detenerse, y muy cerca de ahí distingue a Nubia, que levanta la mano en señal de saludo. A su alrededor se extienden sembrados interminables de palma, y una que otra vaca pasta en el poco verdor que sobrevive. Aristides se abre paso entre los resucitados que encabezan la primera línea de marchantes. Aunque puede tocarlos, es como si estuviera atravesando una muralla de cuerpos vaporosos. El rastro de vapor lo sigue hasta el punto de intersección de tres carreteras angostas y maltrechas por las que no pasa ni un solo vehículo. Una ráfaga de viento caliente viene barriendo el polvo desde lejos.

«No demoran», escucha Aristides a su izquierda, muy cerca.

Es Jonathan.

Ambos miran la carretera. No hay rastro de los nuevos resucitados, pero solo es cuestión de minutos para que aparezcan.

## 6

Vuelven a dormir en hamacas bajo una choza de palma en un pueblo fantasma. En la madrugada los despierta un muerto. Los saca del pueblo a pie, cruzando trochas y veredas deshabitadas hasta llegar a una carretera secundaria, donde enfilan hacia el norte, y por la que ahora caminan.

—Parece de otra época —opina Ramírez, refiriéndose al zombi.

Contreras y Montoya lo detallan: sombrero de paja, alpargatas, una mochila de fique terciada, pantalones cafés doblados por encima de los tobillos y una camisa blanca remangada hasta el hombro.

—En el infierno no existe el tiempo —reflexiona Contreras.

¿Hace cuánto salieron del búnker?, se preguntan los tres. ¿Hace cuánto que los días son un único y continuo camino hacia el delirio?

El resucitado que los guía se detiene.

—Ese carro de allá los acerca más —les dice, señalando un punto en el que solo se ve el celaje barrer la carretera, y algunos matorrales al fondo.

—¿Qué carro? —pregunta Montoya, pero el tipo ya ha dado media vuelta y avanza en sentido contrario.

—No se preocupen, que ahí viene —les dice la voz a sus espaldas, tan etérea como el vapor que los cubre—. Todavía falta camino y la caravana pasó por aquí hace mucho.

A lo lejos escuchan el sonido del motor acercarse.

El relincho de Capitán Mandrake se escucha en toda La Serrana.

—Ese es mi caballo —dice Camargo y levanta la mirada de la pantalla del televisor.

«Deje a su caballo tranquilo y siga contando lo que estaba contando».

—¡Es Mandrake! —exclama Camargo y se levanta del sillón lentamente, ayudado por el bastón.

El camino hasta el ventanal es largo y tortuoso.

«Siga hablando, Camargo, siga hablando».

—Ya se lo dije: eso lo arreglamos con los hermanos Mosquete. Yo les dije que hicieran lo que tuvieran que hacer, y lo hicieron.

Camargo avanza a paso lento. Su piel podría caer al piso como un cuero viejo y podrido. Pero no, se mantiene pegada a los huesos y tiembla mientras camina.

«¿El pacto lo hicieron aquí, en esta finca?».

«¿Quién los entrenaba?».

«¿Y dónde?».

—¡No me acuerdo! —les grita Camargo—. Fue hace mucho.

Mandrake vuelve a relinchar.

«¿Y cuántos hombres tenían, Camargo?».

—No lo sé. Al principio no eran muchos, pero después se multiplicaron. ¿Escucharon a Mandrake?

«Se multiplicaron como moscas…».

—Sí, como moscas. ¿Escucharon el caballo? —pregunta el presidente.

Camargo abre las cortinas. El incendio de los cerros ilumina la noche como si el fuego bajara del cielo negro.

—Vándalos hijueputas —dice, resignado.

«Nadie está quemando esos cerros, Camargo».

«Los años ya le achicharraron el cerebro. Eso es lo que pasa».

«Los años y la culpa».

Camargo no aguanta más. Gira, abre los ojos con furia y agita su bastón en el aire.

—¡NO TIENEN DERECHO A HABLARME ASÍ! ¡LÁRGUENSE!

Luego abre el ventanal y sale al balcón. Se acerca hasta el borde y se apoya sobre la baranda. Las palmas incendiadas lanzan pavesas como diminutas estrellas en combustión. Abajo, en alguna parte, Capitán Mandrake relincha con ímpetu y galopa.

—¡MANDRAKE! —grita sin fuerza, y sus ojos, tan temblorosos como sus piernas, se pierden en el fuego inexistente de la noche.

El televisor sigue encendido en el ojo abierto de los muertos.

Entre el polvo de la carretera que el viento ha levantado, Jonathan y Aristides ven aparecer al nuevo grupo de caminantes. El resto de la caravana, que estaba sentada al borde del camino, se pone de pie para esperarlos.

—Son ellos —anuncia Jonathan.

—¿Son ellos? —pregunta Pájaro, que ha llegado corriendo junto a Amnos.

—Tienen que ser ellos —dice el fotógrafo.

Son más de cincuenta y vienen precedidos por una mujer mayor, de piel morena y con una colilla de tabaco en la boca. Su cabello canoso, rizado, parece electrificado por el sol.

—Deben ser más de cincuenta —confirma Aristides.

—¿Cómo es que se llama? —pregunta Clara.

—Malibú Salgar —le recuerda su hijo zombi—. Viene con los muertos de la ciénaga.

Clara, Luz Marina y el resto de las mujeres se adelantan varios metros para recibirlos.

—Los estábamos esperando —le dice Clara cuando la otra mujer se detiene frente a ella.

—Y nosotros los estábamos buscando —le responde, tirando la colilla contra la carretera.

Las dos mujeres se abrazan con fuerza como si acabaran de darse cuenta de que se conocen de siempre. Sienten el cuerpo frágil de la otra, la fortaleza del espíritu, el olor ácido a tierra sudada que se desprende de cada una. Sus cuerpos son el punto de convergencia de todas las carreteras por donde vagan los muertos errantes.

Malibú se desata del abrazo para mirar con detenimiento el rostro de Clara.

—Hay que seguir adelante —le dice sin soltarle los brazos—, ya estamos cerca.

# 7

Montoya los cuenta.

—Son diecisiete —dice.

—Sí, diecisiete —corrobora Ramírez.

Contreras los ve pasar. Caminan uno detrás de otro. Diecisiete niños perdidos. Diecisiete niños con prendas militares caminando por la orilla de la carretera.

—¿A dónde van? —les grita Montoya.

Pero los niños zombis no se distraen.

—La pregunta es dónde están —lo corrige Contreras.

Los excavadores no tienen otra opción que seguirlos. Saben que en cualquier momento se perderán en la bruma y deberán seguir solos. No importa, mientras puedan hacerlo, los seguirán. En todo caso, ya casi es de noche y deberán buscar un sitio donde dormir, un alma generosa, viva o muerta, que les dé albergue. Desde las puertas de las casas y establecimientos los han visto avanzar con sus impermeables puestos. Algunos les cierran las puertas por miedo. La mayoría los miran extrañados, como si también ellos estuvieran muertos. ¿Hace cuánto los dejó el último vehículo en la carretera? ¿Cuánto les falta para encontrar la caravana de zombis? ¿Para qué la buscan? ¿Qué va a pasar cuando por fin la encuentren?

«No apague el televisor, Camargo, no lo apague».

No lo hace. La brisa de la noche propaga el incendio por los cerros de La Serrana. De pie frente al televisor, Camargo puede verlo en el ventanal y en la pantalla al mismo tiempo.

La imagen cambia.

«¿Ese es usted, Camargo?».

«¿Y quién más va a ser?».

«No se ve bien, está oscuro».

«¿Se acuerda de dónde está?».

—Es el palacio presidencial —responde Camargo, sosteniendo su cuerpo tembleque en el bastón.

En la pantalla no se ve tan viejo y no lleva bastón. Los pasillos amplios, en efecto, son oscuros. Alguien detrás de él, quizá Palomino, quizá uno de los ministros, lo sigue. Los dos hombres entran a un ascensor.

«Van al sótano».

«¿Eso es verdad, Camargo?».

«¿Qué van a hacer al sótano?».

El ascensor se abre y los dos hombres salen. Camargo se ve a sí mismo caminando en medio de un pasillo angosto de concreto macizo. Se oyen voces.

«¿Voces muertas?».

«No, son conversaciones».

«¿Qué conversaciones?».

«Telefónicas. Se oyen detrás de las paredes».

—¡Mentira! No se oye nada, no se puede oír nada.

En el ojo de los muertos abierto en la pantalla, Camargo va hasta el fondo del pasillo y se detiene. En la oscuridad, entre las sombras, hay un tercer hombre.

«¿Y ese quién es?».

—No sé… Pérez Leal… Cosme Ochoa —responde Camargo—. Alguno de ellos, ya no me acuerdo.

El relincho furioso de Capitán Mandrake entra por el ventanal abierto. Camargo se distrae y mira en dirección a los cerros incendiados.

—Debería ir a buscar mi caballo —susurra, pero no se mueve, se apoya con fuerza en el bastón y vuelve a concentrarse en la pantalla encendida.

Adelante van los muertos abriendo camino entre la bruma de la noche. Aristides camina unos metros más atrás, en el grupo que les sigue el paso. Su misión es estar entre los vivos. No sabe por qué ni para qué, pero es esa; al igual que la del zombi de Jonathan, que va unos metros por delante, al lado de Teresa. Las mulas arrastran las carretas con los enseres y varias carpas de dormir. Ignacio, apuntando con su cámara, y Mónica, con el boom extendido, se mueven entre los grupos de caminantes hasta detenerse frente a la mujer que avanza con una gaita hembra en la mano. Se llama Carmen Montes y la recogieron hace unos días en un pueblo cercano; desde entonces, todas las noches toca su instrumento «para arrullar a los muertos», dice. Clara y Roberto caminan junto a las madres de La Cochiquera; Nubia va con ellos, muy cerca de la doctora Nieto y el resto del campamento sur. Ana se fue temprano en un bus rumbo a la ciudad más cercana para

tomar un avión de regreso a Capital; prometió volver cuando la caravana llegue por fin a un punto determinado, pero nadie sabe exactamente lo que eso significa cuando se camina con los muertos. Juaco va con Berta y Raquel, caminan juntos y hablan la mayor parte del trayecto; de tanto en tanto, cuando las várices de las piernas se le hinchan demasiado, Juaco le pide a uno de los zorreros que detenga su yegua y ayudan a Berta a subirse a la carretilla. Muchos le han pedido que se regrese, pero ella insiste en continuar. Dice que lo hace por José Luis, pero la verdad es que después de todo lo vivido en la carretera le parece imposible regresar a su casa. «¿Cuál casa? Hace mucho que nuestra única casa es esta», dice Berta cuando hablan del tema. Atrás van Milton y Edwin. A veces, Esperanza se pierde en el camino sin decir nada y vuelve a aparecer a los pocos días. Kamila y Juaco saben que un día no volverá. A pocos metros de Aristides, Malibú conversa con Seberino y Clemente, quien, de vez en cuando, se da un trago de la botella que debió conseguir de contrabando con algún miembro de la caravana.

Kamila agarra la mano de Aristides.

—Nos están esperando, mira —le dice, y Aristides mira en la misma dirección.

Más allá de la bruma y de los zombis que encabezan el grupo, se distingue una hilera de velas encendidas a cada lado de la carretera, como suspendidas en la oscuridad.

Malibú Salgar también las distingue.

—¡Toca fuerte, Carmen, que nos están esperando! —le pide a la gaitera, y toda la caravana se concentra en el camino de velas a la entrada del pueblo.

«¿Son los muertos?».

La pregunta se escucha cruzar como un soplido del viento.

«¿Qué es lo que cantan?»

«No son cantos, son rezos».

Carmen toca la gaita. El sonido triste del instrumento parece una plegaria, un llanto alegre. Los hombres y mujeres que sostienen las velas a cada lado del camino les sonríen. Algunos lloran. El viento habla.

«¿En dónde estamos?».

«Es un pueblo más».

«Pero debemos haber llegado a algún lado».

«¿Acaso íbamos a alguna parte?».

—Cuando se camina con muertos, uno va a todas partes —murmura Aristides.

Carmen se adelanta con su gaita hasta entrar en las nubes brumosas de la primera línea de caminantes. Las velas les marcan el camino hasta la explanada de tierra seca en la que comienza el pueblo. De la explanada se desprende una calle ancha también de tierra seca, con todos los hombres y mujeres del pueblo que, de pie, los esperan con velas encendidas. Entre la muchedumbre, Aristides cree ver a tres hombres de impermeable blanco.

El viento sigue murmurando.

«Son los excavadores».

«¿Qué excavadores?».

«Los que desentierran muertos».

«¿Esos no estaban en el basurero?»

«Aquí todos estamos en el basurero».

De la profundidad oscura de la calle se siente el frescor de un río cercano. También proveniente de allí, se escucha el sonido de un relincho seco y frío como un bronce afilado que taja la noche para escapar entre sus fisuras.

«¿Oyeron eso?».

—¿Oíste eso? —le pregunta Kamila.

«¡Claro que lo oyó, claro que sí!».

—Como si fuera un caballo —dice Aristides.

«Como si fuera no, ¡es un caballo, Aristides, un caballo!».

—Es un caballo —repite Kamila.

El relincho cortante vuelve a escucharse.

Camargo Posada también lo oye.

—Tengo que buscar a mi caballo —dice, mientras se acerca al ventanal donde los cerros se incendian.

«No se vaya para allá, Camargo, quédese frente al televisor».

Pero Camargo prefiere mirar por el ventanal para ver si distingue a Capitán Mandrake. No lo ve. Lo único que ve son los hombres y mujeres con las velas encendidas que se acercan a la casa.

—¡LÁRGUENSE DE AQUÍ! —les grita desde el balcón.

No se da cuenta de en qué momento han vuelto a la carretera.

Carmen Montes va entre los zombis tocando su gaita; y más atrás, los hombres y mujeres que hace un momento estaban en la entrada del último pueblo. «¿Hace mucho, hace poco?», Aristides no logra precisarlo. A un costado de la carretera, vuelve a distinguir las tres figuras blancas; esta vez se desvían en medio de la oscuridad de los montes, como si fueran fantasmas.

«Pero no son fantasmas».

«¿Está seguro?».

«Son los excavadores del basurero».

—¿Por qué nos metimos por aquí? —pregunta Montoya—. ¿No es mejor que sigamos a la caravana?

—Usted no ha puesto atención, Montoya —lo regaña Contreras.

—Las voces, Montoya, las voces —dice Ramírez, que camina adelante.

—Lo de nosotros son los huesos, no los zombis —explica Contreras.

—¿Y por aquí vamos a encontrar huesos? —pregunta Montoya.

«Huesos hay por todos lados».

«Lo que tienen que hacer es buscarlos».

—Hay que buscarlos, Montoya, para eso estamos aquí —repite Ramírez.

Camargo cierra el ventanal y las cortinas.

—Los vándalos han entrado a La Serrana —dice—. Están allá abajo. Incendiaron los cerros con sus velas.

«Cálmese, Camargo, vuelva al televisor».

El presidente tiembla a cada paso, pero finalmente se acerca a la pantalla. En la oscuridad del sótano, Camargo se aproxima al otro hombre.

«¿De qué hablan, Camargo?».

«¡Díganos!».

—Hablamos de vándalos —responde.

«¿De qué vándalos?».

«¿De los que están allá afuera?».

—No, de otros; aunque son los mismos. Los vándalos de los

cerros de Capital, de esos.

«¿Y qué dicen? ¿De qué más hablan?».

—Hablamos del basurero, pero yo no quiero saber nada del basurero.

El basurero. Allí está el basurero en el televisor. El ojo abierto de los muertos. El ojo abierto de Aristides que distingue el brillo de los otros ojos en el interior del camión hacinado. «Nos van a matar, profe», dice una voz que Aristides no logra precisar. ¿Es Jonathan? No, no es Jonathan. ¿Dónde está Jonathan, entonces? «Nos llevan al matadero, profe», se le escucha decir a otro, y mientras camina por la carretera Aristides siente el olor de la basura como si aún estuviera entre los desechos de La Cochiquera.

—Huele horrible —dice Kamila.

—Es la basura —responde Aristides—, ese olor no se va nunca.

Los excavadores ven el camión detenerse.

—¿De dónde salió ese camión? —pregunta Montoya.

—Usted sigue sin entender —le recrimina Contreras—. ¡Deje tanta preguntadera, carajo!

—Sigamos adelante, que no nos han visto —sugiere Ramírez, pero Montoya, que se queda atrás unos metros, alcanza a ver al hombre que salta del camión y corre monte adentro.

«Se escapó uno», escucha Montoya con claridad en alguna parte.

—Se escapó —repite Camargo sin dejar de ver el televisor, y Aristides vuelve a sentir el peso en los pies que sintió mientras corría esa noche, el sonido de las balas y los gritos detrás de él. Entonces le agarra la mano a Kamila, con fuerza, y ella ve en sus ojos húmedos, negros como el monte que los rodea, el peso inmenso de una tristeza que proviene de un lugar inhóspito. Una oscuridad abismal y sucia, pero al mismo tiempo luminosa y transparente. Todo eso lo ve Kamila sin saber nombrarlo.

—Ya vamos a llegar —es lo único que se le ocurre decir para tranquilizarlo, y le acaricia el rostro con la otra mano.

Aristides sabe que no es así. Sabe que, incluso si llegaran a

alguna parte, es como si en realidad no llegaran nunca.

—Lo mejor sería seguir caminando —le asegura—. No detenerse.

Los relinchos de Capitán Mandrake rebotan en los montes como un eco de estallidos invisibles. Gritos acuchillados. Alaridos desmembrados. Ahí va el caballo en su galope desbocado; por dentro le hierve un río de sangre sin nombre. Los excavadores lo ven pasar en medio de un campo de fuego entre las cúpulas de los búnkeres.

—Otra vez el caballo —dice Kamila.

—Otra vez —responde Camargo, y da un paso hacia atrás alejándose del televisor.

«¿A dónde va?».

«No sea terco, Camargo, quédese ahí».

—Mandrake está allá afuera, tengo que buscarlo —insiste el presidente.

Aristides levanta la mirada al cielo. ¿Cuándo dejaron atrás el último pueblo?

«Ya está amaneciendo, Camargo, quédese aquí».

Pero el presidente no les hace caso a los muertos. Abre la puerta de la habitación y sale a la casa iluminada por la claridad violeta del alba.

—Estaba amaneciendo cuando el camión se detuvo —recuerda Aristides.

Kamila está fatigada, pero lo escucha. Aristides mira el amanecer que despunta en la lejanía. El cielo es de un violeta intenso, pero los cerros y la tierra parecen teñidos de rojo. En alguna parte, entre la vida y la muerte, el camión vuelve a detenerse. Aristides salta, corre monte adentro, siente que alguien lo persigue. Se escucha un disparo al aire y se detiene. Entonces vuelve a recordar esos ojos enmarcados en el pasamontañas.

«No corra, hijueputa, que es peor».

La Mosca baja el fusil.

«No tenga miedo, profe, soy yo».

«¿Quién?».

La Mosca se quita la capucha y Aristides reconoce el rostro.

«Tengo que matarlo o me matan a mí, profe», le dice y se vuelve a encapuchar.

La Mosca se cuelga el fusil y saca el revólver. Le pide que se arrodille y Aristides lo hace. Le acerca el revolver a la cabeza,

pero el cañón no apunta directo a la sien. La Mosca lo desvía ligeramente. El disparo se escucha fuerte, nítido. Aristides siente el roce hirviente del fogonazo y cae entre los desechos. En medio del fulgor y el caos de la barbarie, la Mosca cubre el cuerpo con la basura, con restos de otros muertos, y vuelve al grupo, que lo espera con las motosierras.

—¿Estás bien? —le pregunta Kamila y ella misma se arrepiente por la ingenuidad de la pregunta. ¿Cómo puede saber un zombi si está bien o está mal?

Camargo sale de la casa al amanecer húmedo y brumoso de La Serrana, rojizo como una mancha de sangre esparcida por el cielo. Entre la bruma de la terraza, distingue a los hombres y las mujeres de pie con las velas aún encendidas. Los excavadores, en cambio, ven las pilas de desechos y, bajo sus pies, el suelo pegajoso y sanguinolento del basurero.

Carmen deja de tocar su gaita. Los zombis se detienen.

—Llegamos —dice Kamila.

—No, no hemos llegado —la corrige Aristides.

La neblina se despeja y frente a ellos aparecen los soldados. Han montado barricadas en la carretera para impedirles el paso.

«No nos van a dejar pasar».

«Tienen miedo de que nos acerquemos».

«Estamos cerca, cerquita».

«Por eso mismo, no nos van a dejar pasar».

—¿Hasta aquí llegamos? —pregunta Kamila.

—¡No se quede atrás, Montoya! —le grita Ramírez, y su compañero retoma el paso entre las pilas de basura y las cuadrículas demarcadas con cintas fluorescentes.

—¿Han visto a Mandrake por aquí? —les pregunta Camargo a los que tienen las velas—. ¡Hablen, carajo, hablen!

«Le advertimos que se quedara adentro, Camargo, se lo advertimos».

A la caravana no le toma mucho tiempo armar el nuevo campamento.

—¿Qué va a pasar ahora? —le pregunta Kamila a Aristides mientras terminan de montar su carpa. Kamila ve a los soldados del Ejército, pero Aristides no se distrae con ellos. Busca a Jonathan con la mirada hasta que lo encuentra. Los dos se miran y Jonathan comprende el significado de la mirada. Alrededor no hay vacas ni toros ni cabras ni ningún otro animal de pastar, solo

inmensas extensiones de tierra rodeadas de cerros repletos de palmas africanas. Tierra manchada por el rojo violeta de la neblina que la cubre. Aristides sabe que ya es demasiado tarde para esbozar algún reclamo. En el fondo, se dice, todos son víctimas, todos son muertos, todos son zombis. Entonces mira el campo y busca a los tres hombres de blanco.

Montoya cree verlo de pie, entre las pilas de basura.

—No se quede atrás —le dice Contreras, y avanza.

Ramírez está asomado al fondo de una de las cuadrículas.

—Está repleta de huesos —comprueba Contreras cuando se asoma.

—¿Los sacamos? —pregunta Montoya.

—No, mejor sigamos andando —sugiere Ramírez.

Eso hacen. Los excavadores avanzan entre las pilas de basura mientras Camargo lo hace entre los visitantes que llenan la terraza a la entrada de La Serrana. Los cerros están calcinados. Los relinchos de Capitán Mandrake se vuelven a escuchar.

—¿Lo oyen? Ese es mi caballo, que me está llamando. Yo no estoy loco.

El caballo está cerca. Los excavadores sienten su resoplido a solo unos metros.

«Los está esperando».

«¿A los excavadores? ¿Para qué?».

«Quién sabe, pero los está esperando».

En el campamento, Aristides sueña con un caballo en medio de la neblina del basurero y no sabe si su visión es un espejismo o un recuerdo distorsionado de la muerte. En todo caso, allí está: los excavadores distinguen entre la niebla la mancha negra y fantasmal del animal, como un holograma borroso, hasta que se hace claro y nítido a medida que se acercan. Quedan de frente. Mandrake los mira sin inmutarse, como si, en efecto, los estuviera esperando.

—Nos estaba esperando —repite Ramírez.

«Quiere que lo sigan».

Los excavadores piensan lo mismo. El hocico de Capitán Mandrake está manchado de una babaza roja que le cuelga. Resopla una vez más y vuelve a enterrar el hocico en la tierra barrosa y pútrida del basurero.

—Quiere que lo sigan —dice Aristides, y los excavadores vuelven a escuchar la voz proveniente del otro lado de la niebla.

—Tengo que buscarlo —dice Camargo, pero con cada paso que da se interna más en el laberinto de cuerpos que siguen de pie frente a la casona de La Serrana. Está perdido. Levanta la mirada y a lo lejos, arriba en los cerros, entre los caminantes que siguen bajando con las velas encendidas, cree ver a los tres hombres de blanco junto al caballo.

—¡Allí está! —dice, y es como si Mandrake lo escuchara porque despega el hocico de la tierra, vuelve a mirar a los excavadores y se da vuelta.

—¡Quiere que lo sigan!

—¿De qué hablas? —le pregunta Kamila dentro de la carpa.

Aristides abre los ojos y en el cenit descubierto de la carpa distingue el cielo negro y nublado tras una malla de tela fina. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que armaron este último campamento?

—¿Estabas soñando? —le pregunta Kamila, y Aristides no sabe qué responderle. Los zombis no suelen soñar aunque duerman. Y si sueñan, lo que ven es el recuerdo repetido de la muerte en un limbo que se parece a la vida. Todo eso lo descubre Kamila, sin poder nombrarlo, en el silencio de Aristides y en el canto de la gaita que se escucha a lo lejos.

—¿Yo también estoy en tu sueño? —le pregunta ella, pero el zombi se levanta sin responderle, abre la carpa y sale a la noche del campamento.

«No lo pierdan de vista».

«No se le despeguen».

—Eso hacemos —responde Montoya, y los otros dos saben que no habla con ellos.

Camargo está fatigado, le tiemblan los brazos, las piernas, el cuerpo entero. Ya no tiene fuerzas para sostenerse sobre el bastón. Además, le resulta imposible avanzar entre los cuerpos cada vez más compactos. Así que decide quedarse quieto por un instante para retomar fuerzas. Estira la cabeza lo más que puede para ver a los zombis bajar por los cerros calcinados como proyecciones sobre la espesura de la niebla.

«¿Puede verlos?».

—Siguen bajando por los cerros —corrobora Camargo.

«Pero no a esos, a los otros, los de la caravana».

—¿Acaso ya llegaron? —pregunta el presidente—. Palomino no me lo informó.

«Para no angustiarlo».

«Hace días que acampan en la carretera».

Camargo se esfuerza para verlos. Aristides deja atrás su carpa. Delante de él, la niebla cubre la carretera como un manto volátil con vida propia. Al fondo, al otro lado de las barricadas, en el campamento de los soldados, los reflectores siguen encendidos. La gaita de Carmen Montes viene de allá, y hacia allá se dirige Aristides. La mayoría duerme; los que aún siguen despiertos están de pie al lado de sus cambuches o alrededor de los restos de alguna fogata. El periodista Pájaro, que parece no dormir nunca, lo ve pasar de largo. Otros, a quienes ni Aristides ni Camargo logran diferenciar como vivos o muertos, observan la inmensidad impenetrable de los campos. ¿Qué miran, qué buscan entre la negrura?

El relincho de Capitán Mandrake los distrae.

Camargo lo busca a su alrededor, pero solo ve zombis con velas encendidas; Aristides hace lo mismo, pero no distingue nada entre la oscuridad que rodea el campamento. Los excavadores, en cambio, avanzan sin distraerse.

—Se detuvo —anuncia Ramírez, como si los otros dos no estuvieran viéndolo.

¿Cuántas veces ha recorrido el trayecto entre su carpa de dormir y la barricada de los soldados? ¿Cuál es el verdadero espacio que separa esos dos puntos? ¿Cuál es la verdadera frontera que está marcando la trinchera? ¿Acaso no son toda su vida y toda su muerte lo que hay entre un punto y otro? Es la primera vez que Aristides piensa en eso. Siente el recorrido como una sumatoria de días y de años que lo superan, y en su siguiente paso, la mañana se impone como si un leve soplido de viento se llevara la noche consigo. Así también, Capitán Mandrake espera a que el viento limpie la niebla del camino.

—¿El camino? ¿Acaso no estaban en el basurero?

«Parece que ya no».

«¿Sabe dónde están, Camargo?»

—¿Dónde?

«Usted sabe, haga un esfuerzo».

—¿En La Serrana? —se pregunta el presidente, incrédulo y aterrado.

Eso parece. En todo caso, el viento despeja la niebla y un camino ancho se abre en medio del monte. Mandrake avanza por

el borde del camino, los tres excavadores por la mitad. Montoya es el primero en verlos. Contreras, que va a su lado, siente cuando su compañero se detiene, y mira en la misma dirección. Luego estira el brazo y logra agarrar el hombro de Ramírez para que también se detenga. A un costado, como si provinieran de la niebla que ha quedado atrás, los diecisiete niños de hace unos días cruzan por el monte hasta ganar el camino de tierra.

—Son diecisiete —vuelve a contar Montoya.

—Pero deben ser más —conjetura Contreras.

Al fondo, entre los montes, hay un rancho ardiendo en llamas. Los excavadores lo ven, Camargo también, pero Aristides, no. Aristides continúa caminando hacia la barricada. Con el paso de los días, los soldados han empezado a interactuar con el resto del campamento. Pájaro les hace preguntas y les promete una crónica para su periódico. La tensión, sin embargo, se mantiene en ambos lados. La caravana está cansada, fatigada de dormir a la intemperie; los soldados se aburren, las órdenes no son claras. La comida ha empezado a escasear.

—Nos quieren doblegar, pero no nos dejaremos —asegura Clara, al lado del resto de mujeres.

—Lo que tenemos que hacer es presentar una declaración de inmediato, un pliego de peticiones —sugiere Luz Marina.

—Pero qué peticiones, ¿qué vamos a pedir? —pregunta una de las madres.

—¡Comida! —grita una.

—¡Los huesos, hay que reclamar los huesos! —grita otra.

—Hay que esperar a que los muertos nos den indicaciones —opina Malibú Salgar.

—Quizá nadie sepa que estamos aquí —dice Clemente de repente, como delirando—. Quizá ni siquiera estemos aquí.

Y puede que sea cierto. Los soldados no permiten que los medios de comunicación se acerquen demasiado. Intentaron persuadir a Pájaro, a Amnos y a los dos periodistas radiales de dejar el campamento, pero no pudieron. «Seguimos con ustedes hasta el final», sentenció Pájaro cuando les contó a sus amigos del campamento lo que el capitán del batallón les había propuesto.

«Usted habló con sus generales, Camargo».

—¿Con los generales? ¿Cuándo?

«En estos días, usted habló con ellos».

—No me acuerdo.

«Claro que se acuerda, Camargo».

—¿Vinieron a visitarme?

«Vinieron a recibir instrucciones, que es distinto».

—¿Para qué?

«Usted lo sabe bien, Camargo. Mire lo que va a pasar…».

Del rancho en llamas sale una mujer con un niño en brazos, camina hasta el borde de la vereda y ahí se queda viendo pasar a los excavadores. Las cruces de palo se acumulan a cada lado del sendero. La niebla se despeja adelante y asoman las paredes de casas abandonadas y cubiertas de matorrales.

—Aquí ya no vive nadie —dice Ramírez sin salirse del camino.

—Esto era una escuela —comprueba Montoya en medio de un salón destruido. Todavía hay algunos pupitres en pie y en el tablero se ven los agujeros de proyectiles.

—¿Ya habíamos pasado por aquí? —les pregunta Contreras a sus dos colegas, al otro lado del recuadro vacío de una vieja ventana.

Aristides llega por fin hasta las barricadas de los soldados. Hay movimiento del otro lado.

—La cámara se está quedando sin batería —le informa Ignacio.

Hace días que se les acabó la gasolina para las plantas eléctricas porque los soldados no permiten el acceso al combustible, así que recargar las baterías ha sido imposible. Los electricistas de la caravana se ofrecieron a bajar energía de los postes; después de discutirlo con Clara y las otras mujeres, se decidió que lo intentaran. La chapuza ni siquiera duró un día, pues las autoridades ordenaron de inmediato cortar el fluido eléctrico de la zona.

—La película se termina en cualquier momento —dice Ignacio sin dejar de mirar por su visor.

Aristides mira hacia el campamento de la caravana: «¿Dónde están los zombis a esta hora del día? ¿A dónde se fueron?», se pregunta. No es la gaita de Carmen Montes lo que suena, sino una radio encendida a todo volumen en una emisora de vallenatos. Clemente está ebrio, y como un loco declama viejos discursos en medio del campamento. Las mulas pastan o se pasean libremente entre los cambuches. Alguien corretea la última gallina que se ha escapado de su guacal. Los perros se ladran entre ellos. Aristides distingue a Kamila, observando a los soldados. La ve tan lejana

que por un instante teme que en realidad no esté allí. Pero ahí está, es ella de pie entre las carpas del refugio.

—Algo está pasando —dice Aristides, mirando a los soldados.

—Se están organizando —dice Roberto, que de repente se ha parado al lado de su hijo.

Los soldados se mueven, corren de un lado a otro. Una instrucción de mando sale de los altoparlantes y se impone sobre el vallenato del campamento. Aristides no entiende lo que dicen los gritos, pero se queda estático como todos. Sabe que esos soldados que tiene enfrente son también muchos otros soldados de otro tiempo, vivos y muertos. Los que intuye tras la niebla de los montes. Los que corren, gritan, cargan heridos y se arrastran por el camino mientras los tres excavadores de blanco avanzan. Los que visten uniforme camuflado o verde oliva, los que llevan pasamontañas y cintas alrededor del brazo con insignias o siglas o moscas pintadas. Los que llevan sombreros de paja, machetes al cinto, escopetas oxidadas y calzan alpargatas de fique. Los que deliran en las hamacas colgadas bajo una tienda de campaña cubierta por toldos de lona. Los que son envueltos en sábanas blancas con banderas tricolores sobre el pecho. Los que caminan en círculos, flacos y ojerosos, en un campo de concentración rodeado de púas en medio de la jungla. Los que cantan el himno nacional a grito herido mientras lanzan granadas y disparan enloquecidos a la neblina de los montes. Todo eso lo ve Aristides cuando los otros, los soldados que tiene enfrente, se forman en pelotón.

—Van a atacar el campamento —dice Montoya.

—Van a entrar a la fuerza —corrobora Kamila, que ha llegado hasta la barricada.

Entonces escuchan el ruido de las hélices que se acercan. Los excavadores ven pasar de largo los dos helicópteros, pero Aristides y el resto de la caravana los ven descender encima de ellos como si quisieran aterrizar sobre las carpas y los cambuches. No lo hacen, y en cambio se mantienen flotando. Las hélices zumban con fuerza sobre sus cabezas como un vendaval. El huracán levanta remolinos de polvo, arrastra perros y gallinas, los residuos de la vegetación circundante, las carpas más endebles, las ollas y los trastes de las fogatas. Aristides imagina que en pocos minutos todos serán devorados por el viento, sacados de allí, arrastrados a otra dimensión detrás de la niebla, donde todas

las vidas y todas las muertes posibles se cruzan. En eso piensan todos sin saber decirlo, incluso los excavadores que siguen viendo los dos helicópteros en el horizonte, hasta que los relinchos de Mandrake los distraen y vuelven a mirar el camino que se abre frente a ellos. El caballo camina a orillas del riachuelo, que ahora baja a un costado de la vera. No son peces los que van entre las aguas.

«Un brazo».

«Una pierna».

«Una cabeza».

—¡CÁLLENSE! —les grita Camargo, aunque sabe que es inútil callar a los muertos—. ¡CÁLLENSE! —vuelve a gritar y con su bastón intenta espantarlos.

No los espanta del todo, pero logra que le abran espacio para que Capitán Mandrake pase entre ellos. El caballo se aproxima y deja que el presidente le acaricie la crin antes de perderse desbocado en su galope.

—¡MANDRAKE! —grita Camargo por última vez. Las piernas le fallan y cae sobre la yerba a la entrada de la casona.

Hace rato que ha amanecido.

—Mandrake —repite, ya sin fuerzas, tirado en el suelo.

Aristides agarra a Kamila para que el viento no los arrastre. Desde el otro lado de la barricada, el pelotón de soldados se acerca. El riachuelo ha quedado atrás. A cada lado del camino se levantan hogueras hechas de neumáticos con cuerpos adentro. A lo lejos, en la carretera, Aristides ve aparecer cuatro camiones y, detrás, una tanqueta de agua a presión. Amnos Vera busca un lugar alejado para fotografiar lo que ocurre. «¿Dónde está Pájaro?», se pregunta el fotógrafo. Mandrake apura el galope. El humo negro de los neumáticos ha cubierto el camino. Los excavadores no pueden ver, pero siguen adelante. El pelotón de soldados quita las barricadas y entra al refugio arrasándolo todo. Kamila y Aristides corren hacia el centro del campamento agarrados de la mano. Se detienen en seco cuando ven que la caravana corre hacia ellos para enfrentar a los soldados. Entonces se quedan de pie, estáticos en medio del tumulto mientras a su alrededor todo se derrumba. Se miran a los ojos. No pueden nombrar ni explicar lo que ven, pero lo ven claramente. Ven a los excavadores salir del humo negro de los neumáticos y llegar a un campo cubierto de cúpulas de concreto que salen de la tierra.

—Son los búnkeres —dice Montoya.

—¿Dónde está el nuestro? —pregunta Contreras.

—Debe estar por aquí —dice Ramírez.

Un chorro de agua arrastra las últimas carpas del refugio. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué camino les queda?

Aristides y Kamila pueden verse a sí mismos al interior de uno de los camiones de lona del ejército. No saben qué pasará con ellos. «¿También apresaron al resto de zombis? ¿En cuál de los camiones va mi familia?», se pregunta Aristides. «¿En dónde está Juaco?», se pregunta Kamila. Berta los ve en el mismo camión y los abraza. El viaje es largo y nadie les dice nada. Duran presos varias semanas, quizá meses. Los medios hablan de «un posible plan terrorista para desestabilizar al Gobierno». Las crónicas de Pájaro dejan de aparecer. «¿Alguien sabe lo que pasó con él?». Un tiempo después, los dejan libres por falta de pruebas.

—El recorrido fue largo —dice Ramírez.

—Interminable —asegura Montoya, y ambos piensan en la dimensión infinita de esa medida.

—¡Allá está el nuestro! —dice Contreras, dirigiéndose a una de las cúpulas.

Un soldado arrastra a una mujer por el pelo.

¿Dónde está Clemente? ¿Dónde están Milton y Edwin, dónde están Berta y el fantasma de José Luís? ¿Dónde están Esperanza y Jonathan? ¿Dónde están los zombis? ¿Dónde están todos los que conocieron, los que se incendiaron con ellos a lo largo de la carretera?

Aristides y Kamila siguen viéndose a sí mismos en el ojo abierto de los muertos. Ella tiene el vientre abultado de varios meses. Se han mudado al antiguo cuarto de Ana. Aristides le toca la barriga y se pregunta cómo ha sido posible tal milagro. Sonríen. Saben, y lo ven en los ojos del otro, que en la carretera la muerte siempre se encuentra con la vida.

Contreras es el primero en bajar. Detrás de él viene Montoya y por último Ramírez. Están de regreso en el búnker. Se sientan y se preparan. Descansan. Pasan los días. Pasan los meses. ¿De qué manera se cuenta el tiempo al interior de un búnker perdido en el limbo?

Un soldado se acerca y con la culata de su fusil le da un golpe seco a Aristides en la cara. Kamila ve cuando lo arrastran hasta el camión y lo suben junto con otros; el vehículo no espera, arranca

a toda velocidad y se pierde entre la niebla de la carretera. Entonces Kamila empieza a llorar y se tapa los ojos con las manos para no seguir viendo ese televisor invisible que tiene dentro de la cabeza. Es imposible. Por más que lo intenta, es imposible no ver a Aristides acercándose al búnker.

Montoya, otra vez, es el primero en sentirlo.

—Está allá afuera —asegura.

—¿Está seguro? —le pregunta Contreras.

—Sí —le responde.

Ramírez se levanta de su litera y va en busca de los impermeables. Afuera, la noche los espera, oscura y tempestuosa.

## 8

Desde el pórtico de la casona, Palomino ve las camionetas blindadas acercarse, una detrás de otra, por el camino de entrada de La Serrana. La mañana resplandece sobre los cerros de palma, y de la carrocería de los vehículos se desprende un ligero fulgor. Palomino mira su reloj. Hasta ahora todo ha salido según lo calculado. A unos metros de la casa, donde el camino de tierra se convierte en una terraza de yerba fresca, las camionetas se dividen en dos grupos y parquean. Una ligera nube de polvo queda flotando, pero se disipa rápidamente. Mientras detalla el ritual de descenso de los guardaespaldas, Palomino se pregunta en qué momento habrá tomado la decisión definitiva el presidente Camargo. Ayer a mediodía recibieron la llamada del partido. Lo primero que le sorprendió fue que aceptase hablar. Lo encontró en su habitación con una actitud distinta, como si el extraño incidente de esa madrugada, cuando dos trabajadores lo hallaron tirado en la entrada de la casona, jamás hubiese ocurrido. Almorzaba sin ayuda. El televisor estaba apagado, lo cual no dejó de sorprenderlo. La enfermera, que lo veía sin disimular su asombro, miró a Palomino con una sonrisa de tranquilidad cuando este entró con el teléfono. Le informó sobre la llamada y Camargo atendió. Su asistente trató de imaginar la conversación a través de sus gestos, pero fue imposible. «Sí», fue la única palabra que pronunció el presidente, clara y firme, antes de colgar. «Mañana haremos un anuncio importante, Palomino. Los del partido volverán a llamarlo para definir los detalles», le

informó, y siguió almorzando. Palomino sintió en ese momento que los astros volvían a alinearse. «Claro que sí, señor Presidente», le dijo, y salió de la habitación.

—El Presidente los espera —les informa Palomino en la entrada de la casona, y todos lo siguen.

En el estudio del segundo piso ya todo está adecuado. Las luces encendidas y la cámara en su posición. Al otro lado del escritorio, el presidente Ismael Camargo Posada los espera. Está recién bañado y afeitado, las pelusas de cabello bien aplastadas sobre la calva blanca. Los lentes bien puestos, la camisa azul en perfecta combinación con el saco de lana gris. Hace un esfuerzo por mantenerse recto. Sus codos están apoyados sobre el escritorio y las manos entrecruzadas. Los ve aparecer y no se pone de pie. Los invitados se acercan al escritorio y le estrechan la mano. Palomino los ubica a cada lado del presidente, según la distribución previamente acordada.

—Hagamos esto rápido —pide Camargo.

—Gracias por aceptar —dice alguien.

—El país se lo agradecerá —dice otro.

Palomino llega con el discurso y se lo pone sobre el escritorio. Le vuelve a acomodar el cuello de la camisa y le sacude una pelusa de polvo del saco. Intenta hacer un último repaso de los puntos importantes, pero Camargo lo detiene.

—No necesito que me recuerde lo que tengo que decir.

—Ni más faltaba, señor Presidente —se disculpa Palomino, y se retira a una distancia prudente con su copia del discurso abrazada al pecho.

—Empecemos rápido —insiste Camargo.

Los miembros del gabinete ponen su mejor cara. El camarógrafo tiene listo el encuadre.

—Cuando usted quiera, señor Presidente —le dice.

Camargo aclara su voz. Mira de frente a la luz roja de la cámara como le han enseñado. En minutos, su rostro embalsamado se convertirá en una imagen televisiva repetida millones de veces. Será, una vez más, otra cara y otra voz. Como volver a mudar de piel, como quitarse el pellejo envejecido para vestir uno nuevo. Aunque al final sea el mismo rostro centenario, la misma voz añeja como una fosa abierta, expuesta a la visión de todos desde que este país de fantasmas es país. A Camargo lo complace la lucidez recuperada de sus pensamientos. Y cuando

está a punto de pronunciar la primera línea de su discurso, lo escucha. Hace una pausa y desvía ligeramente la mirada a un punto indeterminado por encima de su ceja derecha. Muy al fondo, camuflado entre las voces, oye el relincho furioso de su caballo muerto.

## GERARDO FERRO ROJAS

(COLOMBIA, 1979)

Escritor y periodista. Ha publicado los libros de cuentos *Cadáveres Exquisitos*, *Antropofobia* y *Nunca olvidamos nada, nena*, y las novelas *Las Escribanas* y *Cuadernos para hombres invisibles*. Ha sido premio nacional y regional de cuento y novela, y sus cuentos han aparecido en varias antologías, revistas y suplementos literarios. Su libro *Antropofobia* fue catalogado por el blog literario *El laberinto del minotauro* como una de las 50 obras suramericanas que todo el mundo debería leer antes del apocalipsis. Vive en Montreal desde 2012

## Otros títulos de Minotauro:

*El tercer mundo después del sol*
Antologado por Rodrigo Bastidas Pérez

*Tierra contrafuturo*
Luis Carlos Barragán Castro

*El nombre del mundo es bosque*
Ursula K. Le Guin

*El fin de la infancia*
Arthur C. Clarke

*El hombre en el castillo*
Philip K. Dick

*El hombre ilustrado*
Ray Bradbury

La Cochiquera, un inmenso basurero a cielo abierto, es también la fosa común más grande de un país. De sus entrañas surge una neblina que arrastra las voces y los cuerpos de los muertos del conflicto armado. Poco a poco, los zombis invaden una nación que se niega a reconocerlos: la sociedad que no supo qué hacer con sus vivos ahora no sabe qué hacer con sus resucitados. Al mismo tiempo, los zombis y la culpa invaden los sueños del presidente Ismael Camargo Posada, quien al lomo de su caballo favorito verá arder su legado y su cordura.

**Una novela sobre la vida que vence a la muerte; una pesadilla en la que el terror y el realismo se amalgaman en el grito de todas las voces muertas.**

minotauro
www.planetadelibros.com.co

eBook
DISPONIBLE